

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXVIII

Nº2

ABRIL - JUNIO 2015



NUESTRA PORTADA:

Visita de la imagen de la Virgen del Santuario de Los Milagros a la ciudad de Ourense, el 1 de mayo de 2015, con acogida multitudinaria en los jardines del Padre Feijóo y posterior Procesión a la Catedral donde se celebró la Eucaristía presidida por el Sr. Obispo.

Director: Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Maquetación, administración y fotocomposición: Secretaría Episcopal de Informática y Seguridad.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXVIII

Abril - Junio 2015

Nº 2

SUMARIO

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Francisco	
Misericordiae Vultus - Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia	255
Discursos.....	273
Homilías	300

OBISPO

Homilías	
Santa Misa Crismal	313
Santa Misa en la Visita de la Imagen de Nuestra Señora de los Milagros a la ciudad de Ourense.....	317
Fiesta de San Juan de Ávila, patrón del clero español	321
Santa Misa. Institución del Lectorado y Acolitado.....	327
Misa en honor del Beato Álvaro del Portillo	330
Festa da Ascensión do Señor.....	333
Vigilia de Pentecostés	336
Exequias del P. María Damián Yáñez Neira, O.C.S.O.	340
Solemnidad del Corpus Christi	344
Santa Misa en la Peregrinación de la Curia Diocesana al Santuario de los Milagros.....	347
Cartas	
Con motivo de la Jornada Mundial de las Comunicaciones.....	351
A los misioneros Ourenseños con motivo de la Solemnidad de Pentecostés	353
Carta pastoral "Ourense en Misión", 2015	355
En Comunidade	
Abril.....	405
Mayo.....	406
Junio	407

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos	413
Defunciones.....	414
Delegación episcopal de Liturgia	
Evangelizar la Piedad Popular en el siglo XXI	415

CRÓNICA DIOCESANA

Abril, mayo y junio	439
---------------------------	-----



IGLESIA UNIVERSAL



IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE FRANCISCO

BULAS

Misericordiae Vultus

Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia

Francisco Obispo de Roma, Siervo de los Siervos de Dios, a cuantos lean esta carta Gracia, Misericordia y Paz.

1. Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret. El Padre, « rico en misericordia » (*Ef 2,4*), después de haber revelado su nombre a Moisés como « Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad » (*Ex 34,6*) no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina. En la « plenitud del tiempo » (*Gal 4,4*), cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor. Quien lo ve a Él ve al Padre (cfr *Jn 14,9*). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona[1] revela la misericordia de Dios.

2. Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado.

3. Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre. Es por esto que he anunciado un *Jubileo Extraordinario de la Misericordia* como tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes.

El Año Santo se abrirá el 8 de diciembre de 2015, solemnidad de la Inmaculada Concepción. Esta fiesta litúrgica indica el modo de obrar de Dios desde los

albores de nuestra historia. Después del pecado de Adán y Eva, Dios no quiso dejar la humanidad en soledad y a merced del mal. Por esto pensó y quiso a María santa e inmaculada en el amor (cfr *Ef* 1,4), para que fuese la Madre del Redentor del hombre. Ante la gravedad del pecado, Dios responde con la plenitud del perdón. La misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona. En la fiesta de la Inmaculada Concepción tendré la alegría de abrir la Puerta Santa. En esta ocasión será una *Puerta de la Misericordia*, a través de la cual cualquiera que entrará podrá experimentar el amor de Dios que consuela, que perdona y ofrece esperanza.

El domingo siguiente, III de Adviento, se abrirá la Puerta Santa en la Catedral de Roma, la Basílica de San Juan de Letrán. Sucesivamente se abrirá la Puerta Santa en las otras Basílicas Papales. Para el mismo domingo establezco que en cada Iglesia particular, en la Catedral que es la Iglesia Madre para todos los fieles, o en la Concatedral o en una iglesia de significado especial se abra por todo el Año Santo una idéntica *Puerta de la Misericordia*. A juicio del Ordinario, ella podrá ser abierta también en los Santuarios, meta de tantos peregrinos que en estos lugares santos con frecuencia son tocados en el corazón por la gracia y encuentran el camino de la conversión. Cada Iglesia particular, entonces, estará directamente comprometida a vivir este Año Santo como un momento extraordinario de gracia y de renovación espiritual. El Jubileo, por tanto, será celebrado en Roma así como en las Iglesias particulares como signo visible de la comunión de toda la Iglesia.

4. He escogido la fecha del 8 de diciembre por su gran significado en la historia reciente de la Iglesia. En efecto, abriré la Puerta Santa en el quincuagésimo aniversario de la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II. La Iglesia siente la necesidad de mantener vivo este evento. Para ella iniciaba un nuevo periodo de su historia. Los Padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como un verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluso la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo. Una nueva etapa en la evangelización de siempre. Un nuevo compromiso para todos los cristianos de testimoniar con mayor entusiasmo y convicción la propia fe. La Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre.

Vuelven a la mente las palabras cargadas de significado que san Juan XXIII pronunció en la apertura del Concilio para indicar el camino a seguir: « En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad ... La Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad católica, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para

con los hijos separados de ella ».[2] En el mismo horizonte se colocaba también el beato Pablo VI quien, en la Conclusión del Concilio, se expresaba de esta manera: « Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad ... La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio ... Una corriente de afecto y admiración se ha volcado del Concilio hacia el mundo moderno. Ha reprobado los errores, sí, porque lo exige, no menos la caridad que la verdad, pero, para las personas, sólo invitación, respeto y amor. El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores, en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza: sus valores no sólo han sido respetados sino honrados, sostenidos sus incesantes esfuerzos, sus aspiraciones, purificadas y bendecidas ... Otra cosa debemos destacar aún: toda esta riqueza doctrinal se vuelca en una única dirección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades ».[3]

Con estos sentimientos de agradecimiento por cuanto la Iglesia ha recibido y de responsabilidad por la tarea que nos espera, atravesaremos la Puerta Santa, en la plena confianza de sabernos acompañados por la fuerza del Señor Resucitado que continua sosteniendo nuestra peregrinación. El Espíritu Santo que conduce los pasos de los creyentes para que cooperen en la obra de salvación realizada por Cristo, sea guía y apoyo del Pueblo de Dios para ayudarlo a contemplar el rostro de la misericordia.[4]

5. El Año jubilar se concluirá en la solemnidad litúrgica de Jesucristo Rey del Universo, el 20 de noviembre de 2016. En ese día, cerrando la Puerta Santa, tendremos ante todo sentimientos de gratitud y de reconocimiento hacia la Santísima Trinidad por habernos concedido un tiempo extraordinario de gracia. Encomendaremos la vida de la Iglesia, la humanidad entera y el inmenso cosmos a la Señoría de Cristo, esperando que derrame su misericordia como el rocío de la mañana para una fecunda historia, todavía por construir con el compromiso de todos en el próximo futuro. ¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios! A todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros.

6. « Es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia ».[5] Las palabras de santo Tomás de Aquino muestran cuánto la misericordia divina no sea en absoluto un signo de debilidad, sino más bien la cualidad de la omnipotencia de Dios. Es por esto que la liturgia, en una de las colectas más antiguas, invita a orar diciendo: « Oh Dios que revelas tu omnipotencia sobre todo en la misericordia y el perdón ».[6] Dios será siempre para la humanidad como Aquel que está presente, cercano, providente, santo y misericordioso.

“Paciente y misericordioso” es el binomio que a menudo aparece en el Antiguo Testamento para describir la naturaleza de Dios. Su ser misericordioso se constata concretamente en tantas acciones de la historia de la salvación donde su bondad prevalece por encima del castigo y la destrucción. Los Salmos, en modo particular, destacan esta grandeza del proceder divino: « Él perdona todas tus culpas, y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de gracia y de misericordia » (103,3-4). De una manera aún más explícita, otro Salmo testimonia los signos concretos de su misericordia: « Él Señor libera a los cautivos, abre los ojos de los ciegos y levanta al caído; el Señor protege a los extranjeros y sustenta al huérfano y a la viuda; el Señor ama a los justos y entorpece el camino de los malvados » (146,7-9). Por último, he aquí otras expresiones del salmista: « El Señor sana los corazones afligidos y les venda sus heridas. [...] El Señor sostiene a los humildes y humilla a los malvados hasta el polvo » (147,3.6). Así pues, la misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor “visceral”. Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón.

7. “Eterna es su misericordia”: es el estribillo que acompaña cada verso del Salmo 136 mientras se narra la historia de la revelación de Dios. En razón de la misericordia, todas las vicisitudes del Antiguo Testamento están cargadas de un profundo valor salvífico. La misericordia hace de la historia de Dios con Israel una historia de salvación. Repetir continuamente “Eterna es su misericordia”, como lo hace el Salmo, parece un intento por romper el círculo del espacio y del tiempo para introducirlo todo en el misterio eterno del amor. Es como si se quisiera decir que no solo en la historia, sino por toda la eternidad el hombre estará siempre bajo la mirada misericordiosa del Padre. No es casual que el pueblo de Israel haya querido integrar este Salmo, el grande *hallel* como es conocido, en las fiestas litúrgicas más importantes.

Antes de la Pasión Jesús oró con este Salmo de la misericordia. Lo atestigua el evangelista Mateo cuando dice que « después de haber cantado el himno » (26,30), Jesús con sus discípulos salieron hacia el Monte de los Olivos. Mientras instituía la Eucaristía, como memorial perenne de Él y de su Pascua, puso simbólicamente este acto supremo de la Revelación a la luz de la misericordia. En este mismo horizonte de la misericordia, Jesús vivió su pasión y muerte, consciente del gran misterio del amor de Dios que se habría de cumplir en la cruz. Saber que Jesús mismo hizo oración con este Salmo, lo hace para nosotros los cristianos aún más importante y nos compromete a incorporar este estribillo en nuestra oración de alabanza cotidiana: “Eterna es su misericordia”.

8. Con la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad. La misión que Jesús ha recibido del Padre ha sido la de revelar el misterio del amor divino en plenitud. « Dios es amor » (1 Jn 4,8.16), afirma por la primera y única vez en toda la Sagrada Escritura el evangelista Juan. Este amor se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falta de compasión.

Jesús, ante la multitud de personas que lo seguían, viendo que estaban cansadas y extenuadas, pérdidas y sin guía, sintió desde lo profundo del corazón una intensa compasión por ellas (cfr Mt 9,36). A causa de este amor compasivo curó los enfermos que le presentaban (cfr Mt 14,14) y con pocos panes y peces calmó el hambre de grandes muchedumbres (cfr Mt 15,37). Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia, con la cual leía el corazón de los interlocutores y respondía a sus necesidades más reales. Cuando encontró la viuda de Naim, que llevaba su único hijo al sepulcro, sintió gran compasión por el inmenso dolor de la madre en lágrimas, y le devolvió a su hijo resucitándolo de la muerte (cfr Lc 7,15). Después de haber liberado el endemoniado de Gerasa, le confía esta misión: « Anuncia todo lo que el Señor te ha hecho y la misericordia que ha obrado contigo » (Mc 5,19). También la vocación de Mateo se coloca en el horizonte de la misericordia. Pasando delante del banco de los impuestos, los ojos de Jesús se posan sobre los de Mateo. Era una mirada cargada de misericordia que perdonaba los pecados de aquel hombre y, venciendo la resistencia de los otros discípulos, lo escoge a él, el pecador y publicano, para que sea uno de los Doce. San Beda el Venerable, comentando esta escena del Evangelio, escribió que Jesús miró a Mateo con amor misericordioso y lo eligió: *miserando atque eligendo*. [7] Siempre me ha cautivado esta expresión, tanto que quise hacerla mi propio lema.

9. En las parábolas dedicadas a la misericordia, Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido hasta tanto no haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia. Conocemos estas parábolas; tres en particular: la de la oveja perdida y de la moneda extraviada, y la del padre y los dos hijos (cfr Lc 15,1-32). En estas parábolas, Dios es presentado siempre lleno de alegría, sobre todo cuando perdona. En ellas encontramos el núcleo del Evangelio y de nuestra fe, porque la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón.

De otra parábola, además, podemos extraer una enseñanza para nuestro estilo de vida cristiano. Provocado por la pregunta de Pedro acerca de cuántas veces

fuese necesario perdonar, Jesús responde: « No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete » (*Mt 18,22*) y pronunció la parábola del “siervo despiadado”. Este, llamado por el patrón a restituir una grande suma, le suplica de rodillas y el patrón le condona la deuda. Pero inmediatamente encuentra otro siervo como él que le debía unos pocos centésimos, el cual le suplica de rodillas que tenga piedad, pero él se niega y lo hace encarcelar. Entonces el patrón, advertido del hecho, se irrita mucho y volviendo a llamar aquel siervo le dice: « ¿No debías también tú tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti? » (*Mt 18,33*). Y Jesús concluye: « Lo mismo hará también mi Padre celestial con ustedes, si no perdonan de corazón a sus hermanos » (*Mt 18,35*).

La parábola ofrece una profunda enseñanza a cada uno de nosotros. Jesús afirma que la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos. Así entonces, estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado misericordia. El perdón de las ofensas deviene la expresión más evidente del amor misericordioso y para nosotros cristianos es un imperativo del que no podemos prescindir. ¡Cómo es difícil muchas veces perdonar! Y, sin embargo, el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón. Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices. Acojamos entonces la exhortación del Apóstol: « No permitan que la noche los sorprenda enojados » (*Ef 4,26*). Y sobre todo escuchemos la palabra de Jesús que ha señalado la misericordia como ideal de vida y como criterio de credibilidad de nuestra fe. « Dichosos los misericordiosos, porque encontrarán misericordia » (*Mt 5,7*) es la bienaventuranza en la que hay que inspirarse durante este Año Santo.

Como se puede notar, la misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros. Él no se limita a afirmar su amor, sino que lo hace visible y tangible. El amor, después de todo, nunca podrá ser una palabra abstracta. Por su misma naturaleza es vida concreta: intenciones, actitudes, comportamientos que se verifican en el vivir cotidiano. La misericordia de Dios es su responsabilidad por nosotros. Él se siente responsable, es decir, desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría y serenos. Es sobre esta misma amplitud de onda que se debe orientar el amor misericordioso de los cristianos. Como ama el Padre, así aman los hijos. Como Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros.

10. La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia « vive un deseo inagotable de brin-

dar misericordia ». [8] Tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia. Por una parte, la tentación de pretender siempre y solamente la justicia ha hecho olvidar que ella es el primer paso, necesario e indispensable; la Iglesia no obstante necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y más significativa. Por otra parte, es triste constatar cómo la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más. Incluso la palabra misma en algunos momentos parece evaporarse. Sin el testimonio del perdón, sin embargo, queda solo una vida infecunda y estéril, como si se viviese en un desierto desolado. Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza.

11. No podemos olvidar la gran enseñanza que san Juan Pablo II ofreció en su segunda encíclica *Dives in misericordia*, que en su momento llegó sin ser esperada y tomó a muchos por sorpresa en razón del tema que afrontaba. Dos pasajes en particular quiero recordar. Ante todo, el santo Papa hacía notar el olvido del tema de la misericordia en la cultura presente: « La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de misericordia parecen producir una cierta desazón en el hombre, quien, gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica, como nunca fueron conocidos antes en la historia, se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que en el pasado (cfr *Gn* 1,28). Tal dominio sobre la tierra, entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia ... Debido a esto, en la situación actual de la Iglesia y del mundo, muchos hombres y muchos ambientes guiados por un vivo sentido de fe se dirigen, yo diría casi espontáneamente, a la misericordia de Dios ». [9]

Además, san Juan Pablo II motivaba con estas palabras la urgencia de anunciar y testimoniar la misericordia en el mundo contemporáneo: « Ella está dictada por el amor al hombre, a todo lo que es humano y que, según la intuición de gran parte de los contemporáneos, está amenazado por un peligro inmenso. El misterio de Cristo ... me obliga al mismo tiempo a proclamar la misericordia como amor compasivo de Dios, revelado en el mismo misterio de Cristo. Ello me obliga también a recurrir a tal misericordia y a implorarla en esta difícil, crítica fase de la historia de la Iglesia y del mundo ». [10] Esta enseñanza es hoy más que nunca actual y merece ser retomada en este Año Santo. Acojamos nuevamente sus palabras: « La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia – el atributo más estupendo del Creador y del Redentor – y cuando

acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora ».[11]

12. La Iglesia tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona. La Esposa de Cristo hace suyo el comportamiento del Hijo de Dios que sale a encontrar a todos, sin excluir ninguno. En nuestro tiempo, en el que la Iglesia está comprometida en la nueva evangelización, el tema de la misericordia exige ser propuesto una vez más con nuevo entusiasmo y con una renovada acción pastoral. Es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre.

La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo. De este amor, que llega hasta el perdón y al don de sí, la Iglesia se hace sierva y mediadora ante los hombres. Por tanto, donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia.

13. Queremos vivir este Año Jubilar a la luz de la palabra del Señor: *Misericordiosos como el Padre*. El evangelista refiere la enseñanza de Jesús: « Sed misericordiosos, como el Padre vuestro es misericordioso » (Lc 6,36). Es un programa de vida tan comprometedor como rico de alegría y de paz. El imperativo de Jesús se dirige a cuantos escuchan su voz (cfr Lc 6,27). Para ser capaces de misericordia, entonces, debemos en primer lugar colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios. Esto significa recuperar el valor del silencio para meditar la Palabra que se nos dirige. De este modo es posible contemplar la misericordia de Dios y asumirla como propio estilo de vida.

14. La *peregrinación* es un signo peculiar en el Año Santo, porque es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida es una peregrinación y el ser humano es *viator*, un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada. También para llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar, cada uno deberá realizar, de acuerdo con las propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. La peregrinación, entonces, sea estímulo para la conversión: atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros.

El Señor Jesús indica las etapas de la peregrinación mediante la cual es posible alcanzar esta meta: « No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena,

apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque seréis medidos con la medida que midáis » (Lc 6,37-38). Dice, ante todo, no *juzgar* y no *condenar*. Si no se quiere incurrir en el juicio de Dios, nadie puede convertirse en el juez del propio hermano. Los hombres ciertamente con sus juicios se detienen en la superficie, mientras el Padre mira el interior. ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme. No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra presunción de saberlo todo. Sin embargo, esto no es todavía suficiente para manifestar la misericordia. Jesús pide también *perdonar* y *dar*. Ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad.

Así entonces, *misericordiosos como el Padre* es el “lema” del Año Santo. En la misericordia tenemos la prueba de cómo Dios ama. Él da todo sí mismo, por siempre, gratuitamente y sin pedir nada a cambio. Viene en nuestra ayuda cuando lo invocamos. Es bello que la oración cotidiana de la Iglesia inicie con estas palabras: « Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme » (Sal 70,2). El auxilio que invocamos es ya el primer paso de la misericordia de Dios hacia nosotros. Él viene a salvarnos de la condición de debilidad en la que vivimos. Y su auxilio consiste en permitirnos captar su presencia y cercanía. Día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos.

15. En este Año Santo, podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy! Cuántas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos. En este Jubileo la Iglesia será llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención. No caigamos en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye. Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémoslos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo.

Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las *obras de misericordia corporales y espirituales*. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos. Redescubramos las obras de *misericordia corporales*: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de *misericordia espirituales*: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos.

No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados: si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero (cfr *Mt 25,31-45*). Igualmente se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza; si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de rencor o de odio que conduce a la violencia; si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros; finalmente, si encomendamos al Señor en la oración nuestros hermanos y hermanas. En cada uno de estos “más pequeños” está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga ... para que nosotros los reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado. No olvidemos las palabras de san Juan de la Cruz: « En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor ».[12]

16. En el Evangelio de Lucas encontramos otro aspecto importante para vivir con fe el Jubileo. El evangelista narra que Jesús, un sábado, volvió a Nazaret y, como era costumbre, entró en la Sinagoga. Lo llamaron para que leyera la Escritura y la comentara. El paso era el del profeta Isaías donde está escrito: « El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor » (61,1-2). “Un año de gracia”: es esto lo que el Señor anuncia y lo que deseamos vivir. Este Año Santo lleva consigo la riqueza de la misión de Jesús que resuena en las palabras del Profeta: llevar una palabra y un gesto de consolación a los pobres, anunciar la liberación a cuantos están prisioneros de las

nuevas esclavitudes de la sociedad moderna, restituir la vista a quien no puede ver más porque se ha replegado sobre sí mismo, y volver a dar dignidad a cuantos han sido privados de ella. La predicación de Jesús se hace de nuevo visible en las respuestas de fe que el testimonio de los cristianos está llamado a ofrecer. Nos acompañen las palabras del Apóstol: « El que practica misericordia, que lo haga con alegría » (*Rm 12,8*).

17. La Cuaresma de este Año Jubilar sea vivida con mayor intensidad, como momento fuerte para celebrar y experimentar la misericordia de Dios. ¡Cuántas páginas de la Sagrada Escritura pueden ser meditadas en las semanas de Cuaresma para redescubrir el rostro misericordioso del Padre! Con las palabras del profeta Miqueas también nosotros podemos repetir: Tú, oh Señor, eres un Dios que cancelas la iniquidad y perdonas el pecado, que no mantienes para siempre tu cólera, pues amas la misericordia. Tú, Señor, volverás a compadecerte de nosotros y a tener piedad de tu pueblo. Destruirás nuestras culpas y arrojarás en el fondo del mar todos nuestros pecados (cfr 7,18-19).

Las páginas del profeta Isaías podrán ser meditadas con mayor atención en este tiempo de oración, ayuno y caridad: « Este es el ayuno que yo deseo: soltar las cadenas injustas, desatar los lazos del yugo, dejar en libertad a los oprimidos y romper todos los yugos; compartir tu pan con el hambriento y albergar a los pobres sin techo; cubrir al que veas desnudo y no abandonar a tus semejantes. Entonces despuntará tu luz como la aurora y tu herida se curará rápidamente; delante de ti avanzará tu justicia y detrás de ti irá la gloria del Señor. Entonces llamarás, y el Señor responderá; pedirás auxilio, y él dirá: “¡Aquí estoy!”. Si eliminas de ti todos los yugos, el gesto amenazador y la palabra maligna; si partes tu pan con el hambriento y sacias al afligido de corazón, tu luz se alzará en las tinieblas y tu oscuridad será como al mediodía. El Señor te guiará incesantemente, te saciará en los ardores del desierto y llenará tus huesos de vigor; tú serás como un jardín bien regado, como una vertiente de agua, cuyas aguas nunca se agotan » (58,6-11).

La iniciativa “*24 horas para el Señor*”, a celebrarse durante el viernes y sábado que anteceden el IV domingo de Cuaresma, se incrementa en las Diócesis. Muchas personas están volviendo a acercarse al sacramento de la Reconciliación y entre ellas muchos jóvenes, quienes en una experiencia semejante suelen reencontrar el camino para volver al Señor, para vivir un momento de intensa oración y redescubrir el sentido de la propia vida. De nuevo ponemos convencidos en el centro el sacramento de la Reconciliación, porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia. Será para cada penitente fuente de verdadera paz interior.

Nunca me cansaré de insistir en que los confesores sean un verdadero signo de la misericordia del Padre. Ser confesores no se improvisa. Se llega a serlo cuando, ante todo, nos hacemos nosotros penitentes en busca de perdón. Nunca

olvidemos que ser confesores significa participar de la misma misión de Jesús y ser signo concreto de la continuidad de un amor divino que perdona y que salva. Cada uno de nosotros ha recibido el don del Espíritu Santo para el perdón de los pecados, de esto somos responsables. Ninguno de nosotros es dueño del Sacramento, sino fiel servidor del perdón de Dios. Cada confesor deberá acoger a los fieles como el padre en la parábola del hijo pródigo: un padre que corre al encuentro del hijo no obstante hubiese dilapidado sus bienes. Los confesores están llamados a abrazar ese hijo arrepentido que vuelve a casa y a manifestar la alegría por haberlo encontrado. No se cansarán de salir al encuentro también del otro hijo que se quedó afuera, incapaz de alegrarse, para explicarle que su juicio severo es injusto y no tiene ningún sentido ante la misericordia del Padre que no conoce confines. No harán preguntas impertinentes, sino como el padre de la parábola interrumpirán el discurso preparado por el hijo pródigo, porque serán capaces de percibir en el corazón de cada penitente la invocación de ayuda y la súplica de perdón. En fin, los confesores están llamados a ser siempre, en todas partes, en cada situación y a pesar de todo, el signo del primado de la misericordia.

18. Durante la Cuaresma de este Año Santo tengo la intención de enviar los *Misioneros de la Misericordia*. Serán un signo de la solicitud materna de la Iglesia por el Pueblo de Dios, para que entre en profundidad en la riqueza de este misterio tan fundamental para la fe. Serán sacerdotes a los cuales daré la autoridad de perdonar también los pecados que están reservados a la Sede Apostólica, para que se haga evidente la amplitud de su mandato. Serán, sobre todo, signo vivo de cómo el Padre acoge cuantos están en busca de su perdón. Serán misioneros de la misericordia porque serán los artífices ante todos de un encuentro cargado de humanidad, fuente de liberación, rico de responsabilidad, para superar los obstáculos y retomar la vida nueva del Bautismo. Se dejarán conducir en su misión por las palabras del Apóstol: « Dios sometió a todos a la desobediencia, para tener misericordia de todos » (*Rm* 11,32). Todos entonces, sin excluir a nadie, están llamados a percibir el llamamiento a la misericordia. Los misioneros vivan esta llamada conscientes de poder fijar la mirada sobre Jesús, « sumo sacerdote misericordioso y digno de fe » (*Hb* 2,17).

Pido a los hermanos Obispos que inviten y acojan estos Misioneros, para que sean ante todo predicadores convincentes de la misericordia. Se organicen en las Diócesis “misiones para el pueblo” de modo que estos Misioneros sean anunciadores de la alegría del perdón. Se les pida celebrar el sacramento de la Reconciliación para los fieles, para que el tiempo de gracia donado en el Año jubilar permita a tantos hijos alejados encontrar el camino de regreso hacia la casa paterna. Los Pastores, especialmente durante el tiempo fuerte de Cuaresma, sean solícitos en invitar a los fieles a acercarse « al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y alcanzar la gracia » (*Hb* 4,16).

19. La palabra del perdón pueda llegar a todos y la llamada a experimentar la misericordia no deje a ninguno indiferente. Mi invitación a la conversión se dirige con mayor insistencia a aquellas personas que se encuentran lejanas de la gracia de Dios debido a su conducta de vida. Pienso en modo particular a los hombres y mujeres que pertenecen a algún grupo criminal, cualquiera que éste sea. Por vuestro bien, os pido cambiar de vida. Os lo pido en el nombre del Hijo de Dios que si bien combate el pecado nunca rechaza a ningún pecador. No caigáis en la terrible trampa de pensar que la vida depende del dinero y que ante él todo el resto se vuelve carente de valor y dignidad. Es solo una ilusión. No llevamos el dinero con nosotros al más allá. El dinero no nos da la verdadera felicidad. La violencia usada para amasar fortunas que escurren sangre no convierte a nadie en poderoso ni inmortal. Para todos, tarde o temprano, llega el juicio de Dios al cual ninguno puede escapar.

La misma llamada llegue también a todas las personas promotoras o cómplices de corrupción. Esta llaga putrefacta de la sociedad es un grave pecado que grita hacia el cielo pues mina desde sus fundamentos la vida personal y social. La corrupción impide mirar el futuro con esperanza porque con su prepotencia y avidez destruye los proyectos de los débiles y oprime a los más pobres. Es un mal que se anida en gestos cotidianos para expandirse luego en escándalos públicos. La corrupción es una obstinación en el pecado, que pretende sustituir a Dios con la ilusión del dinero como forma de poder. Es una obra de las tinieblas, sostenida por la sospecha y la intriga. *Corruptio optimi pessima*, decía con razón san Gregorio Magno, para indicar que ninguno puede sentirse inmune de esta tentación. Para erradicarla de la vida personal y social son necesarias prudencia, vigilancia, lealtad, transparencia, unidas al coraje de la denuncia. Si no se la combate abiertamente, tarde o temprano busca cómplices y destruye la existencia.

¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón. Ante el mal cometido, incluso crímenes graves, es el momento de escuchar el llanto de todas las personas inocentes depredadas de los bienes, la dignidad, los afectos, la vida misma. Permanecer en el camino del mal es sólo fuente de ilusión y de tristeza. La verdadera vida es algo bien distinto. Dios no se cansa de tender la mano. Está dispuesto a escuchar, y también yo lo estoy, al igual que mis hermanos obispos y sacerdotes. Basta solamente que acojáis la llamada a la conversión y os sometáis a la justicia mientras la Iglesia os ofrece misericordia.

20. No será inútil en este contexto recordar la relación existente entre *justicia* y *misericordia*. No son dos momentos contrastantes entre sí, sino dos dimensiones de una única realidad que se desarrolla progresivamente hasta alcanzar su ápice en la plenitud del amor. La justicia es un concepto fundamental para la sociedad civil cuando, normalmente, se hace referencia a un orden jurídico a través del

cual se aplica la ley. Con la justicia se entiende también que a cada uno se debe dar lo que le es debido. En la Biblia, muchas veces se hace referencia a la justicia divina y a Dios como juez. Generalmente es entendida como la observación integral de la ley y como el comportamiento de todo buen israelita conforme a los mandamientos dados por Dios. Esta visión, sin embargo, ha conducido no pocas veces a caer en el legalismo, falsificando su sentido originario y oscureciendo el profundo valor que la justicia tiene. Para superar la perspectiva legalista, sería necesario recordar que en la Sagrada Escritura la justicia es concebida esencialmente como un abandonarse confiado en la voluntad de Dios.

Por su parte, Jesús habla muchas veces de la importancia de la fe, más bien que de la observancia de la ley. Es en este sentido que debemos comprender sus palabras cuando estando a la mesa con Mateo y otros publicanos y pecadores, dice a los fariseos que le replicaban: « Vayan y aprendan qué significa: Yo quiero misericordia y no sacrificios. Porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores » (*Mt 9,13*). Ante la visión de una justicia como mera observancia de la ley que juzga, dividiendo las personas en justos y pecadores, Jesús se inclina a mostrar el gran don de la misericordia que busca a los pecadores para ofrecerles el perdón y la salvación. Se comprende por qué, en presencia de una perspectiva tan liberadora y fuente de renovación, Jesús haya sido rechazado por los fariseos y por los doctores de la ley. Estos, para ser fieles a la ley, ponían solo pesos sobre las espaldas de las personas, pero así frustraban la misericordia del Padre. El reclamo a observar la ley no puede obstaculizar la atención a las necesidades que tocan la dignidad de las personas.

Al respecto es muy significativa la referencia que Jesús hace al profeta Oseas –« yo quiero amor, no sacrificio » (6, 6). Jesús afirma que de ahora en adelante la regla de vida de sus discípulos deberá ser la que da el primado a la misericordia, como Él mismo testimonia compartiendo la mesa con los pecadores. La misericordia, una vez más, se revela como dimensión fundamental de la misión de Jesús. Ella es un verdadero reto para sus interlocutores que se detienen en el respeto formal de la ley. Jesús, en cambio, va más allá de la ley; su compartir con aquellos que la ley consideraba pecadores permite comprender hasta dónde llega su misericordia.

También el Apóstol Pablo hizo un recorrido parecido. Antes de encontrar a Jesús en el camino a Damasco, su vida estaba dedicada a perseguir de manera irrepreensible la justicia de la ley (cfr *Flp 3,6*). La conversión a Cristo lo condujo a ampliar su visión precedente al punto que en la carta a los Gálatas afirma: « Hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley » (2,16). Su comprensión de la justicia ha cambiado ahora radicalmente. Pablo pone en primer lugar la fe y no más la ley. No es la observancia de la ley lo que salva, sino la fe en Jesucristo, que con su muerte y resurrección trae la salvación junto con la misericordia que justifica. La justicia de Dios se

convierte ahora en liberación para cuantos están oprimidos por la esclavitud del pecado y sus consecuencias. La justicia de Dios es su perdón (cfr *Sal* 51,11-16).

21. La misericordia no es contraria a la justicia sino que expresa el comportamiento de Dios hacia el pecador, ofreciéndole una ulterior posibilidad para examinarse, convertirse y creer. La experiencia del profeta Oseas viene en nuestra ayuda para mostrarnos la superación de la justicia en dirección hacia la misericordia. La época de este profeta se cuenta entre las más dramáticas de la historia del pueblo hebreo. El Reino está cercano de la destrucción; el pueblo no ha permanecido fiel a la alianza, se ha alejado de Dios y ha perdido la fe de los Padres. Según una lógica humana, es justo que Dios piense en rechazar el pueblo infiel: no ha observado el pacto establecido y por tanto merece la pena correspondiente, el exilio. Las palabras del profeta lo atestiguan: « Volverá al país de Egipto, y Asur será su rey, porque se han negado a convertirse » (*Os* 11,5). Y sin embargo, después de esta reacción que apela a la justicia, el profeta modifica radicalmente su lenguaje y revela el verdadero rostro de Dios: « Mi corazón se convulsiona dentro de mí, y al mismo tiempo se estremecen mis entrañas. No daré curso al furor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque soy Dios, no un hombre; el Santo en medio de ti y no es mi deseo aniquilar » (11,8-9). San Agustín, como comentando las palabras del profeta dice: « Es más fácil que Dios contenga la ira que la misericordia ».[13] Es precisamente así. La ira de Dios dura un instante, mientras que su misericordia dura eternamente.

Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios, sería como todos los hombres que invocan respeto por la ley. La justicia por sí misma no basta, y la experiencia enseña que apelando solamente a ella se corre el riesgo de destruirla. Por esto Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón. Esto no significa restarle valor a la justicia o hacerla superflua, al contrario. Quien se equivoca deberá expiar la pena. Solo que este no es el fin, sino el inicio de la conversión, porque se experimenta la ternura del perdón. Dios no rechaza la justicia. Él la engloba y la supera en un evento superior donde se experimenta el amor que está a la base de una verdadera justicia. Debemos prestar mucha atención a cuanto escribe Pablo para no caer en el mismo error que el Apóstol reprochaba a sus contemporáneos judíos: « Desconociendo la justicia de Dios y empeñándose en establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo, para justificación de todo el que cree » (*Rm* 10,3-4). Esta justicia de Dios es la misericordia concedida a todos como gracia en razón de la muerte y resurrección de Jesucristo. La Cruz de Cristo, entonces, es el juicio de Dios sobre todos nosotros y sobre el mundo, porque nos ofrece la certeza del amor y de la vida nueva.

22. El Jubileo lleva también consigo la referencia a la *indulgencia*. En el Año Santo de la Misericordia ella adquiere una relevancia particular. El perdón de

Dios por nuestros pecados no conoce límites. En la muerte y resurrección de Jesucristo, Dios hace evidente este amor que es capaz incluso de destruir el pecado de los hombres. Dejarse reconciliar con Dios es posible por medio del misterio pascual y de la mediación de la Iglesia. Así entonces, Dios está siempre disponible al perdón y nunca se cansa de ofrecerlo de manera siempre nueva e inesperrada. Todos nosotros, sin embargo, vivimos la experiencia del pecado. Sabemos que estamos llamados a la perfección (cfr *Mt* 5,48), pero sentimos fuerte el peso del pecado. Mientras percibimos la potencia de la gracia que nos transforma, experimentamos también la fuerza del pecado que nos condiciona. No obstante el perdón, llevamos en nuestra vida las contradicciones que son consecuencia de nuestros pecados. En el sacramento de la Reconciliación Dios perdona los pecados, que realmente quedan cancelados; y sin embargo, la huella negativa que los pecados dejan en nuestros comportamientos y en nuestros pensamientos permanece. La misericordia de Dios es incluso más fuerte que esto. Ella se transforma en *indulgencia* del Padre que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado, habilitándolo a obrar con caridad, a crecer en el amor más bien que a recaer en el pecado.

La Iglesia vive la comunión de los Santos. En la Eucaristía esta comunión, que es don de Dios, actúa como unión espiritual que nos une a los creyentes con los Santos y los Beatos cuyo número es incalculable (cfr *Ap* 7,4). Su santidad viene en ayuda de nuestra fragilidad, y así la Madre Iglesia es capaz con su oración y su vida de ir al encuentro de la debilidad de unos con la santidad de otros. Vivir entonces la indulgencia en el Año Santo significa acercarse a la misericordia del Padre con la certeza que su perdón se extiende sobre toda la vida del creyente. Indulgencia es experimentar la santidad de la Iglesia que participa a todos de los beneficios de la redención de Cristo, para que el perdón sea extendido hasta las extremas consecuencias a la cual llega el amor de Dios. Vivamos intensamente el Jubileo pidiendo al Padre el perdón de los pecados y la dispensación de su indulgencia misericordiosa.

23. La misericordia posee un valor que sobrepasa los confines de la Iglesia. Ella nos relaciona con el judaísmo y el islam, que la consideran uno de los atributos más calificativos de Dios. Israel primero que todo recibió esta revelación, que permanece en la historia como el comienzo de una riqueza inconmensurable de ofrecer a la entera humanidad. Como hemos visto, las páginas del Antiguo Testamento están entretejidas de misericordia porque narran las obras que el Señor ha realizado en favor de su pueblo en los momentos más difíciles de su historia. El islam, por su parte, entre los nombres que le atribuye al Creador está el de Misericordioso y Clemente. Esta invocación aparece con frecuencia en los labios de los fieles musulmanes, que se sienten acompañados y sostenidos por la misericordia en su cotidiana debilidad. También ellos creen que nadie puede

limitar la misericordia divina porque sus puertas están siempre abiertas.

Este Año Jubilar vivido en la misericordia pueda favorecer el encuentro con estas religiones y con las otras nobles tradiciones religiosas; nos haga más abiertos al diálogo para conocernos y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación.

24. El pensamiento se dirige ahora a la Madre de la Misericordia. La dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios. Ninguno como María ha conocido la profundidad del misterio de Dios hecho hombre. Todo en su vida fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne. La Madre del Crucificado Resucitado entró en el santuario de la misericordia divina porque participó íntimamente en el misterio de su amor.

Elegida para ser la Madre del Hijo de Dios, María estuvo preparada desde siempre por el amor del Padre para ser *Arca de la Alianza* entre Dios y los hombres. Custodió en su corazón la divina misericordia en perfecta sintonía con su Hijo Jesús. Su canto de alabanza, en el umbral de la casa de Isabel, estuvo dedicado a la misericordia que se extiende « de generación en generación » (*Lc 1,50*). También nosotros estábamos presentes en aquellas palabras proféticas de la Virgen María. Esto nos servirá de consolación y de apoyo mientras atravesaremos la Puerta Santa para experimentar los frutos de la misericordia divina.

Al pie de la cruz, María junto con Juan, el discípulo del amor, es testigo de las palabras de perdón que salen de la boca de Jesús. El perdón supremo ofrecido a quien lo ha crucificado nos muestra hasta dónde puede llegar la misericordia de Dios. María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno. Dirijamos a ella la antigua y siempre nueva oración del *Salve Regina*, para que nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia, su Hijo Jesús.

Nuestra plegaria se extienda también a tantos Santos y Beatos que hicieron de la misericordia su misión de vida. En particular el pensamiento se dirige a la grande apóstol de la misericordia, santa Faustina Kowalska. Ella que fue llamada a entrar en las profundidades de la divina misericordia, interceda por nosotros y nos obtenga vivir y caminar siempre en el perdón de Dios y en la inquebrantable confianza en su amor.

25. Un Año Santo extraordinario, entonces, para vivir en la vida de cada día la misericordia que desde siempre el Padre dispensa hacia nosotros. En este Jubileo dejémonos sorprender por Dios. Él nunca se cansa de destrabar la puerta de su corazón para repetir que nos ama y quiere compartir con nosotros su vida. La Iglesia siente la urgencia de anunciar la misericordia de Dios. Su vida es auténtica y creíble cuando con convicción hace de la misericordia su anuncio. Ella sabe que

la primera tarea, sobre todo en un momento como el nuestro, lleno de grandes esperanzas y fuertes contradicciones, es la de introducir a todos en el misterio de la misericordia de Dios, contemplando el rostro de Cristo. La Iglesia está llamada a ser el primer testigo veraz de la misericordia, profesándola y viviéndola como el centro de la Revelación de Jesucristo. Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tendrá necesidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin. Es tan insondable la profundidad del misterio que encierra, tan inagotable la riqueza que de ella proviene.

En este Año Jubilar la Iglesia se convierta en el eco de la Palabra de Dios que resuena fuerte y decidida como palabra y gesto de perdón, de soporte, de ayuda, de amor. Nunca se canse de ofrecer misericordia y sea siempre paciente en el confortar y perdonar. La Iglesia se haga voz de cada hombre y mujer y repita con confianza y sin descanso: « Acuérdate, Señor, de tu misericordia y de tu amor; que son eternos » (*Sal 25,6*).

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de abril, Vigilia del Segundo Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia, del Año del Señor 2015, tercero de mi pontificado.

Franciscus

NOTAS:

- [1] Cfr Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, 4.
- [2] Discurso de apertura del Conc. Ecum. Vat. II, *Gaudet Mater Ecclesia*, 11 de octubre de 1962, 2-3.
- [3] *Alocución en la última sesión pública*, 7 de diciembre de 1965.
- [4] Cfr Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 16; Const. past. *Gaudium et spes*, 15.
- [5] Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II-II, q. 30, a. 4.
- [6] XXVI domingo del tiempo ordinario. Esta colecta se encuentra ya en el Siglo VIII, entre los textos eucológicos del *Sacramentario Gelasiano* (1198).
- [7] Cfr *Hom.* 21: *CCL 122*, 149-151.
- [8] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24.
- [9] N. 2.
- [10] Carta Enc. *Dives in misericordia*, 15.
- [11] *Ibid.*, 13.
- [12] *Palabras de luz y de amor*, 57.
- [13] *Enarr. in Ps.* 76, 11.

DISCURSOS

**Discurso del Papa Francisco
durante el encuentro con los religiosos de Roma**

Aula Pablo VI. Sábado 16 de mayo de 2015

La primera pregunta la presentó la hermana Fulvia Sieni, agustina del monasterio de los Santos Cuatro Coronados: «Los monasterios viven un delicado equilibrio entre vida oculta y visibilidad, clausura y participación en la vida diocesana, silencio orante y Palabra que anuncia. ¿De qué modo un monasterio urbano puede enriquecerse y dejarse enriquecer por la vida espiritual de la diócesis y por otras formas de vida consagrada manteniéndose firme en sus normas monásticas?»

Usted habla de un delicado equilibrio entre vida oculta y visibilidad. Yo diré algo más: una *tensión* entre vida oculta y visibilidad. La vocación monástica es esta tensión, tensión en el sentido vital, tensión de fidelidad. El equilibrio se puede entender cómo «equilibramos, tanto de esta parte como de la otra...». En cambio, la tensión es la llamada de Dios hacia la vida oculta y la llamada de Dios a hacerse visibles de un cierto modo. ¿Pero cómo debe ser esa visibilidad y cómo debe ser esa vida oculta? Es la tensión que vosotras vivís en vuestra alma. Y esta es vuestra vocación: sois mujeres «en tensión»: en tensión entre esta actitud de buscar al Señor y ocultarse en el Señor, y esta llamada a dar un signo. Los muros del monasterio no son suficientes para dar ese signo. Recibí una carta, hace 6-7 meses, de una religiosa de clausura que había comenzado a trabajar con los pobres, en la portería; y luego salió a trabajar afuera con los pobres; y luego siguió adelante, más y más, y al final dijo: «Mi clausura es el mundo». Yo le respondí: «Dime, querida, ¿tú tienes reja portátil?». Esto es un error.

Otro error es no querer percibir nada, ver nada. «Padre, ¿pueden entrar las noticias en el monasterio?». ¡Deben! Pero no las noticias -digamos- de los medios de comunicación «de cotilleo»; las noticias de lo que sucede en el mundo, las noticias -por ejemplo- de las guerras, de las enfermedades, del sufrimiento de la gente. Por ello una de las cosas que nunca, nunca, debéis dejar es un tiempo para escuchar a la gente. Incluso en las horas de contemplación, de silencio... Algunos monasterios tienen la secretaría telefónica y la gente llama, pide oración por esto, por lo otro: esa conexión con el mundo es importante. En algunos monasterios se mira el telediario; no lo sé, esto es discernimiento de cada monasterio, según la regla. A otros llega el periódico, se lee; en otros se se hace esta conexión de otra forma. Pero siempre es importante la conexión con el mundo: saber qué sucede. Porque vuestra vocación no es un refugio; es ir precisamente al campo de batalla, es lucha, es llamar al corazón del Señor en favor de esa ciudad. Es como Moisés,

que mantenía las manos elevadas, rezando, mientras que el pueblo combatía (cf. *Ex* 17, 8-13).

Numerosas gracias llegan del Señor en esta tensión entre la vida oculta, la oración y estar atentos a las noticias de la gente. En esto la prudencia, el discernimiento, os hará comprender cuánto tiempo se dedica a una cosa y cuánto tiempo a otra. Hay también monasterios que ocupan media hora al día, una hora al día, para dar de comer a quienes se acercan a pedirlo; y esto no va contra la vida oculta en Dios. Es un servicio, es una sonrisa. La sonrisa de las religiosas de clausura abre el corazón. La sonrisa de las religiosas de clausura alimenta más que el pan a quienes acuden a ellas. Esta semana te toca a ti dar de comer durante esa media hora a los pobres que piden también un bocadillo. Quien esto, quien lo otro: esta semana te toca a ti sonreír a los necesitados. No os olvidéis de esto. A una religiosa que no sabe sonreír le falta algo.

En el monasterio hay problemas, luchas -como en toda familia-, pequeñas luchas, algún celo, esto, lo otro... Y esto nos hace entender cuánto sufre la gente en las familias, las luchas en las familias; cuando discuten marido y mujer y cuando hay celos; cuando se separan las familias... Cuando también vosotros tenéis este tipo de prueba -siempre están estas cosas-, percibir que ese no es el camino y ofrecer al Señor, buscando una senda de paz, dentro del monasterio, para que el Señor construya la paz en las familias, entre la gente.

«Pero, dígame Padre, nosotros leemos a menudo que en el mundo, en la ciudad, hay corrupción, ¿también en los monasterios puede haber corrupción?». Sí, cuando se pierde la memoria. Cuando se pierde la memoria. La memoria de la vocación, del primer encuentro con Dios, del carisma que fundó el monasterio. Cuando se pierde esta memoria y el espíritu comienza a ser mundano, piensa cosas mundanas y se pierde el celo de la oración de intercesión por la gente. Tú has dicho una palabra bella, bella, bella: «El monasterio está presente en la ciudad, Dios está en la ciudad y nosotros percibimos el bullicio de la ciudad». Estos ruidos, que son ruidos de vida, rumores de los problemas, rumores de mucha gente que va a trabajar, que regresa del trabajo, que piensa estas cosas, que ama...; este bullicio os debe impulsar a todos a luchar con Dios, con la valentía que tenía Moisés. Acuérdate cuando Moisés estaba triste porque el pueblo iba por un camino equivocado. El Señor perdió la paciencia y dijo a Moisés: «Destruiré a este pueblo. Pero tú permanece tranquilo, te haré jefe de otro pueblo». ¿Qué dijo Moisés? ¿Qué dijo? «¡No! Si tú destruyes a este pueblo, me destruyes también a mí» (cf. *Ex* 32, 9-14). Este vínculo con tu pueblo es la ciudad. Decir al Señor: «Esta es mi ciudad, es mi pueblo. Son mis hermanos y mis hermanas». Esto quiere decir dar la vida por el pueblo. Este delicado equilibrio, esta delicada tensión significa todo esto.

No sé como lo hacéis vosotras agustinas de los Santos Cuatro Coronados:

¿existe la posibilidad de recibir personas en el locutorio...? ¿Cuántas rejas tenéis? ¿Cuatro o cinco? O ya no existe la reja... Es verdad que se puede deslizar hacia algunas imprudencias, dejar tanto tiempo para hablar -santa Teresa dice muchas cosas sobre esto-, pero ver vuestra alegría, ver el compromiso de la oración, de la intercesión, hace mucho bien a la gente. Y vosotras, tras una media hora de conversación, volvéis al Señor. Esto es muy importante, muy importante. Porque la clausura siempre necesita esta conexión humana. Esto es muy importante.

La pregunta final es: ¿cómo puede un monasterio enriquecer y dejarse enriquecer por la vida espiritual de la diócesis y de las demás formas de vida consagrada, manteniéndose firme en sus normas monásticas? Sí, la diócesis: rezar por el obispo, los obispos auxiliares y los sacerdotes. Hay buenos confesores por todos lados. Algunos no tan buenos... Pero los hay buenos. Yo sé de sacerdotes que van a los monasterios a escuchar qué dice una religiosa, y hacéis mucho bien a los sacerdotes. Rezad por los sacerdotes. En este delicado equilibrio, en esta delicada tensión está también la oración por los sacerdotes. Pensad en santa Teresa del Niño Jesús... Rezar por los sacerdotes, pero también escuchar a los sacerdotes, escucharlos cuando se acercan, en esos minutos en el locutorio. Escuchar. Yo conozco muchos, muchos sacerdotes que -permitidme la palabra- se desahogan hablando con una religiosa de clausura. Y luego la sonrisa, la palabrita y la seguridad de la oración de la religiosa los renueva y vuelven a la parroquia felices. No sé si he respondido...

La segunda pregunta la hizo Iwona Langa, del Ordo virginum, Casa-familia Ain Karim: «El matrimonio y la virginidad cristiana son dos modos para realizar la vocación al amor. Fidelidad, perseverancia, unidad del corazón, son compromisos y desafíos tanto para los esposos cristianos como para nosotros consagrados: ¿cómo iluminar el camino los unos de los otros, los unos para los otros, y caminar juntos hacia el Reino?».

Mientras que la primera religiosa, hermana Fulvia Sieni, estaba -digamos- «en la cárcel», esta otra religiosa está... «en el camino». Las dos llevan la Palabra de Dios a la ciudad. Usted planteaba una hermosa pregunta: «El amor en el matrimonio y el amor en la vida consagrada, ¿es el mismo amor?». ¿Cuenta con las cualidades de perseverancia, de fidelidad, de unidad, de corazón? ¿Hay compromisos y desafíos? Por ello a las consagradas se las llama esposas del Señor. Se casan con el Señor. Yo tenía un tío cuya hija se hizo religiosa y decía: «Ahora yo soy suegro del Señor. Mi hija se casó con el Señor». En la consagración femenina hay una dimensión sponsal. En la consagración masculina también: al obispo se le llama «esposo de la Iglesia», porque ocupa el lugar de Jesús, esposo de la Iglesia. Pero esta dimensión femenina -voy un poco fuera de la pregunta, para luego volver a ella- en las mujeres es muy importante. Las religiosas son el icono de la Iglesia y de la Virgen. No olvidéis que la Iglesia es femenina: no es *el* Iglesia, es *la* Iglesia.

Y por ello la Iglesia es esposa de Jesús. Muchas veces olvidamos esto; y olvidamos este amor maternal de la religiosa, porque el amor de la Iglesia es maternal; este amor maternal de la religiosa, porque el amor de la Virgen es maternal. La fidelidad, la expresión del amor de la mujer consagrada, debe -pero no como un deber, sino por connaturalidad- reflejar la fidelidad, el amor, la ternura de la Madre Iglesia y de la Madre María. Una mujer que no entra, para consagrarse, por este camino, al final se equivoca. La maternidad de la mujer consagrada. Pensar mucho en esto. Cómo es maternal María y cómo es maternal la Iglesia.

Y tú preguntabas: ¿cómo iluminar el camino los unos de los otros, los unos para los otros, y caminar hacia el Reino? El amor de María y el amor de la Iglesia es un amor concreto. La realidad concreta es la calidad de esta maternidad de las mujeres, de las religiosas. Amor concreto. Cuando una religiosa comienza con las ideas, demasiadas ideas, demasiadas ideas... ¿Qué hacía santa Teresa? ¿Qué consejo daba santa Teresa, la grande, a la superiora? «Le dé un bistec y luego hablemos». Hacer que baje a la realidad. La realidad concreta. Y la realidad concreta del amor es muy difícil. Es muy difícil. Y aún más cuando se vive en comunidad, porque los problemas de la comunidad todos los conocemos: los celos, las habladurías; que esta superiora es esto, que la otra es lo otro... Estas cosas son cosas concretas, pero no son buenas. La realidad concreta de la bondad, del amor, que perdona todo. Si tiene que decir una verdad, que la diga de frente, pero con amor; reza antes de hacer una corrección y luego pide al Señor que siga adelante con la corrección. ¡Es el amor concreto! Una religiosa no puede permitirse un amor sobre las nubes; no, el amor es concreto.

Y, ¿cómo es la realidad concreta de la mujer consagrada? ¿Cómo es? Puedes encontrarla en dos pasajes del Evangelio. En las Bienaventuranzas: te dicen lo que tienes que hacer. Jesús, el programa de Jesús, es concreto. Muchas veces pienso que las Bienaventuranzas son la primera encíclica de la Iglesia. Es verdad, porque todo el programa está ahí. Y luego lo concreto lo encuentras en el protocolo a partir del cual todos nosotros seremos juzgados: Mateo 25. La realidad concreta de la mujer consagrada está ahí. Con estos dos pasajes tú puedes vivir toda la vida consagrada; con estas dos reglas, con estas dos cosas concretas, haciendo estas cosas concretas. Y haciendo estas cosas concretas puedes llegar también a un grado, a un nivel de santidad y oración muy grande. Pero lo concreto es necesario: el amor es concreto. Y vuestro amor de mujeres es un amor maternal concreto. Una mamá jamás habla mal de los hijos. Pero si tú eres una consagrada, en un convento o en una comunidad laical, tú tienes esta consagración maternal y no te es lícito criticar a las demás consagradas. No. Disculparlas siempre, siempre. Es hermoso ese pasaje de la autobiografía de santa Teresa del Niño Jesús, cuando encontraba a la hermana que la odiaba. ¿Qué hacía? Sonreía y seguía adelante. Una sonrisa de amor. ¿Y qué hacía cuando tenía que acompañar a la hermana

que siempre estaba descontenta, porque cojeaba de las dos piernas y la pobre estaba enferma? ¿Qué hacía? ¡Hacía lo mejor! La acompañaba bien y luego le cortaba también el pan, le hacía algo de más. Pero jamás la crítica oculta. Eso destruye la maternidad. Una mamá que critica, que habla mal de sus hijos no es madre. Creo que se dice «matrigna» en italiano... No es madre. Yo te diré esto: el amor -y tú ves que es también conyugal, es la misma figura, la figura de la maternidad en la Iglesia- es la realidad concreta. La realidad concreta. Os aconsejo hacer este ejercicio: leer con frecuencia las Bienaventuranzas y Mateo 25, el protocolo del juicio. Esto hace mucho bien para hacer concreto el Evangelio. No lo sé, ¿terminamos aquí?

La tercera pregunta la presentó el padre Gaetano Saracino, misionero escalabrianiano, párroco del Santísimo Redentor: ¿Cómo poner en común y hacer fructificar los dones de los cuales son portadores los diversos carismas en esta Iglesia local tan rica de talentos? A menudo es difícil incluso sólo la comunicación de los diversos itinerarios, somos incapaces de aunar fuerzas entre congregaciones, parroquias, otros organismos pastorales, asociaciones y movimientos laicales, casi como si hubiese competitividad en lugar de servicio compartido. A veces, además, nosotros consagrados nos sentimos como "tapa agujeros". ¿Cómo "caminar juntos"?».

Yo estuve en esa parroquia y conozco lo que hace este sacerdote revolucionario: trabaja bien. Trabaja bien. Tú has comenzado a hablar de la fiesta. Es una de las cosas que nosotros cristianos olvidamos: la fiesta. Y la fiesta es una categoría teológica, está también en la Biblia. Cuando volváis a casa, leed Deuteronomio 26. Allí Moisés, en nombre del Señor, dice lo que deben hacer los campesinos cada año: llevar los primeros frutos de la cosecha al templo. Dice así: «Ve al templo, lleva el cesto con los primeros frutos para ofrecerlos al Señor como acción de gracias». ¿Y luego? Primero, haz memoria. Y hace que reciten un breve credo: «Mi padre era un arameo errante, Dios lo llamó; fuimos esclavos en Egipto, pero el Señor nos liberó y nos dio esta tierra...» (cf. Dt 26, 5-9). Primero, la memoria. Segundo, dar el cesto al encargado. Tercero, da gracias al Señor. Y cuarto, vuelve a casa y haz fiesta. Haz fiesta e invita a los que no tienen familia, invita a los esclavos, a los que no son libres, también invita al vecino a la fiesta... La fiesta es una categoría teológica de la vida. Y no se puede vivir la vida consagrada sin esta dimensión festiva. Se hace fiesta. Pero hacer fiesta no es lo mismo que hacer ruido, bullicio... Hacer fiesta es lo que dice el pasaje que cité. Recordadlo: Deuteronomio 26. Al final hay una oración: es la alegría de recordar todo lo que el Señor hizo por nosotros; todo lo que me dio; también el fruto por el cual trabajé y hago fiesta. En las comunidades, también en las parroquias como en tu caso, donde no se hace fiesta -cuando se tiene ocasión de hacerla- falta algo. Son demasiado rígidos: «Nos hará bien a la disciplina». Todo ordenado: los niños hacen la Comunión, bellísima, se da una buena catequesis... Pero falta algo: ¡falta ruido,

falta sonido, falta fiesta! Falta el corazón festivo de una comunidad. La fiesta. Algunos escritores espirituales dicen que también la Eucaristía, la celebración de la Eucaristía es una fiesta: sí, tiene una dimensión festiva al conmemorar la muerte y la resurrección del Señor. Esto no he querido dejarlo pasar, porque no estaba precisamente en tu pregunta, sino en tu reflexión interior.

Y luego hablas de la competitividad entre esta parroquia y la otra, esta congregación y esa otra... Una de las cosas más difíciles para un obispo es crear armonía en la diócesis. Y tú dices: «Para el obispo, ¿los religiosos son tapa agujeros?». Algunas veces puede ser que sí... Pero yo te hago otra pregunta: Cuando te nombren obispo a ti, por ejemplo -ponte en el sitio del obispo-, tienes una parroquia, con un buen párroco religioso; tres años después viene el provincial y te dice: «A este lo cambio y en su lugar te envío a otro». También los obispos sufren por esa actitud. Muchas veces -no siempre, porque hay religiosos que entran en diálogo con el obispo- nosotros tenemos que hacer nuestra parte. «Hemos tenido un capítulo y el capítulo decidió esto...». Muchas religiosas y religiosos se pasan la vida si no es en capítulos, en versículos... Pero se la pasan siempre así. Yo me tomo la libertad de hablar así porque soy obispo y soy religioso. Y comprendo a ambas partes, y entiendo los problemas. Es verdad: la unidad entre los diversos carismas, la unidad del presbiterio, la unidad con el obispo... Y esto no es fácil encontrarlo: cada uno tira hacia su interés, no digo siempre, pero existe esa tendencia, es humana... Y hay algo de pecado detrás, pero es así. Es así. Por eso la Iglesia, en este momento, está pensando en ofrecer un antiguo documento, hay que retomarlo, sobre las relaciones entre el religioso y el obispo. El Sínodo del '94 había pedido reformarlo, el *Mutuae relationes* (14 de mayo de 1978). Han pasado muchos años y no se ha hecho. No es fácil la relación de los religiosos con el obispo, con la diócesis o con los sacerdotes no religiosos. Pero hay que comprometerse en el trabajo común. En las prefecturas, ¿cómo se trabaja a nivel pastoral en este barrio, todos juntos? Así se hace en la Iglesia. El obispo no debe usar a los religiosos como tapa agujeros, pero los religiosos no tienen que usar al obispo como si fuese el dueño de una empresa que da trabajo. No lo sé... Pero la fiesta, quiero volver al tema principal: cuando hay comunidad, sin intereses propios, siempre hay espíritu de fiesta. He visto tu parroquia y es verdad, tú sabes hacerlo. Gracias.

La cuarta pregunta la presentó el padre Gaetano Greco, terciario capuchino de la Dolorosa, capellán de la cárcel de menores de Casal del Marmo: «La vida consagrada es un don de Dios a la Iglesia, un don de Dios a su pueblo. No siempre, sin embargo, este don es apreciado y valorado en su identidad y en su especificidad. A menudo las comunidades, sobre todo femeninas, en nuestra Iglesia local tienen dificultades para encontrar serios acompañantes, formadores, directores espirituales, confesores. ¿Cómo redescubrir esta riqueza? La vida consagrada para el 80% tiene un rostro femenino. ¿Cómo se puede valorizar la presencia de la mujer y en particular de la mujer consagrada en la Iglesia?»

El padre Gaetano en su reflexión, mientras contaba su historia, habló de la «sustitución de 2-3 semanas» que tenía que hacer en la cárcel de menores. Y está allí desde hace 45 años, creo. Lo hizo por obediencia. «Tu lugar está allí», le dijo el superior. Y con gran pesar obedeció. Luego vio que ese acto de obediencia, lo que le había pedido el superior, era voluntad de Dios. Me permito, antes de responder a la pregunta, decir una palabra acerca de la obediencia. Cuando Pablo quiere anunciarnos el misterio de Jesucristo usa esta palabra; cuando quiere comunicarnos cómo fue la fecundidad de Jesucristo, usa esta palabra: «Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (cf. *Flp* 2, 8). Se humilló a sí mismo. Obedeció. El misterio de Cristo es un misterio de obediencia, y la obediencia es fecunda. Es verdad que como toda virtud, como cada espacio teológico, puede ser tentada de convertirse en una actitud disciplinar. Pero la obediencia en la vida consagrada es un misterio. Y así como dije que la mujer consagrada es icono de María y de la Iglesia, podemos decir que la obediencia es icono del camino de Jesús. Cuando Jesús se encarnó por obediencia, se hizo hombre por obediencia, hasta la cruz y la muerte. El misterio de la obediencia no se comprende si no es a la luz de este camino de Jesús. El misterio de la obediencia es un asemejarse a Jesús en el camino que Él quiso recorrer. Y los frutos se ven. Y doy las gracias al padre Gaetano por su testimonio en este punto, porque se dicen muchas palabras acerca de la obediencia -el diálogo previo, sí todas estas cosas son buenas, no son malas- pero, ¿qué es la obediencia? Consultad la Carta de san Pablo a los Filipenses, capítulo 2: es el misterio de Jesús. Sólo allí podemos comprender la obediencia. No en los capítulos generales o provinciales: allí se podrá profundizar, pero comprenderla, sólo en el misterio de Jesús.

Ahora pasemos a la pregunta: la vida consagrada es un don, un don de Dios a la Iglesia. Es verdad. Es un don de Dios. Vosotros habláis de la profecía: es un don de profecía. Es Dios presente, Dios que quiere hacerse presente con un don: elige hombres y mujeres, pero es un don, un don gratuito. También la vocación es un don, no es un reclutamiento de gente que quiere seguir ese camino. No, es el don al corazón de una persona; el don a una congregación; y también esa congregación es un don. No siempre, sin embargo, este don es apreciado y valorado en su identidad y en su especificidad. Esto es verdad. Existe la tentación de homologar a los consagrados, como si fuesen todos la misma cosa. En el Vaticano II se hizo una propuesta de ese tipo, de homologar a los consagrados. No, es un don con una identidad especial, que llega a través del don carismático que Dios hace a un hombre o a una mujer para formar una familia religiosa.

Y luego un problema: la cuestión de cómo se acompaña a los religiosos. A menudo las comunidades, sobre todo femeninas, en nuestra Iglesia local tienen inconvenientes para encontrar serios acompañantes, formadores, padres espirituales y confesores. O porque no comprenden lo que es la vida consagrada, o

porque quieren entremeterse en el carisma y dar interpretaciones que hacen mal al corazón de la religiosa... Estamos hablando de las religiosas que encuentran este inconveniente, pero también los hombres los tienen. Y no es fácil acompañar. No es fácil encontrar un confesor, un padre espiritual. No es fácil encontrar un hombre con rectitud de intención; y que la dirección espiritual, la confesión, no sea una conversación entre amigos pero sin profundidad; o encontrar a los rígidos, que no comprenden bien dónde está el problema, porque no entienden la vida religiosa... Yo, en la otra diócesis que tenía, aconsejaba siempre a las religiosas que venían a pedir consejo: «Dime, en tu comunidad o en tu congregación, ¿no hay una hermana sabia, una hermana que viva bien el carisma, una buena religiosa con experiencia? Haz la dirección espiritual con ella» -«Pero es mujer»-. «Es un carisma de los laicos». La dirección espiritual no es un carisma exclusivo de los presbíteros: es un carisma de los laicos. En el monacato primitivo los laicos eran los grandes directores. Ahora estoy leyendo la doctrina, precisamente sobre la obediencia, de san Silvano, un monje del Monte Athos. Era un carpintero, su profesión era carpintero, luego fue ecónomo, pero no era ni siquiera diácono; era un gran director espiritual. Es un carisma de los laicos. Y los superiores, cuando ven que un hombre o una mujer en la congregación o en la provincia tiene el carisma de padre espiritual, se debe tratar de ayudar a que se forme, para prestar ese servicio. No es fácil. Una cosa es el director espiritual y otra es el confesor. Al confesor voy, le digo mis pecados, escucho el bastonazo; luego me perdona todo y sigo adelante. Pero al director espiritual le tengo que decir lo que sucede en mi corazón. El examen de conciencia no es el mismo para la confesión y para la dirección espiritual. Para la confesión, debes buscar dónde has faltado, si has perdido la paciencia, si has tenido codicia: esas cosas, cosas concretas, que son pecaminosas. Pero para la dirección espiritual debes hacer un examen acerca de lo que ha sucedido en el corazón; qué moción del espíritu, si tuve desolación, si tuve consolación, si estoy cansado, por qué estoy triste: estas son las cosas que debo hablar con el director o la directora espiritual. Estas son las cosas. Los superiores tienen la responsabilidad de buscar quién, en la comunidad, en la congregación, en la provincia tiene este carisma, dar esta misión y formarlos, ayudarles en esto. Acompañar en el camino es ir paso a paso con el hermano o con la hermana consagrada. Creo que en esto aún somos inmaduros. No somos maduros en esto, porque la dirección espiritual viene del discernimiento. Pero cuando te encuentras ante hombres y mujeres consagrados que no saben discernir lo que sucede en su corazón, que no saben discernir una decisión, es una falta de dirección espiritual. Y esto sólo un hombre sabio, una mujer sabia puede hacerlo. Pero también formados. Hoy no se puede ir sólo con la buena voluntad: hoy el mundo es muy complejo y también las ciencias humanas nos ayudan, sin caer en el psicologismo, pero nos ayudan a ver el camino. Formarlos con la lec-

tura de los grandes, de los grandes directores y directoras espirituales, sobre todo del monacato. No sé si tenéis contacto con las obras del monacato primitivo: ¡cuánta sabiduría de dirección espiritual había allí! Es importante formarlos con esto. ¿Cómo redescubrir esta riqueza? La vida consagrada para el 80% tiene un rostro femenino: es verdad, hay más mujeres consagradas que hombres. ¿Cómo es posible valorar la presencia de la mujer, y en especial de la mujer consagrada, en la Iglesia? Me repito un poco en lo que estoy por decir: dar a la mujer consagrada también esta función que muchos creen que es sólo de los sacerdotes; y también hacer concreto el hecho de que la mujer consagrada es el rostro de la Madre Iglesia y de la Madre María, es decir, seguir adelante por el camino de la maternidad, y maternidad no es sólo tener hijos. La maternidad es acompañar en el crecimiento; la maternidad es pasar las horas junto a un enfermo, al hijo enfermo, al hermano enfermo; es entregar la vida en el amor, con el amor de ternura y de maternidad. Por este camino encontraremos aún más el papel de la mujer en la Iglesia.

El padre Gaetano trató varios temas, por esto se me hace difícil responder... Pero cuando me dicen: «¡No! En la Iglesia las mujeres deben ser jefes de dicasterio, por ejemplo». Sí, pueden, en algunos dicasterios pueden; pero esto que pides es un simple funcionalismo. Eso no es redescubrir el papel de la mujer en la Iglesia. Es más profundo y va por este camino. Sí, que haga estas cosas, que se las promueva -ahora en Roma hay una que es rectora de una universidad, y eso es bueno-; pero esto no es el triunfo. No, no. Esto es una gran cosa, es una cosa funcional; pero lo esencial del papel de la mujer tiene que ver -lo diré en términos no teológicos- con hacer que ella exprese su genio femenino. Cuando tratamos un problema entre hombres llegamos a una conclusión, pero si tratamos el mismo problema con las mujeres, la conclusión será distinta. Irá por el mismo camino, pero más rica, más fuerte, más intuitiva. Por eso la mujer en la Iglesia debe tener este papel; se debe explicitar, ayudar a explicitar de muchas formas el genio femenino.

Creo que con esto he respondido como he podido a las preguntas y a la tuya. Y a propósito de genio femenino, he hablado de sonrisa, he hablado de paciencia en la vida de comunidad, y quisiera decir una palabra a esta hermana que he saludado de 97 años: tiene 97 años... Está allí, la veo bien. Levante la mano, para que todos la vean... He intercambiado con ella dos o tres palabras, me miraba con ojos transparentes, me miraba con esa sonrisa de hermana, de mamá y de abuela. En ella quiero rendir homenaje a la perseverancia en la vida consagrada. Algunos creen que la vida consagrada es el paraíso en la tierra. ¡No! Tal vez el Purgatorio... Pero no el Paraíso. No es fácil seguir adelante. Y cuando veo a una persona que ha entregado su vida, doy gracias al Señor. A través de usted, hermana, doy las gracias a todas, y a todos los consagrados. ¡Muchas gracias!

Discurso del Papa Francisco a la 68 Asamblea Genreal de la Conferencia Episcopal Italiana

Aula del Sínodo. Lunes 18 de mayo de 2015

Queridos hermanos, ¡buenas tardes!

Os saludo a todos y saludo a los nuevos nombrados tras la última Asamblea, y también a los dos nuevos cardenales, creados después de la última Asamblea.

Cuando escucho este pasaje del Evangelio de san Marcos, pienso: ¡pero este san Marcos insiste con la Magdalena! Porque hasta el último momento nos recuerda que ella tenía siete demonios. Pero luego pienso: ¿cuántos he tenido yo? Y hago silencio.

Quisiera ante todo expresar mi agradecimiento por este encuentro, y por el tema que habéis elegido: la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*.

La alegría del Evangelio. En este momento histórico donde a menudo nos vemos bombardeados por noticias desalentadoras, por situaciones locales e internacionales que nos hacen experimentar aflicción y tribulación -en este marco realísticamente poco confortador-, nuestra vocación cristiana y episcopal es la de ir a contracorriente: o sea, ser testigos gozosos del Cristo Resucitado para transmitir alegría y esperanza a los demás. Nuestra vocación es escuchar lo que el Señor nos pide: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios» (Is 40, 1). En efecto, a nosotros se nos pide consolar, ayudar, alentar, sin distinción alguna, a todos nuestros hermanos oprimidos bajo el peso de sus cruces, acompañándolos, sin cansarnos jamás de trabajar para aliviarlos con la fuerza que viene sólo de Dios.

También Jesús nos dice: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente» (Mt 5, 13). Es tan desagradable encontrar a un consagrado abatido, desmotivado o apagado: él es como un pozo seco donde la gente no encuentra agua para saciar su sed.

Por ello hoy, al saber que habéis elegido como tema de este encuentro la exhortación *Evangelii gaudium*, quisiera escuchar vuestras ideas, vuestras preguntas, y compartir con vosotros algunas de mis preguntas y reflexiones.

Mis interrogantes y mis preocupaciones nacen de una visión global -no sólo de Italia, global- y sobre todo de los innumerables encuentros que he tenido en estos dos años con las Conferencias episcopales, donde he notado la importancia de lo que se puede definir la sensibilidad eclesial: o sea apropiarse de los sentimientos mismos de Cristo, de humildad, compasión, misericordia, concreción -la caridad de Cristo es concreta- y sabiduría.

La sensibilidad eclesial que comporta también no ser tímidos o irrelevantes a

la hora de denunciar y luchar contra una mentalidad generalizada de corrupción pública y privada que logró empobrecer, sin vergüenza alguna, a familias, jubilados, trabajadores honestos, comunidades cristianas, descartando a los jóvenes, sistemáticamente privados de todo tipo de esperanza para su futuro, y sobre todo marginando a los débiles y necesitados. Sensibilidad eclesial que, como buenos pastores, nos hace ir al encuentro del pueblo de Dios para defenderlo de las colonizaciones ideológicas que les quitan la identidad y la dignidad humanas.

La sensibilidad eclesial se manifiesta también en las decisiones pastorales y en la elaboración de los Documentos -los nuestros-, donde no debe prevalecer el aspecto teórico-doctrinal abstracto, como si nuestras orientaciones no estuviesen destinadas a nuestro pueblo o a nuestro país -sino sólo a algunos estudiosos y especialistas-, en cambio, debemos perseguir el esfuerzo de traducirlas en propuestas concretas y comprensibles.

La sensibilidad eclesial y pastoral se hace concreta también al reforzar el papel indispensable de los laicos dispuestos a asumir las responsabilidades que a ellos competen. En realidad, los laicos que tienen una formación cristiana auténtica, no deberían tener necesidad del obispo-piloto, o del monseñor-piloto o de un *input* clerical para asumir sus propias responsabilidades en todos los niveles, desde lo político a lo social, de lo económico a lo legislativo. En cambio, todos tienen necesidad del obispo pastor.

Por último, la sensibilidad eclesial se revela concretamente en la colegialidad y en la comunión entre los obispos y sus sacerdotes; en la comunión entre los obispos mismos; entre las diócesis ricas -material y vocacionalmente- y la que tienen dificultades; entre las periferias y el centro; entre las conferencias episcopales y los obispos con el sucesor de Pedro.

Se nota en algunas partes del mundo un generalizado debilitamiento de la colegialidad, tanto en la determinación de los planes pastorales como en compartir los compromisos programáticos económico-financieros. Falta el hábito de verificar la recepción de programas y la realización de los proyectos, por ejemplo: se organiza un congreso o un evento que, poniendo en evidencia las conocidas voces, narcotiza a las comunidades, homologando opciones, opiniones y personas. En lugar de dejarnos transportar hacia los horizontes donde nos pide ir el Espíritu Santo.

Otro ejemplo de falta de sensibilidad eclesial: ¿por qué se dejan envejecer tanto los institutos religiosos, monasterios, congregaciones, en tal medida que ya casi no son testimonios evangélicos fieles al carisma fundacional? ¿Por qué no se ponen medios para fusionarlos antes de que sea tarde desde muchos puntos de vista? Y esto es una cuestión mundial.

Me detengo aquí, después de haber querido ofrecer sólo algunos ejemplos acerca de la sensibilidad eclesial debilitada a causa de la continua confrontación

con los enormes problemas mundiales y de la crisis que no ha escatimado ni siquiera la misma identidad cristiana y eclesial.

Que el Señor -durante el Jubileo de la misericordia que iniciará el próximo 8 de diciembre- nos conceda «la alegría para redescubrir y hacer fecunda la misericordia de Dios, con la cual todos estamos llamados a dar consuelo a cada hombre y a cada mujer de nuestro tiempo... Encomendemos desde ahora este Año a la Madre de la misericordia, para que dirija su mirada sobre nosotros y vele sobre nuestro camino» (*Homilía* 13 de marzo de 2015).

Esto es sólo una introducción. Ahora dejo a vosotros el tiempo para proponer vuestras reflexiones, vuestras ideas, vuestras preguntas acerca de la *Evangelii gaudium* y todo lo que queráis preguntar. ¡Os agradezco mucho!

**Discurso del Papa Francisco
a los participantes en la Plenaria del Consejo Pontificio
para la Promoción de la Nueva Evangelización**

Sala del Consistorio. Viernes 29 de mayo de 2015

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra recibirlos al concluir la sesión plenaria que os ha ocupado con un tema de gran importancia para la vida de la Iglesia, como es la *relación entre evangelización y catequesis*. Acojo también de buen grado a los miembros del Consejo internacional para la catequesis, que ya es parte integrante de vuestro dicasterio. Agradezco a monseñor Rino Fisichella su saludo inicial y, juntamente con él, a todo el Consejo para la promoción de la nueva evangelización que ya está inmerso en la preparación del Jubileo extraordinario de la misericordia. Un Año santo que os he confiado a vosotros para que aparezca de forma más evidente que el don de la misericordia es el anuncio que la Iglesia está llamada a transmitir en su obra de evangelización en este tiempo de grandes cambios.

Precisamente estos cambios son una feliz provocación para captar los *signos de los tiempos* que el Señor ofrece a la Iglesia para que sea capaz -como lo supo hacer a lo largo de dos mil años- de llevar a Jesucristo a los hombres de nuestro tiempo. La misión es siempre idéntica, pero el *lenguaje* con el cual anunciar el Evangelio pide ser *renovado* con sabiduría pastoral. Esto es esencial tanto para ser comprendidos por nuestros contemporáneos como para que la Tradición católica pueda hablar a las culturas del mundo de hoy y ayudarles a abrirse a la perenne fecundidad del mensaje de Cristo. Son tiempos de grandes desafíos, que no debemos tener miedo de hacer nuestros. En efecto, sólo en la medida en que nos haremos cargo de los mismos seremos capaces de ofrecer respuestas coherentes, por haber sido elaboradas a la luz del Evangelio. Es esto lo que los hombres esperan de la Iglesia: que sepa *caminar con ellos ofreciendo la compañía del testimonio de la fe*, que hace solidarios con todos, en especial con quienes están más solos o son marginados. ¡Cuántos pobres -incluso pobres en la fe- esperan el Evangelio que libera! ¡Cuántos hombres y mujeres, en las periferias existenciales generadas por la sociedad consumista, atea, esperan nuestra cercanía y nuestra solidaridad! El Evangelio es el anuncio del amor de Dios que, en Jesucristo, nos llama a participar de su vida. La nueva evangelización, por lo tanto, es esto: tomar conciencia del amor misericordioso del Padre para convertirnos también nosotros en instrumentos de salvación para nuestros hermanos.

Esta conciencia, que ha sido sembrada en el corazón de cada cristiano el día de su Bautismo, pide crecer, junto con la vida de la gracia, para dar mucho fruto.

Es aquí donde se introduce el gran tema de la *catequesis como el espacio dentro del cual la vida de los cristianos madura al experimentar la misericordia de Dios*. No es una idea abstracta de misericordia, sino una experiencia concreta con la cual comprendemos nuestra debilidad y la fuerza que viene de lo alto. «Es bello que la oración cotidiana de la Iglesia inicie con estas palabras: “Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme” (*Sal 70, 2*). El auxilio que invocamos es ya el primer paso de la misericordia de Dios hacia nosotros. Él viene a salvarnos de la condición de debilidad en la que vivimos. Y su auxilio consiste en permitirnos captar su presencia y cercanía. Día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos» (*Misericordiae Vultus*, 14).

El *Espíritu Santo*, que es el protagonista de la evangelización, es también el artífice del crecimiento de la Iglesia en comprender la verdad de Cristo. Es Él quien *abre el corazón* de los creyentes y lo transforma para que el perdón recibido se convierta en experiencia de amor para los hermanos. Es siempre el Espíritu quien *abre la mente* de los discípulos de Cristo para comprender más en profundidad el compromiso requerido y las formas con las cuales dar consistencia y credibilidad al testimonio. Tenemos gran necesidad del Espíritu para que abra nuestra mente y nuestro corazón.

La pregunta sobre *cómo estamos educando en la fe*, por lo tanto, no es retórica, sino esencial. La respuesta requiere valentía, creatividad y decisión de emprender caminos a veces aún inexplorados. La catequesis, como componente del proceso de evangelización, necesita ir más allá del simple ámbito escolar, para educar a los creyentes, desde niños, a *encontrar a Cristo, vivo y operante en su Iglesia*. Es el encuentro con Él lo que suscita el deseo de conocerlo mejor y, por lo tanto, seguirlo para llegar a ser sus discípulos. El desafío de la nueva evangelización y de la catequesis, por lo tanto, se juega precisamente en este punto fundamental: *cómo encontrar a Cristo*, cuál es el lugar más coherente para encontrarlo y seguirlo.

Os aseguro mi cercanía y mi apoyo en esta tarea tan urgente para nuestras comunidades. Os encomiendo a la Virgen Madre de la Misericordia para que su apoyo y su intercesión os ayuden en esta ardua misión. Os bendigo de corazón y, por favor, os pido que recéis por mí.

Discurso del Papa Francisco a la Asamblea Diocesana de Roma

Plaza de San Pedro. Domingo 14 de junio de 2015

¡Buenas tardes!

Las previsiones de ayer por la noche anunciaban lluvia para hoy, para esta tarde y esta noche: ¡lluvia! Sí es verdad, lluvia de familias en la plaza de San Pedro. ¡Gracias!

Es hermoso encontraros al inicio de la Asamblea pastoral de nuestra diócesis de Roma. Os doy muchas gracias a vosotros padres, por haber aceptado la invitación de participar en tan gran número en este encuentro, que es importante para el camino de nuestra comunidad eclesial.

Como sabéis, desde hace algunos años estamos reflexionando y nos interrogamos acerca de cómo transmitir la fe a las nuevas generaciones de la ciudad que, también tras algunos hechos conocidos por todos, necesita un auténtico renacimiento moral y espiritual. Y esta es una tarea muy grande. Nuestra ciudad tiene que renacer moral y espiritualmente, porque parece que todo sea lo mismo, que todo sea relativo; que el Evangelio es sí una hermosa historia de cosas bonitas, que es hermoso leerlo, pero queda ahí, una idea. ¡No llega al corazón! Nuestra ciudad necesita este renacimiento. Y este compromiso es muy importante cuando hablamos de educación de adolescentes y jóvenes, de la cual los primeros responsables sois vosotros padres. Nuestros jóvenes empiezan a escuchar esas ideas raras, esas colonizaciones ideológicas que envenenan el alma y la familia: se debe actuar contra eso. Me decía, hace dos semanas, una persona, un hombre muy católico, bueno, joven, que sus chicos iban a primer y segundo grado, y que por la noche, él y su esposa, muchas veces tenían que «re-catequizar» a los niños, a los chicos, por lo que les informan algunos profesores de la escuela o por lo que decían los libros que daban allí. Esas colonizaciones ideológicas, que hacen tanto mal y destruyen una sociedad, un país, una familia. Es por ello que necesitamos un auténtico renacimiento moral y espiritual.

En octubre celebraremos un Sínodo sobre la familia, para ayudar a las familias a redescubrir la belleza de su vocación y a ser fieles. En la familia se viven las palabras de Jesús: «No hay amor más grande que este: dar la vida por los amigos» (cf. *Jn* 15, 13). Con vuestra relación conyugal, ejerciendo la paternidad y la maternidad donáis vuestra vida y sois la prueba de que vivir el Evangelio es posible: vivir el Evangelio es posible y hace felices. Y esta es la prueba, pero se hace en la familia. Esta tarde quisiera centrarme con vosotros en algunas sencillas palabras que expresan el misterio de vuestro ser padres. No sé si lograré decir todo lo que

quiero decir, pero al menos quisiera hablar de vocación, comunión y misión.

La primera palabra es *vocación*. San Pablo escribió que de Dios deriva toda paternidad (cf. *Ef* 3, 15) y podemos añadir que toda maternidad. Todos somos hijos, pero convertirse en papá y mamá es una llamada de Dios. Es una llamada de Dios, es una vocación. Dios es el amor eterno, que se dona incesantemente y nos llama a la existencia. Es un misterio que, sin embargo, la Providencia quiso confiar en especial al hombre y a la mujer, llamados a amarse totalmente y sin reservas, cooperando con Dios en este amor y en transmitir la vida a los hijos. El Señor os ha elegido para amaros y transmitir la vida. Estas dos cosas son la vocación de los padres. Se trata de una llamada bellísima porque hace que seamos, de una forma totalmente especial, a imagen y semejanza de Dios. Convertirse en papá y mamá significa realizarse plenamente, porque es llegar a ser semejantes a Dios. Esto no se dice en los periódicos, no aparece, pero es la verdad del amor. Convertirse en papá y mamá nos hace mucho más semejantes a Dios.

Como padres vosotros estáis llamados a recordar a todos los bautizados que cada uno, si bien de diferentes modos, está llamado a ser papá o mamá. También un sacerdote, una religiosa, un catequista están llamados a la paternidad y a la maternidad espiritual. En efecto, un hombre y una mujer eligen formar una familia porque Dios los llama luego de haberles hecho experimentar la belleza del amor. No la belleza de la pasión, no la belleza de un entusiasmo pasajero: ¡la belleza del amor! Y esto se debe descubrir todos los días, todos los días. Dios llama a convertirse en padres -hombres y mujeres- que creen en el amor, que creen en su belleza. Quisiera preguntaros, pero no respondáis, por favor: ¿Vosotros creéis en la belleza del amor? ¿Vosotros creéis en la grandeza del amor? ¿Tenéis fe en esto? ¿Tenéis fe? Se trata de una fe de todos los días. El amor es hermoso incluso cuando los padres pelean; es hermoso, porque al final hacen las paces. Es tan bonito construir la paz después de una guerra. ¡Es tan hermoso! Una belleza es el amor conyugal, que ni siquiera las más grandes dificultades de la vida son capaces de oscurecer.

En una ocasión un niño me dijo: «¡Qué hermoso, mis padres se dieron un beso!». Es hermoso cuando el niño ve que papá y mamá se besan. Un bonito testimonio.

Vuestros hijos, queridos padres, necesitan descubrir, mirando vuestra vida, que es hermoso amarse. Nunca olvidéis que vuestros hijos os miran siempre. ¿Recordáis esa película de hace unos veinte años que se llamaba «Los niños nos miran»? Los niños miran. Miran mucho, y cuando ven que papá y mamá se aman, los niños crecen en ese clima de amor, de felicidad y también de seguridad, porque no tienen miedo: saben que están seguros en el amor del papá y la mamá. Me permito decir algo feo, pero pensemos cuánto sufren los niños cuando ven a papá y mamá, todos los días, todos los días, todos los días, gritarse, insultarse,

incluso golpearse... Papá y mamá, cuándo caéis en estos pecados, ¿pensáis que las primeras víctimas son precisamente vuestros niños, vuestra misma carne? Es feo pensar en esto, pero es la realidad... Los niños nos miran. No os miran sólo cuando les enseñáis algo. Os miran cuando os habláis uno al otro, cuando volvéis del trabajo, cuando invitáis a vuestros amigos, cuando descansáis. Tratan de captar en vuestra mirada, en vuestras palabras, en vuestros gestos, si sois felices de ser padres, si sois felices de ser marido y mujer, si creéis que existe la bondad en el mundo. Os escrutan -no sólo os miran, os escrutan- para ver si es posible ser buenos y si es verdad que con el amor mutuo se supera toda dificultad.

Para un hijo no existe enseñanza y testimonio mayor que ver a sus padres que se aman con ternura, se respetan, son amables entre ellos, se perdonan mutuamente; esto llena de alegría y de felicidad auténtica el corazón de los hijos. Los hijos, antes de habitar en una casa construida con ladrillos habitan en otra casa, aún más esencial: habitan en el amor mutuo de los padres. Os pregunto, cada uno responda en su corazón: ¿vuestros hijos habitan en vuestro amor mutuo? Los padres tienen la vocación de amarse. Dios ha sembrado en su corazón la vocación al amor, porque Dios es amor. Y esta es vuestra vocación, de los padres: el amor. Pero pensad siempre en los niños, pensad siempre en los niños.

La segunda palabra que se me ocurre, el segundo tema sobre el cual reflexionar es *comunión*. Nosotros sabemos que Dios es comunión en la diversidad de las tres Personas de la Santísima Trinidad. Ser padres se fundamenta en la diversidad de ser, como recuerda la Biblia, varón y mujer. Esta es la «primera» y más fundamental diferencia, constitutiva del ser humano. Es una riqueza. Las diferencias son riquezas. Hay mucha gente que tiene miedo a las diferencias, pero son riquezas. Y esta diferencia es la «primera» y fundamental diferencia, constitutiva del ser humano. Cuando los novios vienen a casarse, me gusta decirle a él, después de hablar del Evangelio: «No olvides que tu vocación es hacer que tu esposa sea más mujer»; y a ella le digo: «tu vocación es hacer que tu marido sea más hombre». Y así se aman, pero se aman en las diferencias, más hombre y más mujer. Y este es el trabajo artesanal de cada día del matrimonio, de la familia; hacer que el otro crezca, pensar en el otro: el marido en la esposa, la esposa en el marido. Esto es comunión. Os cuento que muchas veces vienen aquí a la misa en Santa Marta parejas que cumplen 50°, incluso 60° aniversario de matrimonio. Y son felices, sonríen. Algunas veces he visto -más de una vez- al marido acariciar a la esposa. ¡Después de 50 años! Les hago esta pregunta: «Dime, ¿quién ha soportado a quién?». Y ellos responden siempre: «Los dos». El amor nos lleva a esto: a tener paciencia. Y en estos ancianos matrimonios, que son como el buen vino, que llega a ser más bueno cuando es más añejo, se ve este trabajo cotidiano del hombre por hacer más mujer a su esposa y de la mujer por hacer más hombre a su esposo. No tienen miedo a las diferencias. Este desafío de llevar adelante las diferencias,

este desafío los enriquece, los hace madurar, los hace grandes y tienen los ojos brillantes de alegría, de tantos años vividos así en el amor. Qué gran riqueza es esta diversidad, una diversidad que llega a ser complementariedad, pero también reciprocidad. Es como hacer un lazo el uno con el otro. Y esta reciprocidad y complementariedad en la diferencia es muy importante para los hijos. Los hijos maduran viendo a papá y mamá así; maduran la propia identidad en la confrontación con el amor, en la confrontación con esta diferencia. Nosotros hombres aprendemos a reconocer, a través de las figuras femeninas que encontramos en la vida, la extraordinaria belleza de la cual es portadora la mujer. Y las mujeres recorren un itinerario similar, aprendiendo de las figuras masculinas que el hombre es distinto y tiene un modo propio de sentir, comprender y vivir. Y esta comunión en la diversidad es muy importante también para la educación de los hijos, porque las mamás tienen una mayor sensibilidad para algunos aspectos de su vida, mientras que los papás la tienen para otros. Es hermoso este intercambio educativo, que pone al servicio del crecimiento de los hijos los diversos talentos de los padres. Es una cualidad importante, que se debe cultivar y custodiar.

Es muy doloroso cuando una familia vive una tensión que no se puede resolver, una fractura que no logra sanar. ¡Es doloroso! Cuando se presentan las primeras manifestaciones de esto, un papá y una mamá tienen el deber hacia ellos y hacia sus hijos de pedir ayuda, apoyo. Pedir ayuda ante todo a Dios. Recordad el relato de Jesús, lo conocéis bien: el Padre que sabe dar el primer paso hacia sus dos hijos, uno que dejó la casa y gastó todo, el otro que permaneció en casa... El Señor os dará la fuerza para comprender que se puede superar el mal, que la unidad es más grande que el conflicto, que se pueden curar las heridas que nos ocasionamos unos a otros, en nombre de un amor más grande, de ese amor que Él os ha llamado a vivir con el sacramento del matrimonio.

E incluso cuando la separación -tenemos que hablar también de esto- ya parece inevitable, sabed que la Iglesia os lleva en el corazón. Y que vuestra tarea educativa no se interrumpa: vosotros sois y seréis siempre papá y mamá, que no pueden vivir juntos por heridas, por problemas. Por favor buscad siempre un entendimiento, una colaboración, una armonía por el bien y la felicidad de vuestros hijos. Por favor, no usar a los hijos como rehenes. ¡No usar a los hijos como rehenes! Cuánto mal hacen los padres que se han separado, o que están separados en su corazón, cuando el papá habla mal al hijo de la mamá y la mamá le habla mal del papá. Esto es terrible, porque ese niño, ese joven, crece con una tensión que no sabe resolver y aprende el mal camino de la hipocresía, de decir lo que a cada uno le gusta para aprovecharse de la situación. ¡Esto es un mal terrible! Jamás, jamás hablar mal a los hijos del otro. ¡Jamás! Porque ellos son las primeras víctimas de esta lucha y -permitidme la palabra- también de ese odio muchas veces entre los dos. Los hijos son sagrados. ¡No herirlos! «Mira, papá y mamá no

se entienden, es mejor separarse. Pero, sabes -dice la mamá- tu papá es un buen hombre»; «sabes -dice el papá- tu mamá es una buena mujer». Se guardan los problemas para ellos, pero no los llevan a los hijos.

Está también el camino del perdón. Perdonaros y acoger mutuamente vuestros límites os ayudará también a comprender y aceptar las fragilidades y las debilidades de vuestros hijos. Ello es una ocasión para amarlos aún más y ayudarles a crecer. Sólo así ellos podrán no asustarse ante los propios límites, no perder la estima, sino seguir adelante. Un papá y una mamá que se aman saben cómo hablar al hijo o a la hija del hecho que se encuentra en un camino difícil; incluso cómo hablar sin palabras. Me decía un dirigente que su mamá había quedado viuda y él era el único hijo; a los 20 años era alcohólico y la mamá trabajaba como empleada doméstica; eran muy pobres, y cuando la mamá salía para ir al trabajo, lo miraba cómo dormía -pero él no dormía, la veía- y sin decir una palabra, se marchaba. Esta mirada de la mamá salvó al hijo, porque él dijo: «No puede ser que mi mamá vaya a trabajar y yo viva para emborracharme». Y este hombre cambió. La mirada, sin palabras, puede incluso salvar a los hijos. Los hijos perciben todo esto.

Y el don del matrimonio, que es tan bonito, tiene también una *misión*. Una misión que es muy importante.

Vosotros sois colaboradores del Espíritu Santo que nos susurra las palabras de Jesús. Sed también para vuestros hijos. Sed misioneros de vuestros hijos. Ellos aprenderán de vuestros labios y de vuestra vida que seguir al Señor dona entusiasmo, ganas de entregarse por los demás, dona esperanza siempre, también ante las dificultades y el dolor, porque nunca se está solo, sino siempre con el Señor y con los hermanos. Y esto es importante sobre todo en la edad de la pre-adolescencia, cuando la búsqueda de Dios se hace más consciente y las preguntas exigen respuestas bien fundadas.

Y no quisiera acabar sin decir una palabra a los abuelos, a nuestros abuelos. ¿Sabéis que en Roma los ancianos son el 21,5 por ciento de la población? Un cuarto de la población romana la forman los abuelos. En esta ciudad hay 617.635 abuelos. ¡Cuántos ancianos! Sólo una pregunta: en la familia, ¿tienen los abuelos un lugar digno? Ahora estoy seguro que sí, porque con la falta de trabajo van a los abuelos a buscar la pensión... Esto sí, se hace... Pero los abuelos, que son la sabiduría de un pueblo, que son la memoria de un pueblo, que son la sabiduría de la familia, ¿tienen un lugar digno? Los abuelos que salvaron la fe en muchos países donde estaba prohibido practicar la religión y llevaban a escondidas a bautizar a los niños; y los abuelos que enseñaban las oraciones. Hoy los abuelos están en el seno de la familia... Los abuelos son aburridos, hablan siempre de lo mismo, llevémoslos a una residencia de ancianos... Cuántas veces pensamos así. Estoy seguro que ya conté esta historia, una historia que escuché siendo niño, en mi casa.

Se cuenta que en una familia el abuelo vivía allí, con el hijo, la nuera, los nietos. Pero el abuelo había envejecido, había sufrido un pequeño ictus, era anciano y cuando comía en la mesa se ensuciaba un poco. El papá sentía vergüenza de su padre, y decía: «No podemos invitar gente a casa...». Y decidió hacer una mesita, en la cocina, para que el abuelo comiese solo en la cocina. La situación acabó así... Algunos días después, al llegar a casa después del trabajo encuentra a su hijo -de 6-7 años- jugando con madera, martillo y clavos... «¿Qué haces, niño?» - «Estoy haciendo una mesita...» - «¿Para qué?» - «Para que cuando tú seas anciano puedas comer solo como come el abuelo». No os avergoncéis del abuelo. No os avergoncéis de los ancianos. Ellos nos transmiten sabiduría, prudencia; nos ayudan mucho. Y cuando se enferman nos piden muchos sacrificios, es verdad. Algunas veces no hay otra solución más que llevarlos a una residencia... Pero que sea la última, la última cosa que se haga. Los abuelos en casa son una riqueza.

Muchas gracias por esto. Recordad: amor, amor. Sembrad amor. Recordad lo que dijo aquel niño: «Hoy vi a papá y mamá darse un beso». ¡Qué hermoso!

Discurso del Papa Francisco durante el encuentro con los jóvenes en su Visita Pastoral a Turín

Plaza Vittorio. Domingo 21 de junio de 2015

Gracias, Chiara, Sara e Luigi. Gracias porque las preguntas son sobre el tema de las tres palabras del evangelio de san Juan, que hemos escuchado: amor, vida, amigos. Tres palabras que en el texto de san Juan se entrelazan, y una explica la otra: no se puede hablar de la vida en el Evangelio sin hablar del amor -si hablamos de la vida verdadera-, y no se puede hablar del amor sin esta transformación de siervos a amigos. Estas tres palabras son muy importantes para la vida, pero las tres tienen una raíz común: el deseo de vivir. Y aquí me permito recordar las palabras del beato Pier Giorgio Frassati, un joven como vosotros: «¡Vivir, no ir tirando!». ¡Vivir!

Sabéis que es feo ver a un joven «inmóvil», que vive, pero vive como -permitidme la palabra- un vegetal: hace las cosas, pero la vida no es una vida que se mueve, está inmóvil. Y sabéis que me dan tanta tristeza en el corazón los jóvenes que se jubilan a los veinte años. Sí, han envejecido pronto... Por eso, cuando Chiara hacía esa pregunta sobre el amor: lo que hace que un joven no se jubile es el deseo de amar, el deseo de dar lo más hermoso que tiene el hombre, lo más hermoso que tiene Dios, porque la definición de Dios que da san Juan es «Dios es amor». Y cuando el joven ama, vive, crece, no se jubila. Crece, crece, crece y da.

Pero, ¿qué es el amor? «¿Es la telenovela, padre? ¿Lo que vemos en los culebrones televisivos?». Algunos piensan que eso es el amor. Hablar del amor es tan hermoso, se pueden decir cosas hermosas, hermosas, hermosas. Pero el amor tiene dos ejes sobre los que se mueve, y si una persona, un joven, no tiene estos dos ejes, estas dos dimensiones del amor, no es amor. Ante todo, *el amor está más en las obras que en las palabras: el amor es concreto*. A la familia salesiana, hace dos horas, le hablaba de lo concreto de su vocación... -¡Y veo que se sienten jóvenes, porque están aquí delante! ¡Se sienten jóvenes!-. El amor es concreto, está más en las obras que en las palabras. El amor no es solamente decir: «Te amo, amo a toda la gente». No. ¿Qué haces por amor? El amor se da. Pensad que Dios comenzó a hablar de amor cuando se comprometió con su pueblo, cuando eligió a su pueblo, hizo una alianza con su pueblo, salvó a su pueblo, lo perdonó muchas veces: -¡Dios tiene tanta paciencia!- hizo, hizo gestos de amor, obras de amor. Y la segunda dimensión, el segundo eje sobre el que gira el amor, es que *el amor siempre se comunica*, es decir, el amor escucha y responde, *el amor se manifiesta en el diálogo, en la comunicación*: se comunica. El amor no es ni sordo ni mudo, se comunica. Estas dos dimensiones son muy útiles para comprender qué es el amor, que no es un sentimiento romántico del momento o una historia, no, es

concreto, está en las obras. Y se comunica, es decir, está en el diálogo, siempre.

Así, Chiara, responderé a tu pregunta: «A menudo nos sentimos desilusionados precisamente en el amor. ¿En qué consiste la grandeza del amor de Jesús? ¿Cómo podemos experimentar su amor?». Y ahora, sé que sois buenos y me permitiréis hablar con sinceridad. No quiero ser moralista, pero quiero decir una palabra que no gusta, una palabra impopular. También el Papa debe arriesgar algunas veces en las cosas para decir la verdad. El amor está en las obras, en la comunicación, pero el amor es muy respetuoso de las personas, no usa a las personas, es decir, *el amor es casto*. Y a vosotros, jóvenes en este mundo, en este mundo hedonista, en este mundo donde solamente se publicita el placer, pasarlo bien, darse la buena vida, os digo: sed castos, sed castos.

Todos nosotros en la vida hemos pasado momentos en los que esta virtud era muy difícil, pero es precisamente el camino de un amor genuino, de un amor que sabe dar la vida, que no busca usar al otro para su propio placer. Es un amor que considera sagrada la vida de la otra persona: te respeto, no quiero usarte, no quiero usarte. No es fácil. Todos sabemos las dificultades para superar esta concepción «facilista» y hedonista del amor. Perdonadme si digo una cosa que no os esperabais, pero os pido: haced el esfuerzo de vivir castamente el amor.

Y de esto se deriva una consecuencia: si el amor es respetuoso, si el amor está en las obras, si el amor está en la comunicación, *el amor se sacrifica por los demás*. Mirad el amor de los padres, de tantas mamás, de tantos papás que por la mañana llegan cansados al trabajo porque no han dormido bien por cuidar a su propio hijo enfermo, ¡esto es amor! Esto es respeto. Esto no es pasarlo bien. Esto es -vayamos a otra palabra clave-, esto es «servicio». *El amor es servicio*. Es servir a los demás. Cuando Jesús, después del lavatorio de los pies, explicó el gesto a los Apóstoles, enseñó que hemos sido creados para servirnos unos a otros, y si digo que amo pero no sirvo al otro, no ayudo al otro, no le permito ir adelante, no me sacrifico por el otro, esto no es amor. Habéis llevado la cruz [la cruz de la Jornada mundial de la juventud]: allí está el signo del amor. La historia de amor de Dios comprometido en las obras y en el diálogo, con respeto, con perdón, con paciencia durante tantos siglos de historia con su pueblo, termina allí: su Hijo en la cruz, el servicio más grande, que es dar la vida, sacrificarse, ayudar a los demás. No es fácil hablar de amor, no es fácil vivir el amor. Pero con estas cosas que he respondido, Chiara, creo que te he ayudado en algo, en las preguntas que me hacías. No sé, espero que te sean útiles.

Y gracias a ti, Sara, apasionada del teatro. Gracias. «Pienso en las palabras de Jesús: dar la vida». Hemos hablado de ellas ahora. «A menudo respiramos un sentido de desconfianza en la vida». Sí, porque hay situaciones que nos hacen pensar: «Pero, ¿vale la pena vivir así? ¿Qué puedo esperar de esta vida?». Pensemos, en este mundo, en las guerras. Algunas veces he dicho que estamos viviendo

la tercera guerra mundial, pero a pedazos. A pedazos: En Europa hay guerra; en África hay guerra; en Oriente Medio hay guerra; en otros países hay guerra... Pero, ¿puedo tener confianza en una vida así? ¿Puedo fiarme de los dirigentes mundiales? Cuando voy a dar el voto a un candidato, ¿puedo confiar en que no lleve a mi país a la guerra? Si solamente te fías de los hombres, ¡has perdido! A mí me hace pensar una cosa: gente, dirigentes, empresarios que dicen ser cristianos, y ¡fabrican armas! Esto causa un poco de desconfianza: ¡dicen ser cristianos! «No, no, padre, no fabrico, no, no... Solamente tengo mis ahorros, mis inversiones en las fábricas de armas». ¡Ah! ¿Y por qué? «Porque los intereses son un poco más altos...». Y también tener dos caras es moneda corriente hoy: decir una cosa y hacer otra. La hipocresía... Pero veamos qué sucedió durante el siglo pasado: en el año 14, 15, concretamente en el 15. Se produjo la gran tragedia de Armenia. Muchos murieron. No sé la cifra: más de un millón, ciertamente. Pero, ¿dónde estaban las grandes potencias de entonces? Miraban hacia otra parte. ¿Por qué? Porque estaban interesadas en la guerra: ¡su guerra! Y estos que mueren, son personas, seres humanos de segunda clase. Después, en los años treinta-cuarenta, la tragedia de la Shoah. Las grandes potencias tenían las fotografías de las líneas ferroviarias que llevaban los trenes a los campos de concentración, como Auschwitz, para asesinar a los judíos, y también a los cristianos, también a los gitanos, también a los homosexuales, para asesinarlos allí. Pero dime, ¿por qué no lo bombardearon? ¡El interés! Y algo después, casi contemporáneamente, los gulags en Rusia: Stalin... ¡Cuántos cristianos sufrieron, fueron asesinados! Las grandes potencias se dividían Europa como una torta. Tuvieron que pasar muchos años antes de llegar a «cierta» libertad. Existe la hipocresía de hablar de paz y fabricar armas, e incluso vender armas a este que está en guerra con aquel, y a aquel que está en guerra con este.

Comprendo lo que dices de la desconfianza en la vida; también hoy estamos viviendo en la cultura del descarte. Porque lo que no tiene utilidad económica, se descarta. Se descarta a los niños, porque no se conciben o porque los asesinan antes de que nazcan; se descarta a los ancianos, porque no sirven y los abandonan para que mueran, una especie de eutanasia escondida, y no los ayudan a vivir; y ahora se descarta a los jóvenes: piensa en ese cuarenta por ciento de jóvenes aquí, sin trabajo. ¡Es precisamente un descarte! Pero, ¿por qué? Porque en el sistema económico mundial el hombre y la mujer no están en el centro, como quiere Dios, sino el dios dinero. Y todo se hace por dinero. En español existe un hermoso dicho que reza así: «*Por la plata baila el mono*». Y así, con esta cultura del descarte, ¿se puede confiar en la vida con ese sentido de desconfianza que aumenta, aumenta, aumenta? Un joven que no puede estudiar, que no tiene trabajo, que tiene vergüenza de no sentirse digno porque no tiene trabajo, porque no se gana la vida. Pero, ¿cuántas veces estos jóvenes terminan en las dependen-

cias? ¿Cuántas veces se suicidan? Las estadísticas sobre suicidios de jóvenes no se conocen bien. O cuántas veces estos jóvenes van a luchar con los terroristas, al menos para hacer algo, por un ideal. Comprendo este desafío. Y por eso Jesús nos decía que no pongamos nuestra seguridad en las riquezas, en los poderes mundanos. ¿Cómo puedo confiar en la vida? ¿Cómo puedo hacer, cómo puedo vivir una vida que no destruya, que no sea una vida de destrucción, una vida que no descarte a las personas? ¿Cómo puedo vivir una vida que no me desilusione?

Y paso a dar la respuesta a la pregunta de Luigi: él hablaba de un proyecto de comunión, es decir, de unión, de construcción. Debemos ir adelante con nuestros proyectos de construcción, y esta vida no desilusiona. Si te implicas en un proyecto de construcción, de ayuda -pensemos en los niños de la calle, los inmigrantes, en tantos necesitados-, pero no sólo para darles de comer un día, dos días, sino para promoverlos con la educación, con la unidad en la alegría de los oratorios y tantas cosas, pero cosas que construyen, entonces ese sentido de desconfianza en la vida se aleja, se va. ¿Qué debo hacer para esto? No jubilarme muy pronto: hacer. Hacer. Y diré una palabra: *hacer a contracorriente*. Hacer a contracorriente. Para vosotros, jóvenes que vivís esta situación económica, también cultural, hedonista, consumista, con los valores de «burbujas de jabón», con estos valores no se va adelante. Hacer cosas constructivas, aunque pequeñas, pero que nos reúnan, nos unan entre nosotros, con nuestros ideales: este es el mejor antídoto contra esta desconfianza en la vida, contra esta cultura que solamente te ofrece el placer: pasarlo bien, tener dinero y no pensar en otras cosas.

Gracias por las preguntas. A ti, Luigi, te he respondido en parte, ¿no? Hacer a contracorriente, es decir, ser valiente y creativo, ser creativo. El verano pasado recibí, una tarde -era agosto... Roma estaba muerta- me había hablado por teléfono un grupo de muchachos y muchachas que estaban haciendo campismo en varias ciudades de Italia, y vinieron a verme -les había dicho que vinieran a verme-, pero pobres, todos sucios, cansados..., pero ¡felices! ¡Porque habían hecho algo «a contracorriente»!

Tantas veces las publicidades quieren convencernos de que esto es hermoso, de que esto es bueno, y nos hacen creer que son «diamantes»; pero, mirad, ¡nos venden vidrio! Y debemos ir contra esto, no ser ingenuos. No comprar basuras, que nos dicen que son diamantes.

Y, para terminar, quiero repetir las palabras de Pier Giorgio Frassati: Si queréis hacer algo bueno en la vida, vivid, no vayáis tirando. ¡Vivid!

Pero sois inteligentes y seguramente me diréis: «Pero, padre, usted habla así porque está en el Vaticano, tiene a tantos monseñores allí que le hacen el trabajo, usted está tranquilo y no sabe qué es la vida de cada día...». Y sí, alguno puede pensar así. El secreto es comprender bien dónde se vive. En esta tierra -y esto también lo dije a la familia salesiana-, a fines del siglo XIX, había condiciones

más difíciles para el crecimiento de la juventud: estaba la masonería en pleno, incluso la Iglesia no podía hacer nada, estaban los anticlericales, también estaban los satanistas... Era uno de los momentos más difíciles y uno de los lugares más feos de la historia de Italia. Pero si queréis hacer una hermosa tarea en casa, buscad cuántos santos y cuántas santas nacieron en aquel tiempo. ¿Por qué? Porque se dieron cuenta de que debían ir a contracorriente respecto a esa cultura, a ese modo de vivir. La realidad, vivir la realidad. Y si esta realidad es vidrio y no diamante, busco la realidad a contracorriente y construyo mi realidad, pero una cosa que esté al servicio de los demás. Pensad en vuestros santos de esta tierra, ¡qué hicieron!

Y gracias, gracias, muchas gracias. Siempre amor, vida, amigos. Pero solamente se pueden vivir estas palabras «en salida»: saliendo siempre para llevar algo. Si permaneces inmóvil, no harás nada en la vida y arruinarás la tuya.

Me olvidaba de deciros que ahora os entregaré el discurso escrito. Conocía vuestras preguntas, y escribí algo sobre vuestras preguntas; pero no es lo que he dicho, esto me ha venido del corazón; y entrego el discurso al encargado, y tú lo haces público [entrega los papeles al sacerdote encargado de la pastoral juvenil]. Aquí sois muchos los universitarios, pero guardaos de creer que la universidad es solamente estudiar con la cabeza: ser universitario también significa salir, salir a servir, sobre todo a los pobres. Gracias.

Discurso preparado por el Santo Padre

Queridos jóvenes:

Os agradezco esta acogida calurosa. Y gracias por vuestras preguntas, que nos llevan al corazón del Evangelio.

La primera, *sobre el amor*, nos interroga sobre el sentido profundo del amor de Dios, ofrecido a nosotros por el Señor Jesús. Él nos muestra hasta dónde llega el amor: hasta el don total de sí mismos, hasta dar la propia vida, como contemplamos en el misterio de la Sábana Santa, cuando en ella reconocemos la imagen del «*amor más grande*». Pero este don de nosotros mismos no se debe imaginar como un insólito gesto heroico o reservado para algunas ocasiones excepcionales. Podríamos, en efecto, correr el peligro de cantar el amor, de soñar el amor, de aplaudirle al amor... sin dejarnos tocar y abrazar por él. La grandeza del amor se revela en atender a quien tiene necesidad, con fidelidad y paciencia; por lo que en el amor es grande quien sabe hacerse pequeño para los demás, como Jesús que se hizo siervo. Amar es hacerse próximo, tocar la carne de Cristo en los pobres y los últimos, abrir a la gracia de Dios las necesidades, los llamamientos, las soledades de las personas que nos rodean. El amor de Dios, entonces, entra, transforma y

hace grandes las cosas pequeñas, las convierte en signo de su presencia. San Juan Bosco es para nosotros maestro, precisamente por su capacidad de amar y educar a partir de la cercanía que él vivía con los niños y los jóvenes.

A la luz de esta transformación, fruto del amor, podemos responder a la segunda pregunta, sobre la *desconfianza en la vida*. La falta de trabajo y de perspectivas para el futuro ciertamente contribuye a frenar el movimiento mismo de la vida, poniendo a muchos a la defensiva: pensar en sí mismos, gestionar tiempo y recursos en función del propio bien, limitar los riesgos de cualquier generosidad... Son todos síntomas de una vida paralizada, preservada a todos los costes y que, al final, puede llevar también a la resignación y al cinismo. Jesús nos enseña, en cambio, a recorrer el camino contrario: «el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará» (Lc 9, 24).

Eso significa que no debemos esperar circunstancias externas favorables para arriesgarnos, sino que, al contrario, sólo comprometiendo la vida -conscientes de perderla- podemos crear para los demás y para nosotros las condiciones de una confianza nueva para el futuro. Y aquí el pensamiento se dirige espontáneamente a un joven que entregó verdaderamente así su vida, tanto que llegó a ser modelo de confianza y audacia evangélica para las jóvenes generaciones de Italia y el mundo: el beato Pier Giorgio Frassati. Uno de sus lemas era: «Vivir, no ir tirando». Este es el camino para experimentar en plenitud la fuerza y la alegría del Evangelio. Así, no sólo reencontraréis la confianza en el futuro, sino que seréis capaces de generar esperanza entre vuestros amigos y en los ambientes en los que vivís.

Una gran pasión de Pier Giorgio Frassati era la amistad. Y vuestra tercera pregunta decía, precisamente: *¿Cómo vivir la amistad de modo abierto, capaz de transmitir la alegría del Evangelio?* Supe que esta plaza en la que nos encontramos, por las tardes de los viernes y sábados, es muy frecuentada por jóvenes. Sucede así en todas nuestras ciudades y países. Pienso que también algunos de vosotros os encontráis aquí o en otras plazas con vuestros amigos. Y entonces os hago una pregunta: -cada uno piense y responda para sí- en esos momentos, cuando estáis en compañía, sois capaces de «transparentar» vuestra amistad con Jesús en las actitudes, en el modo de comportaros? ¿Pensáis de vez en cuando, también en el tiempo libre, en el descanso, que sois pequeños sarmientos unidos a la Vid que es Jesús? Os aseguro que pensando con fe en esta realidad, sentiréis fluir en vosotros la «savia» del Espíritu Santo, daréis fruto, casi sin daros cuenta: sabréis ser valientes, pacientes, humildes, capaces de compartir, pero también de diferenciaros, de gozar con quien goza y de llorar con quien llora, sabréis querer a quien no os quiere, responder al mal con el bien. Y, así, anunciaréis el Evangelio.

Los santos y santas de Turín nos enseñan que cada renovación, también la de la Iglesia, pasa a través de nuestra conversión personal, a través de esa apertura de

corazón que acoge y reconoce las sorpresas de Dios, impulsados por el «*amor más grande*» (cf. 2 Cor 5, 14), que nos hace amigos también de las personas solas, que sufren y son marginadas.

Queridos jóvenes, juntos con estos hermanos y hermanas mayores que son los santos, en la familia de la Iglesia nosotros tenemos una Madre, no lo olvidemos. Deseo que os encomendéis plenamente a esta tierna Madre, que indicó la presencia del «*amor más grande*» precisamente en medio de los jóvenes, en una fiesta de bodas. La Virgen «es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas» (Ex. ap. *Evangelii gaudium*, 286). Pidamos para que no deje que nos falte el vino de la alegría.

Gracias a todos vosotros. Dios os bendiga a todos. Y, por favor, rezad por mí.

HOMILÍAS

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa y Ordenaciones Sacerdotales

Basílica Vaticana. IV Domingo de Pascua, 26 de abril de 2015

Muy queridos hermanos:

Estos hijos nuestros han sido llamados al orden del presbiterado. Nos hará bien reflexionar un poco a qué ministerio serán elevados en la Iglesia. Como sabéis bien, el Señor Jesús es el único Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, pero en Él también todo el pueblo santo de Dios ha sido constituido pueblo sacerdotal. ¡Todos nosotros! Sin embargo, entre todos sus discípulos, el Señor Jesús quiere elegir a algunos en particular, para que, ejercitando públicamente en la Iglesia y en su nombre el oficio sacerdotal a favor de todos los hombres, continúen su misión personal de maestro, sacerdote y pastor.

En efecto, así como el Padre le envió para esto, así Él, a su vez, envió al mundo primero a los apóstoles y luego a los obispos y a sus sucesores, a quienes por último les dieron como colaboradores a los presbíteros, que, al estar unidos en el ministerio sacerdotal, están llamados al servicio del pueblo de Dios.

Ellos reflexionaron sobre su vocación, y ahora vienen para recibir el orden de los presbíteros. Y el obispo corre el riesgo -¡corre el riesgo!- y los elige, como el Padre corrió el riesgo por cada uno de nosotros.

Ellos serán en efecto configurados con Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, o sea, serán consagrados como auténticos sacerdotes del Nuevo Testamento, y con este título, que los une en el sacerdocio a su obispo, serán predicadores del Evangelio, pastores del pueblo de Dios, y presidirán los actos de culto, especialmente en la celebración del sacrificio del Señor.

En cuanto a vosotros, que vais a ser promovidos al orden del presbiterado, considerad que al ejercer el ministerio de la sagrada doctrina participaréis de la misión de Cristo, único Maestro. Dispensad a todos la Palabra de Dios, que vosotros mismos habéis recibido con alegría. Leed y meditaad asiduamente la Palabra del Señor para creer lo que habéis leído, enseñar lo que habéis aprendido en la fe y vivir lo que habéis enseñado. Y que eso sea el alimento del pueblo de Dios; que vuestras homilías no sean aburridas; que vuestras homilías lleguen precisamente al corazón de la gente porque brotan de vuestro corazón, porque lo que vosotros les decís es lo que tenéis en vuestro corazón. Así se da la Palabra de Dios y así vuestra doctrina será alegría y sostén para los fieles de Cristo; el perfume de vuestra vida será el testimonio, porque el ejemplo edifica, pero las palabras

sin ejemplo son palabras vacías, son ideas y nunca llegan al corazón e incluso hacen mal: ¡no hacen bien! Vosotros continuaréis la obra santificadora de Cristo. Mediante vuestro ministerio, el sacrificio espiritual de los fieles se hace perfecto, porque se une al sacrificio de Cristo, que por vuestras manos, en nombre de toda la Iglesia, se ofrece de modo incruento en el altar durante la celebración de los santos misterios.

Cuando celebréis la misa, reconoced por tanto lo que hacéis. ¡No lo hagáis de prisa! Imitad lo que celebráis -no es un rito artificial, un ritual artificial- para que de esta manera, al participar en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, llevéis en vosotros la muerte de Cristo y caminéis con Él en una nueva vida.

Con el Bautismo agregaréis nuevos fieles al pueblo de Dios. ¡Jamás hay que negar el Bautismo a quien lo pide! Con el sacramento de la Penitencia perdonaréis los pecados en el nombre de Cristo y la Iglesia. Y yo, en nombre de Jesucristo, el Señor, y de su Esposa, la santa Iglesia, os pido que no os canséis de ser misericordiosos. En el confesonario estaréis para perdonar, no para condenar. Imitad al Padre que nunca se cansa de perdonar. Con el óleo santo aliviaréis a los enfermos. Al celebrar los sagrados ritos y elevando en los diversas horas del día la oración de alabanza y de súplica, os haréis voz del pueblo de Dios y de toda la humanidad.

Conscientes de que habéis sido elegidos entre los hombres y constituidos en su favor para atender las cosas de Dios, desempeñad con alegría y caridad sincera la obra sacerdotal de Cristo, con la intención de agradar únicamente a Dios y no a vosotros mismos. Es feo un sacerdote que vive para agradarse a sí mismo, que «se pavonea».

Por último, participando en la misión de Cristo, Jefe y Pastor, en comunión filial con vuestro obispo, comprometedos a unir a los fieles en una sola familia -sed ministros de la unidad en la Iglesia, en la familia-, para conducirlos a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo. Y tened siempre ante vuestros ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no vino a ser servido, sino a servir; no para permanecer en sus comodidades, sino para salir, buscar y salvar lo que estaba perdido.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa en la solemnidad de Pentecostés

Basílica Vaticana. Domingo 24 de mayo de 2015

«Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo... recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 21.22), así dice Jesús. La efusión que se dio en la tarde de la resurrección se repite en el día de Pentecostés, reforzada por extraordinarias manifestaciones exteriores. La tarde de Pascua Jesús se aparece a sus discípulos y sopla sobre ellos su Espíritu (cf. Jn 20, 22); en la mañana de Pentecostés la efusión se produce de manera fragorosa, como un viento que se abate impetuoso sobre la casa e irrumpe en las mentes y en los corazones de los Apóstoles. En consecuencia reciben una energía tal que los empuja a anunciar en diversos idiomas el evento de la resurrección de Cristo: «Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas» (Hch 2, 4). Junto a ellos estaba María, la Madre de Jesús, la primera discípula, y allí Madre de la Iglesia naciente. Con su paz, con su sonrisa, con su maternidad, acompañaba el gozo de la joven Esposa, la Iglesia de Jesús.

La Palabra de Dios, hoy de modo especial, nos dice que el Espíritu actúa, en las personas y en las comunidades que están colmadas de él, las hace capaces de recibir a Dios “*Capax Dei*”, dicen los Santos Padres. Y ¿Qué es lo que hace el Espíritu Santo mediante esta nueva capacidad que nos da? *Guía hasta la verdad plena* (Jn 16, 13), *renueva la tierra* (Sal 103) y *da sus frutos* (Ga 5, 22-23). Guía, renueva y fructifica.

En el Evangelio, Jesús promete a sus discípulos que, cuando él haya regresado al Padre, vendrá el Espíritu Santo que los «guiará hasta la verdad plena» (Jn 16, 13). Lo llama precisamente «Espíritu de la verdad» y les explica que su acción será la de introducirles cada vez más en la comprensión de aquello que él, el Mesías, ha dicho y hecho, de modo particular de su muerte y de su resurrección. A los Apóstoles, incapaces de soportar el escándalo de la pasión de su Maestro, el Espíritu les dará una nueva clave de lectura para introducirles en la verdad y en la belleza del evento de la salvación. Estos hombres, antes asustados y paralizados, encerrados en el cenáculo para evitar las consecuencias del viernes santo, ya no se avergonzarán de ser discípulos de Cristo, ya no temblarán ante los tribunales humanos. Gracias al Espíritu Santo del cual están llenos, ellos comprenden «toda la verdad», esto es: que la muerte de Jesús no es su derrota, sino la expresión extrema del amor de Dios. Amor que en la Resurrección vence a la muerte y exalta a Jesús como el Viviente, el Señor, el Redentor del hombre, el Señor de la historia y del mundo. Y esta realidad, de la cual ellos son testigos, se convierte en Buena Noticia que se debe anunciar a todos.

El Espíritu Santo renueva –guía y renueva– *renueva la tierra*. El Salmo dice: «Envías tu espíritu... y repueblas la faz tierra» (Sal 103, 30). El relato de los

Hechos de los Apóstoles sobre el nacimiento de la Iglesia encuentra una correspondencia significativa en este salmo, que es una gran alabanza a Dios Creador. El Espíritu Santo que Cristo ha mandado de junto al Padre, y el Espíritu Creador que ha dado vida a cada cosa, son uno y el mismo. Por eso, el respeto de la creación es una exigencia de nuestra fe: el “jardín” en el cual vivimos no se nos ha confiado para que abusemos de él, sino para que lo cultivemos y lo custodiamos con respeto (cf. *Gn* 2, 15). Pero esto es posible solamente si Adán – el hombre formado con tierra – se deja a su vez renovar por el Espíritu Santo, si se deja reformar por el Padre según el modelo de Cristo, nuevo Adán. Entonces sí, renovados por el Espíritu, podemos vivir la libertad de los hijos en armonía con toda la creación y en cada criatura podemos reconocer un reflejo de la gloria del Creador, como afirma otro salmo: «¡Señor, Dios nuestro, que admirable es tu nombre en toda la tierra!» (*Sal* 8, 2.10). Guía, renueva y da, da fruto.

En la carta a los Gálatas, san Pablo quiere mostrar cual es el “*fruto*” que se manifiesta en la vida de aquellos que caminan según el Espíritu (cf. 5, 22). Por un lado está la «carne», acompañada por sus vicios que el Apóstol nombra, y que son las obras del hombre egoísta, cerrado a la acción de la gracia de Dios. En cambio, en el hombre que con fe deja que el Espíritu de Dios irrumpa en él, florecen los dones divinos, resumidos en las nueve virtudes gozosas que Pablo llama «fruto del Espíritu». De aquí la llamada, repetida al inicio y en la conclusión, como un programa de vida: «Caminad según el Espíritu» (*Ga* 5, 16.25).

El mundo tiene necesidad de hombres y mujeres no cerrados, sino llenos de Espíritu Santo. El estar cerrados al Espíritu Santo no es solamente falta de libertad, sino también pecado. Existen muchos modos de cerrarse al Espíritu Santo: en el egoísmo del propio interés, en el legalismo rígido – como la actitud de los doctores de la ley que Jesús llama hipócritas –, en la falta de memoria de todo aquello que Jesús ha enseñado, en el vivir la vida cristiana no como servicio sino como interés personal, entre otras cosas. En cambio, el mundo tiene necesidad del valor, de la esperanza, de la fe y de la perseverancia de los discípulos de Cristo. El mundo necesita los frutos, los dones del Espíritu Santo, como enumera san Pablo: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (*Ga* 5, 22). El don del Espíritu Santo ha sido dado en abundancia a la Iglesia y a cada uno de nosotros, para que podamos vivir con fe genuina y caridad operante, para que podamos difundir la semilla de la reconciliación y de la paz. Reforzados por el Espíritu Santo –que guía, nos guía a la verdad, que nos renueva a nosotros y a toda la tierra, y que nos da los frutos– reforzados en el espíritu y por estos múltiples dones, llegamos a ser capaces de luchar, sin concesión alguna, contra el pecado, de luchar, sin concesión alguna, contra la corrupción que, día tras día, se extiende cada vez más en el mundo, y de dedicarnos con paciente perseverancia a las obras de la justicia y de la paz.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa, procesión a Santa María Mayor y bendición Eucarística en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

Plaza de San Juan de Letrán, Roma. Jueves 4 de junio de 2015.

Hemos escuchado: en la [Última] Cena Jesús entregó su Cuerpo y su Sangre mediante el pan y el vino, para dejarnos el memorial de su sacrificio de amor infinito. Y con este «viático» lleno de gracia, los discípulos tienen todo lo necesario para su camino a lo largo de la historia, para llevar a todos el reino de Dios. Luz y fuerza será para ellos el don que Jesús hizo de sí mismo, inmolándose voluntariamente en la cruz. Y este Pan de vida ha llegado hasta nosotros. Ante esta realidad nunca acaba el asombro de la Iglesia. Un asombro que alimenta siempre la contemplación, la adoración, y la memoria. Nos lo demuestra un texto muy bonito de la Liturgia de hoy, el Responsorio de la segunda lectura del Oficio de lecturas, que dice así: «Reconoced en el pan al mismo que pendió en la cruz; reconoced en el cáliz la sangre que brotó de su costado. Tomad, pues, y comed el cuerpo de Cristo, tomad y bebed su sangre. Sois ya miembros de Cristo. Comed el vínculo que os mantiene unidos, no sea que os disgreguéis; bebed el precio de vuestra redención, no sea que os deprecéis».

Existe un peligro, existe una amenaza: disgregarnos, despreciarnos. ¿Qué significa, hoy, este *disgregarnos y despreciarnos*?

Nosotros *nos disgregamos* cuando no somos dóciles a la Palabra del Señor, cuando no vivimos la fraternidad entre nosotros, cuando competimos por ocupar los primeros sitios -los trepadores-, cuando no encontramos la valentía de testimoniar la caridad, cuando no somos capaces de dar esperanza. Así nos disgregamos. La Eucaristía nos ayuda a no disgregarnos, porque es vínculo de comunión, es realización de la Alianza, signo vivo del amor de Cristo que se humilló y abajó para que nosotros permaneciésemos unidos. Participando en la Eucaristía y alimentándonos de ella, somos introducidos en un camino que no admite divisiones. El Cristo presente en medio de nosotros, en el signo del pan y del vino, exige que la fuerza del amor supere toda laceración, y al mismo tiempo se convierta en comunión también con el más pobre, apoyo para el débil, atención fraterna hacia quienes luchan por sostener el peso de la vida diaria, y están en peligro de perder la fe.

Y luego, la otra palabra: ¿qué significa hoy para nosotros *depreciarnos*, o sea aguar nuestra dignidad cristiana? Significa dejarnos mellar por las idolatrías de nuestro tiempo: el aparentar, el consumir, el yo en el centro de todo; pero también ser competitivos, la arrogancia como actitud triunfante, el no admitir nunca haberme equivocado o tener necesidad. Todo esto nos deprecia, nos hace cristianos mediocres, tibios, insípidos, paganos.

Jesús derramó su Sangre como precio y como lavacro, para que fuésemos purificados de todos los pecados: para no depreciarnos, mirémosle a Él, bebamos en su fuente, para ser preservados del peligro de la corrupción. Y entonces experimentaremos la gracia de una transformación: nosotros seguiremos siendo siempre pobres pecadores, pero la Sangre de Cristo nos liberará de nuestros pecados y nos restituirá nuestra dignidad. Nos liberará de la corrupción. Sin nuestro mérito, con sincera humildad, podremos llevar a los hermanos el amor de nuestro Señor y Salvador. Seremos sus ojos que van en busca de Zaqueo y de la Magdalena; seremos su mano que socorre a los enfermos en el cuerpo y en el espíritu; seremos su corazón que ama a los necesitados de reconciliación, misericordia y comprensión.

De este modo la Eucaristía actualiza la Alianza que nos santifica, nos purifica y nos une en comunión admirable con Dios. Aprendemos así que la Eucaristía no es un premio para los buenos, sino que es la fuerza para los débiles, para los pecadores. Es el perdón, es el viático que nos ayuda a dar pasos, a caminar.

Hoy, fiesta del Corpus Christi, tenemos la alegría no sólo de celebrar este misterio, sino también de alabarlo y cantarlo por las calles de nuestra ciudad. Que la procesión que haremos al término de la misa, exprese nuestro reconocimiento por todo el camino que Dios nos hizo recorrer a través del desierto de nuestras pobreza, para hacernos salir de la condición servil, alimentándonos con su Amor mediante el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

Dentro de un rato, mientras caminemos a lo largo de la calle, sintámonos en comunión con los numerosos hermanos y hermanas nuestros que no tienen la libertad de expresar su fe en el Señor Jesús. Sintámonos unidos a ellos: cantemos con ellos, alabemos con ellos, adoremos con ellos. Y veneremos en nuestro corazón a los hermanos y hermanas a quienes se les ha pedido el sacrificio de la vida por fidelidad a Cristo: que su sangre, unida a la del Señor, sea prenda de paz y reconciliación para todo el mundo.

Y no olvidemos: «Comed el vínculo que os mantiene unidos, no sea que os disgreguéis; bebed el precio de vuestra redención, no sea que os depreciéis».

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa en el Tercer Retiro Mundial de Sacerdotes

Basílica de San Juan de Letrán. Viernes 12 de junio de 2015.

En la primera lectura nos adentramos en la ternura de Dios, como que Dios le cuenta a su pueblo como lo quiere, como lo ama, como lo cuida. Y lo que Dios dice a su pueblo en esta lectura del profeta Oseas, capítulo 11, en adelante, versículo primero en adelante, lo dice a cada uno de nosotros, y nos hará bien tomar este texto en un momento de soledad, ponernos en la presencia de Dios y escuchar cuando nos dice esto: «cuando vos eras chico yo te amé, te amé desde niño, te salvé, te traje de Egipto, te salvé de la esclavitud, de la esclavitud del pecado, de la esclavitud de la autodestrucción, y de todas las esclavitudes que cada uno conoce, que tuvo o tiene dentro. Yo te salvé, yo te enseñé a caminar».

Qué lindo escuchar Dios me enseña a caminar, el Omnipotente se abaja y me enseña a caminar. Recuerdo esa frase del Deuteronomio, cuando Moisés le dice a su pueblo, «escuchen ustedes que son tan duros de cabeza», cuando vieron un Dios tan cercano a su pueblo como Dios está cercano a nosotros. Y la cercanía de Dios es ésta ternura: me enseñó a caminar, sin Él yo no sabría caminar en el Espíritu. Y lo tomaba por los brazos pero «vos no reconociste que yo te cuidaba». Vos te creíste que te las arreglabas solo. Esta es la historia de la vida de cada uno de nosotros. «Y yo te atraía con lazos humanos, no con leyes punitivas, con lazos de amor, con ataduras de amor». El amor ata, pero ata en la libertad, ata en dejarte lugar para que respondas con amor. «Yo era para ti como los que alzan a una criatura a las mejillas y lo besaba, y me inclinaba y le daba de comer». Decíme, ¿ésta no es tu historia? Al menos es mi historia. Cada uno de nosotros puede leer aquí su propia historia. Decíme: «¿Cómo te voy a abandonar ahora, cómo te voy a entregar al enemigo?». En los momentos donde tenemos miedo, en los momentos donde tenemos inseguridad, Él nos dice: «pero si hice todo esto por vos, ¿cómo pensás que te voy a dejar solo, que te voy a abandonar?».

En las costas de Libia, los 23 mártires coptos estaban seguros de que Dios no los abandonaba y se dejaron degollar diciendo el nombre de Jesús, porque sabían que Dios, pese a que les cortaban la cabeza, no los abandonaba. «¿Cómo te voy a tratar como un enemigo? Mi corazón se subleva dentro de mí y se enciende toda mi ternura». Cuando la ternura de Dios se enciende, esa ternura cálida – es el único capaz de calidez y de ternura- «no le voy a dar un día libre a la ira por los pecados que hiciste, por tus equivocaciones, por adorar ídolos, porque yo soy Dios, soy el Santo en medio de ti». Es una declaración de amor de Padre a sus hijos y a cada uno de nosotros.

Cuántas veces pienso que le tenemos miedo a la ternura de Dios, y porque le

tenemos miedo a la ternura de Dios, no dejamos que se experimente en nosotros y por eso tantas veces somos duros, severos, castigadores, somos pastores sin ternura. ¿Qué nos dice Jesús en el capítulo 15 de Lucas, de aquel pastor que notó que tenía solamente noventa y nueve ovejas y le faltaba una, que las dejó bien cuidaditas cerradas con llave y se fue a buscar a la otra, que estaba enredada ahí entre los espinos y no le pegó, no la retó, la tomó en sus brazos, en sus hombros y la trajo y la curó, si estaba herida. ¿Hacés lo mismo vos con tus feligreses, cuando notás que no hay uno en el rebaño o nos hemos acostumbrado a ser una Iglesia que tiene una sola oveja en el rebaño y dejamos que noventa y nueve se pierdan en el monte? ¿Tus entrañas de ternura se conmueven? ¿Sos pastor de ovejas o te has convertido en un peinador, en un peluquero de una sola oveja exquisita, porque te buscás a vos mismo y te olvidaste de la ternura que te dio tu Padre, que te los cuenta aquí, en el capítulo 11 de Oseas y te olvidaste de cómo se da ternura. El corazón de Cristo es la ternura de Dios, «¿Cómo voy a entregarte, cómo te voy a abandonar? Cuando estás solo, desorientado, perdido, vení a mí que yo te voy a salvar, yo te voy a consolar».

Hoy les pido a ustedes en este Retiro que sean pastores con ternura de Dios, que dejen el látigo colgado en la sacristía y sean pastores con ternura, incluso con los que le traen más problemas. Es una gracia, es una gracia divina. Nosotros no creemos en un Dios etéreo, creemos en un Dios que se hizo carne, que tiene un corazón, y ese corazón hoy nos habla así: «vengan a mí si están cansados, agobiados, yo los voy a aliviar, pero a los míos, a mis pequeños trátenlos con ternura, con la misma ternura con que los trato yo». Eso nos dice el corazón de Cristo hoy y es lo que en esta misa pido para ustedes y también para mí.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa y bendición de los palios para los nuevos metropolitanos en la solemnidad de San Pedro y San Pablo

Basílica Vaticana. Lunes 29 de junio de 2015.

La lectura tomada de los Hechos de los Apóstoles nos habla de la primera comunidad cristiana acosada por la persecución. Una comunidad duramente perseguida por Herodes que «hizo pasar a cuchillo a Santiago, hermano de Juan» y «decidió detener a Pedro... Mandó prenderlo y meterlo en la cárcel» (12,2-4).

Sin embargo, no quisiera detenerme en las atroces, inhumanas e inexplicables persecuciones, que desgraciadamente perduran todavía hoy en muchas partes del mundo, a menudo bajo la mirada y el silencio de todos. En cambio, hoy quisiera venerar la valentía de los Apóstoles y de la primera comunidad cristiana, la valentía para llevar adelante la obra de la evangelización, sin miedo a la muerte y al martirio, en el contexto social del imperio pagano; venerar su vida cristiana que para nosotros creyentes de hoy constituye *una fuerte llamada a la oración, a la fe y al testimonio*.

Una llamada a la oración. La comunidad era una Iglesia en oración: «Mientras Pedro estaba en la cárcel bien custodiado, la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él» (Hch 12,5). Y si pensamos en Roma, las catacumbas no eran lugares donde huir de las persecuciones sino, sobre todo, lugares de oración, donde santificar el domingo y elevar, desde el seno de la tierra, una adoración a Dios que no olvida nunca a sus hijos.

La comunidad de Pedro y de Pablo nos enseña que una Iglesia en oración es una iglesia en pie, sólida, en camino. Un cristiano que reza es un cristiano protegido, custodiado y sostenido, pero sobre todo no está solo.

Y sigue la primera lectura: «Estaba Pedro durmiendo... Los centinelas hacían guardia a la puerta de la cárcel. De repente, se presentó el ángel del Señor, y se iluminó la celda. Tocó a Pedro en el hombro... Las cadenas se le cayeron de las manos» (Hch 12,6-7).

¿Pensamos en cuántas veces ha escuchado el Señor nuestra oración enviándonos *un Ángel*? Ese Ángel que inesperadamente nos sale al encuentro para sacarnos de situaciones complicadas, para arrancarnos del poder de la muerte y del maligno, para indicarnos el camino cuando nos extraviarnos, para volver a encender en nosotros la llama de la esperanza, para hacernos una caricia, para consolar nuestro corazón destrozado, para despertarnos del sueño existencial, o simplemente para decirnos: «No estás solo».

¡Cuántos ángeles pone el Señor en nuestro camino! Pero nosotros, por miedo, incredulidad o incluso por euforia, los dejamos fuera, como le sucedió a Pedro

cuando llamó a la puerta de una casa y una sirvienta llamada Rosa, al reconocer su voz, se alegró tanto, que no le abrió la puerta (cf. *Hch* 12,13-14).

Ninguna comunidad cristiana puede ir adelante sin el apoyo de la oración perseverante, la oración que es el encuentro con Dios, con Dios que nunca falla, con Dios fiel a su palabra, con Dios que no abandona a sus hijos. Jesús se preguntaba: «Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?» (*Lc* 18,7). En la oración, el creyente expresa su fe, su confianza, y Dios expresa su cercanía, también mediante el don de los Ángeles, sus mensajeros.

Una llamada a la fe. En la segunda lectura, San Pablo escribe a Timoteo: «Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje... Él me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo» (2 *Tm* 4,17-18). Dios no saca a sus hijos del mundo o del mal, sino que les da fuerza para vencerlos. Solamente quien cree puede decir de verdad: «El Señor es mi pastor, nada me falta» (*Sal* 23,1).

Cuántas fuerzas, a lo largo de la historia, ha intentado –y siguen intentando– acabar con la Iglesia, desde fuera y desde dentro, pero todas ellas pasan y la Iglesia sigue viva y fecunda, inexplicablemente a salvo para que, como dice san Pablo, pueda aclamar: «A Él la gloria por los siglos de los siglos» (2 *Tm* 4,18).

Todo pasa, solo Dios permanece. Han pasado reinos, pueblos, culturas, naciones, ideologías, potencias, pero la Iglesia, fundada sobre Cristo, a través de tantas tempestades y a pesar de nuestros muchos pecados, permanece fiel al depósito de la fe en el servicio, porque la Iglesia no es de los Papas, de los obispos, de los sacerdotes y tampoco de los fieles, es única y exclusivamente de Cristo. Solo quien vive en Cristo promueve y defiende a la Iglesia con la santidad de vida, a ejemplo de Pedro y Pablo.

Los creyentes en el nombre de Cristo han resucitado a muertos, han curado enfermos, han amado a sus perseguidores, han demostrado que no existe fuerza capaz de derrotar a quien tiene la fuerza de la fe.

Una llamada al testimonio. Pedro y Pablo, como todos los Apóstoles de Cristo que en su vida terrena han hecho fecunda a la Iglesia con su sangre, han bebido el cáliz del Señor, y se han hecho amigos de Dios.

Pablo, con un tono conmovedor, escribe a Timoteo: «Yo estoy a punto de ser sacrificado, y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida» (2 *Tm* 4,6-8).

Una Iglesia o un cristiano sin testimonio es estéril, un muerto que cree estar vivo, un árbol seco que no da fruto, un pozo seco que no tiene agua. La Iglesia ha vencido al mal gracias al testimonio valiente, concreto y humilde de sus hijos. Ha vencido al mal gracias a la proclamación convencida de Pedro: «Tú eres el

Mesías, el Hijo de Dios vivo», y a la promesa eterna de Jesús (cf. *Mt* 16,13-18).

Queridos Arzobispos, el palio que hoy recibís es un signo que representa la oveja que el pastor lleva sobre sus hombros como Cristo, Buen Pastor, y por tanto es un símbolo de vuestra tarea pastoral, es un «signo litúrgico de la comunión que une a la Sede de Pedro y su Sucesor con los metropolitanos y, a través de ellos, con los demás obispos del mundo» (Benedicto XVI, *Angelus*, 29 junio 2005).

Hoy, junto con el palio, quisiera confiaros esta llamada a la oración, a la fe y al testimonio.

La Iglesia os quiere hombres de oración, maestros de oración, que enseñéis al pueblo que os ha sido confiado por el Señor que la liberación de toda cautividad es solamente obra de Dios y fruto de la oración, que Dios, en el momento oportuno, envía a su ángel para salvarnos de las muchas esclavitudes y de las innumerables cadenas mundanas. También vosotros sed ángeles y mensajeros de caridad para los más necesitados.

La Iglesia os quiere hombres de fe, maestros de fe, que enseñéis a los fieles a no tener miedo de los muchos Herodes que los afligen con persecuciones, con cruces de todo tipo. Ningún Herodes es capaz de apagar la luz de la esperanza, de la fe y de la caridad de quien cree en Cristo.

La Iglesia os quiere hombres de testimonio. Decía san Francisco a sus hermanos: *Predicad siempre el Evangelio y, si fuera necesario, también con las palabras* (cf. *Fuentes franciscanas*, 43). No hay testimonio sin una vida coherente. Hoy no se necesita tanto maestros, sino testigos valientes, convencidos y convincentes, testigos que no se avergüencen del Nombre de Cristo y de su Cruz ni ante leones rugientes ni ante las potencias de este mundo, a ejemplo de Pedro y Pablo y de tantos otros testigos a lo largo de toda la historia de la Iglesia, testigos que, aun perteneciendo a diversas confesiones cristianas, han contribuido a manifestar y a hacer crecer el único Cuerpo de Cristo. Me complace subrayarlo en la presencia –que siempre acogemos con mucho agrado– de la Delegación del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, enviada por el querido hermano Bartolomé I.

Es muy sencillo: porque el testimonio más eficaz y más auténtico consiste en no contradecir con el comportamiento y con la vida lo que se predica con la palabra y lo que se enseña a los otros.

Enseñad a rezar rezando, anunciad la fe creyendo, dad testimonio con la vida.



OBISPO



OBISPO

HOMILÍAS

Santa Misa Crismal

Miércoles Santo. S. I. Catedral Basílica de San Martiño, 1 de abril de 2015.

Excelentísimo Cabildo catedralicio.

Mis queridos hermanos en el sacerdocio.

Queridos seminaristas del Seminario del “Divino Maestro” y del “Redemptoris Mater”

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

Gracia y paz a vosotros de parte de Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra (Apoc. 1,5)

Quisiera que mis primeras palabras fuesen las mismas que nos ha ofrecido el libro del Apocalipsis que acabamos de proclamar.

¡Mis queridos sacerdotes! Hoy adquieren un eco singular en nuestro corazón aquellos gestos y palabras que el Obispo realizó y pronunció sobre nosotros el día de nuestra ordenación sacerdotal. A través de aquel antiquísimo gesto de la imposición de manos se hizo patente lo que nos recuerda la profecía de Isaías: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia (...)* y más adelante nos dice: *Vosotros os llamaréis: “Sacerdotes del Señor”, dirán de vosotros: “Ministros de nuestro Dios” (Is. 61, 1-3a. 6a. 8b-9)*

Somos “*Ministros de nuestro Dios*”, es decir, “*servidores*” que a través de nuestras personas, tantas veces conscientes de las fragilidades y miserias, de las pobreza y limitaciones, en definitiva, a pesar de nuestros pecados, el Señor en la Iglesia nos ha concedido el “don” del ministerio sacerdotal y nos ha elevado hacia sí, convirtiéndonos en sus sacerdotes para servir a nuestros hermanos y hermanas. Sabemos bien que solo Él, Nuestro Señor Jesucristo, puede decir: “*Esto es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre*”, o bien, “*Yo te absuelvo de tus pecados...*”. El misterio fecundo de la Iglesia radica, precisamente, en este hecho que nos sobrecoge y fascina, un hecho al que no debemos acostumbrarnos con el paso del tiempo; nosotros, seres humanos finitos y llenos de imperfecciones, en virtud del sacramento del Orden, recibido en y por la Iglesia, podemos hacer y hablar en nombre de Jesucristo, actuando *in persona Christi*. Jesús, el Señor, lo ha querido y dispuesto así, sabía y sabe de qué pasta estamos hechos y, sin embargo, quiere ejercer su sacerdocio por medio de nosotros.

Mis queridos hermanos: no podemos consentir que las muchas misas – os lo suplico, no las hagáis con prisas – y los demás sacramentos que tenemos que cele-

brar y administrar en nombre de la Iglesia, nos hagan perder el sentido profundo de este *ministerio de amor*. Luchemos con todas nuestras fuerzas para evitar que la rutina diaria apague aquel ardor y aquella devoción que experimentamos en *nuestras primeras misas*, de tal modo que se llegue a deteriorar, en lo más íntimo de nosotros mismos, una realidad tan grande y tan profunda.

A través de la imposición de manos el mismo Dios ha tomado posesión de nosotros: *El Señor está sobre mí*; sobre cada uno *ha puesto su Espíritu*; eso nos dijo en aquel momento y nos lo repite constantemente: *Tú eres mío (...). Yo te he llamado por tu nombre, te he cogido de la mano, te he formado ¡eres mío! (...). Me perteneces*. Esta realidad que queda reforzada por el dinamismo de su Palabra, no nos asusta ni sobrecoge, no sentimos miedo porque el mismo Señor nos *custodia en la palma de sus manos*.

¡Estamos y nos sentimos seguros en las manos de Dios! y esta certeza nos ayuda a recordar aquel otro gesto realizado sobre nosotros el día de nuestra ordenación. El Obispo nos ungió las manos con el Santo Crisma. Como bien sabéis las manos del hombre son una prolongación de su inteligencia, a través de ellas somos capaces de transformar la realidad, o bien de destruirla, manipularla o profanarla. Nuestras *manos ungidas* deben ser para vosotros y para mí un signo de nuestra donación y de la creatividad que nos da Dios para transformar nuestro mundo con la fuerza del amor misericordioso del que nos hemos convertido en administradores, con la finalidad de *hacerlo todo nuevo*. Para realizar este proyecto divino el Señor nos pide nuestras manos para consagrarlas y convertirlas en cauce de su amor transformador: manos para bendecir, consagrar, absolver, en definitiva, manos para *poner amor donde no haya amor para sacar amor*, (S. Juan de la Cruz, *Carta a la M. María de la Encarnación*). Nuestras manos sacerdotales no han sido consagradas para instrumentalizar las cosas, ni a los hermanos, ni mucho menos las realidades sacras que la Iglesia nos ha confiado. Son instrumentos para servir, para llevar a cabo la misión evangelizadora.

Es necesario que supliquemos al Señor que no nos deje de sus manos en medio de las dificultades propias y del ambiente. Os invito a que pronunciéis, sin prisas, y con toda piedad y devoción, esa oración que nos ofrece el Misal antes de la comunión: *Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste con tu muerte la vida al mundo, líbrame, por la recepción de tu Cuerpo y de tu Sangre, de todas mis culpas y de todo mal. Concédeme cumplir tus mandamientos y jamás permitas que me separe de ti*. Aunque, personalmente, cuando rezo esta oración yo me atrevo a cambiar el *cumplimiento de los mandamientos* por vivir los mandamientos.

¡Y Jamás permitas que me separe de ti!

Ni las muchas misas, ni el puro activismo pastoral, ni otras múltiples ocupaciones que nos impiden vivir nuestra entrega a la causa de la misión y de la evan-

gelización nos deben apartar de la “comuni3n” con la Iglesia; es decir, de nuestra uni3n con el Presbiterio Diocesano y con el Obispo. Cuando nos distanciamos o nos vamos aislando; cuando nada ni nadie nos motiva para acercarnos a actos como el de esta tarde, que tienen un significado tan profundo en la vivencia de nuestro sacerdocio; cuando siempre buscamos disculpas inoportunas para no asistir al retiro mensual, y a los encuentros de formaci3n que est3n establecidos en nuestras zonas pastorales, corremos el riesgo de perdernos y sin querer, casi sin darnos cuenta, se llega a quebrar la amistad con Dios; si esto sucede as3, a partir de ese momento se entiende todo lo que viene despu3s. Y, desgraciadamente, a veces cuando se pretende buscar una soluci3n adecuada ya es tarde y se corre el riesgo de emprender un camino sin retorno.

¡Hermanos querid3simos! No nos olvidemos de que si cada bautizado es llamado *amigo de Dios*, esa amistad es mucho m3s 3ntima y profunda en nuestro caso. Recordad las palabras que nos ofrece el Cuarto Evangelio pronunciadas por Jes3s en la “3ltima cena”: *ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he o3do a mi Padre os lo he dado a conocer... y... No me hab3is elegido vosotros a m3, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vay3is y deis fruto y vuestro fruto dure* (Jn. 15,15)

Para que estas palabras del 3nico y Sumo Sacerdote, Nuestro Se3or Jesucristo, las percibamos como algo real en nuestras vidas debemos hacer la misma experiencia que nos recuerda Jes3s con su vida: *se retiraba al monte para orar*. Tambi3n nosotros debemos retirarnos y *subir la monta3a de la oraci3n cada d3a*, simb3licamente hablando, porque as3 como toda subida al monte, paso a paso, se convierte en una conquista, a veces fatigosa, de igual modo, nuestra lucha cotidiana por mantener el ritmo de nuestra oraci3n constituye una experiencia similar. Sin embargo, mantenerse en esta actitud orante se convertir3 en el mejor ant3doto contra todo tipo de activismo en el ejercicio del ministerio sacerdotal. No nos olvidemos que ese activismo, a veces resulta heroico sobre todo en el caso de muchos de vosotros, sobre todo los fines de semana. Hermanos m3os, esta superactividad cultural, si no nos cuidamos, puede ser causa de desencanto y conducirnos a un vaciamiento interior de tal modo que corremos el riesgo de ser reducidos a *simples funcionarios de lo sacro*.

En esta celebraci3n se consagrará el Santo Crisma y bendeciremos los Santos 3leos. Os ruego que los trat3is con dignidad y respeto. Que cuid3is el lugar en donde deben ser custodiados ¡Son cosas santas! Nuestros predecesores, ayudados por la generosidad de los fieles, mandaron construir recipientes muy hermosos con metales valiosos; hoy constituyen una buena parte de nuestro patrimonio hist3rico. Permitidme que aproveche este solemne marco celebrativo para rogaros a los presentes y para que lo trasmit3is a los ausentes, que se cumplan las normas establecidas por mis venerables predecesores para la custodia y conservaci3n de

nuestro patrimonio histórico-artístico. Durante siglos nuestros sacerdotes cuidaron con diligencia el valioso patrimonio heredado de los que nos precedieron en el signo de la fe. Aquello que durante tantos años estuvo seguro en las manos de nuestros sacerdotes, hoy ya no es así. Catequizad correctamente a nuestros hermanos y hermanas, los fieles laicos de nuestras comunidades cristianas, indicadles que el Obispo y los organismos diocesanos competentes –como el Archivo Histórico Diocesano – no quieren expropiarles de sus bienes, sino ayudarles a que se conserven en un lugar seguro y apropiado. Si no lo hacemos los organismos diocesanos, y vosotros no nos ayudáis, vendrán otros que nos lo exigirán apoyándose en que es *patrimonio del pueblo*. Últimamente, a causa del terrible incidente que todavía nos tiene el corazón entristecido y preocupado por el fallecimiento de nuestro hermano D. Adolfo, las autoridades se han dirigido a mí en varias ocasiones para instarme a que les mande a los sacerdotes que no custodien en sus casas ningún objeto de valor, tanto a los que viven en el mundo rural como en el urbano –los “*amigos de lo ajeno*” nos tienen muy controlados-; por otra parte, no caigamos en el error de decirle a los vecinos que, para mayor seguridad, los guarden en sus casas; si obramos de esta manera cometemos una doble imprudencia, trasladamos nuestro problema a los hogares de nuestros fieles, muchas veces formados por personas ancianas y dejamos el patrimonio en manos de terceros que, si en un primer momento puede ser una solución transitoria, con el tiempo surgen títulos de propiedad indebidos que posteriormente generan muchos problemas cuando fallece un sacerdote o bien cuando se le traslada a otra parroquia, llegándose a perder nuestro patrimonio que después aparece en ciertos lugares inapropiados. Os lo ruego, vivid este encargo que os hago en este día de la Misa Crismal, instado por las autoridades civiles y por la muerte violenta de nuestro hermano sacerdote y la pérdida de la venerada imagen de Nuestra Señora del Cristal. Hacedlo con la finalidad de evitar lamentaciones en caso de que este patrimonio sufra deterioro y sea violentamente enajenado porque, además de la irreparable pérdida de algunos objetos, nos tenemos que enfrentar a la acusación de que incumplimos o somos negligentes a la hora de poner en práctica los protocolos de seguridad que se nos exigen y que supondría un costo prohibitivo para la mayor parte de nuestras parroquias.

Mis queridos hermanos sacerdotes, que por exigencias de vuestra vocación seguís viviendo en medio de vuestros vecinos del mundo rural, vosotros nos estáis dando un ejemplo de verdadera encarnación. Cuando el sacerdote tiene que dejar de vivir en las parroquias, los pocos fieles que allí quedan se sienten abandonados, para ellos – muchas veces ancianos - la presencia del sacerdote se ha convertido en motivo de esperanza, de vida. ¡Lo sabemos bien! Somos conscientes de vuestro heroísmo pastoral. Todavía nadie ha hecho justicia a la labor callada y efectiva que los sacerdotes realizan en nuestra sociedad. Se les critica con

frecuencia o se les convierte en objeto de maledicciones; solo cuando se mueren o hay que trasladarlos a otro lugar pastoral, se reconoce la inestimable impronta que ha dejado con su vida y lo valiosa e insustituible que era su presencia entre los fieles, siendo uno más del pueblo.

Hermanas y hermanos míos, miembros de la Vida Consagrada, de los Movimientos Apostólicos seculares: Hoy es un día típicamente sacerdotal en nuestra Diócesis. Os ruego que pidáis por nuestros sacerdotes, protegédlos, ayudadlos, cubrid con la capada de la caridad sus posibles errores y deficiencias, y si hace falta, procurad hacer la debida corrección fraterna guardando las cautelas evangélicas. Ayudadles a crear en vuestras parroquias verdaderas comunidades cristianas y colaborar con ellos en el sostenimiento y cuidado de nuestras iglesias y capillas; pero sobre todo os ruego que les ayudéis a crear una *verdadera cultura vocacional* para que se haga patente la certeza de que el Señor, también hoy, sigue llamando a tantos jóvenes al seguimiento de Jesucristo.

Os ruego que volváis, una vez más, la mirada de vuestro corazón a Santa María “la Madre” a la que durante estos días invoco con el nombre de Nuestra Señora del Cristal, para que ella proteja a los sacerdotes, los acompañe y les anime en el ejercicio de su sacerdocio, viviendo en la precariedad su ministerio, sin temer a las vicisitudes de la vida presente y sintiéndose constructores de esperanza para nuestro pueblo. ¡Qué así sea!

Santa Misa en la Visita de la Imagen de Nuestra Señora de los Milagros a la ciudad de Ourense.

S. I. Catedral de San Martiño. 1 de mayo de 2015.

Excmo. Cabildo Catedralicio.

Excmas. e Ilmas. Autoridades

Ilmos. Sres. Vicarios y Delegados Episcopales de esta Diócesis.

Mis queridos hermanos sacerdotes y seminaristas.

Saludo con especial afecto a los miembros de la Vida Consagrada.

A todos los que formáis parte de los diferentes grupos, movimientos, asociaciones y demás instituciones laicales que enriquecéis con vuestra fidelidad a esta Iglesia.

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

Fieles devotos de la Santísima Virgen, Señora de los Milagros.

En esta tarde en la que celebramos la Memoria litúrgica de San José Obrero y nos encontramos en el séptimo día de la Novena al Santo Cristo, las puertas de esta antiquísima Catedral, sede del Obispo de esta Iglesia particular de Ourense,

se han abierto para recibir la venerada imagen de Nuestra Señora de los Milagros. Ella viene a nosotros, simbólicamente representada en esta sagrada imagen, para devolvernos las muchas visitas que todo el pueblo creyente o no, que peregrina por estas nobles tierras, realiza física y espiritualmente a su santuario del monte Medo. A lo largo de los últimos siglos, muchos de nuestros antepasados se han acercado al Santuario de los Milagros y han puesto en el regazo de la Madre de Dios sus afanes y tribulaciones, sus necesidades materiales y espirituales, y también sus muchas acciones de gracias. Es ésta, según las crónicas, la tercera vez que esta imagen se acerca a esta ciudad, que es tanto como decir, visita el corazón de esta Iglesia en Ourense.

Este es un acto que encierra para todos nosotros un fuerte contenido de fe y, al mismo tiempo, es una nueva invitación a la conversión; es decir, el Dios de la Misericordia, que a lo largo de estos días de la novena del Santo Cristo estamos contemplando en la imagen del Crucificado-Resucitado se hace dulce presencia gracias a la tierna mirada de esta que es Señora de los Milagros.

A Nuestra Madre la Virgen quisiera dirigirla, como pastor de esta Iglesia particular, y en nombre de todos los hijos e hijas de este pueblo, creyentes o no, una súplica que quiere ser un proyecto de vida para todos nosotros, pastores y fieles laicos. Me dirijo a Ella apoyándome en la certeza de la Palabra de Dios que ha sido proclamada: *Haced lo que él os diga* (Jn. 2,5).

Madre de Dios y Madre Nuestra ¡Señora de los Milagros!

Acogemos tu invitación, la misma que hiciste a aquellos que se encontraron con dificultades en las bodas de Caná de Galilea. También nosotros queremos hacer *lo que él nos diga*. Sabemos bien que él – Nuestro Señor Jesucristo – nos habla constantemente a través de su Palabra que, acogida y vivida en el seno de la Madre Iglesia, nos ayuda a descubrir el querer de Dios sobre nosotros y sobre nuestra historia personal y comunitaria. Ayúdanos, tanto a los pastores como a los laicos, a convertir la Palabra de Dios en el libro de oración, a dedicarle el tiempo suficiente para que nos ayude a caminar en la presencia del Señor. Fortalece y anima a los grupos bíblicos de nuestra Diócesis para que no cejen en su deseo de adentrarse en el querer del Dios que nos habla por medio de las Sagradas Escrituras. Madre Nuestra, ayúdanos y concédenos las luces necesarias para saber escrutar la voluntad del Señor en la lectura asidua de la Palabra. Haz que otros muchos hermanos y hermanas descubran este camino de gracia para acercarse a Dios, sobre todo los niños y los jóvenes. El papa Francisco nos da un ejemplo elocuente cuando pide a todos, también a los niños, que lean el pequeño libro de los Evangelios.

Sabemos que él nos habla también a través de la Iglesia, sobre todo por medio del Santo Padre y de los pastores que en comunión con Pedro nos iluminan en nuestro camino. Haznos dóciles a sus enseñanzas y ayúdanos a acogerlas con un

corazón puro, sencillo y humilde como una auténtica experiencia de fe. Ayúdanos a ser fieles ¡más fieles! al querer de tu Hijo Jesucristo.

¡Señora de los Milagros! el Buen Dios también sale a nuestro encuentro a través de las circunstancias de la vida. Se hace, dolorosamente expresiva y exigente, cuando constatamos la apremiante realidad que nos rodea: niños que abandonan, prematuramente, nuestras catequesis sin haber conseguido los objetivos mínimos en su formación cristiana. Padres que exigen para sus hijos el cumplimiento de unos ritos religiosos y a los que les importa poco, o muy poco, su maduración en la fe cristiana. Jóvenes que, mayoritariamente, manifiestan que ya no creen en Dios. Matrimonios que se rompen al llegar las primeras dificultades, o aquellos que no se atreven a construir una familia estable porque se sienten inseguros y acosados por tantas dificultades sociales y económicas. Personas mayores que no aceptan la realidad de sus años, signo elocuente del don de Dios, y se esfuerzan por vivir en la periferia de los sentimientos, aferrados a tantas cosas que les impiden ser felices y prepararse con esperanza a la llegada del Reino. También nos habla Dios a través de tantos signos de pobreza y de miseria moral y espiritual en colectivos de personas que viven entre nosotros y en algunos de nuestros conciudadanos que reclaman de los cristianos una ayuda efectiva a sus problemas. La labor pastoral, solidaria y caritativa de nuestra Iglesia particular se esfuerza por dar respuesta a todas estas necesidades y a veces no llegamos por falta de medios ¡Ayúdanos Señora!

Madre Nuestra ¡Señora de los Milagros! Algunos piensan que estamos aplastados por las dificultades que el cristianismo encuentra en esta sociedad cada vez más impregnada por nuevas formas de neopaganismo y creen que nuestro único camino es clausurarnos en nuestras sacristías y en los templos; bien sabes que no es así. Somos una Iglesia de antiguas raíces cristianas cuyo fundamento se encuentra en los albores mismos de la predicación del cristianismo en estas tierras. Somos una Iglesia que ha sido muy fecunda por la santidad de sus hijos y por la fidelidad de tantos hombres y mujeres que vivieron el matrimonio con heroísmo dando muchos hijos a este pueblo, de donde surgieron vocaciones a la vida sacerdotal, religiosa y misionera que supieron llevar la alegría del Evangelio a muchos lugares de la tierra. Ellos constituyen una de las páginas más hermosas de la historia viva de nuestra Iglesia.

Siendo conscientes de esta generosa realidad, expresada por la vida de los que *nos han precedido en el signo de fe*, también nosotros, los que estamos hoy aquí en torno a tu sagrada imagen, en representación de todo el Pueblo de Dios que peregrina por estas tierras ourensanas, queremos pedirte que nos ayudes a llevar a cabo esta *nueva tarea evangelizadora* a la que nos está invitando el papa Francisco. Hemos sido, somos y queremos seguir siendo una Iglesia misionera. Queremos ser una Iglesia abierta a todos, porque son todos: hombres y mujeres, niños y

ancianos, jóvenes y enfermos, cristianos o no, creyentes y agnósticos, a los que queremos hacer llegar el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo porque sabemos que *la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con tu hijo Jesucristo*, que es el único Camino, Verdad y Vida que conduce a la plenitud del ser y a la salvación eterna.

Hemos puesto bajo tu protección el Plan Pastoral de nuestra Iglesia. *Ourense en misión*. Todavía estamos comenzando ¡lo hacemos con ilusión! y, sobre todo, con mucha esperanza. Constantemente somos impulsados por el Santo Padre a un renovado compromiso misionero. ¡Nos quiere en camino! Este deseo de Francisco nos recuerda aquel otro expresado por Santa Teresa de Jesús cuando estaba a punto de morir *¡es hora de caminar!* Todavía faltan varios meses para clausurar este Año Santo Mariano, lo haremos el día de tu fiesta, el 8 de septiembre. Pero, por don de Dios, el Papa, que nos quiere despiertos y vigilantes, nos ha hecho llegar su invitación a ponernos de nuevo en camino. En la Bula *Misericordiae vultus* convocando el *Jubileo extraordinario de la Misericordia*, nos recuerda que *la peregrinación es un signo... porque es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida – dice Francisco – es una peregrinación y el ser humano es viator, un peregrino que recorre el camino hasta alcanzar la meta anhelada* (FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, n° 14). Cuando en el curso pasado, después de estudiarlo con mis más estrechos colaboradores, solicité al Santo Padre un año jubilar con motivo de los cincuenta años de la coronación canónica de tu imagen, corona que fue construida por la devoción de todo el pueblo y que hoy luces, enseguida nos contestó concediéndonos este ***Año Jubilar Mariano***.

Ya en aquel momento nos invitaba a convertirlo en un tiempo de gracia y de conversión, un momento propicio para acercarnos al sacramento de la Penitencia; el mismo Papa nos recuerda a los obispos que debemos cuidar la administración de este sacramento en nuestras Diócesis porque, nos dice él, *muchas personas están volviendo a acercarse al sacramento de la Reconciliación y entre ellas muchos jóvenes, quienes en una experiencia semejante suelen reencontrar el camino para volver al Señor, para vivir un momento de intensa oración y redescubrir el sentido de la propia vida. De nuevo ponemos convencidos en el centro el sacramento de la Reconciliación, porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia* (FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, n° 19c).

Te suplico, Madre de los Milagros, que nos ayudes a convertir nuestros templos, comenzando por esta Catedral, en un lugar de adoración y de recepción del sacramento de la Reconciliación. Ese será uno de los objetivos particulares del nuevo Plan Pastoral: *Ourense en misión*.

Ayúdanos a seguir caminando sin desfallecer en nuestra tarea pastoral. El Santo Padre nos habla de *los Misioneros de la Misericordia* como *signo de la solicitud*

materna de la Iglesia por el Pueblo de Dios (FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, n° 18). Somos conscientes de que en algunas de nuestras comunidades parroquiales ya se hace una experiencia similar, unos catequistas recorren la parroquia, puerta a puerta, anunciando la Buena Nueva de Jesucristo y recordándoles, sobre todo a aquellos que han abandonado nuestros templos o que por otras dificultades ya no se acercan a ellos, que la Iglesia como madre está a su disposición y vive, reza y celebra la fe en la parroquia. Con tu ayuda Madre, quisiéramos potenciar este apostolado de *Iglesia en salida* que nos pide el Papa. También nos pide a los obispos que organicemos *misiones para el pueblo*. Ayúdanos, Madre de los Milagros, a saber encontrar los métodos y los caminos necesarios para *permitir a tantos hijos alejados encontrar el camino de regreso a la casa paterna* (FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, n° 18b). Necesitamos que nos ayudes a construir, poco a poco, comunidades abiertas, necesitamos parroquias sin fronteras pastorales, menos autorreferenciales, en salida.

¡Madre! Nuestra Iglesia particular ha sido fecunda en vocaciones. Te ruego por nuestros sacerdotes, por aquellos que se encuentran enfermos o sin fuerzas, por los desalentados a causa de las faltas de respuestas en sus trabajos pastorales. Te pido que nos concedas santidad de vida. Por tantos hombres y mujeres de nuestra tierra que se han consagrado al Señor en la vida religiosa, misionera y monástica. Pongo en tus manos a las que forman parte de los Institutos seculares. Bendice y protege a nuestros seminarios. Danos vocaciones al ministerio sacerdotal y para la vida consagrada. Y te ruego que nos concedas vocaciones para el matrimonio cristiano abierto a la vida.

Madre de Dios y Madre Nuestra, Señora de los Milagros, acoge la oración y los deseos que este pastor y todos tus hijos aquí reunidos ponemos hoy en tu regazo misericordioso para que los presentes ante tu Hijo, el Señor de nuestra historia y de nuestras vidas, a él la gloria por los siglos de los siglos. Amén

Fiesta de San Juan de Ávila, patrón del clero español

Santuario de los Milagros. 6 de mayo de 2015.

Mis queridos hermanos en el sacerdocio. Permitidme que salude de manera especial a los sacerdotes que celebran sus bodas de oro y plata en el ministerio sacerdotal, y con ellos, y gracias a ellos, con toda esta Iglesia que peregrina por estas nobles tierras de Ourense, al contemplar la fidelidad de este grupo de sacerdotes queremos dar gracias a Dios por el don del ministerio hecho realidad en sus vidas.

Queridos seminaristas.

Hermanas y hermanos todos en el Señor.

Bajo la mirada de la Madre de Dios y Señora de los Milagros nos hemos acercado a este santuario, una vez más, al igual que lo han hecho y seguirán haciéndolo a lo largo de estos meses muchos de nuestros hermanos y hermanas con motivo de este Año Jubilar Mariano. También nosotros, miembros de esta gran familia que es el Presbiterio Diocesano y los alumnos de nuestros Seminarios, nos hemos acercado esta mañana hasta el monte Medo con verdadero espíritu de peregrinación y, en este marco singular, una vez más se ha hecho presente la Palabra del Señor para iluminar nuestras inteligencias y fortalecer nuestras vidas y, a través del Cuarto Evangelio se nos dijo:

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada (Jn. 15,5)

A menudo meditamos este texto de la Escritura, incluso nos lo hemos aplicado a nosotros mismos ¡*sin mí no podéis hacer nada!* seguro que han sido muchas las veces las que lo llevamos a nuestra oración personal y comunitaria ¡*sin mí no podéis hacer nada!* Ciertamente, lo hemos meditado muchas veces, pero ¿nos lo creemos? ¿somos conscientes, en verdad, de que sin él no podemos hacer nada?

El ministerio sacerdotal es un don de Dios a su Iglesia y *en ella, y por ella, y a través de ella* lo hemos acogido en nuestras vidas, sin ningún mérito por nuestra parte, porque somos *vasijas de barro* (2 Cor. 4, 7) y al ser conscientes de esta realidad que nos define radicalmente como lo que somos delante del Señor, buscamos la ayuda necesaria para perseverar en ese proyecto de vida rubricado con amor el día de nuestra ordenación. Amigos míos: os aconsejo que a menudo volváis con gozo agradecido a aquellos momentos de nuestra ordenación diaconal y presbiteral. Los años pasan sin darnos cuenta y con una rapidez que nos estremece. Sin embargo, no olvidéis una cosa de que *para el Señor un día es como mil años y mil años como un día* (2Pe. 3,8) y esta certeza nos lleva a situarnos siempre en una dimensión de eternidad. Nuestro compromiso de ayer encierra en sí una proyección supratemporal que nos ayuda a entender en su justa dimensión aquel santo y seña tantas veces repetido: *sacerdos in aeternum!* No podemos perder el ritmo de Dios en nuestro vivir sacerdotal.

Sí, me diréis, que podemos mirar para otra parte; o bien dejarnos seducir por espejismos transitorios que pueden llegar a fascinarnos de tal modo que incluso podemos perdernos en el camino; quizás el desencanto y la rutina en el ejercicio del ministerio puede llevarnos a tomar determinaciones que nos avoquen a situaciones sin retorno. ¡Hermanos míos! Es imprescindible que volvamos una y mil veces a esos momentos que han marcado sacramentalmente nuestra existencia ¡somos suyos! Nuestra vida, todo nuestro ser y nuestro obrar se entiende desde esa radicalidad; cuando perdemos en nuestro horizonte vital esa referencia a ese Dios en el que *vivimos, nos movemos y existimos* (Hch. 17, 28), entonces es cuando comienzan a surgir los sucedáneos del ministerio que se nos ha confiado y que

llenar nuestra vida de inquietudes y desasosiegos, en definitiva, de infelicidades. ¡Cuántas veces el afán desmedido por el tener eclipsado el auténtico sentido sacerdotal de nuestras vidas! ¡cuántas veces al convertirnos en centro absoluto de todo nuestro quehacer ministerial nos ha convertido en islas autoreferenciales en donde ni lo diocesano, ni los trabajos de zona, ni cualquier otro tipo de proyecto fraterno puede tener cabida! Por otra parte, en ocasiones, una preocupación desmedida e injustificada por la seguridad de nuestro mañana nos ha llevado a perder confianza en nuestro propio Presbiterio y en la Iglesia misma. Hermanos, que no estamos solos, es necesario que nos dejemos querer y ayudar para sentir la fraternidad de nuestro Presbiterio. Cuando actuamos o pensamos así ¿qué es lo que nos pasa?

San Juan de Ávila, gran maestro de la vida sacerdotal, nos da un consejo para superar todas las dificultades de nuestra vida y así perseverar en la fidelidad a los compromisos contraídos: *Ha de arder en el corazón del eclesiástico un fuego de amor de Dios y celo por las almas* (Obras, I, p. 856). Aquel consejo que el Maestro Ávila daba al clero en aquellos momentos de la historia de la Iglesia, nos lo repetía hace unos meses el Santo Padre Francisco cuando nos decía a los sacerdotes que nunca debemos olvidar a Cristo, nuestro “*primer amor*” y nos animaba a permanecer siempre en el seguimiento de Jesucristo. Y, a continuación, nos invitaba a hacernos esta pregunta: *¿Como va el primer amor?. Es decir, ¿estoy enamorado de ti como el primer día? ¿Soy feliz contigo o te ignoro? Preguntas universales que hay que hacerse a menudo*, dice Francisco. Y *no solo los esposos dentro de la pareja, sino también sacerdotes, obispos, frente a Jesús. Porque es Él quien nos pregunta como un día hizo con Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?”*. Y proseguía el Papa: *Esta es la pregunta que me hago, que hago a mis hermanos obispos y a los sacerdotes: como está el amor hoy, el que inspira Jesús ¿Es como al principio? ¿Estoy enamorado como el primer día? ¿O el trabajo, las preocupaciones un poco me hacen mirar a otras cosas, y olvidar un poco el amor? Nunca hay que olvidar el primer amor. Nunca.*

El papa también **destacó que el sacerdote “sin Cristo” es un “hombre pequeño”**.

Creo que no exageramos si decimos que el sacerdote es una persona muy pequeña: y que la inconmensurable grandeza del don que nos es dado para el ministerio nos relega entre los más pequeños de los hombres. El sacerdote es el más pobre de los hombres si Jesús no lo enriquece con su pobreza (...). Nadie más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas, señaló.

El Papa insistió en alentar a los sacerdotes a conservar su “alegría”, sin olvidar que se sustenta en las “hermanas pobreza, fidelidad y obediencia”.

Y en este horizonte se entiende la invitación del Santo Padre – que a algunas personas les puede resultar algo pretencioso – sin embargo, encierra en sí un gran proyecto de vida sacerdotal; lo que de una manera muy gráfica llama el Papa *una*

renovada fidelidad a su única novia: la Iglesia, ya que es aquí en donde se encuentra el sentido pleno y fecundo del valor del celibato para la Iglesia católica. Vivir así nuestro sacerdocio nos lleva a sentir a la Iglesia como algo propio, no como una institución ajena a nosotros mismos de la que solo es responsable el Obispo y unos cuantos de su entorno. Ese desapego con respecto a la Iglesia institución que a veces se percibe en algunos de nuestros laicos y, dolorosamente, en algunas ocasiones –pocas, gracias a Dios – en alguno de nuestros hermanos sacerdotes es algo que nos llena de dolor porque refleja una situación íntima y personal de ruptura interior. Cuando pensamos así algo se ha roto en nuestro corazón. Algo no funciona bien. Cuando sentimos a la Iglesia – a la Diócesis – como algo que no nos afecta y no nos duele, entonces hemos emprendido el camino del funcionariado sacro que nos incapacita para toda conversión pastoral que es la clave de la nueva tarea evangelizadora.

Sentir con la Iglesia. Amar a la Iglesia, y a veces, sufrir con y por la Iglesia es lo que nos puede ayudar a definir nuestra vida sacerdotal, o bien en clave de misión o de una simple preservación del sistema que nos impide abrirnos e implicarnos en toda nueva tarea de evangelización.

Quisiera concluir mis palabras dirigiéndome, en nombre de nuestro Presbiterio Diocesano, a la Madre de Dios y Madre Nuestra ¡Señora de los Milagros!

Madre, acogemos tu invitación, la misma que hiciste a aquellos que se encontraron con dificultades en las bodas de Caná de Galilea, aquellos que escucharon de tus labios *¡haced lo que él nos diga!* Sabemos bien que él – Nuestro Señor Jesucristo – nos habla constantemente a través de su Palabra, ayúdanos a convertir la Palabra de Dios en el libro de oración, a dedicarle el tiempo suficiente para que nos ayude a caminar en la presencia del Señor. Madre Nuestra, concédenos las luces necesarias para saber escrutar la voluntad del Señor en la lectura asidua de la Palabra.

Sabemos que él nos habla también a través de la Iglesia, sobre todo por medio del Santo Padre y de los pastores que en comunión con Pedro nos iluminan en nuestro camino. Haznos dóciles a sus enseñanzas y ayúdanos acogerlas con un corazón sencillo y humilde como una auténtica experiencia de fe. Ayúdanos a todos a ser fieles ¡más fieles! al querer de tu Hijo Jesucristo.

¡Señora de los Milagros! el Buen Dios también sale a nuestro encuentro a través de las circunstancias de la vida, te pedimos por los sacerdotes enfermos y ancianos; por aquellos que, a pesar de los años, siguen viviendo con generosidad el suave peso del ministerio sacerdotal. Te ruego por aquellos hermanos nuestros que se sienten solos e incomprensidos, ayúdalos a salir de sí mismos y a acoger las ayudas de los hermanos.

Pongo en tu regazo de Madre a los hermanos sacerdotes que, sea cual sea su edad, están sufriendo la lucha interior del desencanto y del cansancio en el ejerci-

cio del ministerio y perciben, a veces con frecuencia, los zarpazos de la tentación del abandono o de la caída en la inercia pastoral que se puede convertir en causa de tristezas, disgustos, enfrentamientos, cansancios y duras críticas contra todo y contra todas. Ayúdalos Madre nuestra a salir de sí mismos y buscar ese acompañamiento personal que les pueda ayudar a ver con ojos nuevos a las personas y a las instituciones.

¡Señora de los Milagros! Quisiera dejar en tus manos los afanes e inquietudes de los sacerdotes que desempeñan su ministerio en esas periferias diocesanas que son nuestros pueblos y aldeas semidespobladas y casi abandonadas. Ayúdales para que no pierdan el ardor misionero y la certeza de que con su heroísmo, tantas veces ignorado y poco valorado por los hombres, es grato ante Dios y ante la Iglesia.

¡Madre y Señora de los sacerdotes! te suplico por este Presbiterio Diocesano ayúdale a mantenerse fieles en este camino de la nueva tarea evangelizadora que es un reto al que nos invita la Iglesia y que el Santo Padre nos presenta como *una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación* (FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 27).

Por último, quisiera pedirte que nos ayudes a generar esa **cultura vocacional** que antaño se vivía en todas y en cada una de nuestras comunidades parroquiales. Tenemos la certeza de que Dios sigue llamando y de que cada uno de los sacerdotes, ya sean jóvenes, maduros o ancianos, están llamados a ser cauces creadores de esta nueva cultural. Estamos seguros de que, con tu maternal ayuda, podemos dinamizar nuestros Seminarios y apostar por ellos.

Madre de Dios ¡esperanza y consuelo de los afligidos! Te pedimos que acojas en tus manos a tantos hermanos nuestros que nos han precedido en el *signo de la fe*, sus vidas constituyen una de las páginas más hermosas de la historia viva de nuestra Iglesia. Siendo conscientes de esta generosa realidad, también nosotros, los que como peregrinos estamos hoy aquí en torno a tu sagrada imagen, en representación de todo el Presbiterio Diocesano queremos pedirte que nos ayudes en esta *nueva tarea evangelizadora* y que nos ilumines con los proyectos pastorales necesarios para llevar a cabo este camino misionero. Hemos sido, somos y queremos seguir siendo, una Iglesia misionera. Queremos ser una Iglesia abierta a todos, porque son todos: hombres y mujeres, niños y ancianos, jóvenes y enfermos, cristianos o no, creyentes y agnósticos, a los que queremos hacer llegar el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo porque sabemos que *la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con tu hijo Jesucristo*, que es el único Camino, Verdad y Vida que conduce a la plenitud del ser y a la salvación eterna.

Hemos puesto bajo tu protección el Plan Pastoral de nuestra Iglesia. *Ourense en misión*. Tenemos la certeza de que todavía estamos comenzando ¡lo hacemos con ilusión! y, sobre todo, con mucha esperanza. Constantemente somos impulsados por el Santo Padre a un renovado compromiso cristiano. ¡Nos quiere en camino! Este deseo de Francisco nos recuerda aquel otro expresado por Santa Teresa de Jesús cuando estaba a punto de morir ¡*es hora de caminar!* Todavía faltan varios meses para clausurar este Año Santo Mariano, lo haremos el día de tu fiesta, el 8 de septiembre. Pero, por don de Dios, el Papa, que nos quiere despiertos y vigilantes, nos ha hecho llegar su invitación a ponernos de nuevo en camino. En la Bula *Misericordiae vultus* convocando el *Jubileo extraordinario de la Misericordia*, nos recuerda que *la peregrinación es un signo... , porque es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida – dice Francisco – es una peregrinación y el ser humano es viator, un peregrino que recorre el camino hasta alcanzar la meta anhelada* (FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, nº 14). Cuando el curso pasado, después de estudiarlo con mis más estrechos colaboradores, solicité al Santo Padre un año jubilar con motivo de los cincuenta años de la coronación canónica de tu imagen, ya en aquel momento os invitaba a que hiciésemos de ese año un tiempo de gracia y de conversión; una ocasión propicia para la peregrinación y para acercarnos al sacramento de la Penitencia. El mismo Papa nos recuerda a los obispos que debemos cuidar la administración de este sacramento en nuestras Diócesis porque, nos dice él, *muchas personas están volviendo a acercarse al sacramento de la Reconciliación y entre ellas muchos jóvenes, quienes en una experiencia semejante suelen reencontrar el camino para volver al Señor, para vivir un momento de intensa oración y redescubrir el sentido de la propia vida. De nuevo ponemos convencidos en el centro el sacramento de la Reconciliación, porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia* (FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, nº 19).

Te suplico, Madre de los Milagros, que nos ayudes a convertir nuestros templos, en la medida de nuestras posibilidades, en lugares de adoración y de recepción del sacramento de la Reconciliación. Ese será uno de los objetivos particulares del nueva Plan Pastoral: *Ourense en misión*.

Ayúdanos, Madre de los Milagros, a saber encontrar los métodos y los caminos necesarios para *permitir a tantos hijos alejados encontrar el camino de regreso a la casa paterna* (FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, nº 18b). Necesitamos que nos ayudes a construir, poco a poco, comunidades abiertas, necesitamos parroquias sin fronteras pastorales, menos autorreferenciales, parroquias *en salida*.

Madre de Dios y Madre Nuestra, Señora de los Milagros, acoge la oración y los deseos que este pastor y de todos tus hijos sacerdotes, aquí reunidos; los ponemos hoy en tu regazo misericordioso para que los presentes ante tu Hijo, el Señor de nuestra historia y de nuestras vidas, a él la gloria por los siglos de los siglos. Amén

Santa Misa. Institución del Lectorado y Acolitado

Seminario Mayor “Divino Maestro”, 10 de mayo de 2015.

Ilmo. Sr. Rector del Seminario Mayor “Divino Maestro”

Ilmo. Sr. Director del Instituto Teológico

Mis queridos hermanos en el sacerdocio

Sres. Profesores

Queridos seminaristas

Hermanas y hermanos

No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure (Jn. 15, 16)

Mis queridos Hildebrando, Carlos y José María, estas palabras que han sido proclamadas hace un momento, encuentran hoy en vuestros corazones un eco singular. ¡Habéis sido elegidos por Dios! Esta certeza tiene que acompañaros toda vuestra vida, se trata de una elección divina y Dios no cambia ni muda su criterio de elección. Os ha llamado sabiendo muy bien cuál es vuestra historia personal, conoce hasta los más íntimos entresijos de vuestra alma y, a pesar de todo, os ha escogido con amor, porque os ha amado desde el primer momento de vuestra existencia y, a pesar de las contrariedades con las que os encontréis, su amor os precede y acompaña ¡el amor de Dios os *primerea!* Es necesario deciros esto porque, puede ocurrir que dentro de unos días, meses o años - el tiempo no importa - cuando surjan las dificultades en vuestro camino ¡y estad seguros que vendrán! Dios parece que tiene que sufrir la peor parte; incluso se pueden llegar a tomar determinaciones que en nada se tenga en cuenta el querer del Señor sobre las vidas de los que él ha amado y elegido con una vocación santa. ¡Ese es un mal planteamiento!

Cuando en vuestro camino os acechen las tentaciones de abandono o quizás de mirar hacia atrás pensando en lo que dejáis y no en lo mucho que habéis recibido, no os olvidéis de volver la mirada del corazón sobre vuestra biografía ¡este es un camino aleccionador! Espero que no tengáis necesidad de hacerlo pero, si fuese necesario sed valientes. Los grandes santos en momentos de graves dificultades, incluso llegaron a escribir su propia historia para encontrarse con la verdad de su vida. San Agustín escribe la biografía de su alma en sus Confesiones y llega a aquella estremecedora conclusión: *Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, más yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; bri-*

llaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti (S. AGUSTÍN, *Confesiones*, Lib. VII)

Y Teresa de Jesús, cuando se encuentra pasando una situación crítica en su vida recibe el consejo de uno de sus confesores para que escriba el libro de su vida; ella obedece y plasma por escrito su biografía, lo hace con tanta sinceridad que le llega a llamar *Su alma*.

Mis queridos seminaristas ¿Acaso, lo que ahora estáis haciendo es un teatro, pura comedia, un acto de cumplimiento social? Seguro que me responderéis que no. Me lo habéis dicho uno a uno en estos últimos días en la conversación que hemos tenido. Os ruego que no os olvidéis de este momento. Y si llegan las circunstancias adversas recordad vuestra biografía y os daréis cuenta de que al reflexionar sobre ella descubriréis el querer de Dios que a través de su amor os ha precedido y acompañado, ¡y sigue y seguirá haciéndolo! No nos alejemos de ese amor en el que somos, existimos y nos movemos. Si lo hacemos así nos daremos cuenta de que no habrá tentación alguna que pueda apartarnos del amor de Dios que se ha hecho presencia misericordiosa en Jesucristo y él no falla nunca. ¡He ahí la clave para superar cualquier duda contra la vocación! En este pensamiento hecho vida se encuentra la fuerza para nuestra perseverancia en el ministerio hoy y siempre, y sobre todo, la energía para no flirtear con nuestra entrega a Dios.

Esto que os digo a vosotros, los que vais a ser instituidos como lectores y acólito, os lo digo también a los jóvenes que os encontráis aquí y en más de una ocasión habéis percibido en lo más hondo de vuestra existencia la llamada del Señor a su seguimiento, en este caso al sacerdocio. Os ruego que os atreváis a recordar delante del Señor, en un momento de oración, vuestra biografía personal y os daréis cuenta de que el mismo Dios, sin ruido de palabras ¡porque así es el estilo que tiene el Señor para hablarnos! tocará vuestras vidas y oiréis con nitidez *ven y sígueme*. Os ruego que no tengáis miedo, ni al ambiente, ni a los otros, ni siquiera a los vuestros, sed conscientes de ese amor grande del Señor que os envuelve y os *primerea*, os empuja y os anima ¡no estáis solos! Hay personas que van de un sitio para otro hablando con unos y con otros de su vocación, no es este el camino de Dios. La llamada del Señor sigue otro proceso más sencillo, menos ruidoso ¡es el camino auténtico de los llamados! Se ponen en camino, cueste lo que cueste y pase lo que pase, porque es Dios el que marca el ritmo de nuestra vida.

Mis queridos seminaristas que vais a ser instituidos en los ministerios de la Iglesia. Vais a recibirlos para servir. Pero ¡cuidado! Nadie puede dar lo que no tiene. Tanto a los Lectores como al Acólito, que en su día ha recibido este ministerio, se os pide que aspiréis constantemente a la perfección cristiana, es decir, a la santidad. Y el mismo ritual, en su introducción, dice que el camino para lograrlo es cuidar la meditación asidua de la Sagrada Escritura. Abrir vuestro corazón y

escrutar el querer de Dios a través de la Palabra del Señor. Este es el camino para no caer en el *funcionariado sacro* contra el que nos previene en tantas ocasiones el Santo Padre Francisco.

¿Queréis ser fieles a vuestra vocación cristiana y ejercer los ministerios para el mejor servicio del Pueblo de Dios? Si lo queréis de verdad, cuidar, entonces, vuestra oración personal cotidiana. No os dispenséis nunca. Cuando comenzamos a recortar el tiempo de nuestra oración y a llenar nuestro espíritu de otras cosas que a veces, como diría Santa Teresa, no son nada más que cachivaches, entonces comenzamos a deslizarnos, sin darnos cuenta, por la suave pendiente de la infidelidad que, sin querer queriendo, nos lleva a la infelicidad.

Pero esto que os aconsejo a vosotros, me lo digo a mí mismo, y os lo digo a vosotros que me escucháis, porque entre los bienes que nos reporta la oración asidua es conseguir nuestro propio conocimiento, es decir, el conocimiento de nuestra propia historia a la luz de Dios. Cuando rezamos bien, sin necesidad de palabras, lo que hacemos es dejarnos ver por Dios y él nos ve tal como somos, porque es la Verdad. He ahí uno de los motivos por los cuales, en lugar de buscar el silencio elocuente para escuchar a Dios, lo que hacemos es rodearnos de muchos ruidos y así no creceremos nunca y nos encontraremos viviendo en la periferia de nuestra vida, en la superficialidad. Si así hacemos jamás tendremos las fuerzas necesarias para decirle sí a Dios.

Mi querido Hildebrando: tú vas a recibir el Acolitado, es un ministerio relacionado directamente con todo aquello que se refiere al altar. Sabes bien, y no solo por tus estudios, que sobre ese altar se confecciona el mayor prodigio de fe y amor que tenemos en la Iglesia, la Santísima Eucaristía. Ya está muy cercano el momento en el que la Madre Iglesia te dirá: *Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor*. El consejo no es mío ¡es de la Iglesia! yo te lo ofrezco a ti y, al mismo tiempo me lo recuerdo a mí mismo y a los hermanos sacerdotes que participan en esta celebración. Considera lo que realizas, a quien tocas, como lo ofrezcas a los hermanos. Imita al Señor que como manso y humilde se inmola para la redención de la humanidad. No te olvides, que también tú, al igual que todos los sacerdotes, tenemos que luchar por humanizar más y mejor a nuestros hermanos y hermanas, es decir, tenemos que entregarles el mensaje de la Buena Nueva de Jesucristo, no de una forma teórica, sino con el testimonio de una vida coherente, sabiendo bien que solo *el Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús* (EG, nº 1); la verdadera humanización de nuestros hermanos consiste en su santificación, es decir, en hacer realidad viva en su existencia la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

Urge, hoy más que nunca, que tomemos en serio la invitación que nos hace la Iglesia, invitación que consiste en que cada uno de los que estamos aquí debemos

renovar ahora mismo nuestro encuentro con Jesucristo o, al menos, tomar la decisión de dejarse encontrar con Él, de intentarlo cada día... Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y, cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos...; Que nada ni nadie pueda más que su vida, que nos lanza siempre hacia adelante! (Cf. EG, nº 3)

Volvamos la mirada del corazón a la Madre del Divino Maestro, de manera especial en este mes de mayo, y pidámosle a Ella que nos ayude a ser fieles a esa historia de amor que el Señor está escribiendo desde la eternidad con cada uno de nosotros y apoyándonos en ese amor de Dios, que nunca falla, ni traiciona, ni cambia el sentido de su llamada, aprendamos a caminar en fidelidad nuestra vocación al servicio de Dios y del Pueblo santo. Se lo pedimos hoy con especial intensidad porque en estos momentos nuestra sociedad espera de nosotros, los cristianos, que seamos más auténticos y, sin dar lecciones a nadie, nos convirtamos en esos *testigos misioneros* que hoy necesitan nuestros hermanos y desea la Iglesia. ¡Qué así sea!

Misa en honor del Beato Álvaro del Portillo

Iglesia parroquial de Santa Eufemia la Real del Norte. Santo Domingo. 12 de mayo de 2015

Ilmo. Sr. Vicario delegado del Opus Dei en Galicia

Sr. Cura-párroco de Santo Domingo

Hermanas y hermanos en el Señor.

Han pasado muy pocos meses desde aquel 27 de septiembre de 2014, fiesta de gracia, que nos convocó a muchos fieles cristianos, hijos de la Iglesia Católica, en aquel lugar madrileño de Valdevevas. Asistíamos a la beatificación de Mons. Álvaro del Portillo, para muchos de los allí presentes: *Don Álvaro*.

En esta liturgia de Acción de Gracias, que es la Santa Eucaristía, que era el centro de la vida de este santo obispo y que debe ser también la fuente y la cumbre de todas nuestras actividades la Palabra del Señor propuesta por la Iglesia para esta conmemoración del Beato Don Álvaro nos propone unos hermosos textos que nos sirven para nuestra vida.

Como hemos podido comprobar, a lo largo de estos últimos días, la lectura continua del Cuarto Evangelio nos ha ofrecido una bellísima alegoría a través de la cual se hace presente el amor misericordioso de un Dios cercano al hombre y a su historia: *el Buen Pastor*. Esa antiquísima imagen del joven pastor que lleva sobre sus hombros la oveja descarriada es un símbolo elocuente, ya desde la anti-

güedad, de Jesús *imagen visible del Dios invisible*, que nos ayuda a reconocer esa gran verdad de que, además, hay *otras ovejas que no son de este redil; también a éstas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor*.

Don Álvaro guardó en su corazón esta imagen desde sus primeros años romanos y vio como San Josemaría la mandó reproducir en varios lugares emblemáticos de la sede del Opus Dei. Quería subrayar la importancia de que todos, cada uno de acuerdo con su vocación, tenemos que ser oveja y pastor. En los últimos meses, el Santo Padre Francisco nos ha ofrecido, con la frescura de su palabra, una expresión actualizada de lo que hace el Buen Pastor que sale a las periferias y busca a los que se han ido, a los alejados, o a los que nunca han entrado en *el redil*.

El cristiano, que quiere imitar al Buen Pastor, tanto clérigos como laicos, sabe bien que debe acoger en su corazón las palabras de la profecía de Ezequiel proclamada en la primera lectura: *Buscaré a las ovejas perdidas, recogeré a las descarriadas; vendaré a las heridas; curaré a las enfermas; a las fuertes las guardaré y las apacentaré como es debido* (Ez. 34, 16). Estas palabras hacían vibrar con pasión por las almas a Don Álvaro y se convertían para él y para sus hijas e hijos en el Opus Dei en una pasión apostólica constante. A través de sus palabras animaba a todos a redescubrir la tarea de anunciar el mensaje completo de la salvación, *el misterio que Dios ha tenido escondido desde siglos y generaciones y que ahora ha revelado a sus santos* – a vosotros y a mí – a los que san Pablo llama *santos* (Ef. 1,1; Flp. 1,1; Col. 1, 2; etc.).

¡Sed santos! más que un mandato, es un privilegio, un don, una concesión inaudita, una gracia. No es, como podría parecer, una obligación superior a nuestras fuerzas que Dios carga sobre nuestras espaldas, sino una herencia paterna que quiere transmitirnos. Y el motivo fundamental por el cual debemos ser santos es que él, nuestro Dios, es santo. Es una especie de patrimonio espiritual que los hijos deben “asumir” de su padre. *Sed perfectos* - dice Jesús- *como es perfecto vuestro Padre celestial* (Mt 5,48). Del mismo modo que cada padre desea transmitir a su hijo, junto con la vida, lo mejor de él, así el Padre celestial, que es santo, quiere darnos su santidad. Pero mientras que un padre y una madre transmiten lo que tienen, no lo que son, Dios, por el contrario, nos transmite también lo que es. Él es santo y nos hace santos; Jesús es Hijo de Dios y nos hace hijos de Dios en Él y por Él.

Por eso, de acuerdo con el texto de san Pablo que se ha proclamado hace un momento, el mensaje que debemos anunciar como consecuencia de esa amable exigencia de nuestra vocación a la santidad es que *Cristo, es para todos la esperanza de la gloria*. Esto quiere decir que, como consecuencia de nuestro Bautismo, *nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para que todos lleguen a la madurez de su vida en Cristo* (Col. 1, 27-29).

Mis queridos hermanos y hermanas: estas ansias apostólicas que deben crecer en nuestros corazones eran el motivo fundamental de la existencia y de la vida del beato Don Álvaro. Bien sabía él que muchos de nuestros contemporáneos, podemos decir con el lenguaje bíblico *una multitud ingente*, se ha apartado de los compromisos bautismales, se ha distanciado de la Iglesia personal y afectivamente, y no podemos olvidarnos de tantos y tantas en cuyas vidas no hay cabida para Dios. Esta realidad constatable nos tiene que llevar no a la estéril lamentación, sino a poner los medios para salir y llevar a cabo una buena labor apostólica.

Don Álvaro, a pesar de sus años y de sus enfermedades, de manera especial a partir de 1975, fecha en la que fue nombrado prelado del Opus Dei, promovió numerosas actividades de promoción humana y social con el fin de hacer llegar el mensaje alegre y fecundo del Evangelio de Jesucristo. De manera incansable, a través de los numerosos viajes apostólicos habló a miles de personas de Jesucristo, del amor a la Iglesia y al Papa y predicó con persuasiva simpatía el mensaje cristiano de san Josemaría acerca de la llamada universal a la santidad y de la santidad en la vida ordinaria. Instó con paternal benevolencia a sus hijos e hijas a un constante apostolado, incluso a un apostolado *ad fidem*, con la finalidad de hacer llegar el alegre mensaje cristiano a todos los hombres y mujeres de la tierra.

Si el beato Don Álvaro pudiese hablarnos hoy a cada uno de nosotros, que hemos venido a dar gloria a la Santísima Trinidad, por la santidad de este obispo español, estoy seguro que nos animaría –como lo está haciendo el Santo Padre Francisco– a salir de nosotros mismos y a llevar a cabo un apostolado más comprometido, comenzando por nuestros propios ambientes de familia, trabajo y amistad; preocupándonos de manera especial por los niños y los jóvenes para que crezca en cada uno de ellos la semilla de la fe cristiana y no sea sofocada por la cizaña que brota en el camino de sus vidas.

En este Año Jubilar Mariano en nuestra Diócesis, con motivo de los cincuenta años de la Coronación Canónica de la Imagen de la Virgen de los Milagros, Año Mariano también en la Prelatura, os ruego que volváis la mirada a la Santísima Virgen María y que le supliquéis por ese proyecto pastoral diocesano de *Ourense en Misión*. Pedid mucho por esta Iglesia que peregrina por estas tierras de Ourense, por los sacerdotes y los demás agentes de pastoral para que sepamos descubrir que la nueva tarea evangelizadora pasa por *una opción misionera capaz de transformarlo todo*, de tal modo que *las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación* (Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nº 27). Ese es el objetivo fundamental de todo apostolado: la tarea evangelizadora; es decir, el anuncio del Evangelio en los corazones de muchos de nuestros contemporáneos. Esto necesariamente es así porque estamos encontrando signos de increencia, de indiferencia religiosa, incluso de rechazo

de Dios en aquellos que habiendo sido educados en el cristianismo se apartan de él. No podemos quedar impasibles como si esto no nos afectase a nosotros ¡todo lo contrario! Renovemos las enseñanzas de Don Álvaro que sabía muy bien que el verdadero apostolado comienza por cuidar nuestra vida de piedad, porque de la superabundancia de nuestra vida interior brotarán esas realidades apostólicas que harán más efectiva esta nueva tarea evangelizadora a la que nos está llamando la Iglesia.

Tenemos que acercarnos a Jesucristo a todos nuestros conciudadanos, tenemos que hacer creíble nuestra fe en Él porque solo así Cristo será para todos la esperanza de la gloria. ¡Qué así sea!

Festa da Ascensión do Señor

Santuario do Cristal. Vilanova dos Infantes. 17 de maio de 2015.

Galileos, que facedes ollando para o ceo? Este Xesús que vos foi levado de entre vós ó ceo, ha volver do mesmo xeito que o vistes ir.

Benqueridos sacerdotes concelebrantes

Ilustrísimas Autoridades

Saúdo con especial agarimo os familiares de Don Adolfo aquí presentes.

Benqueridos irmáns e irmás, fieis devotos da Nosa Señora do Cristal.

Estas palabras do Evanxeo de San Marcos, que acabamos de escoitar, sintetizan de xeito maxistral o sentido desta festa da Ascensión de Xesús, o Crucificado-Resucitado a eses ceos novos e terra nova que o Bo Deus nos ten preparado para os que o aman e se deixan amar por este Deus de Misericordia que nos primeira sempre co seu amor.

Galileos, que facedes ollando para o ceo? Esta pregunta fáinola hoxe o mesmo Señor a cada un de nós. Algúns pensan que o cristianismo consiste en estar mirando ó ceo agardando que de alí veñan as solucións a tódolos nosos problemas e o remedio ós nosos males. Equivócanse os que pensan así; como o fixeron aqueles pensadores da sospeita e da morte ou negación de Deus. Eles deixaron o seus ensaios e reflexións cheos de afirmacións solemnes e, a verdade é que eles pasaron e o feito relixioso segue presente nas nosas vidas e na sociedade, mal que lles pese a algúns, que con falta de auténtico respecto á liberdade dos demais queren impoñernos a vivencia da nosa relixión a un nivel privado e reducir as manifestacións de piedade ó ámbito das sacristías ou dos templos; ninguén pode esquecer que o Evanxeo ten unha irrenunciable dimensión transformadora da sociedade

porque é portador dos valores do Reino de Deus.

Hai uns días vivimos unha experiencia singular e concreta que pode confirmar o que estou a dicir: o día 13 de maio, pola noite, participabamos na procesión coa imaxe da Virxe de Fátima dende a súa parroquia, no barrio do Couto, ata a Catedral de Ourense, era unha expresión da nosa fe e devoción que rebotaba o espazo do templo pola cantidade de fieis que alí estábamos. Podería algún templo conter a inmensa multitude que acompañaba aquela pequena imaxe da Virxe Branca? Centos de persoas polas rúas manifestaban a súa fe e devoción a Nai de Deus. Meus irmáns e irmás, Deus non deixa de existir porque se grite e se escriba miles de ensaios proclamando a súa non existencia. O Noso Deus é esa realidade constitutiva da nosa existencia, nel somos, movémonos e existimos.

A nosa auténtica fe en Deus non nos leva só a elevar as nosas mans e a nosa mirada ós ceos; iso podemos facelo, pero sabemos ben que a nosa fe nos esixe comprometermos en serio con este mundo cóbado a cóbado cos nosos veciños, pensen ou non coma nós. O cristianismo auténtico é unha realidade viva, positiva e transformadora de nós mesmos, dos outros e da contorna. Aí temos o noso escenario de actuación! O verdadeiro cristianismo axúdanos a loitar por ser os mellores cidadáns.

Por outra banda, que sería das nosas aldeas e vilas sen o feito cristián? Que sería desta fermosa contorna sen este santuario?

Algúns, amigos do alleo, teñen pretendido arrincarnos do corazón da nosa devoción á Nai de Deus e Nai nosa co furto sacrílego da piadosa e singular imaxe do Cristal. Non o conseguirán! Poderannos roubar ou destruír a imaxe física da Nosa Señora, pero non serán capaces de arrincar dos nosos corazóns a nosa devoción á Virxe do Cristal, manifestada neste lugar santo e sobre todo nos nosos corazóns.

Irmás e irmáns meus, non deixedes que se apague a devoción á Santísima Virxe nas vosas vidas e na dos vosos fillos. O noso culto a Deus e á súa Nai Santísima non se circunscribe a ningún espazo concreto, aínda que ben é certo que nalgúns lugares se sinte, de xeito singular, a presenza de Deus, como neste lugar e, sobre todo, neste santuario.

Acudide a esta Casa da Virxe e cando contempledes o retablo do sagrario que está baleiro non esquezades que Ela, a Señora do Cristal, coa súa pequena figura, enche de tenrura os vosos corazóns e seguirá protexéndonos.

Os sacerdotes desta gran zona pastoral convocáronnos a esta celebración eucarística como acto de reparación a Deus polo doloroso suceso que tivo lugar hai uns meses a pouca distancia de aquí: a morte do noso querido irmán no sacerdocio, D. Adolfo Enríquez e o furto da imaxe bendita do Cristal. Roubándonos violentamente a vida dun sacerdote bo e fiel e a imaxe da Señora do Cristal que era, é seguirá a ser, a pesar das escuras intencións dalgúns, un símbolo da pieda-

de do noso pobo que é eminentemente mariano; todo aquilo que sucedeu aquí constitúe un atentado contra o mesmo Deus.

Hoxe reunímonos aquí non só para lamentarnos por este doloroso suceso, senón tamén para gañar a indulxencia plenaria deste Ano Xubilar Mariano e, en lugar de peregrinar ó Monte Medo, ó santuario dos Milagres, viñemos ata esta casa da Virxe que, a partir de agora, precisamos potenciar máis como santuario mariano, non só neste arceprelado senón en toda a Diocese de Ourense.

Rógovos que elevedes as vosas oracións ó ceo para que moi pronto se esclareza de todo a morte de D. Adolfo e apareza a imaxe do Cristal. A nosa fe esíxenos ser construtivos e positivos; nada ten que ver o odio e o rancor coa nosa maneira de ser e pensar. O papa Francisco dicíanos fai uns días: *Moitas veces é difícil perdoar, e sen embargo, o perdón é o instrumento posto nas nosas pobres mans para alcanzar a serenidade do corazón. Deixar caer o rancor, a rabia, a violencia e a vinganza son condicións necesarias para vivir felices* (Cf. FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, n. 9). É verdade que no noso corazón hai unha ferida que non pecha pero, a pesar desa dor que nos atenaza tantas veces, queremos vivir coma auténticas testemuñas daquel Crucificado que por amor redentor a toda a humanidade se entregou á morte por todos para abrírnos, coa súa resurrección e ascensión ó ceo, un camiño na vida; porque, benqueridos irmáns e irmas, non podemos esquecer a verdade de que *si Deus se detivese na xustiza deixaría de ser Deus, sería como tódolos homes que invocan respeto pola lei. A xustiza por sé mesma non basta, e a experiencia ensina que apelando so a ela córrese o resgo de destruíla. Por iso Deus vai mais aló da xustiza coa misericordia e o perdón. Isto non significa restarlle valor a xustiza ou facela superflua, o contrario. Quen se equivoca - ou comete un crimen - deberá expiar a pena. So que iste non é o fin, sino o inicio da conversión... Deus non rechaza a xustiza, a supera coa súa misericordia* (Cf. FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, n. 21).

Os homes e mulleres de hoxe en día temos a tentación de pretender sempre e soamente a xustiza, iso fíxonos esquecer que *ela e o primeiro paso, necesario e indispensable*, pero a Igrexa – cada un de nos que somos o rostro da Igrexa – *necesitamos ir máis aló para alcanzar unha meta mais alta e mais significativa que é o do perdón e da misericordia* que non teño ningunha dubida que sería, si puidera manifestárenos, o desexo de D. Adolfo.

Sigamos loitando e esforzándonos por ir transmitindo a nosa fe e os costumes cristiáns ós nosos nenos e mozos; non esquezaades que o cristianismo, ben vivido, constrúe auténticos homes e mulleres, e fai deles os mellores cidadáns.

Anímovos, amigos meus, a construír nas vosas vidas un auténtico santuario á Virxe do Cristal. Suplícovos, homes e mulleres, nenos e anciáns, veciños de estas terras que non deixedes que vos rouben a vosa piedade e devoción á Señora do Cristal, porque a verdadeira devoción a Nosa Señora nos leva sempre a vivir o

Evanxeo do Noso Señor Xesucristo.

Rógovos, irmás e irmáns meus, que vos comprometades, xunto cos vosos sacerdotes, a converter este santuario nun lugar de oración e de conversión, nun auténtico santuario que, a través da confesión sacramental frecuente, a recepción da Eucaristía e o rezo do Rosario, se constitúa nun faro de evanxelización. Podedes ter a certeza de que neste compromiso positivo contaredes con toda a colaboración do voso Bispo.

Neste día das Letras Galegas, quixera concluír facendo miñas aquelas palabras dun fillo destas terras: *Homes e mulleres de Vilanova* –e de tódalas terras desta Diocese– *ben nos podemos gabar que non hai virxe no mundo como a Virxe do Cristal. Ela é de tristes agarimo, de pobres esperanza, dos namorados guía, sostén do labrego, canto de Deus quixere, tanto de Deus alcanza, non hai quen non lle deba consolos e favor. Porque non hai virxe no mundo como a Virxe do Cristal.* Amén.

Vigilia de Pentecostés

Catedral de Ourense. 23 de mayo de 2015.

Mis hermanos y hermanas

Os saludo con especial afecto a todos los que formáis parte del amplio campo del apostolado seglar ¡vosotros sois los hijos e hijas más numerosos de la Iglesia! Permitidme que haga una alusión a la Acción Católica porque en esta solemnidad de Pentecostés celebra su gran día.

Quisiera saludaros y agradeceros, también a vosotros los religiosos y las religiosas que desde diferentes puntos de Galicia os habéis reunido en la Casa de las Misioneras del Divino Maestro para este encuentro–convivencia organizado por la CONFER de Santiago y de Ourense, acompañados por nuestra Delegación Episcopal para la Vida Consagrada, con motivo de esta solemnidad y dentro del marco del Año de la Vida Consagrada establecida por el Santo Padre. También quisiera saludar al Ain Karen de la Pastoral Vedruna que os ha acompañado en este encuentro.

¡Mis queridos amigos y amigas!

Con esta vigilia nos queremos preparar al gran acontecimiento que clausura las fiestas de Pascua: la solemnidad de Pentecostés. Lo hacemos siendo conscientes de que formamos una gran familia, que se reúne en esta Iglesia Catedral, la iglesia del Obispo de esta Iglesia particular, y por consiguiente, vuestra iglesia, la iglesia madre de todas las iglesias de esta Diócesis; y lo hacemos para revivir aquel gran acontecimiento de fe que transformó, definitivamente, la vida de los primeros discípulos del Crucificado-Resucitado. Hoy, como en los mismos tiempos de

Jesús, quizás mucho más hoy que en la época de Pedro, Santiago, Juan, Andrés, Pablo ¡y de los otros apóstoles! Porque en la actualidad resulta más apremiante la ayuda del Espíritu.

Soy consciente de que hoy, y en este ahora, el Resucitado, el mismo Señor Jesús nos quiere enviar el Espíritu a cada uno de nosotros, y a toda la Iglesia, para que recibamos el don de la fortaleza y así podamos dar testimonio del Señor Jesús en nuestros ambientes. Este dinamismo del Espíritu en nosotros quiere ayudarnos a superar todos los obstáculos que puedan existir en nuestros corazones, de manera especial el orgullo y la soberbia de nuestro yo que tantas veces nos impiden abrirnos a los demás y a sus necesidades, y que aleje de ti y de mí el pensar que solo nuestros métodos, nuestro estilo de hacer y obrar, en definitiva, nuestra autosuficiencia es el camino adecuado en estos momentos de la nueva tarea evangelizadora. No podemos dejarnos caer en la tentación de sentirnos los imprescindibles y pensar que somos la autorreferencia fundamental en esta acción pastoral. Por este camino, propio de las almas satisfechas, jamás tendremos sed. No nos olvidemos de las palabras de Jesús en el Evangelio que acabamos de proclamar en estas Vísperas: *El que tenga sed que venga a mí; el que cree en mí, que beba.*

¡Tened sed de Dios! Si tenemos verdadera sed de Dios, esa sed nos dará sed de almas ¡alma de apóstoles!

A pesar de las modas laicistas, y de las olas de increencia y de neopaganismo ambiental que descubrimos en nuestra sociedad, también percibimos signos eloquentes e indicadores de que nuestros contemporáneos tienen necesidad de algo o alguien más que le dé una dimensión de trascendencia a sus vidas, que les dé sentido. Algunos buscan esa salida en el poder, otros en el dinero, hay quienes piensan que con el éxito quedarán satisfechos, humanamente hablando; algunos han sido atrapados por el consumismo que se ha convertido en una especie de rito que desemboca en adiciones insostenibles y destructoras. En nuestra sociedad encontramos tantos sucedáneos de Dios que la está convirtiendo, a pesar de los resultados demoscópicos, en una sociedad muy religiosa; lo vemos por la proliferación de tantas formas, de diversos matices, que pretende dar lo que no tienen. Todo esto nos quiere decir que debemos ser dóciles al Espíritu Santo y pedirle que nos ayude a ser testigos valientes de Jesucristo que es el gran valor que algunos han perdido y otros no han sabido encontrar. Solo Jesucristo, su nombre y su persona pueden hacer revivir a tantos que parecen “huesos secos”, ¡viven! pero están muertos. Solo Jesucristo puede abrir tantos sepulcros blanqueados y transformar la muerte en vida a través de la gracia.

¡Hermanos! Que en esta liturgia podamos abrirá nuestra existencia al don de este Dios desconocido, al Espíritu Santo y así nos dejemos transformar y revivificar para convertirnos en esos testigos misioneros que la Iglesia necesita y el mundo demanda.

Pentecostés es una celebración que nos ayuda a poner el acento en Dios ¡solo en Dios!; es Él el que actúa, transforma, vivifica, que nos *primerea* en ese amor que lo transfigura todo y es la clave de toda evangelización.

Pentecostés es la gracia suave y el susurro de Dios que purifica lo viejo y caduco que existe en nuestro corazón, impidiéndole ser libre, y quiere *hacer nuevas todas las cosas*. Desde el comienzo de esta aventura del amor de Dios que es la Iglesia, criticada por muchos, incomprendida por otros, e incluso poco amada por algunos cristianos, el Espíritu, a través de esta Iglesia llena de santidad, pero también afeada tantas veces por nuestras infidelidades, quiere darnos un impulso dinamizador a través de la gracia de Dios, de tal modo que así podamos vivir en profundidad nuestra existencia cristiana para poder abrir las puertas de esta Iglesia y salir y anunciar a todos que solo en Jesucristo, muerto y resucitado, se encuentra la verdadera salvación.

Esta celebración, en el marco de este Año Mariano en nuestras Diócesis, y bajo el impulso pastoral de ese proyecto que denominamos *Ourense en misión*, quiere ayudarnos a todos y a cada uno de nosotros a que nos convenzamos de que tenemos que ser el auténtico rostro de esta Iglesia en salida. Basta ya de perspectivas autorreferenciales, de comunidades cristianas atrincheradas en sus fronteras ¡nuestras comunidades no tienen fronteras! ¡nuestras parroquias no tienen fronteras! Porque la Iglesia no tiene fronteras. Recordad las palabras de Jesús: *id y anunciad a toda criatura... Id y anunciad hasta el extremo de la tierra...*

Jesús –el Crucificado– está resucitado, ¡está vivo! ¡está en ti, en mí, en los otros ¡en la Iglesia!

Esta fiesta del Espíritu Santo nos ayuda a descubrir el verdadero sentido de la catolicidad de la Iglesia ¡de su universalidad! Pentecostés rompe con todo aquello que puede dividir y separar. La Iglesia es una gran familia compuesta por infinidad de hogares unidos por una misma fe y un solo Señor. Si descubrimos signos de desunión entre nosotros ¡revisemos nuestra fe y nos daremos cuenta de que algo le falta para que sea auténticamente Católica!

Pentecostés nos tiene que ayudar a descubrir, valorar y respetar la pluriformidad de la Iglesia que se nos manifiesta en tantos grupos, movimientos, asociaciones. Son muchos los carismas consagrados que se van desplegando en el mundo a través de los institutos de vida consagrada, de las sociedades de vida apostólica, de los institutos seculares, de las nuevas formas de vida religiosa ¡qué riqueza tan grande encierra la vida monástica y las órdenes religiosas con su variedad de estilos de vida.

Hermanas y hermanos míos: Pentecostés es ese singular impulso que brota del corazón de la Trinidad y nos invita a recorrer los caminos del mundo – de nuestra tierra –, llevando una esperanza nueva a todos y a cada uno de nuestros hermanos, especialmente, donde predomina la desunión, el rencor, la desesperanza,

la crítica contra todo y contra todos, en definitiva, Pentecostés se nos presenta como un signo de vida allí donde hay cansancio, derrotismo y muerte.

Pentecostés nos invita a caminar según el Espíritu y sabemos si vamos o no por el buen camino si nuestros frutos son, como dice el Apóstol: *amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí. Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu* (Ga. 5, 16.22-23a.25)

Os invito a volváis la mirada de vuestro corazón a María ¡Santa María Nai! Que preside el hermoso retablo de esta catedral, ¡es una imagen que fue contemplada por la multitud incontable de nuestros antepasados! A ella pidámosle esa fe que ella tuvo y esa docilidad que le llevó a ponerse en camino con presteza para secundar el querer de Dios. Ella se puso en camino ¡en salida! pongámonos también nosotros en salida hacia esas periferias que reclaman nuestra ayuda y atención. No caigamos en la tentación de pensar que todas esas realidades están muy lejos de nosotros. No os olvidéis de que esas periferias existenciales de las que nos está hablando el Santo Padre las podemos encontrar en nuestros propios hogares y en nuestras comunidades cristianas, en donde hay tantas personas queridas que viven alejadas de Dios, o quizás en medio de nuestras tareas ordinarias ¡tantos compañeros que viven al margen de Dios o que lo rechazan!

No nos olvidemos del basto campo de las actividades lúdico-deportivas. Cuantos niños y jóvenes ¡y también menos jóvenes! están convirtiendo este tipo de actividades, por otra parte tan necesarias para una vida sana y equilibrada, las están convirtiendo –vuelvo a repetir– en una especie de sucedáneo del hecho religioso, con una liturgia propia, tantas veces exigente y esclavizadora. No hay tiempo para la catequesis, ni para asistir a la Eucaristía dominical, ni siquiera para la vida en familia, sin embargo, siempre sobra tiempo para entrenamientos, encuentros deportivos, competiciones de diversa índole ¡he ahí un nuevo areópago que hay que evangelizar!

Otra de las grandes periferias es el amplio campo de la salud y de la atención a nuestros ancianos que, en no pocas ocasiones, se está convirtiendo en un negocio de terceros. Pensemos en la evangelización de nuestros ancianos, tan numerosos y que, a menudo son los últimos que van quedando en las pequeñas parroquias del mundo rural a donde solo va el sacerdote que se desvive por atenderlas y a veces ni es ayudado, ni comprendido. También ahí encontramos esas periferias que debemos evangelizar, no solo en las selvas de la Amazonia, ni en los altos montes de América latina, en el cuerno de África o en otros lugares de la tierra. El Espíritu nos está invitando a una misión, a una nueva tarea evangelizadora desde aquí y en Ourense mismo. Necesitamos corazones generosos que secunden las llamadas del Espíritu a esta nueva tarea evangelizadora también dentro de nuestra Diócesis, porque descubrimos muchas realidades cercanas a nosotros mismos que se están convirtiendo en auténticos areópagos sedientos y necesitados de evangelización.

Hermanas y hermanos míos: Que Santa María ¡estrella de esta nueva tarea evangelizadora! nos ayude a descubrir esos ámbitos de nuestra realidad desde la cual el Espíritu Santo nos está llamando y nos dice, sin ruido de palabras, como en su día manifestó al Apóstol Pablo que se encontraba solo y cansado en la tierras de Asia Menor: *Ven y ayudados*; y atendiendo aquel grito de ayuda se inició la evangelización de Europa.

Ven Espíritu Santo ayúdanos, ilumínanos con la luz de tu verdad para que sepamos descubrir cuál es la voluntad del Padre y danos la fuerza necesaria para secundar sus mociones. Amen.

Misa de exequias del P. María Damián Yáñez Neira, O.C.S.O.

Monasterio de Santa María la Real de Oseira, 28 de mayo de 2015.

Rvdo. Padre Abad de San Isidro de Dueñas, mi querido Don Juan Javier. Rvdo. Padre Abad de San Pedro de Cardeña.

Rvdo. P. Gerardo, Prior de este monasterio y querida Comunidad.

Mis queridos hermanos sacerdotes.

Dignísimas autoridades civiles y académicas.

Saludo con especial afecto a los monjes y monjas aquí presentes, y a los familiares del P. Damián.

Hermanas y Hermanos míos en el Señor ¡Mis queridos amigos!

Ayer, a primera hora de la mañana, me sorprendió la llamada telefónica de Mons. Rafael Palmero Ramos, obispo emérito de Orihuela-Alicante, buen amigo de este monasterio, comunicándome el fallecimiento del P. Damián; me manifestaba su pesar y su deseo de estar presente físicamente en esta celebración, pero le resultaba imposible, asegurándome su oración por el eterno descanso de este monje al que le guardaba especial afecto al ser ambos naturales de Morales del Rey, en la provincia de Zamora.

Hermanas y Hermanos míos: Estamos celebrando esta misa exequial en este jueves después de Pentecostés, fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, y en este marco litúrgico incomparable que es este templo abacial de Santa María la Real de Oseira, queremos vivir con esperanza la muerte de este entrañable monje sacerdote que a sus diecisiete años cruzó los umbrales del monasterio de San Isidro de Dueñas, sabiendo que aquella era la *Casa de Dios y la puerta del cielo* “*Domus Dei et porta coeli*”. Desde aquel momento, hasta el día de ayer, su casa fue el monasterio. Primero en san Isidro de Dueñas, durante muy poco tiempo en san Pedro de Cardeña y el resto de su vida en Oseira, de tal modo que su persona y

este monasterio quedaron vinculados para siempre. Fueron más de ochenta años de vida monástica, vivida en plenitud y con alegría, que ha sido sin pretenderlo, ejemplo de santidad de vida para todos.

¡Solo Dios! Este pensamiento tan querido para nuestro hermano y para los hijos del cister. ¡Solo Dios! nos da la clave para entender la vida y el ministerio de este monje hermano, padre, maestro y, sobre todo amigo, ¡solo Dios!

Mis queridos hermanos y hermanas: cuando ayer tarde me disponía a escribir estas reflexiones que pudieran servir como homilía, lo primero que pensé es que estaba haciendo – una semblanza biográfica del difunto – remontándome al primer encuentro que tuve con él en la primavera de 1979; pronto me di cuenta que aquello no le gustaría al P. Damián; por otra parte, soy consciente de que entre los asistentes os encontraréis una serie de personas que podríais hacer una biográfica de este monje mejor que yo, además ¡no es este el lugar ni el momento! Tendremos ocasión para ello.

Ahora estamos viviendo un acontecimiento de salvación que tiene un sentido pleno desde la perspectiva de la fe, porque celebramos la muerte de un hombre de fe, o mejor, si queréis, celebramos el tránsito a la Vida de Fray María Damián Yáñez Neira, monje de este monasterio.

Las palabras de la Escritura Santa que acabamos de proclamar nos ayudan a descubrir ese horizonte de trascendencia al que ha sido llamado y al que todos estamos convocados: *Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado*. Sí, hermanas/os míos, estamos celebrando el tránsito a la eternidad de un hombre de fe, de un monje, en definitiva, de un cristiano que se ha esforzado por vivir con radicalidad su bautismo. ¡Solo Dios! y un cristiano sabe que Nuestro Señor Jesucristo es el *Alfa y la Omega, el Principio y el Fin*, es Aquel que *hace el universo nuevo ¡hace nuevas todas las cosas!* El monje, al entrar en el monasterio, sabe que se convierte en un peregrino que fascinado por el Absoluto camina hacia esa gran novedad que es la identificación con Cristo. Sabe bien que por la cruz se va a la luz y que esa cruz es la clave de la gloria.

Así lo entendió aquel connovicio del Padre Damián, el santo Hermano Rafael: *¡Oh! ¡la Cruz de Cristo! ¡Qué más se puede decir? (...) Ojala los hombres todos amaran la cruz de Cristo... ¡Oh! Si el mundo supiera lo que es abrazarse de lleno, de veras, sin reservas, con locura de amor a la Cruz de Cristo...! Cuántas almas, aún religiosas, ignoran esto... ¡qué pena!*

Cuanto tiempo perdido en pláticas, devociones y ejercicios que son santos y buenos..., pero no son la Cruz de Jesús, no son lo mejor...

¡Ah! Si yo supiera hablar o gritar en medio de los hombres, las sublimidades del amor a la Cruz...

Nuestro hermano Fray María Damián supo hablar, escribir y transmitirnos estos sentimientos con la fuerza y la finura de un cristiano enamorado de su voca-

ción monástica en el Císter, que fue su pasión dominante y prueba de ello son las muchas publicaciones que nos ha dejado.

Como ciudadano de este mundo contemplaba y esperaba *la ciudad santa, la nueva Jerusalén, (...) la morada de Dios con los hombres*, y lo hacía siendo consciente de sus limitaciones y debilidades, por eso se confiaba a esta comunidad de hermanos para que le ayudasen en fraternidad a vivir el espíritu de las bienaventuranzas que si para cualquier cristiano son la auténtica norma de vida, para un monje constituyen los peldaños que le van acercando a la transfiguración en el amor con el Resucitado. Lo sabía muy bien, Fray María Damián, por eso a lo largo de sus muchos años de vida monástica fue descubriendo, día a día y momento a momento, que en esta *escuela del divino servicio*, que es la vida monástica, todo lo que se vive con pasión de enamorado por la causa del Reino, con esa *locura de amor* que no busca publicidad, se convierte en el fundamento de la verdadera alegría y clave de la esperanza. Quién mejor que este monje supo vivir el gozo de la pobreza cuando puso su inteligencia y su tiempo al servicio de la gloria de Dios. No le interesaban ni los títulos, ni su *currículum*, ni el número de sus publicaciones, que han sido muchas; ni los créditos académicos por haber organizado encuentros y congresos sobre la Orden del Cister, nada de eso le preocupaba. ¡Solo Dios! Sí, es cierto, si de algo presumía el P. Damián, presunción que nos llenaba de ternura y de envidia cuando nos lo decía, fue el haber sido *connovicio* de un santo, del Hermano Rafael, al que él con su pluma nos ayudó a conocer mejor para quererlo más.

Este monje, incansable en sus trabajos de investigación, sin dejar nunca su Oficio Divino en el Coro con los hermanos y el amoroso cumplimiento de la vida monástica, vivió sin ruido de palabras la misericordia, sabiendo que detrás de todo hermano se encontraba transfigurado el rostro de Jesús. En el Padre Damián encontramos una perfecta simbiosis de fe y cultura. Algunos siguen dejándose llevar de prejuicios apriorísticos decimonónicos y no aceptan el maridaje inteligente entre el culto y la cultura, entre la razón y la fe. ¡Solo Dios! Esta consigna vivida por este monje investigador y maestro de investigadores y estudiosos es la piedra de clave de todo su trabajo como monje y como hombre de cultura que para él se conjuntaban perfectamente sin ninguna oposición. Dios y su fe, su amor al Cister y a la Iglesia se transformó en ese dinamismo vital e intelectual que le llevó a realizar un servicio inquebrantable al hombre, a todo hombre y mujer de este pueblo. Podemos decir que su inmersión investigadora en las páginas de la historia estuvo siempre potenciada por la luz resplandeciente de su fe en Dios y de su amor a la santa Iglesia, ¡y a Santa María! por eso hoy reconocemos su maestría y con el tiempo sus trabajos serán mejor reconocidos y valorados.

Quien mejor que él supo entregarse plenamente al Señor, desde su juventud, convirtiendo su existencia en un eco de lo que nos recuerda el Evangelio: *dichosos*

los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. A lo largo de toda su vida se ha esforzado por trabajar en paz y por la paz, sin buscar la gloria humana, sino todo aquello que pudiera construir una civilización nueva haciendo realidad la auténtica vocación de los *hijos de Dios*.

Celebrar el tránsito a la eternidad de uno de nuestros hermanos que ha luchado por ser un buen cristiano, en medio del lógico dolor que nos puede causar su muerte, de manera especial a vosotros los que vivís en este querido monasterio, nos llena de paz y, al mismo tiempo, nos enseña a vivir de espaldas a las glorias y a las banderías humanas que como humo se desvanecen en los momentos importantes de nuestra historia. Ante los restos mortales de este monje fiel os invito, y me hago a mí mismo esta invitación, a trabajar infatigablemente por la causa del Reino de Dios y su justicia, teniendo la certeza de que el Buen Dios nos concederá el ciento por uno y la vida eterna.

En la vida de Fray María Damián Yáñez Neira, monje del cister, la devoción a la Virgen María era connatural a su mismo espíritu. Podemos afirmar que todo su quehacer era mariano porque, bien lo había experimentado desde joven en la Trapa de Dueñas, siendo de María podía ser todo de Jesús. Sabía bien que María era el camino más corto para servir, actuar y amar como Jesús... ¡La Señora! Así se refería a la Madre de Dios con frecuencia. Al cumplir hoy con nuestro deber de caridad de dar sepultura a sus restos mortales lo encomendamos a Santa María para que como nos recuerda esa antiquísima antífona mariana ella le diga cosas buenas a Dios de él, así como también este hermano nuestro nos dijo por medio de sus escritos cosas tan hermosas acerca de la Madre Dios.

Descansa en paz P. Damián, que te acompañen tus obras de bien, tu pobreza alegremente vivida; tus dolores llevados con esperanza; tus lágrimas escondidas expresión del consuelo de Dios en ti; tu hambre y deseo de santidad; tus gestos de misericordia y de ternura; tu limpieza de corazón que se hacía patente a través de tu mirada de niño; la paz de toda tu persona que como una *soledad sonora* perdurará en tantas de tus obras con las que has buscado la gloria de este monasterio y de todo el Cister que era tu corazón y vida, porque sabías muy bien que amar al Cister y a tu monasterio era amar a la Iglesia. Descansa en paz Fray María Damián y que tus obras, junto con el cariño de tus hermanos y de tantos como te hemos tratado, te acompañen. ¡Solo Dios! ¡Solo la Señora!

¡Que así sea!

Solemnidad del Corpus Christi

S. I. Catedral, 7 de junio de 2015.

Excmo. Cabildo Catedralicio

Excelentísimo Sr. Subdelegado del Gobierno en Ourense.

Ilmo. Sr. D. José Estevéz, Vicario general emérito de esta Diócesis

Mis queridos seminaristas del Seminario Diocesano Misionero “Redemptoris Mater”. Saludo con especial afecto a todos los que formáis parte de la Adoración Nocturna y de los otros grupos eucarísticos que tenemos en nuestra Diócesis, así como a los responsables y voluntarios de Cáritas Diocesana aquí presentes.

No quisiera olvidar el grupo de jóvenes de “Queixumne dos pinos” de esta ciudad que con los trajes típicos de esta tierra alegráis esta asamblea festiva. Gracias.

Hermanas y Hermanos míos en el Señor.

Tomad, esto es mi cuerpo... esta es mi sangre (Mc. 14, 12 ss)

La solemnidad del Corpus Christi nos hace llegar, después de tantos siglos, estas palabras de Jesús. El realismo de las mismas resultó entonces, como lo es todavía hoy para muchos, incluso creyentes, una realidad inaceptable a la razón. En aquellos que le seguían en el primer momento de la predicación del Reino provocaron un gran desconcierto, llegando a escandalizarse y *desde entonces muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él* (Jn 6,66). Esta primera crisis de fe en la presencia de Cristo en la Eucaristía afectó a los Apóstoles surgiendo en sus corazones una sensación íntima de rechazo y frustración. En este hecho se apoya la pregunta de Jesús: *¿También vosotros queréis marcharos? Va a ser Pedro quien profesa la fe verdadera: ¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn 6,68). Cuando Jesús, el Señor, en la última cena, pronuncia las palabras de vida eterna —*Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre*— los que le escucharon entendieron que Jesús era capaz de ofrecer a los hombres un pan de vida y un vino generoso que, en sus manos y con la fuerza de la Palabra, pasaban a ser su cuerpo y su sangre. Y, por primera vez en la historia espiritual de la humanidad, aquel pequeño grupo de elegidos – entre ellos un traidor - entraron en la mayor comunión que puede darse entre Cristo y los suyos. Entonces comprendieron que él era el *Pan vivo bajado del cielo*, que había estado prefigurado en el maná que el Señor había dado a los israelitas en el desierto.

Mis hermanas y hermanos: Que Dios pueda estar en un trozo de pan – que ni siquiera parece pan - es una enorme provocación a la inteligencia humana. Es la paradoja de que lo infinito pueda ser al mismo tiempo finito. Lo inefable, minúsculo; lo eterno, temporal. La fe cristiana nos tiene acostumbrados a esta dinámica de fe, y lo hace cuando nos presenta a Dios hecho niño en Belén y crucificado

en el Calvario. Y, en el colmo de lo que parece absurdo, hoy nos lo ofrece como un pequeñísimo bocado de pan. He aquí el núcleo de la paradoja cristiana y de su autenticidad.

Sin embargo, examinadas bien las cosas, esto es lo que hace más creíble al cristianismo. Porque no podemos olvidarnos de que acerca del ser de Cristo sólo caben dos hipótesis: que sea una locura, o que sea verdad. Ya en el Evangelio se nos dice que el rey Herodes tomó por loco a Cristo y lo vistió con una túnica blanca. Cristo guardó silencio ante el ultraje. Pero la mañana de la Resurrección despejó cualquier duda sobre la verdad que encerraba su persona, sus hechos y su enseñanza. San Pablo que de perseguidor de los cristianos se transformó después de su conversión en testigo-misionero de la nueva fe en el resucitado, dirá que la locura de la cruz ha desbaratado la sabiduría del mundo y que la necedad de la predicación evangélica ha tirado por tierra los artificios de la razón autosuficiente.

Dios ha triunfado negándose a sí mismo y anonadándose, haciéndose pequeño, asumiendo una pobreza radical, aceptando el desprecio y la burla, e incluso llegando a asumir la pequeñez de un trozo de pan. Esto es lo más divino de Dios en su acción por el hombre. Y ahí está la gran paradoja de nuestra fe: ese trozo de pan consagrado, en las manos de Cristo y del más humilde y pecador sacerdote que celebra la Eucaristía en la última y más abandonada parroquia de nuestra geografía diocesana, ejerce una atracción irresistible en los hambrientos y sedientos de vida eterna.

Sin darnos cuenta, tanto nosotros como algunos de los bautizados en el seno de esta gran familia de la Iglesia, dejándonos llevar por la moda de la increencia y fuertemente influenciados por un cierto neopaganismo estamos llegando a trivializar la Santísima Eucaristía. No hay nada más que contemplar la realidad de cómo se comulga. La Iglesia pone en las manos de los fieles la Santa Eucaristía y algunos no sabemos como tratarle, ni siquiera recordamos como tenemos que cogerlo para comulgarlo. Nos hemos quedado en el rito externo y no hemos ido a lo más profundo de su significado. Corremos el riesgo de acercarnos sin más, como si fuese un acto social ¡todos van! también voy yo. Algunas personas, con ocasión de bautizos, primeras comuniones, confirmaciones o liturgias exequiales, reciben el Cuerpo del Señor como si fuese un acto protocolario más y se ve que no saben comulgar, o quizás, por falta de costumbre, ya se han olvidado de como se hace dignamente. Es necesario que todos los agentes de pastoral volvamos a insistir, con cariño y perseverancia, en las condiciones necesarias para comulgar bien y en esas sanas costumbres de piedad aprendidas de labios de nuestras abuelas, madres, catequistas y sacerdotes, con las que se nos enseñaba a comulgar bien. Debemos convencernos ¡de veras! de que mientras no tratemos mejor a la Santa Eucaristía no llevaremos a cabo esa nueva tarea evangelizadora porque, si es verdad que la Iglesia hace la Eucaristía, no es menos cierto que la Eucaristía hace la Iglesia.

Por otra parte, no quisiera olvidar que en esta solemnidad del Corpus Christi, la Iglesia nos habla de que la ley del amor es la ley de la Iglesia fundada por Jesucristo. Cuando el Señor envía a sus Apóstoles, fundamento de su Iglesia, para que anuncien el Reino de Dios, les dice: *El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado* (Mt 10, 40). La Iglesia ha de predicar siempre a Jesucristo en quién y por quien se hace presente el Reino de Dios. Y Jesucristo es la expresión plena del amor de Dios. Por tanto, la Iglesia, que es el Cuerpo de Jesucristo y le tiene como Cabeza, no puede realizarse como tal si no vive y predica el amor a Dios y el amor de Dios que no hace distinción de personas. Por eso *toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la palabra y los sacramentos...y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombre* (BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, nº 19).

En consecuencia, la Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia (BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, nº 25). La Iglesia no tiene a Cáritas porque es una ONG que le deja quedar bien en medio de una sociedad volcada en lo inmediato y en el culto a las apariencias. Cáritas forma parte de su esencia irrenunciable, de su propio ser y obrar. Pensar de otra manera sería ignorar la auténtica realidad de nuestra fe.

Por otra parte, la caridad no es un ejercicio de la Iglesia reservado a algunos especialmente capacitados y dedicados a este servicio. Es un deber de todos y cada uno de los bautizados. El amor a Dios y al prójimo es inseparable. Quien ama a Dios no puede olvidar el amor al prójimo; ambos tienen su origen en Dios que nos ha amado primero y que nos ama siempre. Por tanto, nuestro amor no es una imposición de Dios o un precepto para mayor perfección. Es, sencillamente, una respuesta o una correspondencia lógica y necesaria a Dios que nos ha amado primero; es decir que nos *primerea* en el amor.

Quisiera hacer más las reflexiones que mis hermanos los obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social nos ofrecen este año a través de un lema programático con motivo de esta solemnidad de Corpus, ***Día de la Caridad: Constru-yamos espacios de esperanza.*** En medio de tanto desencanto como percibimos en la vida pública, de desilusiones y enfrentamientos, de dolores y dificultades, sintiéndonos rodeados por tantas necesidades físicas, económicas y espirituales, en definitiva, ante el sufrimiento de los hermanos *cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad: esto supone*

que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo (FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, nº 187). Debemos ser instrumentos de liberación y promoción de todos los necesitados, esto significa construir espacios que sean germen de un futuro distinto y que generen esperanza en una sociedad asfixiada por tantas crisis de todo tipo.

Ante la custodia que portará al Sacramento de la Eucaristía por las calles de nuestra ciudad, y de muchas de nuestras parroquias, se postrarán hoy los sencillos de corazón, los cansados y agobiados por la vida, los sembradores de paz y justicia, los humillados por los poderes de este mundo, los misericordiosos y justos de la tierra que han superado el escándalo de la razón soberbia y adoran al Dios que según reza aquella fórmula antiquísima se encuentra en el «*pan y vino eucaristizados*» (S. Justino). Dios sale al encuentro del hombre en la Eucaristía, sale a nuestras calles, algunos nos contemplarán sorprendidos, puede que otros lo hagan con desprecio; lo cierto es que Jesucristo, Dios con nosotros, quiere salir a nuestro encuentro, una vez más, como le ocurrió a aquel intelectual radical del siglo XX francés, André Frossard, que no buscaba ni se preocupaba por la realidad creyente y, un día entró en una iglesia donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento, lo adoraban unas viejecitas, y él mismo dejó escrito: *Una sola cosa me sorprendió -dice- la Eucaristía, y no es que me pareciese increíble; pero me maravillaba que la caridad divina hubiese encontrado ese medio inaudito de comunicarse y, sobre todo, que hubiese escogido para hacerlo el pan que es alimento del pobre y alimento preferido de los niños. De todos los dones esparcidos ante mí por el cristianismo, ése era el más hermoso.* En ese día se convirtió al cristianismo.

Hermanas y hermanos míos: cuidemos la Eucaristía. Dios está ahí. Os invito, como siempre, a que busquemos ayuda en Santa María Nai, maestra de fe, para que Ella nos ayude a tratar y a ser hombres y mujeres de Eucaristía, auténticamente creyentes, para convertirnos en **constructores de espacios de esperanza** en nuestros hogares, en nuestra ciudad y en el mundo.

¡Qué así sea!

Celebración de la Santa Misa en la Peregrinación de la Curia Diocesana al Santuario de los Milagros

Año Mariano. 18 de junio de 2015.

Mis queridos Hermanas y Hermanos que formáis parte de esta “Familia Episcopal” que es la Curia Diocesana. Agradezco a los que habéis tenido la magnífica idea de realizar esta peregrinación a esta Casa de María, Señora de los Milagros, en este Año Jubilar.

Hago más las palabras del Sr. Vicario General y quisiera deciros que mi primera intervención, después de mi ordenación episcopal, se dirigió a vosotros, los hombres y mujeres que trabajáis en la Curia Diocesana. En aquel momento - era el trece de febrero de 2012 -, día muy importante para mí porque iniciaba con ilusión y entrega mi ministerio pastoral entre vosotros, me preguntaba: *¿Por qué he deseado realizar este primer encuentro con el personal de la Curia? Porque soy consciente de que Vds. lo son “todo” para mí. Mi ministerio en esta Iglesia particular de Ourense será efectiva y cordialmente afectiva si Vds. me ayudan (...) Me gustaría que esta Curia constituyese una especie de “familia del Obispo”, que me ayude a dirigir las actividades del gobierno pastoral y la administración material y espiritual de esta Iglesia. Les ruego que todos hagamos nuestros trabajos, como soy consciente de que ya lo estuvieron haciendo a lo largo de estos años, con auténtica competencia profesional sabiendo que lo que administramos son las cosas de Dios* (BO, febrero 2012, pp. 142-143).

Las ilusiones y deseos manifestadas en aquel primer momento y mi entrega, a pesar de las graves dificultades que hemos tenido que sortear juntos, no se han apagado ¡todo lo contrario! Las contrariedades con las que nos hemos encontrado han aumentado, por don de Dios, la disponibilidad y el esfuerzo cotidiano para amar más y mejor a esta Diócesis que la Iglesia, a través del ministerio de Pedro, me ha confiado. Ha habido momentos de dificultad y ganas de mirar en otras direcciones. Gracias a Dios y a la mirada maternal de Santa María Nai, Señora de los Milagros, tanto en aquellos momentos como ahora sé que este es el lugar en donde la Providencia me ha puesto y sigue queriendo que me entregue con mayor generosidad.

Nuestra Iglesia particular, a la que queremos y en la que la mayor parte de vosotros habéis tenido la suerte de nacer a la fe, ha sufrido a lo largo de los últimos años la presencia de una serie de lobos que con piel de oveja en lugar de servirla la han instrumentalizado causándole un grave daño material y espiritual. Sin quedar anclados al pasado reciente, pero sin olvidar las gestiones realizadas, somos conscientes de que con la ayuda y el sacrificio de todos vosotros hemos llegado hasta aquí. La singladura de esta barca no ha sido fácil, todavía hoy se siente zarandeada por algunas tempestades que intentan impedirle su marcha, pero tengo la seguridad plena de que no podrán conseguirlo; sin embargo, en este lugar santo y ante la mirada de Nuestra Señora de los Milagros, os digo ahora, lo mismo que ya dije en su día a los sacerdotes: con la ayuda y la colaboración de todos, contando siempre con el Señor y la mediación de su Santísima Madre, saldremos adelante.

Para algunos las estructuras curiales son caducas y deben ser suprimidas, sin embargo, el realismo de una fe vivida nos dice que la Curia diocesana es ese organismo constituido por una serie de personas, clérigos y laicos que colaboran

con el Obispo en el gobierno de toda la diócesis, principalmente en la dirección de la actividad pastoral, en la administración de los bienes de la Iglesia, así como en el ejercicio de la potestad judicial. Ésta es, en efecto, “*la estructura de la cual se sirve el Obispo para expresar la propia caridad pastoral en sus diversos aspectos*”. Para proveer a los diversos oficios, he procurado escuchar el parecer de algunos sacerdotes y laicos. A vosotros los laicos y los que formáis parte de algún instituto de vida consagrada, las circunstancias os requieren una mayor presencia, debido a que los presbíteros tienen que desempeñar algún otro *ministerio con cura de almas*, para mantener vivo su celo apostólico y evitar que desarrollen una dañosa mentalidad burocrática por falta de contacto con los fieles.

Las diferentes tareas de la Curia están encaminadas a asegurar el buen funcionamiento de los servicios diocesanos. Os ruego que sigáis tratando con cordialidad a todas las personas que se acercan al Obispado, ayudadles a sentirse en su propia casa, porque la Casa del Obispo debe ser la casa de todos los fieles hijos de la Iglesia Católica. Vosotros sois el rostro del Obispo para esos fieles, de manera especial para nuestros sacerdotes. No os olvidéis pues, que las estructuras diocesanas deben estar siempre al servicio del *bien de las almas* y que las exigencias organizativas no deben anteponerse al cuidado de las personas. Por tanto, es necesario actuar de modo que la organización sea ágil y eficiente, extraña a toda inútil complejidad y burocratismo, con la atención siempre dirigida al fin sobrenatural del trabajo. Ruego a la Santísima Virgen que este trabajo os ayude en vuestro camino de santidad.

Mis queridos Hermanos y Amigos: Os invito a que conmigo pongáis en el regazo de la Señora de los Milagros al Consejo Episcopal, a los Consejos de Asuntos Económicos y de Consultores, al Presbiterio Diocesano, a la Asamblea de Arciprestes, Vicearciprestes y Delegados Episcopales que tanto bien me han procurado y tanta ayuda me ofrecieron en estos tres años. Pongamos en el corazón de Santa María Nai, nuestra celestial patrona, llenos de esperanza, nuestros Seminarios: El Menor de la Inmaculada, el del Divino Maestro y el Redemptoris Mater, para que Ella, Madre de la Iglesia, nos ayude a mantenerlos firmes y seguros dentro de los proyectos formativos peculiares de cada uno de ellos. Pidámosle por el Instituto Teológico Divino Maestro, por el Centro de Ciencias Religiosas San Martín, por sus respectivos equipos directivos y sus claustros de profesores. Os encomiendo los primeros pasos del Instituto da familia y los centros relacionados con él. Apostar por la familia es hacerlo por el futuro y hoy, más que ayer, se convierte en un reto esperanzado.

De manera especial os suplico que pongáis ante el regazo de la Virgen el próximo encuentro que se desarrollará aquí, en este santuario, para elaborar el Plan Pastoral Diocesano que nos ayudará a caminar y a ir desarrollando el proyecto de *Ourense en misión* que nos hemos trazado. No quisiera finalizar mis palabras

sin suplicaros que le encomendéis a Nuestra Señora de los Milagros los trabajos que vamos a iniciar para llevar a cabo un ***Sínodo Diocesano*** en nuestra Iglesia que nos ayude a ser valientes y creativos, apostando por una pastoral de misión, más comunitaria y solidaria, abriéndonos a nuevas posibilidades organizativas de nuestra Iglesia de tal modo que podamos ayudar mejor a nuestro sacerdotes y servir adecuadamente a nuestro Pueblo.

Finalmente os ruego que me encomendéis a Dios Nuestro Señor, por medio de la Señora de los Milagros, que pidáis por mi persona y por el ejercicio de mi ministerio al servicio de esta Iglesia; al sentirme poca cosa necesito más vuestra ayuda, comprensión y paciencia, y sobre todo vuestras oraciones.

Que la Virgen de los Milagros nos ayude a todos nosotros, bendiga a nuestras familias y el Buen Dios nos conceda la paz.

CARTAS

Carta con motivo de la Jornada Mundial de las Comunicaciones

La Familia y los medios de comunicación social.

Con ocasión de la Solemnidad de la Ascensión del Señor se celebra la cuadragésima novena Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, en este año, teniendo en cuenta el todavía reciente Sínodo extraordinario y, el próximo ordinario a celebrar en octubre, que como telón de fondo se centra en la familia, se nos ofrece un lema muy sugestivo: *Comunicar la familia. Ambiente privilegiado del encuentro en la gratuidad del amor.*

Con este motivo el papa Francisco escribió un mensaje en el cual nos dice que *la familia es el primer lugar donde aprendemos a comunicar.* ¡Que necesario es que se nos diga esto! Esta afirmación que resulta indiscutible para todos y, seguro, aceptada por la mayoría, es necesario que nos la recuerden.

Cuando observamos la compleja e intensa trama de los medios de comunicación de todo tipo, nos damos cuenta de la importancia que éstos tienen en nuestra vida. El Papa subraya la idea de que es en la familia en donde aprendemos la esencia de lo que es, y en qué consiste la auténtica comunicación. De ahí que si hoy nos encontramos con una grave crisis de subjetivismo, de manipulación y de increencia en gran número del amplio espectro de los medios, esto es debido a que la familia se encuentra experimentando una grave revolución interna que se extiende a la escuela y a la sociedad en general. Es por ello que el Papa quiere que la Iglesia vuelva al corazón de la verdad de la familia.

La clave fundamental en la comunicación es el encuentro con el otro, entendido éste como persona. Es ésta una realidad que se nos impone y se nos ofrece. Al otro no nos lo inventamos ¡está ahí! a la otra parte del teléfono, es el destinatario de un twitter o de un whatsapp, o de un sms; aquel que coge en sus manos el periódico, sintoniza una emisora de radio, o se sitúa a la otra parte de la pantalla del Tv o del ordenador. Para un creyente, el otro tiene una fuerza especial porque es un icono del mismo Dios con nosotros y esa realidad personal se convierte en un reto que no solo nos interpela, sino que reclama la objetividad del hecho acaecido y no quiere ser manipulado, ni instrumentalizado, ni engañado. Para nosotros, el otro se convierte en esa realidad personal que nos exige la verdad.

En el seno de la familia es en donde nos hemos encontrado con los otros, que no hemos elegido, sino que se nos han dado. Yo no he elegido a mis padres, ni a cada uno de mis cuatro hermanos que fueron llegando al ámbito familiar. Esta realidad existencial viva ayuda al ser humano a abrirse a la realidad y a enfrentarse con ella, con sus rostros y personalidades diferentes; en definitiva, ese encuentro

potenciado por ese clima de amor que solo se encuentra en esa estructura básica que es la estructura familiar, dinamiza el dialogo abierto y nos madura personalmente en el contraste de opiniones.

Cuando la estructura falla; es decir, cuando *la célula básica de la sociedad* que es la familia se resquebraja, entonces surgen las actitudes agresivas e intolerantes, las mentiras y los enfrentamientos, los chismorreos y las calumnias; en definitiva, se hace presente la falta de verdad. Y todo aquello que tiene su comienzo en la familia, encuentra un eco en la escuela y su caja de resonancia es la sociedad.

De la recuperación de los valores de la familia dependen cosas muy grandes. Una familia bien fundamentada en el amor de los esposos, abiertos a la paternidad y a la maternidad, en donde la aceptación del otro con el que nos encontramos existiendo: hombre o mujer, sano o enfermo, con muchas o pocas cualidades, simpático o sobrio en sus formas, niño o anciano es cauce de una auténtica y verdadera socialización. Un ambiente así constituido sobre la gratuidad del amor y de la vida, en donde se aprende a convivir con desiguales, a comprenderlos, tolerarlos e, incluso a perdonarlos y a sentirse perdonado, un ambiente así va construyendo unas personas abiertas a la realidad de los demás y con las aptitudes necesarias para comunicarse con los otros con autenticidad.

En una sociedad en la que los medios reflejan con tanta crudeza la realidad, *en donde tan a menudo se maldice, se habla mal, se siembra cizaña, se contamina nuestro ambiente humano con las habladurías, la familia puede ser una escuela de comunicación como bendición* (FRANCISCO, *Mensaje con motivo de la Jornada de los Medios de Comunicación*, 2015). Cuando el ambiente familiar está destrozado y, a veces, prevalece el odio y la violencia, cuando en lugar de unión hay ruptura y separación, prejuicios y disentimientos, es muy difícil que en ese ambiente se forme un buen ciudadano y, en definitiva, un comunicador abierto al servicio de la verdad.

Los medios de comunicación son instrumentos y cauces de humanización pero, en ocasiones, cuando son manipulados por personas enfermas, deteriorados por el poder y el tener cuyo criterio máximo es potenciar el goce y el disfrute a cualquier precio, entonces nos encontramos con que unos medios a los que no podemos renunciar –sobre todo los hombres y mujeres jóvenes - pueden obstaculizar en lugar de ayudar a la auténtica comunicación dentro de la familia humana.

El Santo Padre Francisco nos recuerda que *la información es importante pero no basta, porque a menudo simplifica, contraponen las diferencias y las visiones distintas, invitando a ponerse de una u otra parte, en lugar de favorecer una visión de conjunto.*

Cada uno somos y nos sentimos miembros de la gran familia humana y a través de los medios, y contando con ellos podemos llegar a los confines del mundo

conocido: *Id y anuncia*... Este mandato imperativo de Cristo nos lleva a tomar en serio y saber usar todas las pistas de comunicación existentes en la sociedad actual. Nada ni nadie nos es ajeno a este mandato. Por otra parte, tenemos hoy una grave responsabilidad porque son muchos los medios técnicos de comunicación a nuestro alcance y, a través de ellos, sabiéndolos usar bien queremos hacer realidad el rostro de una Iglesia, familia de familias en salida, abierta a un mundo que espera la alegre noticia de la Verdad. Esa verdad es clara: Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el rey de la Gloria, rico en misericordia quiere ofrecernos una alegre noticia a los hombres y mujeres de esta época: que la alegría del Evangelio transforma el corazón y la vida entera de aquellos que se encuentran con el Resucitado. Si los que trabajan en los medios supiesen valorar el alcance de este mensaje se esforzarían por comunicarlo con autenticidad e integridad. De este mensaje, el único gran mensaje de auténtica liberación depende el mejor camino para una existencia alegre y en paz entre todos los que formamos parte de la misma familia humana.

La Iglesia nos invita a que asumamos nuestra responsabilidad *en y con* los medios, sabiendo usarlos para convertirnos así en los mejores trasmisores de un Camino, de una Verdad, y de una Vida más auténtica y plena. El Jesús que sube a esos cielos nuevos y a esa tierra nueva, no lo hace para desentenderse de la historia del mundo, sino que antes de desaparecer del horizonte físico de la existencia humana nos da la auténtica clave para convertirnos en los comunicadores de la mejor de las noticias: *Id al mundo entero y proclamad el Evangelio de la alegría*. Esa proclamación y ese anuncio lo podemos llevar a cabo por los medios que están a nuestro alcance y la preparación para saberlos usar bien la encontraremos en la familia. Defendamos la auténtica estructura vital de la familia humana y conseguiremos los mejores comunicadores que ayudarán al hombre y a la mujer de hoy a encontrarse consigo mismos, con los otros y con Dios, sabiendo que ese es el camino de la paz y del auténtico progreso de ser humano.

Carta a los misioneros Ourensanos con motivo de la Solemnidad de Pentecostés

Mis queridos hermanos y amigos.

Ante la proximidad de la Solemnidad de Pentecostés quisiera dirigirme a todos vosotros, hombres y mujeres de esta noble tierra de Ourense, que os encontráis en “tierras de misión” para deciros que os tenemos presente y, aunque son muchas las necesidades de esta “antigua” iglesia particular, soy consciente de que la misión que estáis realizando allende nuestras fronteras nos enriquece a todos y

nos ayuda a reconocer que nuestros problemas de “aquí” palidecen cuando pensamos en vosotros y en vuestros trabajos apostólicos. La Iglesia no tiene fronteras y ya en sus entrañas, desde el primer momento de su historia, se descubre lo importante que es la dimensión misionera; es más, la misión pertenece a la esencia más íntima de la Iglesia.

A lo largo de estos últimos días, la lectura continua del Cuarto Evangelio nos ha ofrecido una bellísima alegoría a través de la cual se hace presente el amor misericordioso de un Dios cercano al hombre y a su historia: *el Buen Pastor*. Con emoción, cada vez que visitamos la catacumba de Domitila, nos dejamos sorprender por esa antiquísima imagen del joven pastor que lleva sobre sus hombros la oveja descarriada. Es un símbolo elocuente, ya desde la antigüedad, de Jesús *imagen visible del Dios invisible*, que nos ayuda a reconocer esa gran verdad de que, además, hay *otras ovejas que no son de este redil; también a éstas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor*. El Santo Padre Francisco nos ofrece, con la frescura de su palabra, una expresión actualizada de lo que hace el Buen Pastor que sale a las periferias y busca a los que se han ido, a los alejados, o a los que nunca han entrado en *el redil*.

Cuando me encuentro con las dificultades de “aquí” me anima a caminar en mi tarea la certeza de los muchos trabajos con los que os encontráis vosotros en cada jornada; a su luz nuestros problemas se eclipsan de tal modo que se convierten en pequeñas escaramuzas en las que, en ocasiones, se enmascaran bastantes comodidades. Soy consciente de que los misioneros y las misioneras os convertís en un fuerte reclamo que nos hace despertar de nuestros ensueños y nos hace reaccionar contra esos sentimientos que, de una manera tan certera, ha diagnosticado el Santo Padre llamándola *pastoral de mantenimiento*.

Mis queridos amigos y hermanos: os ruego que nos ayudéis desde “ahí” a descubrir que el único proyecto pastoral que hay que llevar a cabo en estas viejas tierras de Ourense es esa **pastoral de misión** de la que vosotros sois testigos vivos y cualificados. Os ruego que pidáis mucho por esta vuestra Iglesia Diocesana, por los sacerdotes y los demás agentes de pastoral para que sepamos descubrir que la nueva tarea evangelizadora pasa por *una opción misionera capaz de transformarlo todo*, de tal modo que *las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación* (Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nº 27).

Con toda mi alma me encomiendo a vuestras oraciones y pido al Señor y a Santa María Nai que os acompañen en vuestro camino de misión, tanto a vosotros como a vuestras comunidades a las que consideramos como una prolongación de esta Iglesia en Ourense.

CARTA PASTORAL

“Ourense en misión”

Ourense, 2015

A mis queridos hermanos y amigos sacerdotes A los miembros de los Institutos de Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica.

A los seminaristas

A los laicos

A todos los hijos e hijas de esta Iglesia de Ourense

¡La paz sea con vosotros!

La exhortación apostólica *Evangelii gaudium* que el papa Francisco nos ha ofrecido a la Iglesia, como fruto del pasado Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización, no puede dejar indiferente a nadie que tenga su corazón enraizado en el Evangelio y en la comunión de la Iglesia. Desde sus primeras líneas está cargada de una fuerza programática, como él mismo nos dice:

*Destaco que lo que trataré de expresar aquí tiene un **sentido programático y consecuencias importantes**. Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están* (EG, n. 25).

Con mucha claridad nos recuerda que debemos emprender una pastoral misionera que *no puede dejar las cosas como están*. Ya desde el primer momento, y teniendo en cuenta esta clave interpretativa, he leído y reflexionado todos los párrafos de este documento intentando, en primer lugar, aplicármelo a mi vivir cotidiano y, después, descubrir en él una serie de aspectos importantes que podrían servirnos para conseguir una nueva evangelización de nuestras gentes y hacerlo de una forma misionera. Esta perspectiva la lleva el papa Francisco muy en el corazón porque ha vuelto a insistir en ese mismo tema, a los obispos españoles, en nuestra visita *Ad limina*, cuando nos decía: *El momento actual, en el que las mediaciones de la fe son cada vez más escasas y no faltan dificultades para su transmisión, exige poner a vuestras Iglesias en un **verdadero estado de misión permanente**, para llamar a quienes se han alejado y fortalecer la fe, especialmente de los niños*¹.

Con la fuerza del Espíritu, que nunca le falta a su Iglesia, estoy convencido de que el estudio y la reflexión de esta primera exhortación del papa Francisco, así como otras de sus intervenciones y, sobre todo, de su asimilación personal y comunitaria, surgirán consecuencias muy importantes para nuestra vida y para la

1 FRANCISCO, *Mensaje a los obispos españoles con motivo de la Visita Ad limina*, 3 de marzo de 2014.

vida de esta Iglesia que peregrina por estas antiquísimas tierras de raíces cristianas que está siendo llamada, una vez más, a una nueva etapa de evangelización. Una llamada que el papa concreta en muy pocas líneas: *Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un estado permanente de misión*². Este despertar misionero quisiera que se concretase en una misión diocesana que busque con ardor e ilusión situar a la Iglesia de Ourense en un contexto permanente de evangelización, para ello es necesario que *llevemos nuestras naves mar adentro, con el soplo potente del Espíritu Santo, sin miedo a las tormentas, seguros de que la Providencia de Dios nos depara grandes sorpresas*³. Con la certeza de que debemos conservar la *dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo (...) con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir (...) Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza – pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo*⁴.

No es la primera vez que en la multiseular historia de nuestra Diócesis de Ourense se lleva a cabo un proceso de evangelización misionera. Al menos desde el siglo VI tenemos constancia de que en varias ocasiones, debido a los avatares históricos, los evangelizadores recorrieron nuestra geografía anunciando la Buena Nueva de Jesucristo en una sociedad mayoritariamente rural y precariamente cristiana. Nos consta que así lo hizo San Martín de Dumio. Más tarde, después de las incursiones musulmanas que llegaron a arrasar la ciudad episcopal, los obispos con los monjes y, entre ellos sin duda alguna el gran San Rosendo, y poco después la encomiable labor realizada por las órdenes monásticas, especialmente benedictinos y cistercienses, de la que han quedado huellas de su presencia, son exponentes efectivos de una gran obra evangelizadora cuyos frutos han llegado hasta hoy. Las órdenes mendicantes y, posteriormente, las congregaciones religiosas modernas, cuyo recuerdo se conserva todavía en muchas de nuestras iglesias, fueron reevangelizando y misionando por los pueblos, villas y en la misma “ciudad de las burgas”. En esos proyectos pastorales estuvieron siempre implicados, activamente, buenos y celosos sacerdotes que, apoyados por seglares generosos, llevaron a cabo esos procesos de revitalización cristiana y eclesial.

Hoy nos damos cuenta de que los tiempos son muy diferentes y que nuestro contexto sociocultural está experimentando una serie de transformaciones so-

2 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n° 25.

3 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo*, n° 551.

4 PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n° 80.

ciales, culturales y políticas que se convierten para nosotros en nuevos desafíos, de ahí que nazca la urgente necesidad de una renovación de la pastoral eclesial que implica reformas espirituales, pastorales y, si cabe, institucionales. La Iglesia, como Madre y Maestra, a través de sus hijos supo adaptarse a los “signos de los tiempos” dando las respuestas adecuadas y creando todo aquello que era bueno para el desarrollo de los pueblos y la salvación eterna de los hombres y mujeres de su época. La Iglesia siempre estuvo en *salida*, a pesar de que algunos de sus hijos e hijas, tanto de ayer como de hoy, debido a la fragilidad humana, a las pobreza personales y a causa de nuestros pecados, hemos podido ser rémoras o quizás obstáculos en esas salidas a las periferias.

Por otra parte, no se puede negar la grave influencia que la corriente ideológica del *relativismo* está causando también en la actividad pastoral. Sin darnos cuenta, se deja sentir esa actitud muy extendida, que algunos definen de subjetivismo pastoral, que consiste en hacer cada uno lo que estime oportuno, *yendo por libre* y que muy bien queda expresado, de modo sencillo y elocuente, con esta frase: *solo lo mío y mi manera de ver vale*. Esta forma de pensar es propia del individualismo posmoderno y globalizado que *favorece un estilo de vida*⁵ del todo particular. Entendida así esta praxis de actuación, denota una posible falta de confianza en “los otros”: arciprestazgo, vicarías, obispado, equipo sacerdotal, etc. Ante estos hechos, más extendidos de lo que nos imaginamos, se nos pide una profunda conversión personal si se quiere lograr una conversión pastoral, que nos lleve a valorar y poner en práctica el trabajo sacerdotal en equipo, la apertura a la zona pastoral como paso previo a un buen funcionamiento de las unidades de atención parroquial y de otras estructuras pastorales que puedan dinamizar la zona. Por otra parte, no podemos olvidarnos de la presencia activa de los laicos, en nuestros proyectos pastorales, sin caer en la tentación de clericalizarlos.

Este relativismo ha generado en un sector del clero y del laicado ese síntoma que el papa Francisco califica de pecado *del habriaqueismo*⁶ y que se puede definir como un cierto pesimismo existencial que tantas veces lleva a los agentes de pastoral a celos y prejuicios, a quejas y lamentos, a un aislamiento creciente. Se corre el riesgo de instalarnos en la crítica, o en las “habladurías”, o en los “chismes” que parecen inofensivos al principio pero que tienen sus repercusiones también en el seno de la Iglesia y terminan por *llenar el corazón de amargura y nos envenenan a nosotros mismos*⁷, llegando incluso a esterilizar nuestros trabajos pastorales.

Por otra parte, debemos luchar por evitar caer en esas tentaciones que afectan, especialmente, a los pastores: el clericalismo y, todavía, la tímida acogida

5 EG, nº 67.

6 *Ibid.*, nº 96.

7 FRANCISCO, *Angelus* del 16 de febrero de 2014.

de los seglares que ha generado una endémica pasividad en el laicado⁸, la sobre-dimensión del aspecto funcional y administrativo de la pastoral⁹, así como la sobrevaloración de la privacidad y del tiempo libre que también afecta a las personas consagradas¹⁰. Todo esto ha generado una situación que nos ha llevado a encerrarnos en nuestros esquemas “de siempre” y, lo que nos pide la Iglesia en la actualidad es salir de nosotros mismos, vencer nuestros miedos y convertirnos en evangelizadores que se dejan evangelizar; para lograrlo necesitamos ser *evangelizadores que oran y trabajan*¹¹.

Es por ello que el papa Francisco en comunión con los últimos pontífices, especialmente con Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI, nos invita a emprender una nueva tarea de evangelización, no porque la primera no haya servido, sino porque las circunstancias han cambiado tanto que muchos de nuestros contemporáneos, incluso bautizados, ya ignoran lo fundamental de la vida y del mensaje de Nuestro Señor Jesucristo.

Como Obispo de esta Iglesia, sintiéndome en comunión con el *actual sucesor de Pedro*, el papa Francisco, acojo sus palabras, sus gestos, sus intuiciones, y lo hago con esperanza y, en virtud de mi obediencia y fidelidad a esta Iglesia, me obligo -gozosamente- a sentirme y a obrar en sintonía con el Pastor de la Iglesia Universal. Por eso quiero hacer míos sus proyectos y anhelos para que la vida de nuestra Diócesis sea más hermosa y fecunda.

Por consiguiente, mi propósito es aceptar el reto que se nos hace. Como Pastor responsable de esta comunidad eclesial, sé que debo *fomentar la comunión misionera en la Iglesia diocesana siguiendo el ideal de las primeras comunidades cristianas, donde los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma*, y para eso se me exhorta a veces a estar *delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estar (...) simplemente en medio de todos con una cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre*

8 EG, nº 102: “*Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con numerosos laicado, aunque no suficiente, (...) Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical (...) no se manifiesta de la misma manera en todas partes. En algunos casos, porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes, en otros, por no encontrar espacio en sus Iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones...*”

9 Ibid, nº 63. “*Predominio de lo administrativo sobre lo pastoral*”

10 Ibid, nº 78. “*Hoy se puede advertir en muchos agentes pastorales, incluso en personas consagradas, una preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y de distensión, que lleva a vivir las tareas como un mero apéndice de la vida, como si no fueran parte de la propia identidad*”

11 Ibid. nº 262.

*todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos*¹².

Así nos lo pide el papa a los obispos. Es más, nos ruega que fomentemos una *comunidad dinámica, abierta y misionera*, buscando, alentando y procurando los mecanismos necesarios de participación, a través del diálogo pastoral, con la finalidad de conseguir que este *sueño misionero* llegue a todos los hijos e hijas de esta Iglesia particular. Para lograr conjuntar las voluntades de todos los que estamos implicados en la buena marcha de esta Diócesis es necesario acoger la invitación que nos hace Francisco de *entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma*¹³, comenzando por el Obispo, y siguiendo por las estructuras diocesanas, las oficinas del obispado, las vicarías y delegaciones, las parroquias y las diferentes comunidades, los movimientos y todas las formas asociativas eclesiales.

1.- ¡He tenido un sueño!

Cuando meditamos la Sagrada Escritura nos damos cuenta de las muchas veces que aparecen textos en dónde se nos habla de los sueños. El sueño de Jacob (Gén 28, 12-15); los sueños de José (Gén 37, 5-11), los del rey de Babilonia (Dan 2, 1-30); los sueños de San José (Mt 1, 20-21; 2, 13-14.19-20). Detrás de todos ellos se encuentra, de una u otra forma, el querer de Dios. Para los hombres y mujeres de hoy en día, de la época de la telemática, nos resultan desconcertantes. Pero, también en nuestro mundo secularizado se han hecho famosos algunos sueños de personajes de especial relevancia, recuerdo como Martín Luther King Jr., de la iglesia Bautista, que en agosto de 1963 pronunció un famoso discurso que comenzaba con estas palabras: *I have a dream!* ¡He tenido un sueño!, que supuso un cambio de mentalidad en la sociedad estadounidense con respecto a los derechos civiles de los afroamericanos. Os invito a que también nosotros soñemos confiados en Dios y os aseguro que nos quedaremos cortos en nuestras expectativas.

Leyendo la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* nos encontramos con que el mismo Francisco nos dice: *Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación*¹⁴.

Si san Juan Pablo II era consciente de que el Señor le pedía conducir a la Iglesia Católica a un nuevo milenio y nos ayudó a prepararnos con unos docu-

12 *Ibíd.*, nº 31.

13 *Ibíd.*, nº 30.

14 *Ibíd.*, nº 27.

mentos emblemáticos que no han perdido actualidad¹⁵, en esta ocasión, el papa Francisco nos abre un horizonte que no es nuevo, que está ahí desde siempre ¡es el Evangelio! y no pretende ofrecernos una reflexión exhaustiva sobre el como llevar a cabo la nueva evangelización, sino que nos hace llegar su sueño sobre esta Iglesia porque es consciente de que *la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesucristo*¹⁶. Se trata de un sueño misionero que debe *llegar a todos*¹⁷ y quiere convertirse para todos los creyentes en un auténtico reto de cara al futuro.

Pero ese sueño de Francisco ofrece una concreción muy especial. Porque más adelante nos dice: *Pero queremos más todavía, nuestro sueño vuela más alto. No hablamos solo de asegurar a todos la comida o un “decoroso sustento”, sino de que tengan prosperidad sin exceptuar bien alguno*¹⁸. En este mismo sentido ya se había manifestado Benedicto XVI al afirmar que la caridad es la tarea de la Iglesia¹⁹, situándose en la misma línea de la experiencia multisecular del cristianismo, tal como nos lo manifiesta alguno de nuestros autores eclesíásticos, que afirma: *La caridad ha de ser en todo momento lo que nos induzca a obrar o a dejar de obrar, a cambiar las cosas o a dejarlas como están. Ella es el principio por el cual y el fin hacia el cual todo debe ordenarse*²⁰.

Éste es el sentido auténtico del sueño de Francisco: escuchar la voz de los necesitados porque *ellos son una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica*²¹. En este contexto se entiende la frase que recorrió el mundo cargada de unos tintes demagógicos que la desvirtuaron y que muy pocos supieron entender: *Quiero una Iglesia pobre para los pobres*²². Para nosotros

¿quiénes son esos pobres? No solo los que extienden su mano rogándonos una limosna; ni los que se acercan todos los días al comedor de Cáritas, ni aquellos que llaman a nuestras puertas reclamando ayuda; sino también, aquellos que solicitan de nosotros una ayuda peculiar porque pasan de cincuenta años y ya han desesperado en la búsqueda de un trabajo; la mujer abandonada o agredida moral o físicamente; los niños que sufren las consecuencias de la vejez del corazón humano; los ancianos que no tienen quien se preocupe de ellos; las parroquias abandonadas en donde solo queda un pequeño grupo de personas mayores en

15 JUAN PABLO II, Especialmente las cartas apostólicas *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994) y *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001).

16 EG, nº 1.

17 *Ibid.*, nº 31.

18 *Ibid.*, nº 192.

19 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, nº 20.

20 BEATO ISAAC. ABAD DE STELLA, *Sermón 31*: PL 194, 1292- 1293. Cf. Liturgia de las Horas, vol. III, pp.161-162.

21 EG, nº 198.

22 *Ibid.*, nº 198.

cuyo horizonte de esperanza solo la Iglesia puede ofrecerles garantías, etc.

Quisiera decirnos que este planteamiento pastoral está influenciado por dos realidades. Por una parte, el dinamismo y la fuerza del Espíritu que nos dice con lenguaje evangélico: *id...y lanzad las redes mar adentro... No temáis, porque yo estoy con vosotros... anunciad el Evangelio a toda creación*, y, además de esto, hoy nos recuerda Francisco que debemos ser *Iglesia en salida...una Iglesia con las puertas abiertas*²³ que tenemos que *salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas*; en definitiva, *salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo*²⁴.

Por otra parte, estamos los que nos denominamos agentes de pastoral, con nuestros miedos y limitaciones, con nuestros criterios y comodidades, con los balances sociológicos que muchas veces terminan paralizándonos; con nuestros cálculos y proyectos pastorales que por exceso de racionalismo a veces cristalizan nuestras iniciativas. Todo esto, que en sí es necesario, a veces nos impide salir porque, en definitiva, estamos más cómodos en nuestro mundo y con *lo de siempre* y *los de siempre* que constituye esa inercia pastoral que nos impide salir para llegar hasta esos *finisterres* personales y comunitarios; es decir, a esos lugares distintos y distantes de los centros habituales en donde realizamos nuestros trabajos pastorales, en donde se encuentran las personas alejadas, que no son “*las de siempre*” y que también ellas esperan que se les anuncie la Alegría del Evangelio. Por todo ello, desde hace meses, he propuesto en la Asamblea de Arciprestes, y fue acogida por mis más estrechos colaboradores, este proyecto que está orientado a lograr una conversión pastoral, proceso imprescindible, si queremos acertar con esta nueva tarea evangelizadora.

2.- La fuerza de la inercia pastoral.

Antes de hacer público este proyecto lo he sopesado mucho y, aunque soy consciente de que algunos no lo consideran necesario, forma parte de mi responsabilidad como pastor, hermano y padre de esta Iglesia particular manifestaros este profundo sentimiento. Cierto que en algunos momentos he pensado si este proyecto de “misión” era una idea mía o en ella había algo del querer de Dios. Este desconcierto me entretuvo muy poco tiempo porque sé muy bien que vivimos inmersos, sin haberlo pretendido, en unos momentos en los que, con los medios que poseemos a nuestro alcance, nos sentimos tentados de salvar al mundo y pensamos que podemos solucionar todos los problemas. Corremos el riesgo de pensar que con sólo nuestras fuerzas lo podemos hacer todo; es más, que lo que hicieron antes que nosotros está mal hecho, es insuficiente o no responde a las necesidades actuales. Nada de eso es lo que pienso ni lo que me ha motivado

23 *Ibíd.*, nº 46.

24 *Ibíd.*, nº 49.

a proponeros este reto pastoral y apostólico. Asumo esta responsabilidad con temor y respeto, confiándome a vuestra ayuda porque soy consciente de que llevo *este tesoro envasijas de barro*²⁵.

Tengo la certeza íntima de que este proyecto: **Ourense en misión** quiere hacer realidad la voluntad de Dios sobre esta Iglesia que amamos y a la que deseamos servir lo mejor posible con la ayuda del Señor. Sé que el pelagianismo no es sólo un producto del pasado, sino que siempre está presente en la vida del ser humano. De hecho, al analizar las claves de conducta de nuestra cultura occidental, también los católicos nos podemos sentir afectados por esta tendencia de la soberbia humana: querer y pretender hacerlo todo, y pensar que la transformación de la realidad depende de nosotros mismos. Es ésta una tentación que experimentamos con frecuencia. Sin embargo, no sería honesto con Dios, ni conmigo mismo, y mucho menos con vosotros si no os dijera que esta tentación la superé casi inmediatamente. Para mí sería mucho más cómodo y fácil quedarme en lo de cada día, *ir tirando*, en no molestar a los demás esperando que ellos tampoco me molesten; dejar que las cosas sigan su propio curso y que se vaya haciendo lo que siempre se hizo. Esa ley de la inercia humana fosiliza nuestros trabajos pastorales y es necesario romperla. Un obispo, un sacerdote, cualquier agente de pastoral, un cristiano que hoy piense en su interior de esta manera se encontraría fuera de la realidad. La Iglesia no va por ahí, ni funciona así. El ejemplo está muy claro, lo podemos observar en los dos últimos papas. Un pastor, que al fallarle las fuerzas físicas, de una forma valiente y con una lección magistral de humildad deja el ejercicio del ministerio petrino para que otro con más fuerzas y dinamismo conduzca a la Iglesia de Cristo; y, por otra parte, otro obispo venido de allende los mares, que ya había solicitado al papa Benedicto XVI su paso a *obispo emérito* por haber cumplido la edad canónica reglamentaria, de pronto señalado por los señores cardenales y confirmado por el Espíritu, es elegido *sucesor de Pedro*, para asumir sobre su existencia una carga superior a la que pueda llevar cualquier ser humano. ¡Y ya veis lo que pasó! En muy pocos meses ha generado un movimiento a favor de la Iglesia que no se había observado antes, a pesar de los enemigos que siempre están a la búsqueda de lo negativo y de los comportamientos estridentes y llamativos de individuos singulares.

El Santo Padre nos puso en camino y nos ha dado motivos para romper con nuestros miedos, para dejar de contemplar la realidad desde fuera - *desde los balcones* - y nos ha pedido que nos impliquemos, de una forma distinta, en las diversas periferias existenciales de nuestros pueblos, ciudades, parroquias, colegios, campus universitario, comunidad de vecinos y también en nuestros hogares. Nos está lanzando un reto y creo que hay que entenderlo en *clave de misión* siendo *audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los*

25 2 Cor. 4,7.

*métodos evangelizadores de las propias comunidades*²⁶. Cada uno debe preguntarle al Señor dónde están esas periferias a las que debemos ir y, una vez descubiertas, salir y anunciar la Alegría del Evangelio, es decir, anunciar y presentar la persona y la obra de Nuestro Señor Jesucristo, porque *si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo*²⁷.

No se nos pide que hagamos nada extraordinario, sino que debemos salir al paso de las necesidades del hombre y de la mujer de nuestro tiempo, de nuestros contemporáneos, acogerlos, comprenderlos. No se trata de estar siempre dándoles lecciones y recomendaciones morales. Se trata más bien de hacerles descubrir que Dios existe, que es Padre rico en misericordia y nos ama con locura hasta entregarnos a su único Hijo que murió en la cruz por amor a la humanidad rota por el pecado, a la que quiere llevar a laplenitud. Ese amor de Dios quiere llevarnos a amar a todos los hermanos sin distinción. En definitiva, este proyecto pastoral misionero consiste en volver a nuestras raíces cristianas, predicando lo que es básico para nuestra fe, el kerigma, que es la síntesis del mensaje cristiano; y es necesario hacerlo sin dar nada por sabido. Esta es la nueva tarea evangelizadora a la que os invito.

3.- La familia.

Desde que llegué a esta Diócesis, la familia ha ocupado un lugar destacado en mis determinaciones pastorales porque soy consciente de que la realidad familiar *es el santuario de la vida donde cada miembro es reconocido como persona humana*²⁸. En ella se engendra no solo la vida humana, sino la de fe, convirtiéndose, de este modo, en la primera y más importante escuela de cristianismo. En efecto, *sabemos que desde la primera evangelización la trasmisión de la fe, en el transcurso de las generaciones, ha encontrado un lugar natural en la familia*²⁹, en donde se aprende a vivir con naturalidad la vida cristiana de una manera práctica, donde se adquieren las buenas costumbres y se aprenden las oraciones de siempre, que deben ir madurando a medida que se crece, y que serán el alimento espiritual a lo largo de toda una existencia creyente. Por otra parte, también se convierte en ese ámbito natural en donde el espíritu humano se va abriendo a los demás, ya que es

26 EG, nº 33.

27 EG, nº 49.

28 Comisión Episcopal de Apostolado Seglar. *La familia, escuela de humanismo y trasmisora de la fe. Nota de los obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida con motivo de la celebración de la Jornada de la Familia* (28 de diciembre de 2008), en Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal Española, 82 (31 de diciembre de 2008) 113.

29 Ibid. (30 de diciembre de 2012), en Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal Española, 90 (31 de diciembre de 2012) 201.

como la auténtica palestra de los valores humanos y en donde se va configurando el buen ciudadano³⁰. Es tan importante esta formación que cuando se ha vivido esa educación en la fe en un ambiente familiar sano, puede ser que en el decurso de la vida se experimenten momentos de crisis, sin embargo, lo que se ha vivido de niño vuelve a renacer y a tener un peso específico en la fe adulta. Cuando los miembros de la familia son conscientes de su ser de cristianos se convierten en evangelizadores³¹.

Hoy no podemos afrontar una nueva evangelización si no tomamos en serio ese campo de misión que es la familia. No sin motivos serios y profundos, el papa Francisco ha convocado a toda la Iglesia a dos sínodos. En el pasado octubre de 2014, la *III Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos* donde se reflexionó y profundizó en los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la nueva tarea evangelizadora; esta reflexión se continuará a lo largo de estos meses hasta la asamblea ordinaria del próximo año, que tratará de afrontar una serie de líneas operativas de carácter pastoral. Es muy importante para toda la Iglesia apostar por la familia, porque sabemos que *atraviesa una crisis cultural profunda, como todas las comunidades y vínculos sociales. En el caso de la familia, la fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave porque se trata de la célula base de la sociedad, el lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros, y donde los padres transmiten la fe a sus hijos*³². Entre los diferentes aspectos ideológicos que le están afectando seriamente podemos mencionar la ideología de género que, de algún modo, ha provocado una serie de modificaciones culturales y legales que están generando gran desconcierto en lo que respecta a la concepción de la dignidad del matrimonio, el derecho a la vida y a la misma identidad de la familia. Muestra de lo que estoy diciendo son algunas leyes aprobadas recientemente por los que nos gobiernan³³ y que han pasado desapercibidas para casi todos.

Dentro del seno de la Iglesia Católica, los hijos de Dios creemos que la familia natural constituida sobre el fundamento del amor entre un hombre y una mujer, que ha sido definida como *patrimonio de la humanidad*³⁴, debe ser defendida y protegida como uno de nuestros tesoros más importantes. Consciente de su

30 Cf. VATICANO II, Constitución *Gaudium et spes*, n° 52: *La familia es escuela del más rico humanismo.*

31 Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n° 71.

32 EG, n° 66.

33 Concepto de familia: *Enténdese por familia a derivada do matrimonio, da unión entre dúas persoas do mesmo ou distinto sexo, en relación de afectividade análoga á conxugal, rexistrada ou non, do parentesco, da filiación ou da afinidade, e tamén as unidades monoparentais, formadas por mulleres ou homes, con fillos e fillas ao seu cargo...* Artigo 15 da Lei 2/2014, do 14 de abril, *pola igualdade de trato e a non discriminación de LGTBI en Galicia*. DOGA, Venres, 25 de abril de 2014, pp. 18811.

34 BENEDICTO XVI, *VII Encuentro Mundial de las Familias*, Milán 1 de junio de 2012.

importancia es mi intención que sea objeto de un apostolado o misión específica. Los pastores y los laicos debemos cuidar mucho más la pastoral familiar, planteando nuevas formas de actuación no solo con las personas concretas, sino también con los matrimonios, sobre todo con los más jóvenes. Es necesario ayudarles a vivir de una manera plena la vocación conyugal o para el matrimonio. Sería muy oportuno que los grupos apostólicos y los movimientos cristianos que giran en torno a la familia se preocupasen de hacer un esfuerzo y, también ellos, se pusieran en salida para ayudar a las familias del ámbito rural y a los sacerdotes que desempeñan su ministerio en las pequeñas villas y aldeas, de tal modo que así se llevaría cabo aquella sugerencia que hice en mi primera carta pastoral *Querer creer*, es necesario salir del centro e ir a las periferias.

Conviene salir de nuestras parroquias del centro de la ciudad y de las grandes villas y salir a las pequeñas parroquias dispersas por la geografía diocesana.

Sé que se están realizando esfuerzos en todo aquello que afecta a la preparación para el matrimonio; sin embargo, ¿no sería conveniente que, a todos los niveles, nos replanteásemos los llamados cursillos de preparación para el matrimonio? Desde el primer momento manifesté mi deseo que el *Instituto para la Familia*, con su *Escuela de padres* y el *Centro de Orientación Familiar*, que tienen su sede en la *Fundación Amigos de la Barrera*, ofrezcan su colaboración a los sacerdotes que soliciten sus servicios para ayudar a los jóvenes que todavía piden el matrimonio canónico. Es esta una buena ocasión para llevar a cabo una nueva evangelización que tenga como finalidad ayudar a los novios a madurar en la fe y a mostrarles que la familia es una *Iglesia doméstica* en la que se abre un espacio ordinario para encontrarse con Dios a través del cultivo de una pequeña oración diaria y en la participación, como matrimonio, en las celebraciones litúrgicas, sobre todo los domingos y días de fiesta.

No podemos olvidar la atención a los matrimonios sin hijos y a los esposos maduros o ancianos que viven solos con una cierta dependencia, así como a las estructuras familiares que hoy encontramos en nuestra sociedad: las familias monoparentales, divorciados unidos por un matrimonio civil, las madres abandonadas, ultrajadas y agredidas, los padres a los que se les niega la tutela de sus hijos, etc. Os animo a todos a que, a través de estos cursos, le podáis ofrecer a los novios y a los matrimonios jóvenes una especie de catecumenado para que sepan descubrir la belleza del kerigma cristiano que fascinó a tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia y les transformó sus vidas.

Ya en mi primera carta pastoral manifesté que la familia era el primer lugar y el principal protagonista de la nueva evangelización³⁵. Quisiera volver a insistir en la necesidad de convertir todas las estructuras diocesanas que se centran en torno a la familia en un estado de misión. El proyecto diocesano de *Ourense en misión*

35 Cf. *Querer creer*, p. 39-43.

es una ocasión para ayudar a las familias a descubrir que la vocación matrimonial, a pesar de las dificultades y de los falsos espejismos de las modas en boga, es un signo del misterio personal del amor de Dios, Uno y Trino ¡el Dios cristiano es una familia! Somos especialmente amados por Dios en el seno de una familia y eso nos llena de alegría, una alegría que no podemos dejar eclipsar a causa de las dificultades, todo lo contrario.

Tenemos la certeza de que Dios ama a nuestras familias a pesar de tantas heridas y divisiones, de tal modo que esta Iglesia diocesana –familia de familias - puede prestar su aliento y protección a tantos hogares rotos o vacíos de amor. He ahí nuestra misión, ayudar a aquellos que se preparan para el matrimonio para que puedan, no solo ser buenos esposos, sino padres y, como tales, los primeros y mejores catequistas de sus hijos; para ello, la *Vicaría para la Nueva Evangelización*, a través de la *Delegación Episcopal para la Familia*, debe ofrecer no solo espacios formativos, sino también los materiales catequéticos y pedagógicos oportunos, así como momentos especiales para celebrar y vivir la fe, como novios y como esposos. Por medio de estas y otras muchas acciones se podrá llevar a cabo la evangelización de la familia para que se convierta en una realidad evangelizadora primero de sí misma y, después, de las otras familias, así como de las demás estructuras de convivencia en la que se desarrolla la existencia humana.

Con la creación de un *Instituto para la Familia* que integre a la *Delegación Episcopal para la Familia*, la *Escuela de Padres* y el *Centro de Orientación Familiar* he procurado, a pesar de los escasos medios de los que disponemos, pero contando con la generosidad y la total disponibilidad de un buen grupo de profesionales laicos que todos, desde el obispo hasta el último bautizado, nos comprometamos en serio a trabajar para que la familia se transforme en esa realidad evangelizada que, en medio de las circunstancias actuales, sea – como levadura en la masa – asumiendo su misión en la sociedad y en la Iglesia.

¿Cómo podríamos realizar esta misión?

A los agentes de pastoral, quisiera decirles que es necesario cuidar más y mejor la preparación de aquellos que desean celebrar el sacramento del matrimonio; para ello es necesario evitar quedarse en simples charlas que ocupan un pequeño espacio de tiempo y, a veces, parece que solo sirven para justificar el cumplimiento de un expediente. No nos quedemos en lo puramente administrativo, cuidemos más el trato con las personas y ayudémosles, con seriedad, a que tomen conciencia de la realidad del matrimonio-sacramento.

- Acojamos a los jóvenes e interesémonos por ellos, y si nosotros no podemos, o no sabemos, busquemos las personas adecuadas. No caigamos en la frivolidad del pastor asalariado que, pretendiendo hacer las cosas fáciles, reduce la preparación del matrimonio a un puro cumplimiento burocrático, no siguiendo los criterios establecidos por la Iglesia y estableciendo

una praxis subjetiva de tal modo que, en vez de ayudar a la formación de los novios, parece que busca su propio aplauso personal ¡Qué nos duelan las almas!

- Es necesario crear centros en las diferentes zonas pastorales que, en comunión con la *Delegación Episcopal para la Familia* y coordinados por ella, contando con los expertos del *Instituto de la Familia*, puedan ayudar en la formación y atención humana y espiritual no solo de aquellos que se preparan para el matrimonio, sino también a las familias que puedan estar sufriendo dificultades.
- Todos los agentes de pastoral debemos estar atentos para acompañar con delicadeza y respeto a los que experimentan graves dificultades en su vida conyugal y familiar a causa de procesos de nulidad, separación, divorcio, así como a aquellos divorciados vueltos a casar civilmente –pero que quieren mantener su fe –; es necesario ayudarles a descubrir el rostro materno de la Iglesia.
- Esta misión eclesial nos exige que busquemos laicos adecuados, bien formados y con una vida espiritual comprometida para que puedan llevar a cabo un acompañamiento de los que viven en dificultades.
- Establecer grupos de estudio, reflexión y oración, a la luz de la Palabra de Dios para que las parejas que están viviendo serias dificultades puedan recuperar la esperanza. En este sentido, en nuestra Diócesis es encomiable la labor llevada a cabo por los *Equipos de Nuestra Señora*. Les exhorto a que sigan con fidelidad su vocación y a que se preocupen de expandir su movimiento por las parroquias rurales.

4.- La parroquia: La Iglesia entre las casas de los hombres.

Si en la tarea evangelizadora la familia es la entidad en donde se debe plantear el primer proceso misionero, sin ninguna duda, la parroquia es la que le sigue en importancia. A ella le dediqué, en mi primera carta pastoral, una reflexión especial y a ella me remito, porque es una realidad eclesial altamente expresiva, y sin ella nos sería difícil entender el misterio de fe y comunión que es la Iglesia Católica extendida por el mundo entero. En la parroquia hemos recibido el sacramento del bautismo y, quizás, los otros sacramentos de la iniciación cristiana, sin embargo, los acelerados cambios sociales, así como el creciente fenómeno de la despoblación en el ámbito rural, están provocando un cambio en la clásica fisonomía de nuestras parroquias. Ciertamente allí donde la vida eclesial se mantiene y vive, la parroquia es la célula pastoral primordial; sin embargo, en algunos lugares de la Diócesis esto ya no es posible. ¿Se puede considerar una parroquia viva aquella en la que falta la comunidad o es incapaz de ser una expresión de fe

comunitaria?³⁶ ¿Se puede seguir sosteniendo una parroquia solo porque hay un hermoso y antiguo templo entorno al cual se han sepultado sus vecinos y siguen haciéndolo, aunque vivan lejos de ese lugar? ¿Estamos obligados a mantener la estructura parroquial tal como la hemos heredado de nuestros mayores? Estas circunstancias, que son nuevas, nos están demandando un estilo diferente de respuestas pastorales ¿No habrá llegado el momento de comenzar a valorar las llamadas *Unidades de atención parroquial*?

Soy consciente de que estas realidades pastorales ya se están viviendo en nuestra Diócesis pero revisten la forma de agregaciones pastorales. Ciertamente no son lo mismo, pero intentan dar respuesta a una necesidad que cada día se hace más apremiante. La estructura pastoral con la que estamos funcionando pudiera ser la adecuada para otros momentos de nuestra historia reciente, pero hoy en día se ve que no es posible mantener esta estructura. Proseguir así supondría quemar muchas energías e ilusiones en nuestros sacerdotes y no podemos correr ese riesgo.

Las *Unidades de atención parroquial* son estructuras creadas por el Obispo con el fin de ayudar a la labor pastoral de los sacerdotes y procurar humanizar el ejercicio de su ministerio abriéndolo a la comunión y a la fraternidad sacerdotal. Sabemos que estas configuraciones pastorales se pueden plantear de diversas maneras, lo que importa no es ni el nombre, ni la estructura, ni siquiera su marco jurídico o su régimen económico; lo que sí importa es que sean lo suficientemente abiertas para que respondan a las necesidades de los sacerdotes y sirvan para una mejor atención a los fieles. El sacerdote, tal como lo estamos contemplando muchas veces, es un simple *expendedor de misas* y, observamos que, a medida que a su responsabilidad pastoral se le agregan otras parroquias, las misas se multiplican. Este planteamiento, que no es el deseado por la Iglesia (c. 905 § 2), genera con el tiempo en la vida del sacerdote un grave deterioro espiritual y material, pudiendo llegar a metalizar su corazón hasta llevarle a caer en el desencanto, la desilusión y el abandono.

Las *Unidades de atención parroquial* pretenden racionalizar el ejercicio pastoral, hacer que el espíritu de comunión y de fraternidad sacerdotal se hagan más efectivos; por otra parte, es necesario mentalizar catequéticamente a nuestros fieles –

36 36 Conviene precisar que en nuestra tarea pastoral no podemos dejarnos llevar de la eficacia sociológica, es decir, centrada solo en las estadísticas. No es esto lo que queremos afirmar. Lo que se plantea es lo siguiente: Si la parroquia es y supone la presencia de una comunidad viva, constituida de modo estable ¿pueden ser consideradas parroquias aquellas agrupaciones de cuatro, seis o doce personas que debido a una serie de circunstancias no han abandonado todavía la aldea o ese pueblo? Está claro que la Iglesia no puede dejar de atender a esas personas aunque sean muy pocas y sean ancianos o se encuentren enfermas. Allí se encuentra el rostro pobre de Dios y en ese lugar debe estar presente el rostro de la madre Iglesia. De lo que se trata es de descubrir como se puede llevar a cabo esa presencia.

como ya se ha dicho – y necesitamos elegir *centros de acción pastoral* más idóneos, o *centros de referencia*, en donde el sacerdote, o los sacerdotes, puedan atender con mayor estabilidad a los fieles de las distintas parroquias sobre las que se ejerce su ministerio pastoral; evidentemente, las otras parroquias podrían ser atendidas alternativamente, contando con la disponibilidad del sacerdote y de acuerdo con un horario prefijado que debe ser respetado cuidadosamente. Las *Unidades de atención pastoral* ideales serán aquellas que puedan estar constituidas por dos o más sacerdotes, que estén dispuestos a trabajar en comunión, con disponibilidad, espíritu de humildad y entrega a la causa de la nueva tarea evangelizadora; a ellos el Obispo, en nombre de la Iglesia, les encomendará una área pastoral con similares características geográficas, sociopolíticas, culturales y pastorales, con varios centros de referencia, estableciendo, en diálogo con los miembros del Equipo sacerdotal, las diferentes competencias de cada uno y concretando los criterios de actuación. El éxito o fracaso de estas estructuras pastorales dependerá de todos.

No nos planteamos, por ahora, la supresión de ninguna de las parroquias porque encierran en sí una historia, a veces secular; sin embargo, lamentablemente, esa estructura eclesial, presente en medio de las casas de los vecinos³⁷, se ha quedado muy sola, como abandonados han quedado, y desgraciadamente siguen quedando, tantos de nuestros pueblos; cuando hay casas y casi ningún vecino ¿tiene sentido seguir manteniendo la misma estructura pastoral? Sabemos que la parroquia es *una comunidad de fieles, constituida de modo estable*³⁸, por consiguiente, la parroquia, en sentido canónico-pastoral no es un templo, ni un cementerio, es mucho más. La parroquia es sobre todo una experiencia de fe vivida, celebrada y gozosamente transmitida. Cuando visito alguna de las parroquias de esta Iglesia particular me doy cuenta de que, a veces, el templo antiguo – en ocasiones una joya arquitectónica que debemos custodiar – ha quedado aislado y rodeado del cementerio que casi siempre ha invadido – ignoramos el motivo de semejante praxis – el atrio que circundaba la fábrica del templo desde sus orígenes, y, a cierta distancia, en medio del pueblo, se ha construido un nuevo complejo parroquial. Otras veces, una capilla de la parroquia, o un santuario, gracias a su buena situación – *cerca de donde viven los fieles* – se ha convertido en centro estable de culto dejando la parroquial para celebraciones ocasionales. Esta praxis, llevada a cabo por nuestros predecesores – tanto sacerdotes como obispos – seguro que en su día no fue una solución fácil, que generó conflictos y enfrentamientos, pero sin duda alguna fue una determinación oportuna y pastoralmente acertada.

Es necesario que uno de los objetivos de *Ourense en misión* sea, precisamente, llevar a cabo un replanteamiento de esta reorganización pastoral. Necesitamos elaborar unas catequesis adecuadas acerca de lo que es la parroquia, su origen,

37 Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, n° 27.

38 CIC, c. 515, 1.

historia, sentido, misión, sin olvidar su evolución en el tiempo. No se pueden hacer planteamientos simplistas de la realidad. A los feligreses no les podemos decir que no pueden tener Misa los domingos porque *no hay vocaciones para curas*, es que ¿acaso si tuviésemos más ordenaciones sería pastoralmente correcto nombrar un párroco para una comunidad de doce o veinte personas que ni cantan, ni leen, ni abren el templo y, muchas veces, son tan mayores que ya no pueden acercarse a la iglesia? Las reestructuraciones llevadas a cabo por los organismos públicos son un ejemplo claro ¿se ha cerrado el grupo escolar porque no hay profesores, o más bien se han clausurado esos y otros servicios porque no hay vecinos? La necesidad de crear centros de culto y de atención pastoral se fundamenta en el descenso poblacional y en el lamentable abandono del mundo rural. Cualquiera otra explicación sería superficial. El sacerdote debe estar presente en medio de su pueblo pero ciertas estructuras parroquiales no justifican la presencia permanente del ministerio sacerdotal. Si de lunes a viernes nuestros pueblos quedan abandonados y sus gentes viven en la ciudad o en las villas cercanas ¿justifica esa legítima actitud de nuestros fieles la exigencia de la presencia del sacerdote en esos pueblos casi desiertos de personas? Esto no quiere decir que el sacerdote no vaya durante la semana a atender a los pocos residentes, sobre todo enfermos y ancianos, incluso celebrarles una Eucaristía; sin embargo, la presencia de la Iglesia debe ser diferente a la de otros momentos de nuestro pasado reciente. Se trata de una presencia distinta, no de su ausencia, como ha sido el caso de ciertos organismos de servicio público.

La necesidad nos está obligando a que pongamos toda nuestra capacidad imaginativa para constituir otras formas de organización y de presencia pastoral. En nuestra Diócesis estamos comenzando a formar *unidades de atención parroquial*³⁹ o unidades pastorales que puedan ofrecer a los fieles dispersos por varias aldeas y parroquias los auxilios espirituales y la atención materna de la Iglesia, sabiendo que la parroquia es la expresión más viva de la maternidad de esa Iglesia que siempre busca hacer realidad la *salvación del hombre* que es su ley suprema⁴⁰. Bien es verdad que ésta es una problemática que está afectando no sólo a nuestra Diócesis, sino a la mayor parte de las Iglesias hermanas tanto de Galicia, como del resto de España y de Portugal.

Se constata, que desde hace años, nuestra Iglesia está realizando serios esfuerzos y empleando recursos humanos y económicos para poder atender pequeños núcleos de población en donde la mayor parte de sus habitantes son pocos y

39 Utilizo el término *unidades parroquiales* porque el de *unidades pastorales* es más ambiguo, ya que en realidad también los arciprestazgos son, o pueden ser considerados como unidades de acción pastoral.

40 Cf. *Salute animarum, quae in Ecclesia suprema semper lex esse debet* (CIC, c. 1752) Así reza el último canon del *Código de Derecho Canónico*.

ancianos, y cada vez menos. Por otra parte la circunstancia de que, a veces esas comunidades son atendidas por sacerdotes jóvenes y, allí donde hay una población de menor edad se encuentran situados los sacerdotes mayores y eméritos. El problema generacional aplicado a las tareas pastorales está sufriendo una grave descompensación, asunto no de poca importancia, y esto se deja sentir en la creciente ausencia de nuestros niños y jóvenes - donde todavía los hay - a las celebraciones por no sentirse atendidos y acogidos, aunque esta no es la norma general, ya que siempre se dan excepciones. Aun así los obispos de Galicia y de España – y también los de las diócesis hermanas del norte de Portugal- estamos preocupados por esta situación. En algunos foros pastorales, al más alto nivel, se está pidiendo una reflexión conjunta que se concrete en una serie de disposiciones vinculantes para que se reestructuren las parroquias y se distribuya mejor el clero.

Mientras esto no se lleve a cabo, es necesario que con ocasión de este proyecto de *Ourense en misión* nos pongamos en camino y para ello os propongo estos pasos:

- Elaborar unas catequesis adecuadas sobre la parroquia, tal como he dicho antes y, por medio de **un equipo misionero** integrado por sacerdotes y laicos cualificados, coordinado desde la Vicaria para la Pastoral, se acerquen a los diferentes núcleos parroquiales para explicar y proponer formas de viabilidad pastoral.
- De acuerdo con los sacerdotes, buscar y crear aquellos centros de atención y de culto que sean más significativos y operativos.
- Ofrecer a los sacerdotes los cursos adecuados, con las dinámicas oportunas, para conseguir esa conversión pastoral que nos reclama la Iglesia.
- Crear una praxis canónica adecuada que regule las actividades administrativas con el fin de ayudar a los sacerdotes en el ejercicio de sus tareas pastorales.
- Apostar por las llamadas *Unidades de atención parroquial*, ya sea presidida por un presbítero, o bien por un *Equipo sacerdotal*. Es necesario crear una mentalización positiva de estas nuevas estructuras – o de otras si las hubiere – entre todos los miembros del Presbiterio.
- Hacer más operativo y, existencialmente más vivo, cada uno de los Arciprestazgos. Es necesario revisar con frecuencia el método a seguir. No nos olvidemos que el Santo Padre nos indica que *renovemos nuestros métodos* pastorales. No podemos quedar anquilosados y seguir haciendo lo mismo de siempre. Sería conveniente que se le propusiera al Obispo aquellos sacerdotes que pudieran liderar – pastoralmente hablando – las tareas de los Arciprestazgos. No nos olvidemos que en la Iglesia los cargos no deben ser entendidos como estructuras honoríficas, sino como servicio de comunión y de fraternidad.

5. Sacerdotes evangelizados y evangelizadores.

Si la invitación a implicarnos en esta *nueva etapa evangelizadora* va dirigida a todos los cristianos, de manera especial debe encontrar un eco singular en el estilo de vida y en el ejercicio del ministerio de los sacerdotes, porque ellos son agentes natos de esta nueva tarea que para esta Iglesia particular se convierte en una necesidad pastoral. Nuestro pueblo, a pesar de las graves intoxicaciones informativas y de algunos malos ejemplos, quiere y siente un aprecio grande por los sacerdotes. Este es un motivo humano que nos tiene que llevar a intensificar la vivencia coherente del ministerio sacerdotal, sabiendo que estamos al servicio del Pueblo de Dios⁴¹. Esto constituye el ejercicio concreto de la caridad pastoral vivida como *arte de las artes*.⁴²

De nada servirá buscar y constituir estructuras pastorales distintas si no cambiamos de mentalidad. ¿Para qué reestructurar los Arciprestazgos y hacerlos más viables de tal modo que así se pueda lograr una mayor conjunción de fuerzas, si ello no nos lleva a una tarea pastoral que sea más comunitaria, más en conjunto, en definitiva, más eclesial? ¿De qué nos sirve plantear la creación de *unidades de atención parroquial* u otro tipo de organización pastoral, si ya es cuestionada su viabilidad y eficacia antes de ponerse a funcionar o es rechazada desde el principio?

Lo que se pretende es lograr hacer más fecunda la actividad del ministerio sacerdotal, para ello es preciso una racionalización del trabajo pastoral, evitando que cada sacerdote se encargue de hacerlo todo; es decir, el mismo pastor es el responsable de la administración económica, de los matrimonios, de los niños, de los enfermos, incluso de abrir y cerrar el templo. Este estilo pastoral se puede realizar durante un tiempo determinado, no muy prolongado, de lo contrario se corre el riesgo de caer en el funcionariado o, lo que es peor, que se “*queme*” el sacerdote y experimente una deriva personal cuyas consecuencias no son fáciles de prever.

Tenemos que ser capaces de sectorializar el trabajo dentro del mismo equipo sacerdotal de una zona; si no somos capaces de lograrlo ¿tiene sentido que la Diócesis se plantee la creación y potenciación de las casas arciprestales o de zonas pastorales para que los sacerdotes se encuentren menos solos y puedan realizar una actividad más colegial y de comunión, cuando cada uno ha solucionado su vida desentendiéndose de los demás? La Iglesia nos previene de los riesgos que corremos en esta cultura globalizada y nos habla de la necesidad de *crear espacios*

41 Cf. VATICANO II, *Lumen Gentium*, 10.

42 Cf. S. GREGORIO NACIANCENO, “*Tengo para mí que el gobierno de las almas es el arte de las artes, la ciencia de la ciencias*” (*Oratio ad fugam*, 16); en este mismo sentido se puede mencionar a S. GREGORIO MAGNO, *Regla Pastoral*, 1.

*motivadores y sanadores para los agentes de pastoral; es más, nos propone de forma sugestiva todo lo que deben ser, y quizá algo más, esas casas de zona o casas arciprestales: lugares donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia*⁴³.

Por otra parte, es necesario que en el marco de esta pastoral misionera, los sacerdotes estén dispuestos a una mayor movilidad y a saber aceptar sus limitaciones ofreciendo la posibilidad al Obispo de que puedan trabajar con ellos otros sacerdotes jóvenes en paridad de condiciones. No podemos seguir esperando vicarios parroquiales para que remedien las posibles deficiencias pastorales, que en ocasiones enmascaran aquellas carencias personales que algunas veces son la clave de *una pastoral de mera conservación*⁴⁴.

A veces las muchas misas celebradas con el afán de satisfacer a todas las comunidades administradas, así como otros servicios pastorales, que en bastantes ocasiones no tienen la suficiente respuesta, generan ciertas dificultades, pero el problema de raíz *no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado*⁴⁵. Es necesario preocuparnos más de las necesidades del Pueblo de Dios y no tanto de la estructura organizativa de la Iglesia, tal como hemos dicho antes. La estructuración del clero en párrocos y coadjutores creo que son formas, que dentro del marco de una eclesiología de comunión, ya no tienen sentido. Mientras estamos ocupados en estas cuestiones los fieles nos abandonan y van a otros lugares en donde creen que se les atiende mejor, no surgen vocaciones para el Seminario y la gente joven o los matrimonios con hijos buscan otras comunidades de referencia.

Muchas más serían las cuestiones que pudiéramos plantearnos. ¡Sí! Estamos convencidos teóricamente de que hay que trabajar en comunión y debemos potenciar más el equipo sacerdotal pero no somos capaces de romper con nuestros esquemas y, en ocasiones, nuestros prejuicios sobre los compañeros sacerdotes nos impiden tener un espíritu abierto y acogedor para una auténtica pastoral de conjunto. Se nos pide audacia y creatividad para repensar los objetivos, las estructuras, los estilos y los métodos evangelizadores.

¿Seguiremos esperando que la solución venga de arriba sin darnos cuenta de que todo el Presbiterio está implicado en esta misión? Acojamos la invitación

43 EG, nº 77.

44 *Ibíd.*, nº 15.

45 *Ibíd.*, nº 81.

que nos hace el papa cuando nos exhorta a aplicar con generosidad y valentía las orientaciones que se nos hagan. Nos dice que *lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos en un sabio y realista discernimiento pastoral*⁴⁶. No nos convirtamos en *profetas de calamidades* como decía san Juan XXIII⁴⁷, ni nos presentemos con una permanente *cara de funeral*⁴⁸, o con una *conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre*⁴⁹. Apartemos de nuestra vida y de nuestro entorno cualquier asomo de crítica negativa, murmuración y maledicencia, cubramos las espaldas de nuestros hermanos con la capa de la caridad y del silencio orante; el papa actual en su todavía breve pontificado, como pastor experto, ya se ha manifestado en varias ocasiones contra esa mala costumbre, también presente en nuestros ambientes eclesiales⁵⁰. Ese camino no tiene retorno, nos roba fuerzas y, además de perjudicarnos a nosotros mismos, causa un gravísimo deterioro a los demás generando una paulatina esterilidad pastoral.

Pongámonos en camino para dejarnos evangelizar y así nos convertiremos en evangelizadores. No caigamos en *el pecado del habriaqueismo* que cuando nos dicen, sugieren o proponen algo, siempre *nos entretenemos vanidosos hablando sobre “lo que habría que hacer” como maestros espirituales y sabios pastorales que señalan desde fuera. Cultivamos nuestra ignorancia sin límites y perdemos contacto con la realidad sufrida de nuestro pueblo fiel*⁵¹. En este sentido quisiera haceros llegar el testimonio de un sacerdote francés, de nuestros días, que enviado por su arzobispo a una parroquia de Marsella, que prácticamente estaba a punto de ser suprimida, sin publicidades especiales, ni pastorales deslumbrantes, la convirtió en un faro de esperanza y lugar de conversiones ¿Qué hizo? nada extraordinario ¡lo de siempre! ¡lo que cada uno de nosotros tenemos al alcance de la mano! Abrió la iglesia al barrio, a las periferias, ofreciéndoles lo que la Iglesia acostumbra a dar: un lugar de encuentro con Dios, un ámbito en donde pudieran ser acogidos y atendidos tal como son, un espacio en el que el mismo Dios sale al encuentro del hombre y de la mujer de nuestro tiempo, que tantas veces se encuentran aquejados por las prisas, las depresiones, las angustias y el agobio; se les ofreció

46 Ibid., nº 33.

47 JUAN XXIII, *Discurso de apertura del Concilio Ecueménico Vaticano II*, (11 de octubre de 1962) 4, 2-4.

48 Ibid., nº 10.

49 Ibid., nº 85.

50 Cf. FRANCISCO, *Discurso a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas*, 21 de diciembre de 2013; *Homilía en Santa Marta* el día 27 de marzo de 2013; Ibid. 9 de abril de 2013; Ibid. 13 de junio de 2013; *Ángelus* del Domingo 16 de febrero de 2014; *Ángelus* del IV Domingo de Cuaresma, 30 de marzo de 2014.

51 EG, nº 96.

un lugar de paz y de oración.⁵²

La Iglesia nos pide hoy que nos abramos al Evangelio de Jesucristo que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Él, y para ello, como objetivo de nuestra misión, os propongo estos puntos de actuación que están abiertos a otros muchos:

- Para ser evangelizadores necesitamos abrirnos a Dios y a su Iglesia que sale a nuestro encuentro, por pura Providencia, a través de sus mediaciones: planes, proyectos, encuentros, retiros, observaciones de las vicarías y delegaciones. Resulta imprescindible, en una **pastoral de misión**, sentirnos en comunión. Esto se hace elocuente cuando acogemos los proyectos diocesanos y los hacemos nuestros para caminar en la misma dirección.
- Es necesario romper la tendencia natural que todos tenemos para convertirnos en *autorreferenciales*. Abrirnos a la posibilidad de que también los otros pueden acertar en sus planteamientos. No cerrarnos, ni considerarnos víctimas del sistema – nos haría sufrir en vano y sería el camino de la infelicidad – y descubrir que nuestro ministerio solo es comprensible si se vive desde esa comunión afectiva y efectiva con el Presbiterio Diocesano y con el Obispo. Fuera de estas coordenadas estamos condenados a la esterilidad, al aislamiento y a un constante y progresivo empobrecimiento humano y espiritual.
- Es necesario vivir y ayudarnos a vivir el **espíritu de servicio y la disponibilidad ministerial**. No podemos quedar anclados en el mismo servicio pastoral tantos años, esto resulta perjudicial para nosotros y para toda la comunidad creyente.
- Se debe potenciar la **pastoral de comunión o de conjunto**. Crear actividades pastorales de comunión. Algunas realidades que ya se han conseguido, como las celebraciones de la confirmación, es necesario aplicarlas a todo lo demás: preparación para el matrimonio, charlas de formación, conferencias cuaresmales, actos fúnebres, atención a enfermos y ancianos en sus domicilios, catequesis, pastoral juvenil y vocacional, etc.
- La Iglesia en nuestros días se hace **tanto más creíble cuanto más solidaria es**⁵³. Es imprescindible que en cada parroquia o grupos de parroquias, o

52 En unas declaraciones a un medio de comunicación decía el P. Michel Marie Zanotti: *Cuando conocí el barrio de mi parroquia, todo me pareció descuidado y abandonado. Lo primero que hice fue abrir el sagrario y cambiar los corporales. Puse a Jesús en paños blancos limpios y, a continuación, limpié y embellecí la iglesia; no se puede creer en la presencia de Cristo si el lugar no está limpio y perfecto. Enseguida abrimos la iglesia doce horas al día, comenzamos a rezar el Rosario tres veces al día. La liturgia, la música, la fuerza de la predicación, la belleza de los ornamentos...hablan al corazón, y hacen pensar a nuestro espíritu que Cristo está ahí. Hacen falta Misas en las que el sacrificio de Cristo sea magnificado.*

53 EG, nº 65.

en las diferentes zonas pastorales, funcione *Cáritas* u otras instituciones eclesiales de caridad, si las hubiere, como las *Conferencias de San Vicente de Paúl*. En este asunto os ruego que os dejéis llevar de *la imaginación de la caridad*, porque no podemos olvidar que el servicio de la caridad es también una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia y expresión irrenunciable de su propia esencia⁵⁴ y si queremos ser auténticos, debemos permanecer siempre en esta inquietud de buscar a Dios y de buscar al hombre concreto en sus necesidades. Este es nuestro gran desafío como creyentes.

- Desde la perspectiva de esta *nueva etapa evangelizadora* que nos pide la Iglesia no tienen sentido los compartimentos estancos dentro de la misma estructura administrativa ¡sé que las últimas experiencias de nuestra Iglesia particular han sido dolorosas para todos! pero no es cristiano perder la esperanza y estar anclados, indefinidamente, en una administración decimonónica asentada en un sistema benefical injusto. Estamos llamados a una exigente *comunidad de bienes* entre las distintas entidades que forman la Iglesia diocesana que peregrina en Ourense. Desde el Evangelio, y siguiendo las directrices del Santo Padre, no es justificable que unas comunidades tengan mucho y les sobre, y a otras les falte lo necesario para sobrevivir ¡Somos la misma Iglesia! ¡Lo que le sobra a unos le falta a otros!⁵⁵ Es imprescindible, y esto constituye una exigencia evangélica, crear lazos de solidaridad y de comunión entre las parroquias. Por otra parte, las exigencias legislativas y sociales nos están reclamando *mayor transparencia en nuestras gestiones* y una mejor distribución de los bienes. Sé que esto es un asunto muy delicado pero no sería honesto si no os lo manifestase. También las estructuras económicas de nuestra Iglesia particular deben ser evangelizadas y, por consiguiente, juntos tenemos que dar los pasos adecuados para adaptarnos a los criterios de estos tiempos y a la normativa que regula todas estas actividades.
- Dentro de la pastoral de los domingos, que ha sido objeto de uno de los últimos planes diocesanos, es necesario que *se creen centros de referencia de atención pastoral para las celebraciones litúrgicas*. No basta con celebrar la Eucaristía con prisas para atender un pequeño grupo de personas y así despacharlas hasta dentro de quince días, o hasta el próximo mes. Urge recuperar la dignidad de la celebración de la Misa dominical, centro

54 BENEDICTO XVI, Motu proprio *Intima Ecclesiae natura*, 11 de noviembre de 2012, nº1; Cf. Carta encíclica *Deus caritas est*, nº 25.

55 SAN GREGORIO MAGNO: “*Cuando damos a los pobres las cosas indispensables no les hacemos liberalidades personales, sino que les devolvemos lo que es suyo. Más que realizar un acto de caridad, lo que hacemos es cumplir un deber de justicia*”. *Regula pastoralis*, 3, 21,45(PL 77,87).

de la comunidad cristiana, preparándola bien con moniciones, cantos, lecturas bien proclamadas, posibilidad de la recepción del sacramento de la confesión antes de la Misa.

- *Tenemos que exigirnos más porque nuestro pueblo lo necesita y lo espera.* Es necesario esforzarnos por una Iglesia con un rostro distinto. Es verdad que en las parroquias pequeñas, en donde no se puede celebrar la Eucaristía con frecuencia, se puede perder la importancia del Domingo, sin embargo, con una buena predicación y una adecuada *catequesis de adultos* acerca de la nueva reestructuración de las parroquias, - teniendo en cuenta que una gran mayoría de nuestros fieles ya se desplazan en sus vehículos para ir a Misa -, sería necesario ayudarles a descubrir que unos kilómetros más adelante tienen una Misa, a la que pueden asistir, para celebrar y vivir el Domingo, Día del Señor, y esta es tan válida como aquella que se celebra en su parroquia. Se puede aprovechar alguna de las charlas que se da a los jóvenes de confirmación acerca de la importancia del Domingo, o bien a los padres de los niños de primera comunión, para ir ***cambiando la mentalidad*** que consiste en sostener el hecho de que en cada parroquia tienen que celebrarse una misa, si no es así no se va, y cuando no puede acercarse el sacerdote, porque tiene otros compromisos, entonces se termina justificando la no vivencia del ***Día del Señor***.
- Sé muy bien que las circunstancias de nuestra Iglesia y las de la sociedad no son buenas desde el punto de vista económico, sin embargo, es necesario seguir apostando por la recuperación de algunas ***casas arciprestales o de zona*** para convertirlas en lugares dignos y acogedores en donde se pueda atender a los fieles de las distintas parroquias que forman parte de la misma zona, al mismo tiempo que sirven para un cuidado más humano de los sacerdotes. Para llevar a cabo este proyecto es necesario estudiar con imaginación y realismo el *iter* a seguir, las dificultades heredadas no nos pueden impedir caminar con esperanza. Con una intensa vida de fe no nos faltará imaginación para solventar los problemas, pero hoy, más que nunca son necesarios esos centros y en su creación, funcionamiento y conservación debemos intervenir y colaborar todos, no solo la Administración Diocesana.
- Propongámonos no subir al ambón sin preparar la homilía. Si hace falta llevarla escrita o con un guion, hagámoslo. Luchemos contra toda improvisación y no nos dejemos llevar por los años, ni por la facilidad de palabra, ni mucho menos por la costumbre. Preguntémonos: ¿Por qué el papa Francisco le ha dedicado a la homilía veinticinco puntos en su primera exhortación apostólica⁵⁶?

56 Cf. EG, nº 145-159.

- Cuidémonos mucho y preparémonos mejor para realizar los ritos de exequias. Convenzámonos de que hoy, en muchas ocasiones, los entierros y las demás **celebraciones exequiales** se han convertido en un *atrio de los gentiles*. Seamos conscientes de que a estos actos van muchas personas que habitualmente ya no entran en nuestros templos, o se han alejado de la práctica religiosa por desencanto o decepcionados con el sistema, o bien por rechazo; sin embargo, con ocasión de estos acontecimientos luctuosos, sin que les invitemos, acuden y atienden a lo que se les dice ¡están especialmente sensibles y abiertos! ¿Qué les ofrecemos con nuestras actitudes funcionariales, con nuestros cantos, con nuestras conversaciones previas en la sacristía, con las formas y maneras con las que salimos vestidos al altar?

¿Cuál es el mensaje que les ofrecemos y damos? Muchos no volverán a oír hablar de Jesucristo ni de la vida eterna hasta el próximo entierro o funeral. Estamos desaprovechando estas ocasiones como cauce de evangelización ¿Somos conscientes de este reto? ¿Sabemos aprovechar este sistema tradicional que todavía sigue teniendo vigor en nuestro pueblo como cauce de evangelización y de una cierta catequesis *misionera*? Ordinariamente, en las misas dominicales, al encontrarse solo el sacerdote, debe preocuparse de hacerlo todo, o casi todo: lecturas, cantos, catequesis, etc. Sin embargo, en el caso de los entierros y en los actos de difuntos acostumbran a asistir otros sacerdotes, esta circunstancia se podría aprovechar para realizar unas celebraciones más ordenadas, mejor preparadas, con las moniciones y la homilía adecuada, de tal modo que el grupo de sacerdotes podría convertir la celebración de los sagrados misterios en una ocasión de evangelización a través de la liturgia. Es imprescindible, a nivel de Arciprestazgos, revisar con valentía y honradez estos actos culturales que, en ocasiones, más bien desedifican.

6.- La riqueza de la vida consagrada.

Nuestra Iglesia particular ha sido, y lo sigue siendo, muy rica por la presencia de la vida consagrada. Dentro del proyecto de *Ourense en misión* quisiera que hiciésemos presente esta realidad en toda nuestra Iglesia particular, de manera especial teniendo en cuenta que el año 2015 ha sido declarado por el Santo Padre el **Año de la vida Consagrada**. Sobre este estilo de vida, que es un regalo de Dios a la Iglesia, la Conferencia Episcopal Española nos ha ofrecido, recientemente, un hermoso documento acerca del valor de esta pluriforme expresión de estilos de vida que desde siempre han sido un elemento decisivo en todo proceso misionero en nuestra Diócesis.

Tanto la vida monástica – masculina y femenina – que nos llena de gozo con su silenciosa pero fecunda existencia, como las órdenes religiosas y las con-

gregaciones modernas, así como los institutos seculares y las sociedades de vida apostólica, y los otros estilos de vida, constituyen una riqueza presente en esta Iglesia que tanto le debe a la vida consagrada. Hemos querido darle una especial importancia organizando un Congreso Regional de Galicia, bajo el lema: *Una luz en el camino de la Iglesia*, como un signo de nuestra preocupación y estima por la riqueza que encierra esta vida en y para nuestra Iglesia particular.

Estos hermanos y hermanas nuestros, por propia vocación, de acuerdo con sus carismas específicos, están llamados a hacer de los lugares en los que están presentes, esos ámbitos impregnados por su estilo de vida fraterna en comunión, enriqueciéndonos con su servicio a los más necesitados y, además, como un cauce para llevar a cabo esta nueva etapa de evangelización. Insertos en la vida de esta Diócesis están llamados a ser esos testigos creíbles del Evangelio y, al igual que en épocas pasadas algunos religiosos, miembros de diferentes órdenes y congregaciones, misionaron gran parte del territorio diocesano, en este momento, siendo como son discípulos misioneros, les invitamos a reemprender este ritmo misional que dio tantos frutos de santidad y de vocaciones que son gloria de nuestro pueblo.

El Obispo, a través de la Delegación Episcopal para la Vida Consagrada, quiere hacerle llegar a los miembros de la vida consagrada, entendida ésta en general, que deben sentirse parte muy notable en la pastoral diocesana, de la que el Obispo es el responsable último⁵⁷. ¡Contamos con vosotros! Sin vuestra presencia el ser de esta Iglesia estaría como mutilado, imperfecto.

Los monasterios y las congregaciones de vida contemplativa, así como los religiosos y religiosas ancianos y enfermos son los evangelizadores que oran, trabajan y experimentan en su existencia el misterio fecundo de la cruz. Para esta tarea en la que estamos implicados necesitamos el *pulmón de la oración*⁵⁸. En el regazo de sus vidas dejamos este ambicioso proyecto pastoral de una nueva etapa evangelizadora que deseamos que sea alegre, generosa, audaz y fecunda, de tal modo que así los cristianos se conviertan en auténticos misioneros que tengan el arrojo de manifestar a Jesucristo resucitado y vivo a todos los con ciudadanos que se han alejado, perdieron su fe, o quizás nunca la tuvieron.

De manera especial, tanto en la ciudad de Ourense como en otras villas y parroquias, existe una presencia, casi desde el primer momento de su fundación, de un estilo peculiar de vida consagrada cuyo carisma se centra en los más desfavorecidos: ancianos abandonados, mujeres maltratadas o personas que viven en la marginalidad, así como niños con serias dificultades. Estas religiosas, a través del ejercicio de la caridad, se convierten en auténticas misioneras del amor misericordioso de Dios, porque dejándose amar por el que es Amor, desean y buscan

57 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores gregis*, n° 50.

58 EG, n° 262.

el bien de los más desfavorecidos y así hacen creíble a la Iglesia.

Por otra parte, no podemos olvidar que la Iglesia, como Madre y Maestra, lleva en sus entrañas, desde sus orígenes, la pasión por la docencia. Cuántas hermosas y fecundas realidades de la historia que hicieron grande nuestra Iglesia, siguen todavía hoy presentes, algunas como sombras silentes de un pasado glorioso, otras como testigos actuales de las grandes instituciones monásticas de esta tierra. En esos lugares se formaron tantos cristianos, aprendieron tantas cosas para la vida y para el desarrollo mismo de los pueblos: Celanova, Oseira, Monterrei, Melón, Ribadavia, Santa Cristina, San Esteban, San Pedro de Rocas, etc. El mismo Cabildo Catedralicio estableció una escuela en la ciudad de Ourense que sería, con el tiempo, el embrión de los futuros seminarios. Los grandes prioratos que no sólo ayudaron a racionalizar los cultivos, sino que enseñaron a los hombres y mujeres de su entorno a ser buenos creyentes, mejores ciudadanos y honestos trabajadores. También en ellos se formaron los candidatos al ministerio sacerdotal antes de la creación de los seminarios.

Ya en época moderna la presencia de los Mercedarios de Verín, los padres Franciscanos en la ciudad de Ourense y en Rivadavia, los Padres Paúles, los hijos de Don Bosco que no solo dirigen dos centros educativos en nuestra provincia, sino que también nos ayudan en tareas pastorales; los Hermanos Maristas, las muchas congregaciones femeninas: las Esclavas de la Eucaristía y de la Madre de Dios, las Carmelitas de la Caridad, las Franciscanas, las Calasancias, las Hijas de la Caridad, las Misioneras del Divino Maestro, las Siervas de San José, las Religiosas del Amor de Dios, etc. Son un eco elocuente de esta tarea evangelizadora que conviene valorar y es preciso revitalizar.

Por las casas y las aulas de estas congregaciones religiosas y de institutos de vida apostólica pasan todos los años varios cientos de niños y jóvenes. Aquellos que no aparecen por nuestros templos y no frecuentan las Eucaristías dominicales y festivas están, a lo largo de la semana, bajo la custodia y la docencia de este buen grupo de religiosas y religiosos. ¡He ahí un campo ordinario y extraordinario de misión! No es necesario salir a buscarlos, se encuentran en los pasillos de los colegios, en los campos de deporte, en las aulas, en las diferentes actividades lúdicas y en tantas otras tareas tanto lectivas como para escolares. Todos vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, sea cual sea vuestra situación y edad, aunque ya no tengáis tareas académicas directas, seguid el consejo del San Pablo: *Proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina (...) cumple tu tarea de evangelizador*⁵⁹. Y, por otra parte, acoged la invitación que nos ofrece el papa Francisco que es un faro luminoso y esperanzado para vuestras tareas evangelizadoras, porque estad seguros de que *la Alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con*

59 2 Tim. 4, 2-3.5

*Jesús (...) Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.*⁶⁰

Con el estilo alegre de vuestra vida consagrada tenéis que convertirnos en auténticos misioneros y misioneras. Que vean y perciban que vuestra manera de vivir la existencia cotidiana puede convertirse en un proyecto de esperanza que también consigue dar sentido a esas vidas que se abren al futuro inmediato y se encuentran con muchas posibilidades de “ser”. No os dejéis llevar de los respetos humanos, ni de edulcorantes presentaciones de la vida y doctrina de Jesucristo ¡Recordad vuestra llamada! Estoy seguro de que en los orígenes de vuestra vocación estuvo presente una religiosa, un religioso, un sacerdote, un confesor, un amigo o amiga que os llevó con alegría a Jesucristo. Descubrid nuevos estilos de misión y no os dejéis llevar de los pesimismoes estructurales. Es verdad que los tiempos han cambiado y que nuestros niños y sus familias se mueven dentro de otros paradigmas educativos y profesionales, pero vosotros sois religiosos/as, en vuestros centros debe existir siempre un “*plus*” diferencial que muchas veces aparece recogido específicamente en la vida de vuestros fundadores y, casi siempre se contempla en vuestros proyectos educativos y en los idearios de los centros. No os dejéis llevar por falsos pudores a la hora de proponer el mensaje y el estilo de vida cristiana; porque *un anuncio renovado ofrece a los no creyentes, también a los tibios o no practicantes, una nueva alegría en la fe y una fecundidad evangelizadora. En realidad, su centro y esencia es siempre el mismo: el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado (...) Cristo es el “Evangelio eterno” (...) Él es siempre joven y fuente de constante novedad.*⁶¹

Vuestros fundadores vivieron existencias difíciles, quizás mucho más complicadas que las nuestras y supieron ser fieles a sus ideales. Os ruego que no perdáis la esperanza y volved, constantemente, a la belleza de vuestros carísimos educativos y seréis auténticos misioneros y misioneras. Atrevedos a proponer, una vez más, a pesar de los muchos fracasos con los que os hayáis encontrado, la llamada de Dios a la vida religiosa, de manera especial, no sólo con las palabras, sino con el estilo de vuestra vida, porque el testimonio coherente arrastra. ¡Los niños y los jóvenes, así como las familias de Ourense os necesitan!

A los que trabajáis en las escuelas infantiles y en las guarderías, pensad en la labor evangelizadora que en ella podéis hacer, respetando la libertad de los padres a la hora de dar una educación religiosas a sus hijos; procurad no herir los sentimientos de tantos hermanos que han tenido un mal encuentro con el hecho religioso cristiano, queredlos y acogedlos con cariño. Ahora bien, si el centro en el que trabajáis es de inspiración cristiana no podéis dejaros llevar por el ambiente de moda. Tened la valentía de manifestar con obras y palabras y, sobre todo con una conciencia profesional esmerada, la Buena Nueva de Jesús. Los niños

60 EG, nº 1

61 EG, nº 11

tienen una especial sensibilidad para captar el mensaje religioso y resulta extremadamente doloroso que haya padres que no quieran, ni dejen que sus hijos reciban ningún mensaje cristiano e incluso se oponen a que aprendan a rezar; a veces son bautizados que perdieron el sentido religioso de sus vidas o experimentaron dolorosas experiencias que les alejaron de la Iglesia; a pesar de todo, llevan a sus hijos a centros religiosos ¡Sed valientes y proponed la Buena Noticia!

Como ya queda dicho, los que os dedicáis a la noble y exigente tarea educativa, no podéis olvidaros de que estáis realizando una tarea evangelizadora con niños y jóvenes. Recordad que *la Iglesia ha sido siempre consciente de que la educación es un elemento esencial de su misión*⁶². La misión a la que se os invita supone un reto considerable. En vuestras aulas y por vuestras vidas pasan muchos de nuestros jóvenes, algunos solo conocerán algo del Evangelio de Jesucristo gracias al testimonio educativo de vuestras vidas como religiosos y religiosas. Soy consciente de que no es fácil esta misión, de que se os exige mucho. Tantas veces el desaliento y la tentación del abandono o de la rutina pueden llamar a vuestras puertas, os ruego que llevéis a la contemplación frecuente la vida y los escritos de vuestros fundadores y su carisma educativo, estoy seguro que os será de mucha ayuda.

Os invito a que os impliquéis en este proyecto ilusionante que es *Ourense en misión*. ¡Contamos con vosotros! Es más, os sentimos muy cerca y os necesitamos; sabemos que la tarea evangelizadora con los niños y jóvenes no es siempre fácil, y mucho menos en nuestra sociedad actual; esforzaos en lograr que ellos mismos – lo jóvenes- se conviertan en evangelizadores de sus propios compañeros, en medio de sus juegos y diversiones, en sus ambientes; pero para lograrlo es necesario que les ayudéis a descubrir el rostro fascinante de Jesucristo en ese Evangelio de la alegría; solo así se convertirán en evangelizadores. No os olvidéis de que *los jóvenes no han de ser únicamente amados sino que han de saber que son amados*⁶³. Ayudadles, además, a que se abran y conozcan el mundo del dolor, de las necesidades de nuestra sociedad consumista y autosuficiente, y la realidad misma de la vejez; en definitiva, de la fragilidad y de la pobreza humana. Animadles a que participen activamente en sus parroquias de referencia. Abridles su corazón joven al mundo apasionante de la misión, siempre atractivo para los corazones jóvenes.

Sé que en vuestros colegios tenéis un plan pastoral propio y que sois muy celosos de su cumplimiento. Os ruego que, cuando lo elaboréis, sepáis abrirlos al Plan Diocesano de Pastoral, no os olvidéis que la Iglesia particular es una comunidad de comunidades y vosotros formáis parte de ella. Antaño, de vuestros colegios surgían vocaciones para la vida consagrada y para el ministerio sacerdotal, pedidle al Espíritu que nos infunda a todos la fuerza necesaria para poder anunciarles el Evangelio, no solo con palabras, sino sobre todo con una vida que se deje

62 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Vita consecrata*, n° 96.

63 DON BOSCO, *Scritti pedagogici e spirituali*, Roma 1987, p. 294.

transfigurar por Jesucristo. Que vuestros colegios, como decía Juan Pablo II, se conviertan en *escuelas de oración*. Con las mismas palabras del papa Francisco os recuerdo que *sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades y el fervor se apaga*⁶⁴.

Por experiencia personal sé que las tareas docentes pueden absorbernos totalmente y, si no nos cuidamos podemos ser víctimas de una hermosa tarea cuando no la vivimos con orden. En situaciones semejantes es bueno acordarse, una vez más, de vuestros fundadores y enseguida descubriréis cuál era la clave de su éxito pastoral: el trato íntimo, cara a cara, con Jesucristo.

- Es necesario integrar, en el seno de la Iglesia particular, todos los proyectos pastorales de las entidades educativas católicas, en un único proyecto de pastoral educativa⁶⁵, para ello sería bueno que esto se pudiera coordinar desde la Delegación para Asuntos Académicos de la Vicaría para la Nueva Evangelización. Es necesario que no nos convirtamos en compartimentos estancos.
- Concretar unos puntos operativos a través de los cuales se pueda establecer una mayor conexión con la pastoral diocesana y parroquial.
- Los sacerdotes religiosos deberán sentirse llamados a ejercer su ministerio presbiteral en comunión con los sacerdotes de una zona pastoral. Por su parte, los sacerdotes diocesanos no deben mantener al margen a los sacerdotes religiosos.
- Potenciar con valentía, en medio de la crisis estructural en la que nos encontramos, los elementos que configuran el ideario religioso de los centros católicos. No dejéis que os arrebaten vuestro carisma.
- Dar entrada en los colegios católicos a todo aquello que se organice en el ámbito diocesano, de manera especial todo lo programado por las Delegaciones de la Juventud y de Vocaciones.
- Es necesario que el profesorado de Educación Religiosa Escolar mantenga una relación estrecha y constante con la Delegación Diocesana para Asuntos Académicos.
- Luchar por hacer una proposición vocacional más creativa y “agresiva”, es decir, con garra apostólica.

7.- Los laicos: El gran desafío de nuestra Iglesia.

El proyecto pastoral *Ourense en misión* no se convertiría en una realidad ope-

64 EG, nº 262.

65 Cf. CONGREGACION PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis*, Roma 1977, nº 278.

rativa si no volviésemos nuestra mirada esperanzada sobre vosotros, los fieles laicos ¡sois la fuerza mayoritaria de la Iglesia! Conviene recordar que el 21 de noviembre del 2014 se celebraron los cincuenta años de la promulgación de la constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, del Concilio Vaticano II. Por primera vez, en la historia de la Iglesia, un concilio dedicó un capítulo entero, el cuarto de este documento, a vosotros los fieles laicos. Inspirado en este texto se publicó, más tarde, el decreto sobre vuestro apostolado, *Apostolicam actuositatem*.

Dentro de esta perspectiva y con la distancia marcada por los años transcurridos, nos damos cuenta de que, a pesar de estos diez largos lustros, en muchas de nuestras entidades pastorales todavía se cuenta poco con vosotros y, sin embargo, vuestro papel es primordial. Porque ¿podemos hablar de la familia, de la educación, de la política, de la economía y de tantas otras cosas, sin tener en cuenta a los laicos? ¿Seremos capaces de entender y vivir el sentido auténtico de la secularidad sin la presencia de tantos bautizados? Pero ¿qué es un laico? Si antes se definía en sentido negativo y se afirmaba más lo que no era, ahora es necesario decir que un laico es todo fiel cristiano – la mayoría del Pueblo de Dios – a excepción de los clérigos y de los religiosos. Al constituir esa mayoría numérica os encontráis en *la línea más avanzada de la vida de la Iglesia*; gracias a vosotros *la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana*⁶⁶, esto nos debe ayudar a descubrir que todos los bautizados no solo pertenecen a la Iglesia, sino que son Iglesia. De acuerdo con estos principios, los laicos os debéis sentir corresponsables en la edificación de la sociedad según el Evangelio. En síntesis, podemos decir que *los laicos son los hombres y mujeres de la Iglesia en el corazón del mundo y, también, los hombres y mujeres del mundo en el corazón de la Iglesia*.⁶⁷

De hecho, tenemos que afirmar que la misión propia y específica de la vocación laical se lleva a cabo en el mundo, este es el escenario en donde discurre toda su actividad evangelizadora⁶⁸. Para realizar su vocación específica los laicos debéis ser conscientes de que necesitáis una formación adecuada, es más, si en el ámbito de las tareas profesionales, en un mundo tan competitivo como el actual, se exige una óptima preparación, también para ser testigos de Cristo resucitado se requiere estar al día en la doctrina y en la vida de Jesucristo y, por consiguiente, rostro de la Iglesia; para que esto sea una realidad necesitamos creyentes coherentes en quienes la doctrina y la vida vayan al unísono, no solo en paralelo, es más se deben sentir como dos aspectos imbricados de tal manera que constituyen y conforman la realidad misma. Hay que evitar esa especie de maniqueísmo exis-

66 PIO XII, *Discurso a los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946.

67 III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla 1979, proposición 786.

68 Cf. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, nº 70.

tencial⁶⁹, por desgracia tan frecuente, que por una parte nos encontramos con los llamados laicos buenos y piadosos en el templo, en el grupo y en las procesiones, y por otra, las posturas laicistas de un tipo de creyente “rebotado” cuando se encuentra en otros ámbitos y con otro tipo de personas. Sin ninguna duda este es el peligro del laico y para evitar esta situación, que genera una especie de esquizofrenia espiritual, es imprescindible una formación seria y un exigente compromiso profesional. A nuestra sociedad no le gustan las “chapuzas”, ni las medias tintas, ni la beatería aplicada al mundo profesional. Si un laico creyente, él o ella, es competente en su trabajo, pero además posee una buena formación doctrinal y es un testigo creíble del Evangelio, entonces convierte, sin pretenderlo, su trabajo profesional y su entorno vital en tarea evangelizadora.

Además de lo que ya se ha dicho, soy consciente de que no conviene olvidar que para ayudar al laico a vivir su compromiso vocacional es necesario ***ofrecerle un adecuado acompañamiento espiritual***. Los sacerdotes deben tomar en serio esta tarea propia del ejercicio de su ministerio con el convencimiento de que es necesario atenderlos y dedicarles mucho tiempo, ejercitando la paciencia pastoral, porque de ahí saldrán los buenos colaboradores y los apóstoles que, inmersos en el trabajo, el hogar, la universidad, la fábrica, la política, la administración pública, o el vasto campo de los servicios sociales, pueden configurar esas nobles realidades según el querer de Dios.

La Iglesia, con la experiencia que brotó del Concilio Vaticano II, sabe que los laicos también están llamados a participar en la acción pastoral, primero – como ya se ha dicho – con su testimonio personal de vida cristiana y, en segundo lugar, con otras acciones en el ámbito de la nueva tarea evangelizadora: catequesis, charlas de formación para el matrimonio, participación en los consejos diocesanos y parroquiales, gestión administrativa del patrimonio y de los bienes eclesiásticos, ejercicio de algún ministerio laical en la liturgia sin caer en su clericalización; no podemos pensar que con vestirlos con una túnica o un alba, o quizá asumiendo el rol de una especie de “pseudopresbítero asistente” al celebrante, ya creemos que hemos logrado una buena participación del laicado. Si actuamos así se desdibujaría su auténtico rostro y se atentaría contra la vocación secular de los laicos. El ministerio ordenado debe prestar un servicio que ayude a los laicos a sentirse y a actuar como cristianos comprometidos, siendo así rostro de Iglesia, pero sin pretender servirse de ella.

Relacionado con los laicos está todo aquello que se refiere a las asociaciones laicales y a sus itinerarios de formación cristiana, a las comunidades eclesiales nuevas, y a otras muchas realidades que son una muestra de la pluriforme variedad de los carismas en la Iglesia. Toda esta riqueza, si es auténticamente eclesial, se

69 Charla impartida a los Jóvenes de Acción Católica con motivo de la actividad *OCUPA+ARTE en Deus* realizada en el monasterio de Montederramo el 7 de septiembre de 2012.

aúna armónicamente en la misma comunión. Si han sido aprobadas por la Iglesia, debemos apoyarlas, sabiendo que son cauces apostólicos que *ayudan a que muchos bautizados y muchos grupos misioneros asuman con mayor responsabilidad su identidad cristiana y colaboren más activamente en la misión evangelizadora*⁷⁰.

Soy consciente de las dificultades que esto conlleva y, a veces, los pastores o no sabemos, o no podemos, o no queremos implicarnos a la hora de ayudar a todos estos grupos y comunidades; es evidente, además, que siempre es necesario realizar un adecuado discernimiento, con la correspondiente animación y coordinación. Esta tarea es propia de los sucesores de los Apóstoles.⁷¹ Todas estas nuevas realidades aprobadas por la Iglesia a veces pueden llegar a suscitar algún desconcierto ¡es normal que así sea! porque *la novedad nos da siempre un poco de miedo, porque nos sentimos más seguros si tenemos todo bajo control, si somos nosotros los que construimos, programamos, planificamos nuestra vida, según nuestros esquemas, seguridades, gustos. Y esto nos sucede también con Dios*. El papa Francisco nos ha propuesto, después de lo que hemos subrayado anteriormente, una serie de preguntas que debemos hacérnoslas a nosotros mismos: ¿estamos abiertos a las “sorpresas de Dios”? ¿o nos encerramos con miedo a la novedad del Espíritu Santo? ¿Estamos decididos a recorrer los nuevos caminos que la novedad de Dios nos presenta o nos atrincheramos en estructuras caducas que han perdido la capacidad de respuesta?⁷²

Sin miedos a nada ni a nadie, debemos abrirnos al Espíritu que nos llama a esta *nueva tarea evangelizadora*. Como Iglesia particular en misión estamos llamados a *caminar juntos en la Iglesia, guiados por los pastores, que tienen un especial carisma y ministerio, es signo de la acción del Espíritu Santo; la eclesialidad es una característica fundamental para los cristianos, para cada comunidad, para cada movimiento. La Iglesia es quien me trae a Cristo y me lleva a Cristo; los caminos paralelos son muy peligrosos*⁷³.

Aquellos cristianos que trabajáis en instituciones laicas en donde el tema religioso no puede ser tocado fuera de las áreas dedicadas a la enseñanza religiosa establecida legalmente, procurad tener paciencia y luchad por ser testigos. Ahora bien, si vuestro trabajo lo desempeñáis en centros confesionales católicos no podéis tener ningún reparo a manifestaros como tales y a dejar un eco definido del mensaje evangélico. No sería aceptable que en un colegio religioso no se pusiese el Belén porque molestase a algunos padres; el mismo papa Francisco llegó a afir-

70 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Aparecida, proposición 214.

71 BENEDICTO XVI, *Encuentro con los movimientos y nuevas comunidades*, Vigilia de Pentecostés, 3 de junio de 2006.

72 FRANCISCO, *Santa Misa con los movimientos eclesiales en la Solemnidad de Pentecostés*, 19 de mayo de 2013.

73 Ibid.

mar: *El debido respeto a las minorías de agnósticos o no creyentes no debe imponerse de un modo arbitrario que silencie las convicciones de mayorías creyentes o ignore la riqueza de las tradiciones religiosas. Eso a la larga fomentaría más el resentimiento que la tolerancia y la paz*⁷⁴.

Teniendo en cuenta esta reflexión previa, y siendo consciente de la importancia de los laicos en nuestra Diócesis quisiera ofrecer estas proposiciones para que nos orienten en nuestras tareas:

- A pesar de las pobreza existenciales en muchas de nuestras comunidades parroquiales, tanto administrativas como de recursos humanos, propongámonos, dentro del marco de *Ourense en misión*, abrírnos y fiarnos más de los laicos.
- Bien en el Arciprestazgo, en zonas pastorales determinadas y en Unidades de atención parroquial es necesario apostar por los laicos de aquellas comunidades para encontrar en ellos las ayudas necesarias en la actividad pastoral de comunión.
- Es necesario reconocer su importancia y crear los **Consejos parroquiales de laicos**, contando con los miembros de la misma comunidad y evitando siempre acepciones particulares que generan dolor y división. Para ello es conveniente pedir ayuda a la Vicaría para la Pastoral porque sobre esta realidad ya hay experiencias positivas, tanto dentro como fuera de nuestra Diócesis, que pueden ser de gran utilidad.
- Con motivo de este proyecto *Ourense en misión* es necesario crear el **Consejo Pastoral Diocesano**, y del que ya hablé en mis primeras intervenciones al llegar a la Diócesis; estimo que será de gran ayuda para evaluar, estudiar y valorar todo aquello que se refiere a la actividad pastoral en la Diócesis y sugerir soluciones⁷⁵.
- Animar a que los laicos participen en las actividades académico-formativas diocesanas, como son el *Centro de Ciencias Religiosas San Martín*, el *Instituto de la Familia*, *Escuela de Padres*, *Escuela Diocesana de Liturgia*, *Escuela de formación de Catequistas*.

8.- La Pastoral vocacional: Una tarea misionera urgente.

Nuestra Diócesis, antaño floreciente en vocaciones para el ministerio sacerdotal y para la vida religiosa y misionera, está experimentado un prolongado desierto de carencia de vocaciones que nos ha de llevar a hacer planteamientos más misioneros de nuestra pastoral.

74 EG, nº 225.

75 Cf. CONGREGACION PARA LOS OBISPOS, *Directorio para el ministerio pastoral de los obispos*, nº 184.

En el último encuentro al que he podido asistir con las religiosas, religiosos y monjes, hemos podido constatar esta grave realidad que afecta, casi por igual a todas las familias religiosas. Sin perder la esperanza, porque nos sabemos en las manos del Buen Dios, les invité a colaborar unidos en la tarea de construir una *cultura vocacional* dentro de la perspectiva de una pastoral más misionera en cada uno de nuestros ambientes.

Sé, por experiencia propia, que el lugar fundamental en donde nacían y siguen naciendo las vocaciones es en las familias cristianas abiertas a la vida; sin embargo, en las últimas décadas esta importantísima institución, célula básica de nuestra sociedad, está experimentando una crisis de identidad muy grave. Hoy se habla de diferentes tipos de familias y, a veces, se puede escuchar que ciertas uniones son denominadas matrimonio y, por consiguiente, presentadas como unas estructuras familiares más modernas, actuales y progresistas. La ideología de género⁷⁶ está afectando a toda la realidad de tal modo que incluso algunos creyentes apoyan, justifican y defienden estas novedosas realidades como signo de modernidad y de progreso. La posibilidad de familias numerosas es cada vez menos frecuente, y las pocas con las que nos encontramos tienen que enfrentarse con valentía a una serie de adversidades e incomprensiones, incluso por parte de algunos que se dicen creyentes.

Si analizamos el origen de las vocaciones existentes y aquellas de un pasado reciente nos damos cuenta de que la gran mayoría ha surgido en el seno de familias cristianas y numerosas. Hoy, contemplando nuestra sociedad, nos damos cuenta de la inversión, a veces alarmante, de la pirámide poblacional. Ante esta realidad que ya aparece, aquí y allá, en algunas reflexiones de analistas político-sociales, como Iglesia no podemos permanecer callados y expectantes, aguardando a que otros den el primer paso. Sabemos bien que una agresiva secularización afectó, y sigue afectando, a las costumbres y demás planteamientos existenciales que sigue experimentando la familia cristiana y, con ella, a nuestros niños y jóvenes. Por otra parte, los centros académicos, antaño prolongaciones naturales de la familia, en la actualidad, algunos de ellos están fuertemente ideologizados y, con respecto a toda posible vocación religiosa o sacerdotal que pudiera manifestarse entre los alumnos, se actúa, con frecuencia, con poco respeto e intolerancia.

La labor catequética ha desaparecido en algunos pueblos y, lo lamentable es que si aparecen algunos niños, nos podemos justificar diciendo que son muy pocos y por ese número tan exiguo no vale la pena montar una catequesis. Evidentemente, son muy pocos, o quizá inexistentes, los sacerdotes que piensan de este modo. Lo que sí es cierto es que la labor catequética o formativa de nuestros niños y jóvenes – donde los haya - ¿creéis que la podemos seguir realizando de este manera? Siguiendo un buen esquema misionero sería conveniente que algunos

76 Cf. Conferencia Episcopal Española, *La verdad del amor humano*, nº 52-65.

padres se responsabilizasen de llevar a los niños y niñas de una zona geográfica a un centro de atención pastoral y de culto de referencia en donde, en unión a otros niños de otros lugares, puedan recibir la catequesis adecuada y celebrar la fe con sus coetáneos, por lo menos algunas veces al mes o al trimestre. Es necesario aplicar un esquema similar al que ya se está haciendo con los grupos escolares. Si desde la administración académica ha dado resultado ¿por qué no lo intentamos también nosotros? Por otra parte, teniendo en cuenta esta compleja situación, tampoco habría ningún inconveniente en que la catequesis se pudiera realizar en algunas casas, bien de los mismos chicos o de una catequista. Al principio de la evangelización de nuestro pueblo ya se hacía así. Evidentemente, toda esta labor catequética debe realizarse de acuerdo con la programación oficial establecida⁷⁷ y, toda ella debe estar recorrida por un tema trasversal: *la pastoral vocacional*⁷⁸. Si no llevamos a cabo este objetivo no seremos capaces de crear esa cultura vocacional que es imprescindible para la Iglesia.

Relacionado con las actividades catequéticas, no podemos olvidar la importancia que hoy tienen los grupos apostólicos, las asociaciones de fieles, los movimientos apostólicos tanto clásicos como de reciente fundación, los clubes deportivos, el movimiento scout, los grupos bíblicos adaptados para niños y jóvenes, etc. Toda la valiosa y fecunda realidad ya existente en nuestra Iglesia particular es necesario que la replanteemos desde la perspectiva infantil y juvenil. Si es cierto que nuestra tierra se ha envejecido, no es menos cierto que nuestras rúas, plazas, polideportivos, gimnasios, salas de recreo y esparcimiento, fiestas, etc. están llenas de niños y jóvenes. Si no vienen a nosotros, es necesario salir hacia ellos, es imprescindible hacernos presente en sus ambientes. Es la Iglesia en salida de la que nos habla el papa Francisco.

En el mundo de hoy, y teniendo en cuenta la situación de nuestras comunidades, es conveniente y absolutamente necesario crear un clima de comunión, pues todos somos hijos de la Iglesia. No podemos perder energías enfrentándonos unos a otros como si fuésemos rivales. En mi primera alocución dirigida a todo el Pueblo de Dios congregado en la Catedral de San Martín, en el día de mi ordenación episcopal, entre otras cosas os dije: *La vida diocesana, en su complejidad y riqueza, es ese ámbito en donde pueden y deben existir con auténtica libertad de espíritu todo aquello que vive en la Santa Iglesia Católica extendida por el mundo*

77 En este sentido es necesario mencionar el hermoso recorrido llevado a cabo desde la Delegación Episcopal de Catequesis promoviendo los catecismos de la Conferencia Episcopal Española (2006), *Los primeros pasos en la fe* (2006), para niños menores de seis años; poco más tarde *Jesús es el Señor* (2008), para los niños de seis a diez años; y, recientemente, en el que me cupo la suerte de trabajar, *Testigos del Señor* (2014), que está dando sus primeros pasos. Son una muestra del interés que los obispos tienen por la formación catequética.

78 Cf. JUAN PABLO II, véase el capítulo IV de *Pastores dabo vobis*, sobre *La vocación sacerdotal en la pastoral de la Iglesia*.

*entero, y vosotros, mis hermanos sacerdotes, sois ese rostro de la Iglesia y de vuestro Obispo que debe acoger, acompañar, dirigir, y en ocasiones, corregir toda esa pluriformidad que existe dentro del seno de este misterio de comunión y fe que es la Iglesia. Ella no es un coto cerrado abocado a particularismos estériles, ni una multinacional más o menos operativa; es una gran Familia abierta a todos, reunida en torno a ese Buen Pastor, Nuestro Señor Jesucristo*⁷⁹.

Si en aquel entonces esos eran mis sentimientos, hoy, pasados ya más de dos años de mi presencia en esta Iglesia, después de ir conociendo su serena belleza y su fecunda realidad apostólica y pastoral, manifiesto que esos siguen siendo mis sentimientos: comunión y unidad dentro de la pluriformidad de los carismas, grupos, movimientos y demás instituciones apostólicas. Tengo la certeza de que ***juntos podremos lograr lo que separados o divididos nos resultará imposible.***

Teniendo en cuenta estos hechos es necesario y urgente crear y promover esa ***cultura vocacional*** de la que he venido hablando en los últimos meses, y debemos comenzar por todos los ambientes donde nos movemos en los que es imprescindible prestar más atención a esas *actitudes vocacionales de fondo que son* la formación de la conciencia religiosa de nuestros niños y jóvenes, su acompañamiento espiritual, su sensibilización positiva ante los valores espirituales y morales, así como la educación y defensa de los ideales de fraternidad humana, del carácter sagrado de la vida, de la solidaridad social y del orden civil⁸⁰.

Hoy es necesario plantear una ***cultura vocacional*** que nos ayude a todos: obispo, sacerdotes, padres, catequistas, profesores a conocer que esta pastoral ha alcanzado unas dimensiones histórico-culturales que es necesario tener en cuenta para comprender la crisis en la que nos encontramos, de tal modo que los proyectos pastorales a realizar tengan presente que toda actividad de la Iglesia debe poseer una orientación vocacional porque constituye esa *idea-proyecto* que configura la existencia de cada cristiano y le da un sentido pleno a su existencia. No encontrar la propia vocación supone vivir en la mayor *provisionalidad* y con una esperanza truncada de tal modo que es necesario que nuestros niños y jóvenes descubran a Jesucristo y en Él encuentren la única respuesta plena a sus interrogantes más profundos y se dejen interpelar en lo más íntimo de su corazón por aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida.

Esta *cultura vocacional* nos invita a abrir el horizonte tradicional de nuestras actuaciones: familia, escuela, parroquia. ¡Cierto! Son lugares privilegiados para las vocaciones, sin embargo, es necesario ampliar nuestro radio de actuación a otros ámbitos de realidad en la que nuestros niños y jóvenes pasan gran parte de

⁷⁹ Boletín Oficial de la Diócesis de Ourense, Febrero 2012, nº 2, p. 119.

⁸⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje con ocasión de la XXX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, 1993.

sus vidas. Una gran mayoría abandona los templos y sus estructuras poco después de la primera comunión y, los más, una vez recibida la confirmación. Urge, pues, buscar los cauces para llegar hasta donde se encuentran.

Por otra parte, la incultura religiosa afecta a gran parte de nuestros conciudadanos. Los medios y las estructuras docentes, en la mayoría de los casos, han contribuido a crear una mentalidad *anti* todo aquello que se refiere al cristianismo, a la Iglesia, a la familia natural, a la vida concebida pero no nacida, etc. Debemos cuidar pastoralmente a la familia. Es en ella en donde la persona humana adquiere ese *humus* imprescindible para su vivencia vocacional. Hoy nos encontramos con una generación de niños y jóvenes que ya han sido criados por las llamadas *madres secularizadas* incapaces de transmitir cualquier sentimiento o contenido religioso, no por maldad, sino porque carecen de ellos y *nadie puede dar lo que no tiene*. Nos encontramos con que los jóvenes se alejan del mensaje de la Iglesia institucional, un mensaje que presumen conocer bien, pero lo ignoran; solo conocen los tópicos que se repiten en los medios, o los que escuchan a sus *colegas*, o a supuestos *expertos* en el ámbito intelectual o universitario que, la mayoría de las veces, son más ignorantes en cuestión de catolicismo que los mismos que les escuchan.

Como ya queda dicho, es necesario *salir* a esos ámbitos en los que se encuentran los niños y jóvenes y hacerse presente. Evidentemente, los primeros que deben convertirse en evangelizadores de estos jóvenes son los mismos jóvenes cristianos que se han abierto al dinamismo del Evangelio y descubrieron que *la propuesta cristiana nunca envejece* y que *Jesucristo rompe los esquemas aburridos y nos sorprende con su constante creatividad*⁸¹.

No podemos olvidar que toda auténtica acción evangelizadora es siempre nueva. Esa novedad es la misma persona de Jesús y su mensaje ¿No será, acaso, que nuestros planteamientos catequéticos deberían centrarse más en Jesucristo, en el conocimiento y trato con su persona? A través de la *alegría del Evangelio se llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús*⁸².

Evidentemente, dentro de esta perspectiva, son los mismos seminaristas y los postulantes, jóvenes de este momento, los mejores y más importantes agentes de pastoral vocacional. Ellos pueden crear esa nueva *cultura vocacional*. Lo harán a través de su estudio realizado con pasión evangelizadora, sin caer en esos falsos espejismos de años atrás en donde el excesivo pastoralismo produjo tanto desencanto. Con el cultivo de las virtudes humanas y sobrenaturales serán testigos alegres de lo hermosa que puede ser una vocación vivida como entrega a Jesucristo en su Iglesia y como servicio al Pueblo de Dios. La recia vida de piedad y una ascética alegre y amablemente vivida serán la prueba más evidente de una

81 EG, nº 11.

82 EG, nº 1.

vocación auténtica y de un camino atrayente para sus coetáneos.

A nivel diocesano, nuestros Seminarios Menor y Mayor, y el Seminario internacional misionero “Redemptoris Mater”, cada uno en su ámbito, así como el Instituto Teológico “Divino Maestro” en la medida en que sean centros formativos y académicos de una exigencia amable y en donde las disciplinas del saber humano y de las materias eclesíásticas se presenten adecuada y fielmente al querer de la Iglesia, servirán más y mejor para que puedan cumplir su cometido. No basta con que los docentes sean buenos profesores, sino que es necesario que se conviertan en auténticos maestros del saber humano y cristiano y así puedan ser referentes para los estudiantes. Las aulas de estos centros eclesiales no deben ser laboratorios en donde se experimenten opiniones personales, sino matrices generadoras del buen saber de la Iglesia de hoy y de siempre.

Otro de los elementos que no podemos olvidar es la potenciación de esos *nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión*⁸³ que están resultando muy efectivos a la hora de la evangelización de los jóvenes y de tantas personas bautizadas que ya no viven las exigencias del Bautismo, ya no se sienten pertenecientes a la estructura de la Iglesia y no experimenta el consuelo de la fe⁸⁴.

Por otra parte, en los últimos años se da un fenómeno muy singular que no conviene olvidar y es el fenómeno de las llamadas vocaciones adultas. A pesar de tantos signos positivos que descubrimos en la Iglesia no podemos olvidar que es necesaria una selección de los candidatos al sacerdocio y a la vida consagrada. Esta selección se presenta en tres momentos. En primer lugar, el mismo discernimiento que todo aquel que se siente llamado debe hacer personalmente, llevando a su propia vida la doctrina de la Iglesia que configura al sacerdote como *buen Pastor y otro Cristo*, como *el mismo Jesucristo*. En segundo lugar, los sacerdotes que acompañan al vocacionado deben saber que *muchos pueden ser llamados pero pocos los escogidos* y que la vocación no es una cuestión de puro sentimiento. El sacerdote tiene muchos subsidios que la Iglesia le ofrece para discernir la vocación que llega hasta su puerta. Y en tercer lugar, el seminario o los noviciados respectivos por medio del equipo de formadores, de los profesores, de la vida comunitaria. Al final, el Obispo recoge toda esa trayectoria eclesial y acoge al vocacionado a las Órdenes o a su consagración radical a Dios.

Con frecuencia he dicho que si tenemos buenos seminaristas hoy, con toda probabilidad, mañana tendremos buenos sacerdotes, disponibles para hacer las veces del Buen Pastor. También es verdad que un Seminario es un eco de la santidad y del compromiso pastoral y apostólico de los sacerdotes, esto quiere decir que existe una adecuación muy estrecha entre el Presbiterio y el Seminario. Y

83 EG, nº 11.

84 Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía de la Misa conclusiva de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, 28 de octubre de 2012.

esto mismo podemos aplicarlo a las diferentes estructuras de la vida consagrada.

Dentro de la perspectiva de una pastoral de misión y siendo consciente de la importancia que tiene la pastoral vocacional debemos:

- crear una auténtica *cultura vocacional*.
- Potenciar el curso Propedéutico del Seminario Mayor con el fin de cuidar, con especial esmero, a los alumnos de bachiller que pasan del Seminario Menor al Mayor, así como a los que acceden al Seminario Mayor directamente desde otros ámbitos.
- este proyecto no se podrá llevar a cabo sin hacer realidad la pastoral de la santidad en todos los sectores: familia, parroquia, colegios.
- cuidar que la catequesis sea, no solo doctrinal, sino vivencial, de tal forma que el conocimiento de la persona de Jesús y el trato personal con él sea prioritario.
- proponer a los niños y a los jóvenes los grandes ideales de vida cristiana.
- aprovechar todas las ocasiones que se nos ofrecen para hablar de la vocación como situación determinante de cada una de las personas delante del Señor: al matrimonio, al celibato apostólico, al ministerio sacerdotal, a la vida consagrada en todas sus facetas, a la vida apostólica.
- cuidar las homilías, romerías, predicaciones extraordinarias de novenas, las confesiones y la preparación para los sacramentos, planteando siempre alguna pregunta a las personas que nos escuchan y pueden sentirse interpeladas por la Palabra del Señor.
- prestar una cuidada atención a los vocacionados porque los jóvenes actuales también son víctimas de la influencia negativa de la llamada cultura postmoderna, de los medios de todo tipo que llegan a provocar una fragmentación de la personalidad, incapacitando a algunos para asumir compromisos definitivos.
- Los agentes de pastoral deben hacerse presente en las “ágoras” actuales, en donde se encuentran nuestros niños y jóvenes: deporte, actividades culturales y asociativas.

Para lograrlo, dentro de este proyecto de *Ourense en misión*, creo que podemos esforzarnos por conseguir estos objetivos pastorales:

- Colaborar y participar con más interés en las actividades programadas por la Delegación Episcopal de Vocaciones.
- Lograr que todas las congregaciones o institutos de vida consagrada aúnen sus esfuerzos participando en las actividades de la Delegación antes mencionada.
- En las parroquias de la ciudad y de las villas, así como en el Arciprestazgo, o en las Unidades de atención parroquial, es necesario nombrar a un

sacerdote responsable que, vinculado con la Delegación y el Seminario, se preocupe de potenciar una campaña vocacional activa.

- Elegir a un sacerdote por cada zona pastoral para que en colaboración con la Delegación Episcopal de Vocaciones visite los colegios, las catequesis, los movimientos juveniles y les preste la ayuda necesaria para crear esa cultura vocacional y acompañar las posibles vocaciones, encauzándolas al Seminario.
- Invitar a los formadores de ambos Seminarios para que participen, a lo largo del año, en las diferentes actividades que cada zona pastoral organice sobre tema vocacional.
- Constituir grupos de oración por las vocaciones, instituyendo los *Jueves eucarísticos* para suplicar al *Dueño de la mies* que nos envíe vocaciones e impetrar la santidad de los sacerdotes.
- Ofrecer a todos los fieles, durante todo el año, las informaciones adecuadas sobre las diferentes actividades organizadas por la Delegación Episcopal de Vocaciones.
- Es necesario dar los pasos oportunos para lograr una comunión, cada vez más eficaz, entre las *Delegaciones de la juventud* y *para la Universidad* con la *Delegación de Vocaciones*.

9.- La piedad popular: Nuevo y renovado ámbito misionero.

Nuestra Iglesia diocesana posee unas raíces históricas muy antiguas, todavía hoy poseemos entre nosotros un rico legado arquitectónico que acreditan este hecho, piénsese, por ejemplo, en Santa Comba de Bande, San Xés de Francelos, San Martiño de Pazó, Santa Eufemia de Ambía, San Miguel de Celanova, etc. Este es un testimonio elocuente de que la predicación del Evangelio llegó a estas tierras muy pronto y en ellas encontró un eco singular que fue traducido en una serie de expresiones según la cultura y el genio de nuestras gentes. Todo esto fue configurando no solo un rico y valioso patrimonio histórico-artístico, sino una serie de manifestaciones religiosas, porque *es el pueblo el que se evangeliza a sí mismo*.

La piedad popular es ese ámbito de nuestra realidad *cultural-cultural* en la que se manifiesta la acción del Espíritu Santo y él es el agente principal de esta actividad, de tal modo que esto nos lleva a aprovechar tantas cosas buenas que en ellas se encuentran para poder reorientarlas mediante una *pedagogía de evangelización*⁸⁵.

Dentro de ese gran proyecto pastoral que llamamos *Ourense en misión* necesitamos llevar a cabo, con paciencia y tacto pastoral, una evangelización de la

85 Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 1975, n° 48d.

piEDAD popular, esta *religión del pueblo*⁸⁶ que constituye un precioso tesoro de la Iglesia Católica⁸⁷ en nuestras tierras: romerías a los santos, novenarios, procesiones, bendiciones especiales, peregrinaciones a los santuarios, etc. Todo esto constituye una gran riqueza que como teselas de un gran mosaico van dibujando el alma y la fisonomía de nuestra Iglesia.

Desconocer esta realidad o destruirla supondría un atentado contra la fe sencilla de nuestro pueblo; por eso, en este proyecto misionero que nos hemos trazado, se debe prestar especial atención a todo aquello que acontece en nuestros santuarios y en los centros de especial devoción. De manera especial debemos cuidar la profunda devoción a la Virgen María en todas sus advocaciones, así como a aquellos santos a los que se les profesa un culto singular en nuestra Diócesis. Los buenos y celosos sacerdotes han mantenido la expresión de esas devociones y nosotros, en estos momentos, somos receptores de este legado de fe y debemos convertirlo en cauce de una nueva tarea evangelizadora.

Desde el punto de vista de un análisis del hecho religioso, nos damos cuenta de que la piedad popular es un fenómeno que afecta a la vida íntima de las personas, que no solo es un acontecimiento del folklore popular que ha perdido el alma y el sentido religioso que lo ha inspirado, ¡Todo lo contrario! La piedad popular emerge en el ámbito de lo concreto, a través de estas manifestaciones, en el corazón y en la vida de tantos hombres y mujeres, jóvenes y ancianos ¿Acaso ese deportista que se santigua antes de salir al campo de deporte no manifiesta hacia fuera algo que lleva dentro?

¿Podemos ignorar el hecho de que muchas personas, en su lucha cotidiana, recurren a un signo religioso: un crucifijo, una medalla, un rosario, una estampa o imagen determinada, quizás a esa vela encendida delante de una imagen para que se convierta en un recuerdo de esa presencia intercesora por medio de la que se suplica la curación de un enfermo o el éxito de una intervención quirúrgica?

Sabemos que serían innumerables los ejemplos que podríamos nombrar. Solo si respetamos y valoramos esos hechos podemos convertirlos en punto de partida de un proceso catequético-evangelizador para conseguir que la fe de nuestro pueblo madure y se haga más fecunda, comprometida, en definitiva, más evangélica⁸⁸.

En un mundo como el nuestro en donde se perciben tantos signos de una cierta hostilidad contra el catolicismo de nuestro pueblo, no podemos dejar de valorar los comportamientos y las muestras de piedad de nuestra gente. Esas

86 *Ibíd.* n° 48.

87 BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 13 de mayo de 2007.

88 Cf. CONGREGACION PARA EL CULTO DIVINO Y LOS SACRAMENTOS, *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, n° 64.

manifestaciones populares son una confesión pública de su fe en Dios. A pesar de la llamada sociedad secular y de las modas laicistas excluyentes, así como del complejo anticristiano que nos encontramos con frecuencia, estamos asistiendo a una recuperación de lo religioso. Curiosamente, en los últimos años, y por parte de gente joven, está surgiendo un entusiasmo por recuperar una serie de cofradías o hermandades relacionadas con la Semana Santa. Los agentes de pastoral deben acogerlos y acompañarlos; a partir de ahí ya se irán descubriendo cauces para una catequización y para llevar a cabo esa nueva tarea evangelizadora con el fin de acercarlos a Jesucristo vivo y presente en los sacramentos y en los hermanos. Es imprescindible, desde el primer momento, hacerles descubrir la dimensión solidaria- caritativa que siempre debe tener toda cofradía o hermandad. Nuestro pueblo sigue siendo piadoso.

Sin ninguna duda, uno de los primeros criterios a seguir en este proceso evangelizador de la piedad popular es una buena labor formativa, acompañada de una información clara y precisa. Sabemos que la incultura y la ignorancia han sido, y siguen siendo, los peores enemigos de cristianismo. Es imprescindible, pues, que detrás de cada uno de estos fenómenos religiosos coloquemos unos mensajes breves y claros, estratégicamente situados, para informar acerca de los orígenes históricos de las tradiciones populares y de las devociones. Es necesario hacer más próximos los mensajes evangélicos. Recojamos, al respecto, algunas orientaciones del *Catecismo de la Iglesia Católica*. En este sentido es imprescindible cuidar la publicación de estampas con oraciones breves y adecuadas, evitando los barroquismos decimonónicos, que tengan un lenguaje asequible, de tal modo que a través de ellas se pueda ir enseñando, paulatinamente, los puntos fundamentales de la doctrina cristiana relacionados con una devoción determinada.

Los santuarios son espacios muy importantes en donde la receptividad religiosa de los peregrinos y devotos es mayor. Aprovechemos esos lugares de gracia para enseñar cuáles son las condiciones necesarias para comulgar bien, el sentido de la participación en la Eucaristía, cómo nos debemos preparar para acercarnos a recibir al Señor. Son una ocasión propicia para acercar y presentar de forma amable y recta el sacramento de la Penitencia, ofreciéndoles un lugar acogedor, bien situado y digno para celebrar y vivir el sacramento de la misericordia de Dios. Si no queremos devaluar los sacramentos no debemos celebrarlos en cualquier lugar, o en algunas sacristías que más parecen un trastero, que ese espacio en donde se guardan los objetos sacros para las diferentes celebraciones; busquemos y cuidemos ese ámbito adecuado o volvamos a recuperarlo con dignidad, si ya existe esta praxis.

En ocasiones, nuestras romerías se llenan de puestos de venta, en donde se puede comprar la estampa del santo, rosarios, y también los productos típicos del lugar. Si esto es necesario, mantengámoslo, pero convendría no omitir lo que

debe ser fundamental en el marco de la tarea evangelizadora: un lugar adecuado para celebrar con dignidad el sacramento de la Penitencia, prestando atención a los fieles, visitantes y peregrinos. En este campo se ha hecho, en general, un buen recorrido, sin embargo, todavía tenemos mucho que hacer.

Sería oportuno que, a través de los miembros de la Adoración Nocturna, o de otras asociaciones eucarísticas, o bien de religiosas que tengan este carisma, se les ofrezca a los fieles una oportunidad para la oración personal delante del Santísimo Sacramento - quizás cercana al lugar del Sacramento del Perdón -, para que por medio de esa *tienda del encuentro* puedan descubrir la belleza y la importancia de la oración personal. En estos espacios de oración deben evitarse las excesivas palabras y moniciones, basta solo con pequeñas frases del Evangelio que repetidas con un tono de voz adecuada puedan ayudar a su interiorización; de no poder hacerlo así es mejor colocar una música suave, que sea religiosa y pueda ayudar a la oración personal. Si cuidamos estas cosas que son las sustantivas, nuestro pueblo no dejará de ser generoso y sabrá agradecer con creces el cuidado espiritual que reciba de nosotros.

En algunos lugares es necesario revisar el número de misas. La repetición de las mismas y la rapidez con las que, en ocasiones, se celebran; esta praxis se convierte en un proceso antitestimonial o puede devaluar el sentido de este misterio de fe y de amor. Por otra parte, sigue en vigor la prohibición expresa de que un mismo sacerdote celebre varias misas seguidas en el mismo lugar y no olvidemos cuál es el verdadero sentir de la Iglesia con respecto al número de misas que se pueden celebrar⁸⁹.

De acuerdo con las reflexiones anteriores se pueden establecer los siguientes criterios pastorales que debemos esforzarnos por conseguir:

- Cuidar aquellas devociones que por razones históricas están enraizadas en nuestro pueblo y que pueden ser objeto y cauce de una nueva tarea evangelizadora.
- Disponer los santuarios de tal forma que se conviertan en lugares dignos en donde los fieles sean atendidos humana y espiritualmente.
- Evítese todo tipo de mercantilismo en torno a los santuarios y cuídese aquello que está relacionado con la venta de los objetos devocionales.
- Los sacerdotes, en cuanto que son ministros de la Palabra, deben esforzarse por predicar, de forma esmerada, breve y clara durante las novenas y las fiestas.
- Es necesario prestar atención al lenguaje utilizado en las estampas, novenas y demás objetos devocionales. Evitar fórmulas arcaicas o barrocas en las que abunda una excesiva palabrería y poco contenido.
- Recuérdese que los rectores de los santuarios y los demás sacerdotes tienen

89 Cf. CIC, c. 905.2

la obligación grave de solicitar el *nihil obstat* para las oraciones, novenas y otras expresiones de devoción que sean publicadas.

- Instáurese en todo santuario un lugar adecuado para la oración personal. Sería de desear que estuviese expuesto el Santísimo Sacramento y se organizaran turnos de adoración.
- Los rectores de los santuarios deben procurar que el lugar de adoración sea un espacio de silencio y próximo a él se deben situar confesionarios o lugares apropiados para que los fieles puedan recibir el Sacramento de la Penitencia y se puedan atender a aquellos que, o bien no pueden recibir la absolución sacramental, o por diversas circunstancias no quieren confesarse y desean ser escuchados y atendidos por un sacerdote. Los santuarios son los grandes *catalizadores espirituales* de nuestro pueblo.
- Se recuerda que están prohibidas las misas que se celebran sucesivamente, nunca hay un motivo que lo justifique. La praxis de celebrar una misa tras otra, por el mismo sacerdote, es algo que va en contra del sentir de la Iglesia. El sacerdote sabe bien que debe cumplir lo establecido por la Iglesia con respecto al número de misas que se pueden celebrar diariamente.

10.- El “sueño” de una pastoral solidaria y caritativa.

En el primer capítulo de esta carta titulado *¡He tenido un sueño!* me hice eco de ese gran deseo del papa Francisco, el sueño de una opción pastoral misionera a la que, páginas adelante, afirmaba que quería que su sueño volase más alto.

¿A qué se refiere? Se trata de un proyecto solidario centrado en los más necesitados, pero no basta con eso – aunque esas ayudas sean importantes – es necesario asegurar el sustento cotidiano a aquellos que carecen de lo necesario, y además, es imprescindible que consigan una cierta prosperidad en sus aspiraciones, sin exceptuar bien alguno. Ahí queda recogido el deseo de una buena educación, de un acceso a la salud y de un trabajo digno y estable, con un salario justo que permita el acceso adecuado a los demás bienes.⁹⁰

Al plantearnos *Ourense en misión*, no podemos pasar por alto que *el servicio de la caridad es también una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia y expresión irrenunciable de su propia esencia*⁹¹. No podemos olvidar que *la caridad es una característica determinante de la comunidad cristiana, de la Iglesia*⁹². Por eso, la Iglesia jamás podrá dispensarse del ejercicio de *la caridad como actividad organizada de los creyentes*, por otra parte, no podemos olvidar que el ser humano, *más*

90 FRANCISCO, EG, N° 192.

91 BENEDICTO XVI, Motu proprio *Intima Ecclesiae natura*, 11 de noviembre de 2012.

92 BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n° 24 final.

*allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor.*⁹³

Es más, todos los fieles, desde el obispo al último bautizado, estamos obligados a brindar a nuestros contemporáneos, no sólo el sustento material, cuando carezcan de los medios necesarios para obtenerlo, sino también el sosiego y el cuidado del alma; dentro del marco de este proyecto considero que nuestra Iglesia diocesana está llena de testimonios elocuentes en el ejercicio de la caridad. Lo ha hecho y sigue haciéndolo sin buscar la publicidad ni el aplauso. No es éste el momento para hacer memoria de tantos proyectos como se han llevado a cabo, algunos siguen operativos y otros experimentaron las transformaciones propias causadas por el decurso del tiempo. Necesitamos seguir trabajando e implicarnos todavía más.

La *salida* a la que nos está invitando la Iglesia nos lleva a insistir más en la importancia que siguen teniendo las obras de misericordia, que no han pasado de moda, ¡todo lo contrario!⁹⁴ La situación de nuestra sociedad, en los últimos lustros, ha generado unos desequilibrios sociales debido a la crisis socio-económica, de tal modo que la labor personal e institucional de nuestros movimientos de caridad han experimentado un mayor crecimiento.

Desde que he llegado a esta Iglesia ésta ha sido una de mis mayores preocupaciones y, en la medida de mis posibilidades, he procurado ¡y sigo haciéndolo! que las instituciones eclesiales de caridad, de manera especial la *Cáritas diocesana*, arciprestal y parroquial, las *Conferencias de San Vicente de Paúl*, así como otras formas de ayuda solidaria, sigan realizando su labor –labor eclesial– procurando que la transparencia en su actuación y su fidelidad a la hora de manifestar, de forma elocuente, el testimonio del amor cristiano, se convierta en estímulo para que todo cristiano se sienta invitado a colaborar, bien con sus aportaciones económicas o por medio del voluntariado. En nuestra Diócesis, gracias a Dios, son muchas las personas e instituciones –algunas no confesionales– que colaboran con la *Delegación Episcopal de Acción Caritativa y Social* de nuestra Iglesia particular. La generosidad y el apoyo que nos ofrecen es muestra elocuente de la generosidad del pueblo ourensano.

Sin embargo, esto no basta, porque las necesidades son muchas y cada día surgen situaciones nuevas que interpelan nuestra conciencia cristiana obligándonos a dejarnos llevar de la imaginación creativa, o mejor de *la creatividad de la caridad*, tal como nos lo recordaba el santo papa Juan Pablo II⁹⁵ porque la caridad de Jesucristo nos urge y está actuando en cada uno de nosotros. Espero que en este proyecto misionero en el que nos encontramos inmersos, nos sintamos interpe-

93 *Ibíd*, nº 29.

94 FRANCISCO, Bula de convocatoria del jubileo extraordinario de la Misericordia. *Misericordiae vultus*, n.º 15.

95 JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, nº 50.

lados porque *nos apremia el amor de Cristo*⁹⁶.

Dentro de esta acción caritativa y social quisiera referirme, también, a la **Pastoral de la salud** y, dentro de ella al cuidado de los ancianos, tanto en sus hogares como en las residencias y geriátricos. No hace mucho tiempo, me acerqué a una residencia de ancianos y allí estuve varias horas, celebré la Santa Misa y en ese ámbito administré la Santa Unción de Enfermos a un buen número de los residentes, me ayudaron varios sacerdotes porque eran más de doscientas personas, sin contar con el equipo directivo y los cuidadores que en aquel momento pasaban de la cincuentena. Al contemplar aquella gran sala convertida en Iglesia me di cuenta que allí había más fieles que en muchas de nuestras parroquias. Este hecho me hizo pensar en la misión de la Iglesia en estos lugares y, en nuestra Diócesis, son muchas las instituciones de este tipo que atienden a un buen número de nuestros mayores.

Teniendo en cuenta esta realidad social, he pensado que en este proyecto de *Ourense en misión* no podría faltar este ámbito pastoral que también necesita una reactivación. Por otra parte, cuando se habla de la *Pastoral de la Salud*, se piensa en aquel sector en el que solo se incluyen a los enfermos que son atendidos en el entorno familiar, o se encuentran en los complejos hospitalarios y en otras clínicas. Pero, de acuerdo con el criterio expuesto con motivo de la *Visita ad limina* en el *Pontificio Consejo para la Pastoral de la Salud*, al informar sobre este aspecto de la vida diocesana, también incluí un informe –y así lo expuse personalmente– acerca de las numerosas residencias de ancianos e instituciones geriátricas, manifestando que la mayor parte de ellas, al menos en nuestra Diócesis, son muy cercanas a la Iglesia o bien son gestionadas por las congregaciones o fundaciones eclesiales. La exposición les pareció muy interesante y sugerente.

Dudo que exista otra realidad eclesial en nuestro país en la que se puedan encontrar tantas residencias para atender a personas ancianas y a otras con deficiencias físicas y psíquicas como las que hay en nuestra Diócesis atendidas por la *Fundación San Rosendo*, que pasan de medio centenar, además de aquellas que regentan las *Hermanitas de los Ancianos Desamparados* y otras instituciones. Este hecho nos obliga a tener en consideración este aspecto tan vivo de nuestra Iglesia. También ahí tenemos que llevar a cabo una misión pastoral. No son productos de desecho, o como dice el papa Francisco objetos de *descarte*; de ahí que aquellos sacerdotes que en los límites de sus parroquias tengan alguna residencia de ancianos o un geriátrico – público o privado, confesional o no ¿qué más da? – les ruego que se acerquen a prestar sus servicios sacerdotales. Estoy convencido que nadie se lo agradecerá tanto como estas personas que ya se encaminan a la vida eterna.

Ésta es una acción evangelizadora y auténticamente misionera. Tras los ancianos existe una vasta y compleja realidad humana que no conviene desatender:

96 2 Cor. 5,14.

personal administrativo, de enfermería, cuidadores, y las mismas familias. Todos ellos son altavoces de la labor silenciosa que realiza la Iglesia a través de sus rostros vivos que son los sacerdotes y los demás agentes de pastoral, y así se muestra como la madre servidora y misionera que quiere *dar gratis lo que ha recibido gratis*. No podemos olvidar que, en ocasiones, se evangeliza más con los gestos y las actitudes, con nuestra presencia en salas y habitaciones, aunque no digamos nada, que con nuestros discursos y con las muchas actividades.

Desde esta perspectiva *Ourense en misión* es un nuevo reto para todos nosotros, de ahí que:

- Es imprescindible que se creen *Cáritas parroquiales*, de zona o arciprestales allí donde no existan. Esta es una tarea prioritaria para los pastores.
- Proseguir, sin desmayo, en la obra realizada por *Cáritas Diocesana*. Procurar no perder el “alma” a la hora de llevar a cabo las misiones solidarias y asistenciales. El alma cristiana en las acciones emprendidas por los agentes humanos que las dirigen y por los voluntarios no se puede perder, de lo contrario sería una ONG como otra cualquiera.
- Se debe procurar y conseguir, cueste lo que cueste, que exista una relación cordial y efectiva entre la *Cáritas diocesana* y las parroquiales, arciprestales o de zona; al igual que con las *Conferencias de San Vicente de Paúl* y de otras formas que pudieran existir. Si surgen incomprendiones o tensiones entre estas instituciones eclesiales será prueba evidente de que algo falla en la vivencia de los principios fundamentales que nos impulsan al ejercicio de las obras de misericordia.
- Los pastores que se dejan ganar por el afán de hacer presente el rostro de Jesucristo y de su Iglesia, deberán preocuparse de la atención religiosa de tantos fieles como residen en los geriátricos. En la mayor parte de ellos son siempre bien recibidos y en otros, por razones institucionales, como es el caso de aquellos que forman parte de la *Fundación San Rosendo* y de las residencias de las *Hermanitas de los Ancianos Desamparados*, la presencia sacerdotal es imprescindible.
- Los sacerdotes debieran considerar como prolongación de sus tareas pastorales la atención a aquellos centros que se encuentran en los límites de sus parroquias. Piensen que en ocasiones en esas instituciones pueden encontrar más fieles que aquellos que acuden a sus parroquias.

CONCLUSIÓN

Ourense en misión

En los Ejercicios Espirituales que he realizado en el pasado mes de enero, acompañado de mis hermanos los Obispos españoles, en una de las meditaciones

se nos decía que, con frecuencia, en la vida pastoral era recomendable pedir una gracia para aquellos que nos son confiados y para nosotros mismos. En la oración prolongada ante el Santísimo Sacramento volví a ese pensamiento y, sin dudarlo pedí, insistentemente, la gracia de la santidad personal para todos los hijos e hijas de esta Iglesia de Ourense y para su Obispo. Sin ninguna duda era lo mejor que se le podía pedir al Señor.

Por otra parte, no se puede olvidar que esta realidad de la santidad personal ya había sido propuesta por san Juan Pablo II como la clave de toda actividad pastoral, de tal modo que *poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias*⁹⁷; es más, *hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral*⁹⁸, esto es lo que él denominaba la pastoral de la santidad. Nuestros proyectos pastorales, en especial *Ourense en misión*, entendidos y vividos desde esta perspectiva nos ayudarán a centrar toda nuestra vida en “*lo fundamental*” de nuestra existencia como creyentes, es decir, nos dará el impulso necesario para adentrarnos en la dinámica de la *primacía de la gracia*⁹⁹.

Con todos los hijos e hijas de esta noble y antiquísima Iglesia que peregrina en la fe por nuestras tierras, toda ella sembrada de santuarios marianos: *casas de la Virgen*, quisiera dejar en las manos de Santa María Nai, a la que invocamos bajo todos los títulos con los que se le venera en nuestra Diócesis y, especialmente en estas últimas semanas como *Virgen del Cristal*, para que como Madre y Maestra impulse y acompañe este proyecto de ***Ourense en misión***, para que todos juntos pastores y laicos busquemos una Iglesia más misionera. Y se lo suplicamos en este *Año Jubilar Mariano*, concedido por el Santo Padre con motivo de los 50 años de la Coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora de los Milagros. He querido concluir esta carta pastoral en el santuario del monte Medo, a los pies de la imagen de Nuestra Señora y en unión con el Santo Padre que, con la frescura de sus palabras nos recuerda que: *es en los santuarios, donde puede percibirse cómo María reúne a su alrededor a los hijos que peregrinan con mucho esfuerzo para mirarla y dejarse mirar por ella. Allí encuentran la fuerza de Dios para sobrellevar los sufrimientos y cansancios de la vida*¹⁰⁰.

Por pura providencia de Dios, cuando vea la luz esta carta y la programación pastoral, constataremos que ya están rematadas las obras del santuario de la Virgen de los Remedios de Ourense. Quiera el cielo que este histórico santuario, junto al de Santa María Nai y al de Nuestra Señora de Fátima se convierta en ese pulmón mariano que necesita la ciudad y su entorno. Rogamos al Señor que desde esta renovada casa de Santa María – tan deseada en los últimos años por

97 S. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, n° 31.

98 *Ibíd.*, n° 30.

99 *Ibíd.*, n° 38.

100 EG, n° 286.

tantos hijos e hijas de la noble ciudad de Ourense - se remedie tantos males como afectan a nuestro pueblo y proteja a todos los ourensanos para que sigan siendo fieles al don que han recibido el día de su bautismo: **la Fe**. Que sea un lugar de paz y de encuentro fraterno con Dios a través de Nuestra Señora de los Remedios y en un espacio que es tan necesario para revitalizar la fe y las costumbres cristianas. En este sentido sería mi deseo que todos los santuarios marianos extendidos por las distintas zonas de nuestra Iglesia particular, se conviertan en esos faros luminosos que nos ayuden a llevar a cabo *esta nueva tarea evangelizadora*.

No puedo ignorar que en este año 2015 estamos celebrando dos grandes efemérides que nos afectan muy de cerca: el *V Centenario del Nacimiento de Santa Teresa de Jesús* y el *Bicentenario del Nacimiento de San Juan Bosco*, estos acontecimientos tienen lugar en el marco de este *Año de la Vida Consagrada*. Todo ello constituye un motivo de acción de gracias y se convierten en un estímulo para nuestra urgente tarea pastoral: **nuestro camino de santidad personal y comunitaria**. Estos dos grandes hijos de la Iglesia, Teresa y Don Bosco, cada uno en su época, se han convertido en faro luminoso de reforma de estructuras y métodos pastorales, con el fin de responder al querer de Dios y mejor servir a sus contemporáneos, haciendo presente el rostro materno de la Iglesia.

A nivel de nuestra Iglesia particular este año 2015 marca el comienzo de mi *Visita pastoral a toda la Diócesis*, de una forma ordenada y programada. En estos tres años de mi presencia en esta Diócesis han sido muchas las comunidades cristianas visitadas, en algunos casos, estuve varias veces, por diversos motivos, en la misma parroquia; sin embargo, en otras no he podido estar. Es mi deseo conocer personalmente la situación de todos los lugares de esta Iglesia y, contando con la ayuda de los sacerdotes, mis primeros y principales colaboradores, procurando la ayuda de los miembros de los Institutos de Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica, así como los miembros de los Institutos Seculares y laicos más implicados en las tareas pastorales, quisiera convocar a todos los hijos e hijas de esta Iglesia que peregrina por la tierras de Ourense a un **Sínodo Diocesano** con el fin de estudiar, reflexionar y establecer los criterios pastorales necesarios en este momento de nuestra historia eclesial y así poder responder a las necesidades actuales de esta Iglesia y a lo que nos pide el Santo Padre: *una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización*¹⁰¹ de los hombres y mujeres de nuestro Pueblo.

Dejamos este proyecto en las manos de Santa María Nai, Auxilio de los Cristianos, Señora de los Remedios y de Los Milagros, ¡Señora del Cristal! y suplicamos a nuestro patrono San Martín de Tours, prototipo de pastor evangelizador, y al santo papa Juan Pablo II, que nos iluminen y ayuden a concretar de forma

operativa los planes pastorales adecuados para llevar a cabo esta nueva tarea evangelizadora en esta Iglesia particular de Ourense.

Con afecto, se encomienda a vuestras oraciones y os bendice.

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE**Abril****¡Aleluya!**

Durante este mes de abril el grito litúrgico que nos acompañará constantemente está, todo él, cargado de una profunda alegría. La certeza que tenemos los cristianos es que el Dios con nosotros está vivo. ¡Ha vencido a la muerte!

Para algunos de nuestros contemporáneos el cristianismo es una religión del pasado, con unos criterios de conducta y un sistema de valores que se han quedado fosilizados, ya no sirven para el hombre y la mujer de hoy. Piensan así porque reducen el cristianismo a una cuestión de normas y pautas de conducta, pero los que hemos recibido el regalo de la fe sabemos que ser cristiano no es cuestión de cumplir normas y adecuar nuestra manera de actuar a un esquema predeterminado, es mucho más que todo eso: el cristianismo es, sobre todo, VIDA. Y así como la vida no se puede encerrar dentro de unos esquemas y reducirla a unos simples moldes de actuación, lo mismo sucede con el cristianismo.

Sabemos que ser cristiano consiste en identificarnos con Jesucristo, pensar, actuar y vivir como Él lo hizo y nos lo enseñó. El sermón de las bienaventuranzas es más que una exposición de buenas intenciones, es como la constitución fundamental de un estilo de vida nuevo y diferente.

La Pascua - que significa el paso de la muerte a la vida obrada en y por Jesús - para los cristianos fuente de alegría y esperanza. ¡Somos ciudadanos del cielo! -decía el apóstol Pablo- para indicar esa meta que debemos conseguir luchando cada día con renovado ardor y entusiasmo. Si luchamos por vivir de acuerdo con la fe en el Resucitado, debemos caminar siempre, sentirnos como esos peregrinos que por la vida van, entre luces y sombras, a la búsqueda de esa nueva realidad; realidad cuya plenitud encontraremos en esa esperada eternidad pero que, sabemos bien, se va realizando poco a poco en este mundo en el que debemos ir desplegando todas nuestras posibilidades espirituales y materiales para que, con la ayuda de la gracia del Señor, se hagan nuevas todas las cosas. Desde esta perspectiva optimista y comprometida de un cristianismo en salida, os invito a que en este tiempo pascual renovéis vuestros compromisos bautismales y os convirtáis, en medio de esta sociedad y en medio de vuestros familiares, compañeros y amigos, en esos testigos alegres y creíbles del Evangelio del Resucitado.

Con todo mi corazón os lo deseo y os bendigo con afecto.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Mayo***“Haced lo que Él os diga! (Jn.2,5)”***

Inmersos en el gozo de la Pascua, casi sin darnos cuenta, el paso de las horas y de los días nos ha puesto delante esta ocasión propicia que es el mes de mayo. Todo él está empapado, sobre todo en nuestra Diócesis, de un perfume mariano, en esta ocasión más intenso, porque nos encontramos viviendo, por pura Providencia, un Año Mariano con motivo de los 50 años de la coronación canónica de la venerada imagen de la Virgen de Los Milagros.

A lo largo de este curso nos hemos acercado a menudo a su santuario en el Monte Medo, pero con nuestro corazón hemos visitado, ¡y lo hacemos a menudo!, las otras casas que la Virgen tiene en estas tierras, de manera especial nos hemos postrado con toda nuestra alma ante el altar vacío de la Virgen del Cristal, ¡y seguiremos haciéndolo!

Durante este mes, la Iglesia nos brindará una serie de acontecimientos singulares, como la fiesta de la Virgen de Fátima, preparada con su novena y procesión, o la celebración de María Auxiliadora, que en este año, bicentenario del nacimiento de Don Bosco, se convierte en una ocasión propicia para pedir por la santidad de los sacerdotes y por las vocaciones. Precisamente en este mismo mes, viviremos en torno al 10 de mayo, fiesta de San Juan de Ávila, patrono del clero español, el acostumbrado encuentro de todos los sacerdotes de la Diócesis en el santuario de Los Milagros, ¡ojalá este año no falte ningún sacerdote a la Eucaristía de ese día en el que renovaremos nuestra entrega al ministerio!

Como siempre, el mes concluirá con la fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen. Todo este tiempo es una ocasión propicia para acercarnos a María que, como Madre de misericordia y maestra de fe, nos dice, como en aquél entonces: *Haced lo que Él os diga.*

El camino más seguro para acercarnos a Jesús y descubrirlo como nuestro Dios y Señor es a través de María. Ella no es la luz, sino el camino que nos lleva a Él, que es Luz de Vida, Camino y Verdad. Necesitamos potenciar más estos encuentros con la Madre en tantos de nuestros santuarios para acercarnos a los sacramentos, de manera especial al de la Penitencia, que es uno de los cauces ordinarios para vivir la experiencia de la infinita Misericordia de Dios. ¡Qué hermoso sería si todos los hijos e hijas de María -niños, jóvenes y mayores-, aprovechásemos estas ocasiones para renovar en nuestras vidas la gracia de los sacramentos. *¡Haced lo que Él os diga!*. Y estamos seguros que Él nos dice: *Levántate y anda y no busques entre los muertos al que vive*, porque el Dios cristiano es un Dios vivo.

A menudo las circunstancias de la vida y la monotonía de nuestra existencia nos lleva, casi por inercia, a una vida cristiana de mínimos, que pudiéramos decir de subsistencia, y no somos capaces de descubrir la belleza del auténtico vivir

cristiano, que es causa de alegría para aquellos que se sienten llamados por Jesucristo y nos indica con su propia vida el camino seguro de la plenitud personal que llamamos santidad.

María, en este mes de mayo, sale a nuestro encuentro con el gozo de aquella que se siente iluminada por su Hijo Resucitado y nos invita a hacer lo que Él nos diga, y este hacer se nos manifiesta en su propia Palabra de vida, que es el Evangelio de la Alegría.

Hagamos el propósito de leer y releer el Evangelio porque si actuamos así podemos estar seguros que esa Buena Nueva del Resucitado transforma el corazón y la vida entera de aquellos que se encuentran con Jesucristo.

Es lo que desea de corazón para todos vosotros,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Junio

Parroquias sin fronteras

En este mes de junio son muchos los acontecimientos que nos vamos a encontrar. Siguiendo los ecos de la solemnidad litúrgica de la Santísima Trinidad, nos preparamos para la fiesta del Corpus Christi. Durante estas fechas los niños se acercarán a la Primera Comunión y, un buen grupo de jóvenes, seguirán recibiendo el sacramento de la Confirmación tal como lo estamos haciendo desde que empezó la Pascua. Además de todas estas realidades de gracia, que son un signo de la fecundidad de nuestra Iglesia Diocesana, que debemos potenciar y aprovechar pastoralmente, también siguen acercándose al santuario de Los Milagros, en este Año Mariano, numerosos grupos de fieles de distintas parroquias en las peregrinaciones de los ariprestazgos. Lo hacen sintiéndose peregrinos de la fe que acuden a la casa de la Madre, la Señora de los Milagros, para ganar la indulgencia jubilar y sentirse Iglesia.

Tantos hombres y mujeres, algunos niños y unos pocos jóvenes que forman parte de diversas parroquias, al participar juntos en los mismos actos, sobre todo en la Eucaristía, descubren que su comunidad parroquial no tiene fronteras. Esta idea necesitamos refrescarla y revitalizarla. Si la Iglesia Católica no puede tener fronteras en virtud de su universalidad, lo mismo sucede con las parroquias, que son una pequeña porción de esa Iglesia Universal, a través de la misma Palabra, proclamada y predicada; los mismo sacramentos, de manera especial la celebración de la Santa Misa; la misma fe compartida y vivida; y todo ello en torno al ministerio del sacerdote. Esto quiere decir que es una postura antinatural esos eclusivismos que se dejan sentir en los comentarios de algunos fieles.

Hoy día, un católico auténtico no puede establecer fronteras a la actuación de la Iglesia. No tiene sentido afirmar que uno va a Misa únicamente cuando “su” cura la celebra en “su” parroquia, de tal modo que cuando el sacerdote no puede celebrarla por alguna causa, pero hay una Misa a pocos kilómetros de la parroquia, incluso en iglesias que se ven desde sus casas, hay personas que se empeñan en no asistir a esa Misa porque no se celebra en la iglesia donde están enterrados sus muertos. Quien piensa y actúa así, sólo dispensa su actitud por la posible ignorancia acerca de la riqueza de la fe, de la Palabra y de la Eucaristía vivida en una comunidad eclesial más amplia.

Tenemos que ayudar a que nuestros fieles vayan descubriendo esta realidad y, al mismo tiempo, se den cuenta que no solo el Obispo o el sacerdote, son Iglesia, sino que también ellos son rostro de la única Iglesia de Jesucristo que se visibiliza en unos lugares determinados que a lo largo de la historia se fueron llamando parroquias.

Por otra parte, conviene que los fieles sepan que tenemos que actuar de este modo, no solo porque no tenemos un cura para cada una de las 735 parroquias de la Diócesis, sino que, aunque tuviéramos más sacerdotes, no tendría sentido ir celebrando los divinos ministerios para comunidades de cuatro, seis o diez personas.

La Iglesia nos recuerda que debemos participar en la Misa dominical y festiva, pero no nos obliga si existe dificultad grave. Por otra parte, observamos que una gran mayoría de los fieles se acerca a la parroquia en sus propios vehículos, o con los vecinos, ¿es mucho pedirles que vayan unos kilómetros más adelante para participar en la Eucaristía en otra comunidad parroquial más numerosa en donde hay gente que canta, lee y ayuda al sacerdote? ¿Es la misma Eucaristía! ¿Tiene el mismo valor!

Poco a poco, iremos venciendo esas inercias pastorales, apoyadas en costumbres de otros tiempos, cuando en cada parroquia vivía un cura y los fieles tenían *su* cura propio. Hoy esto no es posible, y además muchos de esos pueblos en los últimos años han perdido población y en ellos han quedado muy pocas personas, la mayor parte ancianos. Esto no quiere decir que los sacerdotes se desentiendan de estos fieles, ¡todo lo contrario! pero pueden visitarles, acompañarles e incluso celebrarles la Santa Misa durante la semana.

Con la ayuda del Señor, tenemos que ir formando y catequizando a estos fieles, que pueden sentirse abandonados, con el fin de que descubran el auténtico sentido de Iglesia y, al mismo tiempo, deben convencerse que ellos son los rostros de esa Iglesia y, por consiguiente, aunque no vaya el cura, es necesario que abran el templo parroquial -que es la casa del mejor vecino de la parroquia: Nuestro Señor Jesucristo- y hagan una visita al Santísimo, recen el Rosario, tengan las novenas establecidas y lo cuiden y se preocupen por la parroquia.

No perdamos la ilusión y seamos más comprensivos con nuestros sacerdotes a los que no les podemos pedir que se conviertan en *despachadores* de misas, porque ni ellos pueden hacerlo ni se lo permite la Santa Iglesia.

¡Que la Virgen Santísima nos ayude a todos, pastores y fieles, a ser auténticamente católicos, es decir, creyentes sin fronteras!

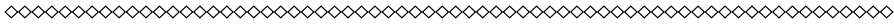
Con afecto, os bendice,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense



IGLESIA DIOCESANA



SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo de Ourense, Monseñor D. Leonardo Lemos Montanet, ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos:

Con fecha **14 de abril de 2015**

Unidad Pastoral de Verea, en el arciprestazgo de Celanova, con las siguientes parroquias, Santiago de Verea, San Pedro de Orille, San Andrés de Gontán, Santa Baia de Portela, San Martín de Domés. Queda nombrado el sacerdote **Rvdo. Sr. D. Evaristo Rúa Prieto** Moderador de la Unidad Pastoral. Determinando como *centros de referencia* para todos los fieles las parroquias de **Santiago de Verea y San Pedro de Orille**.

Con fecha **1 de junio de 2015**

Unidad de Atención Parroquial de San Rosendo de Celanova, en el arciprestazgo de Celanova, con las siguientes parroquias, San Rosendo de Celanova, Santa María de Ansemil, San Lorenzo de Cañón, Santa María de Castromao, San Pedro de Mourillós y San Paio de Veiga. Quedan nombrados los sacerdotes **Rvdo. Sr. D. Cesáreo Iglesias Grande** (sacerdote Moderador), **Rvdo. Sr. D. Benito Gómez González**. Queda como *centro de referencia* para todos los fieles la parroquia de **San Rosendo de Celanova**.

Con fecha **09 de julio de 2015**

Ilmo. Sr. D. José Ángel Feijóo Mirón, *Delegado Episcopal de Cáritas Diocesana y Pastoral Social*.

Sra. Dña. María Tabarés Domínguez, *Directora de Cáritas Diocesana*.

Sr. D. Francisco Javier Soto Varela, *Secretario de Cáritas Diocesana*.

DEFUNCIONES

Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte.

(S. ATANASIO DE ANTIOQUÍA, *Sobre la Resurrección de Cristo*, Sermón 5)

+ **Rvdo. D. Lisardo Fernández Nieves**, falleció el día 2 de abril de 2015 a los 80 años de edad. Natural de San Padreo de Bande, había nacido el día 1 de enero de 1935 y recibido la ordenación sacerdotal el 19 de diciembre de 1959.

+ **Rvdo. D. Antonio Cortés Carballo**, párroco de Santa María de Reza. Falleció el 2 de mayo de 2015, a los 73 años de edad. Natural de Santa María de Xunqueira de Espadañedo, había nacido el día 19 de septiembre de 1941 y ordenado presbítero el 21 de diciembre de 1964.

+ **Rvdo. D. Manuel Cacheiro Fernández**, párroco de San Salvador de Mourisco. Falleció el 13 de junio de 2015, a los 77 años de edad. Había nacido en San Padreo de Sabucedo de Montes el 28 de enero de 1938 y recibida la ordenación sacerdotal el 22 de diciembre de 1962.

DELEGACIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA

Evangelizar la Piedad Popular en el siglo XXI

Análisis de algunos documentos y propuestas evangelizadoras

Ramiro González Cougil

La **programación pastoral del curso 2014-2015** (*Ourense en misión con María*) propone, en el marco del objetivo preferente segundo (*Celebrar la dimensión festiva de la liturgia, fuente de entrega gozosa al servicio del Evangelio y escuela de caridad y compromiso*), como acción tercera la elaboración de un material sobre la **fuerza evangelizadora de la piedad popular**, a la luz de la reflexión que aporta la *Evangelii Gaudium* (=EG).

Lo que pretendemos con este documento es señalar **un horizonte panorámico de la piedad popular** en orden a **proyectar un camino de evangelización** del vasto campo de aquella: sacramentos más significativos, ejercicios y prácticas devocional-piadosas, formas de oración, cantos, gestos y posturas corporales. Todo ello, en orden a una propuesta evangelizadora para la piedad popular y por medio de ella.

En este trabajo daré por supuestos los conceptos básicos sobre la piedad popular y su relación con la Liturgia, que han sido magníficamente expuestos en el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*¹. Así podré centrarme en lo que se me pide: ¿Cómo evangelizar con nuevo ardor y nuevos métodos la piedad popular, realidad tan apreciada por la Iglesia? El trabajo recoge los contenidos principales de algunos documentos de la Iglesia sobre la evangelización de la piedad popular de los últimos cuarenta años, incluyendo la reciente exhortación del papa Francisco, *Evangelii Gaudium*.

Terminaré con unas líneas que destaquen lo que estimo fundamental para **una propuesta evangelizadora de la piedad popular en el momento presente**.

I. LA EVANGELIZACIÓN EN ALGUNOS DOCUMENTOS SOBRE LA PIEDAD POPULAR.

Vamos a espigar los contenidos de algunos documentos, relativos a la piedad popular, en conexión con la evangelización de aquella y en cuanto supone un medio claro para la evangelización de la gente.

1. La *Evangelii nuntiandi* (8-XII-1975) es el primer documento pontificio que se preocupa del tema de la piedad popular en el n.º 48. Pablo VI encuadra la piedad popular en el contexto de la preparación y celebración de los sacramentos con la catequesis concomitante. Sin esta catequesis-dice el Papa- los sacramentos

¹ BAC- documentos, Madrid 2002.

pierden gran parte de su eficacia. La evangelización tiene como *finalidad* “educar en la fe de tal manera que conduzca a cada cristiano a vivir -y a no recibir de modo pasivo o apático- los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe” (n. 47). Y al tratar del tema de los sacramentos y la fe entramos -dice Pablo VI- en “un aspecto de la evangelización que no puede dejarnos insensible” (n. 48), este tema es el de la “religiosidad popular”, que bien orientada y ayudada de “una pedagogía de evangelización”, la llama con gusto “piedad popular”....”religión del pueblo”. Termina diciendo Pablo VI: “Bien orientada, esta religiosidad popular puede ser cada vez más, para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo” (n. 48).

La piedad popular ha de ser ayudada y orientada por **una pedagogía de evangelización**. Tal pedagogía implica, por una parte, superar los límites que la deforman y profundizar en sus muchos valores. Así, el cristiano será educado en la fe en orden a celebrar y vivir los sacramentos como verdaderos actos de fe, no recibiéndolos pasiva o apáticamente. Son los pastores quienes deben marcar las normas de conducta relativas a la misma piedad popular. Entre estas normas, Pablo VI indica las siguientes: sensibilidad, saber captar sus dimensiones interiores y sus valores innegables, estar dispuestos a ayudarla y superar sus riesgos de desviación. Cuando se la evangeliza y orienta así, la piedad popular puede convertirse en “un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo”.

La evangelización y su pedagogía se ordenan según Pablo VI a hacer crecer en todos la sensibilidad para valorarla y apreciar la riqueza de la piedad popular, capacidad de ahondar en sus actitudes de oración y ofrenda a Dios; tener muy en cuenta sus valores humanos y cristianos (algunos de ellos destacados por el Papa) y estar atentos a superar los riesgos de desviación hacia actitudes o valores contrarios al Evangelio y al sentir de la Iglesia.

2. **El Documento de Puebla (1979)** dedica los nn. 329-341 al tema de **la evangelización de la religión del pueblo**². Señalamos a continuación sus contenidos fundamentales al respecto: “la religión del pueblo debe ser evangelizada siempre de nuevo”; tal evangelización ha de referirse a la “memoria cristiana de nuestros pueblos”; la evangelización es “una labor de pedagogía pastoral en la que el catolicismo popular sea asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio”; en la práctica supone “reanudar un diálogo pedagógico a partir de los últimos eslabones, que los evangelizadores de antaño dejaron en el corazón de nuestro pueblo”; el objetivo es conseguir, “en un diálogo vital, comunicar la Buena Nueva mediante un proceso de reinformación catequética” (n. 329).

Los responsables “de evangelización, con la luz del Espíritu Santo y llenos de una caridad pastoral, sabrán desarrollar una pedagogía de evangelización”; tal labor reclama, “antes que todo, amor y cercanía al pueblo, ser prudentes y firmes,

2 Cf. L. Maldonado, *Introducción a la religiosidad popular, Sal Terrae, Santander* 1985.

constantes y audaces para educar esa preciosa fe” (n. 330). “Las formas concretas y los procesos pastorales deberán evaluarse según esos criterios que son característicos del Evangelio vivido en la Iglesia: todo debe hacer a los bautizados más hijos en el Hijo, más hermanos en la Iglesia, más responsablemente misioneros para entender el reino. En esa dirección ha de madurar la religión del pueblo” (n. 331).

Tareas pastorales a realizar en América Latina: “La necesidad de dar adecuada catequesis y evangelización a las grandes mayorías que han sido bautizadas y que viven un catolicismo popular debilitado” (n. 333); “Movilizar a los movimientos apostólicos, a las parroquias, a las comunidades eclesiales de base y a los militantes de la Iglesia en general para que sean, en forma más generosa, fermento en la masa. Habrá que revisar las espiritualidades, las actitudes y las tácticas de las élites de la Iglesia con respecto a la religión del pueblo... y son las élites las que deben asumir el espíritu de su pueblo, purificarlo, aquilatarlo y encarnarlo en forma preclara. Debemos desarrollar en nuestros militantes una mística de servicio evangelizador de la religión de su pueblo. Para ello deberán las “élites” participar en las convocatorias y en los gestos populares, para, desde dentro dar su aporte” (n. 334). “Llevar adelante una creciente y planificada transformación de nuestros santuarios para que puedan ser lugares privilegiados de evangelización. Esto requiere purificarlos de todo tipo de manipulación y comercialismo. Una especial tarea cabe a los santuarios nacionales, símbolos de la interacción de la fe con la historia de nuestros pueblos” (n. 335). “Favorecer las expresiones religiosas populares y multitudinarias por la fuerza evangelizadora que poseen” (n. 339).

Puebla hace un repaso bastante minucioso a la tarea de evangelización de la piedad popular, del papel de los responsables pastorales de la misma y las formas y procesos pastorales a realizar en concreto. Lo mismo se diga de las tareas pastorales a realizar con los miembros de la piedad popular.

3. **En el mismo año (1979)**, el papa San Juan Pablo II en la **Exhortación *Catechesi tradendae*** n. 54 se refiere a las “devociones”, como un elemento valioso de la piedad popular³.

San Juan Pablo II encuadra este número en el contexto de una metodología, relativa a una valoración mediante la **catequesis “de los elementos válidos de la piedad popular”**. El Papa hace alusión a “ciertas oraciones fáciles de entender y que tantas gentes sencillas gustan de repetir”, a “ciertos actos de piedad practicados con deseo sincero de hacer penitencia o de agradecer al Señor”. En tales oraciones y prácticas, que por un lado contienen elementos necesitados de purificación, hay otros que, utilizándolos bien, “podrían servir muy bien para avanzar en el conocimiento del misterio de Cristo o de su mensaje”, es decir, elementos adecuados a la evangelización. El Papa precisa estos elementos: “el amor y la misericordia de Dios, la Encarnación de Cristo, su cruz redentora y su resurrección, la acción del Espíritu

3 PPC, Madrid 1979 pp 68-69.

en cada cristiano y en la Iglesia, el misterio del más allá, la práctica de las virtudes evangélicas, la presencia del cristiano en el mundo, etc”. Juan Pablo II precisa que es bueno apoyarse en estos elementos “necesitados de revisión y rectificación”, pero que indudablemente “tienen algo cristiano en su raíz”.

Por tanto, estas devociones contienen muchos elementos evangelizadores del pueblo sencillo y, después de purificados y rectificadas, deben utilizarse adecuadamente para la evangelización de las gentes de la piedad popular.

4. **El Código de derecho canónico publicado en 1986**, en el canon 1234 &1, relativo a los santuarios, dice: “En los santuarios se debe proporcionar abundantemente a los fieles los medios de salvación, predicando con diligencia la palabra de Dios y fomentando con esmero la vida litúrgica principalmente mediante la celebración de la Eucaristía y de la penitencia, y practicando también otras formas aprobadas de piedad popular”.

Los santuarios son lugares donde los fieles deben hallar con facilidad y abundancia los elementos fundamentales de evangelización: la Palabra de Dios, los sacramentos sobre todo de la Eucaristía y penitencia, así como otros actos piadoso-devocionales. En los santuarios se debe ofrecer con abundancia los medios adecuados para una completa evangelización de los peregrinos que acuden.

El CDC se refiere también, en el caso de los clérigos, además de la práctica de los sacramentos y la Liturgia de las Horas rezada diariamente conforme al derecho, a practicar “otros medios de santificación tanto comunes como particulares” (c. 276 &4). El canon 663 &3 se refiere en el mismo contexto a la realización de “otros ejercicios de piedad”.

El CDC habla ampliamente de las “asociaciones” de distintos tipos, en las que entrarían las **Cofradías y Hermandades** con fines diversos: fomentar una vida más perfecta, promover el culto público o la doctrina cristiana, actividades apostólicas “a saber iniciativas para la evangelización, el ejercicio de obras de piedad o de caridad y la animación con espíritu cristiano del orden temporal” (c. 298 &1). Esta temática la desarrolla el CDC desde el canon 298 &1 hasta el 329.

5. **En el año 1987**, la **Comisión Episcopal de Liturgia de España** publica un documento pastoral con el título de *Evangelización y renovación de la Piedad popular*⁴. El n. 35 lo dedica a la evangelización de la piedad popular. Sucintamente describe cómo entender la evangelización y ya se centra en la evangelización de la piedad popular. Para ello se requiere una “**pedagogía de evangelización**” (Cf. EN 48). Se concreta en qué consiste tal pedagogía, en orden a “completar la visión de fe de los protagonistas de la piedad popular”.

Presenta después brevemente **los contenidos que ha de aportar tal pedagogía**. Son éstos:

- los destinatarios del culto cristiano son las tres divinas Personas y Cristo

4 PPC, Madrid 1987.

es *centro de toda piedad sólida*, el único Mediador del culto cristiano;

- debe darse un equilibrio armónico entre el misterio de Cristo, la conmemoración de la Virgen María y los santos (contenido de las celebraciones litúrgicas y de los actos piadoso-devocionales);
- intercomunicación entre la evangelización y los sacramentos, la evangelización educa la fe y los sacramentos requieren, expresan y acrecientan la fe, la Liturgia es fuente y cumbre de toda evangelización;
- armonización del mensaje predicado en la piedad popular con la vida individual y comunitaria, el mensaje debe transformar la vida;
- destacar la importancia de algunos aspectos más significativos de la piedad popular: santuarios, advocaciones, romerías, Hermandades y Cofradías, tradiciones, novenas, etc;
- conviene destacar la importancia del ministro ordenado en los actos de la piedad popular, en orden a la justa realización del ministerio de la evangelización.

En definitiva, encontramos en este número **un esquema en orden a la evangelización de la piedad popular y un itinerario a seguir** destinado a evangelizarla y convertirla además en un verdadero instrumento de evangelización.

6. En 1989 el **Secretariado Nacional de Liturgia** de España publicó un Directorio litúrgico-pastoral con el título *Liturgia y piedad popular*⁵, siguiendo las pautas del anterior documento pastoral. El tema de la evangelización está presente en los nn. 21; 104; 119; 124-126; 135; 155-156. No podemos detenernos en ellos, pero destaquemos que el tema de la evangelización de la piedad popular y de ésta como instrumento importante de evangelización informa todos los grandes capítulos.

7. En el **XXV aniversario de la Constitución Sacrosanctum Concilium (4-XII-1988)**, san Juan Pablo II promulgó una Carta Apostólica *Vicesimus quintus annus* sobre la sagrada liturgia⁶. Dedicó el n. 322 al tema de la liturgia y piedad popular. El Papa reconoce la riqueza de valores de la piedad popular y añade que “expresa de por sí la actitud religiosa ante Dios”. El Papa, con todo, afirma que “tiene necesidad de ser evangelizada continuamente, para que la fe que expresa llegue a ser un acto cada vez más maduro y auténtico”. Continúa el Papa señalando el cometido de “una pastoral litúrgica auténtica”, que se apoyará “en las riquezas de la piedad popular, purificarlas y orientarlas hacia la liturgia como contribución de los pueblos”.

Por tanto, **la piedad popular debe ser evangelizada en sus valores, muchos de los cuales son una riqueza evangélica y eclesial**. De esa evangelización de-

5 PPC, Madrid 1989.

6 A. Pardo (ed.), *Documentación litúrgica. Nuevo Enchiridion de San Pío X (1903) a Benedicto XVI*, Monte Carmelo, Burgos 2006, pp 192-205.

pende el que la fe de las gentes sea más madura y auténtica. La pastoral litúrgica apoyada en las riquezas auténticas de la piedad popular, las orientará a la liturgia, mostrando tales riquezas como aportación preciosa de los distintos pueblos al culto a Dios y a la glorificación de la Trinidad.

8. El *Catecismo de la Iglesia Católica* (=CEC) se ha publicado en España en 1992. Dedicó los nn. 1674-1676 al tema de la piedad popular. El n. 1676 cita *Catechesi tradendae* (=CT) n. 54 para decir que “se necesita un **discernimiento pastoral** en orden a purificar y rectificar el sentido religioso que subyace en estas devociones y para hacerlas progresar en el conocimiento del Misterio de Cristo”.

Luego el CEC remite al Documento de Puebla n. 448 y EN 48 para **presentar los valores evangelizadores de la piedad popular**. Destaca éstos: un humanismo cristiano, la afirmación radical de la dignidad de toda persona humana como hijo de Dios, una fraternidad fundamental; enseña a hallar la naturaleza, a comprender el trabajo, proporciona las razones para la alegría y el humor en medio de la dureza de la vida. Tal “sapiencia popular católica” (como define el Documento de Puebla la piedad popular) supone “para el pueblo un principio de discernimiento, un instinto evangélico por el que capta espontáneamente cuándo se sirve en la Iglesia al Evangelio y cuándo se lo vacía y asfixia con otros intereses” (n. 1676).

El CEC reitera la tarea evangelizadora destacada por CT, en el sentido de que las devociones (la piedad popular) ayuden a la gente a madurar y crecer en el conocimiento del Misterio de Cristo o a Cristo en sus misterios. La referencia del CEC al documento de Puebla le facilita el precisar los valores cristianos fundamentados en el Evangelio y que la evangelización debe discernir, purificar y transmitir. La piedad popular aporta al pueblo sencillo un “instinto evangélico”, un criterio de discernimiento, para descubrir quiénes trabajan en la Iglesia por el mismo Evangelio y quienes lo vacían de su contenido, puesto que persiguen otros intereses, cuándo se predica con verdad los contenidos del Reino de Dios y cuándo la vida niega lo indicado en la predicación.

9. En el 2002, la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos** publicó un *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*⁷. En varios números del documento se refiere al tema de la evangelización de la piedad popular. El n. 64 dice que el Magisterio destaca “**la importancia de la piedad popular para la vida de fe del pueblo de Dios**, para la conservación de la misma fe y para emprender nuevas iniciativas de evangelización”. Por sus raíces católicas, los elementos piadoso-devocionales pueden ser “una garantía de fidelidad al mensaje de la salvación”; la piedad popular ha actuado como “instrumento providencial para la conservación de la fe...donde los

7 BAC-documentos, Madrid 2002.

cristianos se veían privados de atención pastoral”. Allí donde “la evangelización ha sido insuficiente, gran parte de la población expresa su fe sobre todo mediante la piedad popular”. Esta es un punto de partida imprescindible “para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más profunda”.

El texto destaca **la importancia de la piedad popular en orden a la fe y a nuevas iniciativas evangelizadoras**. La fe es don de Dios que supone una respuesta personal y libre y, en muchos casos, tal respuesta se produce mediante expresiones piadoso-devocionales. Éstas, con frecuencia brotan de la proclamación del Evangelio y generan iniciativas nuevas de evangelización del pueblo.

El n. 2 de este mismo documento remite a la *Vicesimus quintus annus* n. 18, indicando que la piedad popular “tiene necesidad de ser continuamente evangelizada para que la fe que expresa llegue a ser un acto cada vez más maduro y auténtico”.

El n. 21 afirma que las manifestaciones de la piedad popular bajo la responsabilidad del Obispo, cuando sea necesario, deben ser evangelizadas. Casi la misma idea se repite como responsabilidad del Magisterio en el n 66. Pero explica **el significado de evangelizar la piedad popular**, es decir, “ponerla en contacto con la Palabra del Evangelio para que sea fecunda. Esto la liberará progresivamente de sus defectos...haciendo que lo ambiguo se aclare en lo que se refiere a los contenidos de fe, esperanza y caridad”. Y continúa el mismo número refiriéndose a la tarea “de evangelización de la piedad popular”. Dice la Congregación: “el sentido pastoral invita a actuar con una paciencia grande y con prudente tolerancia, inspirándose en la metodología que ha seguido la Iglesia a lo largo de la historia, para hacer frente a los problemas de enculturación de la fe cristiana y de la liturgia, o de las cuestiones sobre las devociones populares”.

Evangelizar la piedad popular **es armonizarla con la Palabra del Evangelio** para que sea penetrada y fecundada por aquel. De este modo, lo no claro o equívoco se aclara en lo relativo a los contenidos de fe, esperanza y caridad. La pastoral de evangelización debe actuar con una paciencia grande y con prudencia tolerante.

El n. 80 es muy denso y se refiere todo él al tema de la evangelización de la piedad popular, aunque el término aparece una sola vez y referido “a cierta ausencia del Espíritu Santo en los textos y en otras formas de expresión de la piedad popular... Esta ausencia se puede solucionar mediante la evangelización de la piedad popular⁸, de la que ha tratado tantas veces el Magisterio de la Iglesia”.

Pero en el mismo número se hace referencia a fortalecer “la conciencia de la referencia a la Santísima Trinidad” en los textos de la piedad popular; formar a los

8 Hemos tratado el tema en nuestro trabajo: “La pneumatología en la piedad popular. Especial referencia al Directorio sobre la piedad popular y la liturgia” en R. González, *Piedad popular y liturgia. II* (Dossiers CPL 118), Barcelona 2010.

fieles sobre “el carácter particular de la oración cristiana” que se dirige al Padre, por Cristo en el Espíritu; procurar “que las expresiones de la piedad popular pongan de manifiesto el valor primario y fundamental de la resurrección de Cristo”⁹ y esforzarse para “que la devoción a la pasión de Cristo lleve a los fieles a una participación plena y consciente en la Eucaristía”, puesto que en ella se nos da el Cuerpo de Cristo como alimento, Cuerpo ofrecido en sacrificio por nosotros (Cf 1 Cor 11, 24) y como bebida, la sangre derramada en la cruz para la nueva y eterna Alianza y en remisión de todos los pecados¹⁰.

Este número habrá que tenerlo muy en cuenta en orden a **una adecuada pastoral litúrgica y devocional**. De la formación e iniciación de los fieles en estos aspectos centrales, dependerá mucho **una vida verdaderamente cultural, oracional y que marque positivamente la vida del pueblo cristiano**. He aquí una gran tarea pastoral: iniciar a los fieles en la acogida y encuentro con el Espíritu Santo, con la presencia de la santísima Trinidad, con la peculiaridad de la oración cristiana (litúrgica y devocional), con la centralidad del Misterio Pascual que une muerte y resurrección y con la pasión del Señor indisolublemente unida a la resurrección, celebrada sobre todo en la Eucaristía. La asimilación y vivencia por parte de los fieles de estos contenidos teológicos y espirituales hará real la evangelización (armonización con el Evangelio) de la piedad popular.

El n. 274 se refiere **al santuario como lugar de evangelización**. “El santuario...es el lugar en el que continuamente se proclama un mensaje de vida: el Evangelio de Dios (Mc 1, 14; Rm 1, 1) o Evangelio de Jesucristo (Mc 1,1), esto es, la buena noticia que proviene de Dios y que tiene por contenido a Cristo Jesús: Él es el Salvador de todos los pueblos, en cuya muerte y resurrección se han reconciliado para siempre el cielo y la tierra”. Precioso este párrafo que destaca **la función kerigmática irrenunciable de todo santuario**. La tarea del santuario es evangelizar, proclamar a Jesucristo como Hijo de Dios y Salvador de los hombres por su misterio pascual.

El número continúa señalando **los contenidos evangélicos esenciales que han de proponerse a quienes acuden al santuario**: “el sermón de la montaña, el anuncio gozoso de la bondad y paternidad de Dios así como de su amorosa providencia, el mandamiento del amor, el significado salvador de la cruz, el destino

9 “La atención amorosa dedicada a la humanidad sufriente del Salvador, tan viva en la piedad popular, se debe unir siempre a la perspectiva de su glorificación” n 80. Sólo así se presentará de modo íntegro el designio salvífico de Dios en Cristo y se captará el misterio pascual de Cristo en su unidad inseparable; sólo de este modo se presentará el rostro genuino del cristianismo, victoria de la vida sobre la muerte, celebración del que no es un Dios de muertos, sino de vivos (Mt 22, 32), de Jesucristo el viviente, que estaba muerto y ahora vive para siempre (Cf. Ap 1, 28), y del Espíritu Santo, “Señor y dador de vida”.

10 Esta participación tiene su cumbre en la celebración del Triduo pascual, culmen del año litúrgico, y en la celebración dominical de los grandes misterios de nuestra fe.

trascendente de la vida humana”. Estas grandes verdades que articulan la fe cristiana son las que han de proclamarse “directa o indirectamente” cada día, en el santuario. El Evangelio se difunde de múltiples formas en el santuario: “como llamada a la conversión, invitación al seguimiento, exhortación a la perseverancia, recuerdo de las exigencias de la justicia, palabra de consuelo y de paz”. Los rectores de santuarios y todos los responsables de su pastoral lo tendrán en cuenta.

El n 274 termina recordando “la cooperación que muchos santuarios prestan a la labor evangelizadora de la Iglesia, a sostener de diversos modos las misiones *ad gentes*”. Esto lo hacen con sus campañas, celebraciones, encuentros diversos, conferencias, actividades con los peregrinos y con las limosnas recogidas en los santuarios.

10. El **4-XII-2003**, el Papa Juan Pablo II publica una Carta Apostólica con el título de *Spiritus et Sponsa* en el **XL aniversario de la Constitución Sacrosanctum Concilium**¹¹. En el n. 10 de dicha carta el papa destaca que la oración de los cristianos y de la Iglesia ha de alimentarse de la Liturgia, pero también de los “ejercicios piadosos”, realizados de acuerdo con la liturgia como si brotaran de ella y condujeran a ella (Cf. SC 13). El Papa destaca en este campo el DPPL de la Congregación como una “contribución muy valiosa”, su propia Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (=RVM) y la convocatoria del “Año del Rosario”. Con ello Juan Pablo II “quiso explicitar las riquezas contemplativas de esta oración tradicional, que se ha consolidado ampliamente en el pueblo de Dios, y recomendé su redescubrimiento como camino privilegiado de contemplación del rostro de Cristo en la escuela de María”. El Papa destaca **la importancia de los ejercicios piadosos como medios para alimentar la oración cristiana** y más en concreto el rosario a la Virgen María como itinerario privilegiado para contemplar a Cristo (su rostro) a través de la enseñanza y las vivencias de la Virgen María.

11. El 18-X-2010, **Benedicto XVI** dirigió una **carta a los seminaristas con ocasión de la clausura del año sacerdotal**. En el n. 4 de dicha carta se refiere el Papa a la piedad popular. Después de hablarles de la oración y el trato con Dios, de la Eucaristía y el sacramento de la Penitencia, les exhorta a que sepan “apreciar también la piedad popular”. El Papa reconoce que “puede derivar hacia lo irracional y quizás quedarse en lo externo”. En tal caso la piedad popular sería un obstáculo para los fieles. Destaca el Papa que **la piedad popular “tiene siempre que purificarse y apuntar al centro”**... El centro del culto cristiano es la Trinidad y Cristo, Mediador único entre Dios y los hombres. La piedad popular debe tender siempre a lo que es nuclear en el culto y la vida de los miembros del pueblo de Dios: ser adoradores del Padre en espíritu y en verdad y concretar tal culto en una caridad verdadera hacia el prójimo. De este modo, la piedad popular es

11 Cf. A. Pardo (de), *Documentación litúrgica. Nuevo Enquiridion. De San Pío X (1903) a Benedicto XVI*, Montecarmelo, 2006, Burgos, pp. 1389-1394.

plenamente evangelizada y se convierte en medio de santificación del pueblo de Dios. Así, la piedad popular hace entrar la fe en el corazón de los hombres, se convierte en “un gran patrimonio de la Iglesia” y hace que “nos integremos plenamente en el Pueblo de Dios”. Benedicto XVI ofrece en este número de la carta una breve **síntesis de la entidad y el trato pastoral que ha de adoptarse hacia la piedad popular.**

II. LA PIEDAD POPULAR EN LA *EVANGELII GAUDIUM*

Vamos a tratar ahora el tema de la piedad popular en la *Exhortación Apostólica* del Papa Francisco. Él asume, completa y universaliza la enseñanza de los obispos de Latinoamérica en Aparecida, “que considera a la piedad católica como una mística popular por ser una forma teológica y cultural del encuentro con Cristo y por contener un potencial de evangelización, santidad y justicia” *Documento de Aparecida* (=DA 258-265)¹².

Nos centraremos en los números que el documento dedica explícitamente a este tema, es decir, del 122-126. Los complementaremos con otros. Se encuadran dentro del capítulo III, titulado “el anuncio del Evangelio”, por tanto en un contexto amplio y explícito de evangelización, tarea de todo el pueblo de Dios (Cf. EG n 111). El tema inmediatamente anterior al de la piedad popular, es el de los cristianos como “discípulos misioneros” (EG 119), tema nuclear en el documento de Aparecida. El n. 122 que inicia el tema de la piedad popular en la Exhortación papal, va precedido del título “**la fuerza evangelizadora de la piedad popular**”. De nuevo reiteramos la conexión entre las dos realidades: la *piedad popular y la evangelización*. El título destaca expresamente la fuerza que integra la piedad popular en orden a la evangelización. La temática explícita de la piedad popular en este documento, desemboca en el tema de la evangelización “de persona a persona” (EG 127-129). Y entramos en los números explícitos relativos a la piedad popular.

1. La piedad popular en el contexto “de la evangelización entendida como inculturación”

En este contexto, sitúa el Papa la piedad popular para comenzar a tratar sus cualidades, su dinámica interior y sus valores. Para comprender la piedad popular en su verdadero horizonte se debe atender a la relación entre la Iglesia y la cultura, dentro de la eclesiología pastoral implícita. Todo proceso inculturador del Evangelio da origen a nuevas expresiones de la fe del pueblo de Dios, de acuerdo

12 C. M^a Galli, *L. c.*291. Este autor que fue perito en Aparecida, testimonia que el Cardenal Bergoglio, presidente del comité de redacción del Documento, cuidó de modo especial la redacción de esta sección y en 2008 hizo el comentario de este texto. Cf. J. M. Bergoglio, *La religiosidad popular como inculturación de la fe* en CELAM-Secretaría general, *Testigos de Aparecida II*, Bogotá: CELAM 2008, pp 281-325.

con el modo de ser de cada pueblo. Se puede decir que “el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo” (DP 450; DA 264).

Los pueblos en los que se ha inculturado el Evangelio, son sujetos colectivos agentes, de igual modo, de la evangelización. La razón es que “cada pueblo es el creador de su cultura y el protagonista de su historia” (n 122)¹³. La cultura no es algo estático, es dinámica y el pueblo la recrea permanentemente, con la finalidad de responder eficazmente a los desafíos del momento. Somos hijos y padres a la vez de la cultura que nos envuelve. Es muy importante caer en la cuenta de esto: la cultura que nos rodea también nos marca, de modo que somos, en parte, “producto” de tal cultura, pero nosotros también contribuimos a crear dicha cultura.

Cuando el Evangelio se incultura en un determinado pueblo, en la transmisión cultural, también comunica la fe de modo siempre nuevo. Aquí es donde cobra importancia la piedad popular, verdadera expresión de la acción misionera espontánea del pueblo de Dios: “*Se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal*”¹⁴.

Esto nos lleva a la *conclusión* de la *importancia de la evangelización* que se actúa mediante la inculturación: “*Cada porción del pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes*” (EG 122). En otro lugar dice el Papa: La piedad popular es “una forma de ser misioneros” (EG 124; DA 264).

Es toda la comunidad creyente, la que al vivir su fe según sus peculiaridades (idiosincrasia, genio propio, su “ethos”), anuncia y testifica la fe que se le ha comunicado con nuevas formas, adecuadas a las condiciones y circunstancias presentes. De este modo, el pueblo de bautizados “se evangeliza continuamente a sí mismo” (EG 122). Viviendo la fe, testificándola mediante las formas propias de su cultura, se evangeliza constantemente. Si se vive la fe cristiana, se proclama con naturalidad en las formas de la cultura propia y *esto es precisamente evangelizar*. Y es, en este contexto, de evangelización entendida como inculturación, donde la piedad popular adquiere su importancia.

La piedad popular es “verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios” (EG 122)¹⁵. En la piedad popular (peregrinación a un santuario, procesión con una imagen, confesión de los pecados, celebración de la Eucaristía de acción de gracias, etc.) encontramos las expresiones del anuncio misionero connatural o espontáneo del pueblo cristiano. Ese anuncio misionero dimana con

13 El Papa Francisco trata ampliamente el tema de la relación entre cultura y fe en EG n 61-67. El tema de la inculturación de la fe en EG 68-70 y el tema de los desafíos de las culturas urbanas en EG 71-75.

14 Juan Pablo II, *Ecclesia in Asia* 21.

15 El Papa Benedicto XVI describió la piedad popular como un “precioso tesoro de la Iglesia católica”. En ella se refleja “el alma de los pueblos latinoamericanos” (EG 123).

naturalidad de las gentes de la piedad popular. En ella con la diversidad de formas, se manifiesta la actuación de anuncio del Evangelio, que brota connaturalmente del Pueblo de Dios. Se desarrolla constantemente y el agente principal es el Espíritu Santo. En esto, EG depende del documento de Aparecida, n 262.

2. Piedad popular, fe recibida, inculturada y su transmisión.

La piedad popular puede ser el espacio en que se capte el modo de encarnación de la fe, recibida en una cultura y se continúa transmitiendo. En las diversas expresiones de la piedad popular, podemos descubrir en qué cauces culturales (lengua, música, devociones, modo de orar, peregrinaciones, costumbres, cosmovisión, respuesta a los interrogantes hondos, etc.) se ha encarnado la fe y el Evangelio, en el pasado, y en qué cauces se sigue transmitiendo, en el momento presente. Es por ello un “locus” privilegiado de tipo cultural y teológico para conocer lo acontecido en el pasado y lo que se realiza hoy, en este campo.

El Papa Francisco reafirma que la piedad popular, en otro tiempo, fue vista “con desconfianza”. Pero en la década de 1975-1985 ha sido revalorizada. Y hace referencia al Papa Pablo VI, EN 48. Lo mismo hace, refiriéndose a Benedicto XVI en el discurso de apertura a la Asamblea de Aparecida. De Pablo VI, dice el Papa Francisco, que “dio un impulso decisivo” a la piedad popular (EG 123). Reconoce también la aportación de Benedicto XVI con palabras del documento de Aparecida. La dependencia de este n 123 de EG respecto al DA 258, es clara. Salvo las primeras líneas, lo demás ya estaba en el DA. De él dice Francisco que describe “las riquezas que el Espíritu Santo despliega en la piedad popular con su iniciativa gratuita” (EG 124)¹⁶. En América latina muchos cristianos “expresan su fe a través de la piedad popular” (*Ibid.*). La piedad popular es un cauce frecuente mediante el cual los fieles dan culto a Dios y se santifican. Pero al mismo tiempo manifiestan su fe a los hermanos y a quienes no creen.

Los obispos latinoamericanos denominan a la piedad popular “espiritualidad popular” y “mística popular”. La referencia clara es a DA 262. Francisco rubrica que es “una verdadera espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos” (EG 124; cf. DA 263). Los contenidos los manifiesta “más por vía simbólica que por el uso de la razón instrumental, y en el acto de fe se acentúa más el *credere in Deum* que el *credere Deum*”. La idea de la predilección por lo simbólico y no por la razón, estaba ya en el primer documento (Cf DA 263). Francisco añade lo del “acto de fe”, en el cual prevalece el creer *en la Persona de Dios amándole*, sobre el creer *en sus atributos y las verdades reveladas* por Él. La piedad popular da prevalencia a la fe en las Personas de Dios pero con un amor tierno y concreto.

16 En esto EG coincide con Aparecida describiendo las riquezas que concede el Espíritu a la “espiritualidad popular” o “mística popular”. El Papa Francisco cita el texto de la Conferencia que dice que es “una verdadera espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos” (EG 124 y cita DA 262).

Para defender la piedad popular como modo legítimo “de vivir la fe” y “una forma de ser misioneros”, acude a DA 264. En la piedad popular es “...donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda” (*Ibid.*). La piedad popular manifiesta las raíces hondas del vivir de los pueblos de América latina y, por ello, también las “vibraciones” de la vida de fe y de la responsabilidad misionera. La piedad popular incluye “la gracia de la misionariedad...y del peregrinar” (EG 124) y esto lo explica con palabras del DA 264. Únicamente añade como nueva esta exhortación: “¡No coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera!” (EG 124). Es necesario creer en la fuerza misionera de la piedad popular e impulsarla en todas sus formas.

Estamos bastante lejos todavía, en Europa, de una defensa y aprecio de la piedad popular, *como fuerza misionera y evangelizadora*. América latina y el Papa, venido de allá, nos invitan a redescubrir algo que ni sospechábamos o que habíamos olvidado en la vieja Europa: la fuerza misionera de la piedad popular. Si la iniciativa es de Dios y del Espíritu Santo¹⁷, éste sopla donde quiere y como quiere. Si la piedad popular busca el encuentro profundo con Cristo, de este encuentro brota la llamada a comunicarlo a los demás y el Espíritu Santo acompañará a la Iglesia por este camino: esta es la misión y se ordena a la evangelización.

3. La piedad popular se entiende desde el amor.

Durante años la piedad popular fue la forma más frecuente y ordinaria de vivir la vida y el culto cristiano. Durante el Concilio Vaticano II y una década después, la piedad popular quedó en el olvido e incluso algunos la descalificaron, como algo casi enterrado y que no debería desenterrarse más. En esta época de redescubrimiento de la Liturgia, se cayó, por parte de algunos, en un “*panliturgismo*” y un “*tantumliturgismo*”, que ignoraba todo lo que sonara a residuo de la piedad popular (sobre todo ejercicios piadoso-devocionales). Estas actitudes venían determinadas por un “puritanismo” litúrgico y el juicio unilateral de la razón instrumental. En muchos casos se cayó en una liturgia bastante fría, prevalentemente verbal, la única acción cultural en las iglesias, empobrecimiento o desaparición de los actos devocionales que, en otros tiempos, convocaban a muchos fieles: exposición del Santísimo, viacrucis, rosario y novenas, procesiones. Se pensaba que era necesario prescindir de lo “secundario”, para que sobresaliera lo principal. Además los actos litúrgicos se redujeron en gran parte a la celebración de la Misa. Exagerando un poco, la Eucaristía era el “todo”, pero ese todo se ofrecía como “lo único” de la Iglesia.

La liturgia de las Horas y las celebraciones de la Palabra de Dios tan recomendadas por la Iglesia (Cf. SC 35, 4; 90; 99-100), apenas se ofrecieron a las parroquias y comunidades cristianas. Además, la Eucaristía se ofrecía a cualquier hora

17 Cf. Nuestro trabajo *La pneumatología en la piedad popular. Especial referencia al Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia* en Ramiro González, *Piedad popular y Liturgia II. Dossiers CPL*, 2010, pp 69-92. ID, *La mistagogía en los Sacramentos de la Iglesia (De los “sacramentos a los misterios)”* Edic. Monte Casino (Benedictinas), Zamora 2012, pp 79-107.

de la mañana y la tarde, pero con mucha frecuencia, sin hacer catequesis sobre lo que es, sus partes y elementos principales, procurando, eso sí, que se mostrase la participación activa (de muchos fieles), pero más en la línea de *hacer cosas*, “moverse”, que ahondando en *el sentido* de lo que se hacía. Se creyó que, al celebrarla en lengua vernácula, ya era suficiente para entender las palabras, los gestos y participar plenamente. Se hicieron los cambios, pero no se aprovechó para hacer catequesis litúrgica e iniciar en el sentido y contenido de la Eucaristía, de los demás sacramentos y menos, de la liturgia de la Palabra y de la liturgia de las Horas.

El Papa Francisco conoce todo esto y es consciente de la fuerza que ha cobrado la piedad popular en América latina. Conoce la trayectoria de acompañamiento de las Conferencias Episcopales latinoamericanas a los pueblos agentes de esta piedad popular. Por eso, afirma con rotundidad que, “para entenderla”, es necesario “acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar” (EG 125). Sólo la mirada de fe penetrada de amor, conoce la riqueza teologal de la piedad popular.

El Papa se siente pastor de toda la Iglesia y está preocupado, sobre todo, por los más necesitados de la vida de Dios en su pueblo. El buen pastor no juzga, ama. Esto es muy del Papa Francisco. Es necesaria una “connaturalidad afectiva”, fruto del amor, para valorar “la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en los pobres” (*Ibid.*)¹⁸. Esa actitud connatural de afecto, que dimana del amor a la piedad popular, lleva a quien la posee a estimar sencillamente la vida de comunión con Dios, presente en las gentes cristianas pobres. La valoración positiva descubre en esos cristianos sencillos una vida de relación y comunión con Dios que los hace semejantes a Él.

Y Francisco hace referencia a casos muy concretos de personas de la piedad popular, que manifiestan una “fe firme”, mucha “carga de esperanza” y “miradas de amor entrañable al Cristo Crucificado” (EG 125). La firmeza de la *fe* se manifiesta en formas sencillas y sobre todo en actitudes evangélicas; la *esperanza* aflora en situaciones difíciles y las miradas al Crucificado muestran una llamada confiada a quien *les ama* y puede salvarles.

Esta *vida teologal*¹⁹, el Papa la descubre en gestos peculiares de la piedad popular: el rezo del rosario de una madre junto al lecho de su hijo enfermo, el encendido de una vela en casa pidiendo ayuda a la Virgen y unas miradas amorosas a Cristo crucificado. Y esto ocurre incluso, cuando esas personas no saben

18 Los cristianos humildes y sencillos son pobres en este mundo pero ricos para Dios en la fe (Cf. St 2, 5). La opción por los pobres “una categoría teológica” (EG 198) debe concretarse sobre todo “en una atención religiosa privilegiada y prioritaria” (EG 200). Este “primerear” de la pastoral orientada al pueblo, “perteneciente a la excelente reflexión de Francisco sobre nuestra fe en Cristo pobre y el lugar privilegiado de los pobres en el corazón de Dios y de la Iglesia” (EG 186-216).

19 El DA 263 habla de que en la piedad popular se expresa y contiene “una verdadera experiencia de amor teologal”. Es el mismo concepto.

“hilvanar las proposiciones del Credo” (EG 125)²⁰. En la piedad popular, lo decisivo es la fe en la persona de Cristo y el amor que los fieles ponen en su encuentro con Él, con la Virgen y los santos. En estos casos, es Dios quien toma la iniciativa y prima “la sabiduría del amor”, que depende “de la acción interna de la gracia” (DA 263) más que “de la ilustración de la mente” (*Ibid.*). La dependencia y coherencia entre el DA y EG es clara y complementaria.

Francisco da ahora un paso importante, de las gentes de la piedad popular, “al santo Pueblo fiel de Dios” (EG 125), que en realidad se identifican. No hay un pueblo cristiano “de segunda” y “un santo Pueblo fiel de Dios” que consideremos “de primera”. El pueblo y las gentes de la piedad popular son también Pueblo de reyes, Asamblea santa, Pueblo de Dios elegido y amado (Cf. 1Pe 2, 9-10; LG 9)²¹. El que “ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad” (EG 125). Las acciones, fruto de la piedad popular cristiana, no brotan sólo del deseo humano y natural de encontrarse con la trascendencia y la divinidad. Dimanan de personas bautizadas y que, de vez en cuando, reciben la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación. En ellas actúa la gracia y el Espíritu Santo. Por tanto, no practican una religiosidad natural, sino impulsada consciente o inconscientemente por la acción del Espíritu Santo. Tales expresiones manifiestan “una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5, 5)” (EG 125)²². De la vida y del amor teologal, son expresión las formas indicadas por el Papa Francisco.

4. Piedad popular y fuerza activamente evangelizadora.

La piedad popular es fruto del Evangelio inculturado por las gentes humildes y pobres. En ella “subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos

20 Pero el Papa también nos alerta frente a posibles peligros en la piedad popular: poner el acento “en formas exteriores de tradiciones de ciertos grupos o en supuestas revelaciones privadas que se absolutizan” por encima del “impulso de la piedad cristiana”; “cierto cristianismo de devociones, propio de una vivencia individual y sentimental de la fe” no acorde con la piedad popular; promover “estas expresiones sin preocuparse por la promoción social y la formación de los fieles” y a veces “para obtener beneficios económicos o algún poder sobre los demás”; la “ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana en el pueblo católico”; ha habido “un cierto éxodo hacia otras comunidades de fe”; falta un “acompañamiento pastoral a los más pobres” y tenemos “dificultad para recrear la adhesión mística de la fe en un escenario religioso popular” (EG 70).

21 Puede verse, en este sentido nuestra obra: *Piedad popular y Liturgia, O.c.* p 47. Cf. *Ibid.* 122-125.

22 Lo fundamental de esta afirmación se contiene en DA 263. Allí se habla, dentro de la piedad popular, de “primado de la acción del Espíritu y la iniciativa gratuita del amor de Dios” y de “una verdadera experiencia de amor teologal”. Todo esto indica una verdadera espiritualidad cristiana e incluso una mística, cf. EG 263; 262. Véase también nuestra obra: *Piedad popular y Liturgia II*, Dossiers CPL 118, Barcelona 2010, pp 69-92.

menospreciar” (EG 126). Con la pastoral popular latinoamericana el Papa afirma el “potencial misionero” de los bautizados y pobres como protagonistas de la nueva evangelización, puesto que su fe hecha piedad es “una fuerza activamente evangelizadora” (DP 396). Francisco destaca en la piedad popular una fuerza activa de evangelización, porque en ella se da una “riqueza evangélica” (DA 262). Tal riqueza derivada del Evangelio de Jesucristo y, su fuerza activa en orden a la evangelización, no debemos menospreciarla. Sería ignorar “la obra del Espíritu Santo”. En ella se da “una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe” (DA 264).

El Espíritu de Dios actúa como lo cree conveniente en el corazón y en el ámbito de la piedad popular²³. “Por la constante acción del Espíritu” en el pueblo de Dios, éste “se evangeliza continuamente a sí mismo” (EG 139). La piedad popular es el mejor medio para sanar y liberar las culturas populares católicas (Cf EG 69). “Con procesos de evangelización a largo plazo ella debe ser potenciada mediante el paso creativo de *la misión al pueblo a un pueblo en misión*”²⁴.

Si el Espíritu Santo se adelanta a los misioneros y puede actuar cuando quiere y donde quiere, ¿cómo no va a hacerlo en el corazón de los bautizados, cuando éstos oran o realizan el bien? Si Dios y su Espíritu se valen, para producir gracia, de elementos como el agua, el aceite, el vino, el pan, las palabras humanas que comentan la Palabra de Dios en los sacramentos, ¿Cómo no se va a servir de cristianos humildes que testimonian su fe y proclaman, en gestos y palabras humanas, la buena noticia de la salvación (= “*euangelion*”) a otros hombres? ¿Y, por medio de ellos, no puede llegar la gracia del evangelio a otras personas?

El Papa Francisco nos invita “a alentarla [la piedad popular] y fortalecerla para profundizar el proceso de inculturación que es una realidad nunca acabada” (EG 126). Alentando y fortaleciendo la piedad popular profundizaremos el proceso de inculturación de la fe y el Evangelio. Se trata de un proceso de vigorización de las actitudes y valores de la piedad popular para, al mismo tiempo, encontrar cauces más adecuados, más eficaces y dignos en orden a transmitir la fe y el Evangelio. La Iglesia no ha de olvidar que, “el proceso de inculturación...es una realidad nunca acabada” (EG 126). Siempre será preciso e importante que la Iglesia, en todos los campos, pero sobre todo en el de la evangelización, busque y ensaye nuevos cauces culturales para transmitir la fe, el Evangelio y los valores cristianos.

Quien sabe leer las formas de la piedad popular, aprenderá mucho de ellas, pues nos enseñan mucho: sobre Dios y sus atributos; sobre Cristo y sus misterios sobre todo de dolor; sobre la presencia y acción del Espíritu que habita en el corazón sin dolo de los sencillos y los pobres; sobre la Virgen María, la humilde esclava

23 Cf. R. González, *La pneumatología en la piedad popular. Especial referencia al Directorio sobre la piedad popular y la liturgia en Piedad popular II*, O.c. 75-88.

24 C. M^a Galli, L.c.295.

del Señor y la compañera de Cristo en el hogar de Nazaret, la cruz y Pentecostés; sobre la intercesión de los santos en el camino difícil de la vida en la tierra; sobre la Iglesia como instrumento de Cristo en orden a la gracia y la salvación; sobre el perdón de los pecados y la gracia del Dios misericordioso y sobre la vida eterna.

Para el que “sabe leerlas [las expresiones de la piedad popular] son un *lugar teológico*” (EG 126). “Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización” (EG 126)²⁵. Esto sobre todo sucede en las *peregrinaciones a los santuarios*²⁶. Es decir, tales expresiones son un espacio donde se encuentra a Dios, su misterio, su gracia, su voluntad salvífica y la fe de la Iglesia. El Papa Francisco añade “que debemos prestar atención [a estas formas], particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización” (EG 126). La razón es bien clara, dado que la nueva evangelización o acción evangelizadora requiere nuevos métodos, nuevos impulsos, nuevas energías. La piedad popular, dada su relación estrecha con la inculturación de la fe, reclama también nuevos esfuerzos, nuevo ardor y nuevos métodos para realizar la nueva evangelización.

III. PROPUESTAS EVANGELIZADORAS DERIVADAS DE LOS DOCUMENTOS ANALIZADOS.

Trato de presentar **algunas propuestas evangelizadoras de la piedad popular que dimanan de los documentos antes analizados**. Lo haré mediante enunciados breves y algunos casi telegráficos, en los que trato de recoger los contenidos sustanciales.

1. Evangelizar la piedad popular supone “**una pedagogía de evangelización**” que lleva consigo una gran sensibilidad, mucha paciencia y gran penetración del Evangelio de Jesucristo. Evangelizar comporta poner la piedad popular en

25 C. M^a Galli afirma que desde 1974 el cardenal Bergoglio ha expuesto la doctrina conciliar del “*sensus fidei fidelium*” y de la infalibilidad “*in credendo*” del pueblo santo (LG 12) para mostrar que, si el Magisterio y la teología exponen los contenidos de la fe, la piedad popular nos manifiesta de un modo vivo cómo la Iglesia cree y ama a los protagonistas de la fe: a las tres Personas divinas, a María, los ángeles y los santos. Cf. ID, *Ibid.* 298. También EG 119.

26 En América latina las peregrinaciones a los santuarios son espontáneas, familiares y populares, muy distintas de las que tienen lugar en algunas naciones de Europa. Aquí las organizan oficinas diocesanas y agencias nacionales e internacionales, sea con la finalidad religiosa o por razones turísticas o de descanso. En América latina los santuarios urbanos, suburbanos y rurales son lugares especiales de encuentro entre el pueblo creyente y el amor de Dios. “Son una riqueza mística de nuestro catolicismo”. C. M^a Galli, *L.c.*294. Los santuarios contextualizan la fe del pueblo de Dios en el espacio y el tiempo. La peregrinación a los santuarios incorpora a esta manifestación antigua, memoria religiosa y cultural del pueblo, a nuevos peregrinos que acuden por primera vez. Hacer juntos el camino hacia el santuario “es en sí mismo un gesto evangelizador por el cual el pueblo cristiano se evangeliza a sí mismo y cumple la vocación misionera de la Iglesia” (DA 264).

contacto con la Palabra del Evangelio de Jesucristo para fecundarla respecto a los contenidos de fe, esperanza y caridad.

2. La “pedagogía de evangelización” reclama sobre todo amor y cercanía al pueblo, ser prudentes y firmes, constantes y audaces para educar la fe que se expresa en la piedad popular. Es preciso un **discernimiento pastoral para purificar** y rectificar el sentido religioso latente en las expresiones populares para progresar en el conocimiento del misterio de Cristo.

3. Es necesario que a través de las diversas formas de culto, las personas se encuentren con la Trinidad, destino natural del culto cristiano, con Cristo, Mediador y centro de toda piedad sólida, con María y los santos, ofreciendo lo mejor de sus vidas y alabando a Dios.

4. La pedagogía de evangelización implica también purificar, discernir y eliminar los aspectos ambiguos u opuestos al Evangelio de Cristo o al sentir de la Iglesia, bajo el impulso de la caridad pastoral.

5. **La evangelización de la piedad popular debe ser constante y ha de tener en cuenta la memoria cristiana de los pueblos**, de modo que el Evangelio sea la clave en orden a asumir, purificar, completar y dinamizar las formas y modos de la piedad popular. Evangelizar es conseguir, en un diálogo vital, comunicar la Buena Nueva mediante un proceso de reinformación catequética y siempre bajo el impulso del Espíritu Santo. Así, la fe se convertirá en un acto cada vez más maduro y auténtico.

6. La pastoral y catequesis de evangelización ha de fortalecer la conciencia de la referencia a la Santísima Trinidad en los textos, formar a los fieles sobre el carácter particular de la oración cristiana, procurar que las expresiones de la piedad popular pongan de manifiesto el valor primario y fundamental de la resurrección y esforzarse para que la devoción a la pasión de Cristo lleve a los fieles a participar plena y conscientemente en la Eucaristía.

7. **Los criterios evangélicos, vividos en la Iglesia, serán los que evalúen las formas concretas de la piedad popular y los procesos pastorales en orden a hacer de los bautizados más hijos en el Hijo, más hermanos en la Iglesia, más responsablemente misioneros para extender el Reino.**

8. Las élites de parroquias y comunidades deben ser el “fermento” que facilite la transformación de la “masa”. Son ellas las que deben asumir el espíritu del pueblo, purificarlo, aquilatarlo y encarnarlo en forma adecuada, participar en las convocatorias del pueblo y sus gestos.

9. Los militantes han de desarrollar una mística de servicio evangelizador de la piedad popular del pueblo sencillo. Han de orientar las expresiones populares hacia la liturgia, como contribución a Dios de parte de los pueblos.

10. Se han de favorecer las expresiones religiosas populares y multitudinarias por la fuerza evangelizadora que poseen. Es el pueblo de bautizados el que par-

tipica y las disposiciones de alma son muy buenas, en orden a recibir el mensaje cristiano y el meollo del Evangelio.

11. Hay **oraciones de la piedad popular y ciertos actos de piedad** que, bien utilizados, ayudan a avanzar en el conocimiento del Misterio de Cristo o de su mensaje. Destacamos algunos: el amor y la misericordia de Dios, la Encarnación de Cristo, su cruz redentora y su resurrección, la acción del Espíritu Santo en cada cristiano y en la Iglesia, el misterio del más allá, la práctica de las virtudes evangélicas y la presencia del cristiano en el mundo.

12. En la piedad popular debe darse un equilibrio armónico entre el misterio de Cristo, la conmemoración de la Virgen María, los santos, los ángeles y beatos, contenido de las celebraciones litúrgicas y de los actos piadoso-devocionales. Este equilibrio incluye una correcta jerarquización entre los diversos aspectos del misterio al que nos hemos referido.

13. Es necesaria **una intercomunicación entre la evangelización y los sacramentos**, pues la evangelización educa la fe y los sacramentos exigen, expresan y acrecientan la fe. La Liturgia cuyo núcleo son los sacramentos es la fuente y cumbre de toda evangelización. Toda verdadera evangelización ha de culminar con los sacramentos y sobre todo con la Eucaristía.

14. **El santuario** es el lugar en que continuamente se proclama el mensaje de la vida, el Evangelio de Dios y de Jesucristo, la Buena Noticia que proviene de Dios y que tiene por contenido a Cristo-Jesús²⁷. Los contenidos esenciales que han de proponerse a quienes acuden al santuario son: las bienaventuranzas, el anuncio gozoso de la bondad y paternidad de Dios, su providencia amorosa, el mandamiento del amor, el significado salvador de la cruz y el destino trascendente de la vida humana.

15. Las diversas formas de difundir el Evangelio en el santuario son: llamar a la conversión, invitar al seguimiento, exhortar a la perseverancia, recordar las exigencias de la justicia, ofrecer palabras de consuelo y paz. Los santuarios ayudan a sostener de diversos modos las misiones *ad gentes*.

16. Los santuarios deben transformarse para ser lugares privilegiados de evangelización. Para ello deben ser purificados de toda manipulación y comercialismo. Los nacionales han de asumir su papel de símbolos de la mutua relación entre fe e historia de los pueblos. Se ha de proporcionar abundantemente los medios de salvación: Palabra de Dios, sacramentos, sacramentales y otras formas de piedad.

27 He tratado el tema de los santuarios en mi libro *María nos santuarios. 22 santuarios marianos de sona. Diócesis de Ourense*, Ediciones Montecasino, Zamora 2005. Allí se encuentra alguna de la bibliografía al respecto y este tema es uno de los fundamentales de la piedad popular. Cf. también C. Osoro Sierra, *Directorio de pastoral de santuarios de la diócesis de Ourense en Pastoral litúrgica* 263 (2001) 40-54; 264 (2001) 18-57; 265 (2001) 22-41.

17. Las **Hermandades y Cofradías**²⁸ son medios preciosos para la evangelización de la gente, para tomar conciencia de la pertenencia a la Iglesia y para vivir en ella el culto en espíritu y en verdad, que se concreta en la vida personal y comunitaria. En las Hermandades y Cofradías es muy importante cuidar con esmero la formación en la fe, en el culto cristiano, en la caridad y el compromiso cristiano en el mundo.

18. Conviene presentar en la predicación y catequesis los valores evangelizadores de la piedad popular para que el pueblo los asimile y viva: un humanismo cristiano que brota del Evangelio, la afirmación radical de la dignidad de toda persona humana en cuanto hijo de Dios, una fraternidad fundamental, la enseñanza para encontrar la naturaleza, comprender el trabajo, dar razones para la alegría y el humor en medio de la dureza de la vida.

19. La piedad popular o “**sapiencia popular católica**” (Puebla) supone para el pueblo un principio de discernimiento, un instinto evangélico que ayuda a captar espontáneamente cuándo se sirve al Evangelio en la Iglesia y cuándo se lo ahoga con otros intereses. Esta “sapiencia” ayuda a las personas a testimoniar con espontaneidad la fuerza y gracia del Evangelio.

20. Las devociones deben presentarse y ofrecerse de tal modo que ayuden a la gente a madurar y **crecer en el conocimiento del misterio de Cristo**, que tiene su centro en el misterio pascual. Todo acto devocional que no oriente a los fieles hacia una mistagogía centrada en el conocimiento y amor a Cristo, encuadrado en la historia de la salvación no edifica en la fe personal ni eclesial.

21. El Papa Juan Pablo II ha destacado la **importancia del Rosario a la Virgen María**, como medio privilegiado para descubrir y contemplar el rostro de Cristo en la escuela de María. De este modo, el Rosario, ayudado por textos bíblicos, patrísticos y del Magisterio de los Papas, se convierte fácilmente en un precioso instrumento evangelizador para el pueblo de Dios.

22. El Magisterio destaca la importancia de la piedad popular para la vida de

28 El tema de las Hermandades y Cofradías es uno de los más importantes en el campo de la piedad popular sobre todo en España: Andalucía, el Levante, Castilla y también algunas provincias de Galicia. Este tema requeriría ser tratado de modo monográfico, por la importancia para la evangelización del pueblo sencillo. Citamos algunos materiales de los más conocidos: Obispos del Sur de España, *Las Hermandades y Cofradías*, PPC 136, Madrid 1987; Secretariado Nacional de Liturgia, *Directorio litúrgico-pastoral. Liturgia y Piedad popular*, PPC Madrid 1989; L. Martínez Sistach, *Asociaciones públicas y privadas de laicos: Ius Canonicum* 26 (1986); D. Borobio, *Hermandades y Cofradías: entre pasado y futuro*, Dossiers CPL 98, Barcelona 2003. Más bibliografía en este volumen; M. Sánchez Monge, *Las Cofradías y Hermandades penitenciales en el tercer milenio. Carta pastoral del Obispo de Mondoñedo-Ferrol en Boletín del Obispado de Mondoñedo-Ferrol*, Año 63, Suplemento 1 (2009); también en AA. VV., *Religiosidad popular en España. Religiosidad, Devociones, Culto mariano y a los Santos, Mentalidad, Ideología, evolución, Cofradías....Actas del Simposium (I) 1/4-IX-1997*, Ediciones escurialenses, Madrid 1997.

fe del pueblo de Dios, para la conservación de la misma fe y para emprender nuevas iniciativas de evangelización. **La piedad popular supone una fe sencilla, encarnada y asumida por las gentes en orden al culto y la vivencia concreta de la misma fe.** Purificada y evangelizada es cauce precioso de vida en Cristo y en la Iglesia y tiene fuerza evangelizadora y apostólica.

23. La piedad popular ha actuado como **instrumento providencial para la conservación de la fe** donde los cristianos se veían privados de atención pastoral. Donde la evangelización ha sido insuficiente, gran parte de la población expresa su fe sobre todo mediante la piedad popular. Ella es un punto de partida imprescindible para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más profunda.

La reflexión sobre estas pautas o líneas pastorales de evangelización nos llevará a un cuerpo de doctrina o teoría respecto a la piedad popular. La puesta en práctica de estas líneas generará una fructuosa creatividad pastoral con fuerza evangelizadora. Es importante implicar a todos los fieles en esta tarea evangelizadora en pleno siglo XXI. La evangelización es tarea de toda la Iglesia. Es la tarea más urgente e importante de la Iglesia.



CRÓNICA DIOCESANA



CRÓNICA DIOCESANA

ABRIL

- Día 1: En la S. I. Catedral se celebra la Santa Misa Crismal, presidida por el Sr. Obispo y concelebrada por un centenar de sacerdotes provenientes de todas las zonas de la Diócesis.
- Día 2: Jueves Santo.
- Día 3: Viernes Santo.
- Día 4: Vigilia Pascual: En la S. I. Catedral el Sr. Obispo confiere a dos adultos los sacramentos de la Iniciación Cristiana durante la celebración.
- Día 5: Domingo de Pascua de Resurrección.
- Día 9: Oración joven en la capilla de la Delegación de Juventud.
- Día 11: “Una luz en la noche” en Ourense. Encuentro a las 17:00 horas en el colegio de la Purísima y oración toda la noche en Santa Eufemia.
Encuentro de confirmandos en el Santuario de los Milagros
- Día 12: Ultreya de Cursillos de Cristiandad en Xinzo a las 17:00 horas.
- Del 13 al 19: Semana de la Familia. Conferencia de clausura impartida por Antonio Gutiérrez, periodista de la Radio Galega, y peregrinación de las Familias al Santuario de los Milagros, participando en la Celebración Eucarística presidida por el Sr. Obispo en el marco del Año Mariano.
- Día 14: Clausura por este curso de la Escuela de Liturgia en el Salón Padre Feijóo del Obispado, contando con la presencia del Sr. Obispo.
- Día 16: Oración diocesana por las vocaciones a las 20:00 horas en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento.
- Día 18: Encuentro diocesano de niños en el Santuario de los Milagros contando con la participación de más de 600 niños y niñas de la Diócesis.

- Día 19: Visita Pastoral a San Andrés de Castro de Beiro, Santa Baia de Beiro y San Mamede de Palmés.
- Del 20 al 24: El Obispo de Ourense participa en la CV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.
- Del 24 al 26: Cursillo del movimiento de Cursillos de Cristiandad en la Casa de Ejercicios.
- Día 25: Asamblea de Catequistas en Santuario de los Milagros.
Visita Pastoral a las parroquias de Santa María de Tamallancos, Santa Baia de Boimorto y San Xoán de Sobreira.
- Del 25 al 3: Novena del Santo Cristo de Ourense en la S. I. Catedral.
- Día 26: Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y Jornada de las Vocaciones Nativas. Oración de Vísperas por las vocaciones en el convento de Santa Clara de Allariz, presidida por el Sr. Obispo, contando con las Delegaciones de Vocaciones, Vida Consagrada, Misiones, Juventud, Familia y del Clero.
Día de la Región de los Equipos de Nuestra Señora.
Visita Pastoral a Nosa Señora do Pilar de Os Peares, Santa María de Beacán y Santiago de Carracedo.
- Día 27: Alumnos de Religión de ESO-Bachillerato peregrinan al Santuario de los Milagros.
- Día 29: A las 12:00 horas en el Santuario de los Milagros, fin de curso de las reuniones interparroquiales de la ciudad.
- Día 30: Encuentros de Padres en el Instituto de la Familia a las 19:30 h.

MAYO

- Día 1: La imagen de la Virgen de Santuario de los Milagros visita la ciudad de Ourense. Acogida a las 16:30 en los jardines Padre Feijóo y Procesión a la Catedral donde se celebra la Eucaristía a las 18:00 horas, presidida por el Sr. Obispo.
- Día 2: El arciprestazgo de Maceda peregrina al Santuario de los Milagros.
- Día 3: Fiesta del Santo Cristo en la Catedral.

- Visita Pastoral a San Juan de Rivela.
 Confirmaciones en San Bernabé de A Valenzá.
- Día 6: Celebración de San Juan de Ávila en el Santuario de los Milagros.
- Día 7: Oración joven en la capilla de la Delegación de Juventud, a las 20:30 h.
- Día 9: Los arciprestazgos de Ourense Norte y Este peregrinan al Santuario de los Milagros.
- Día 10: Visita Pastoral a San Juan de Coles, San Esteban de Cambeo y Santiago de Gustei.
 Ministerios en el Seminario: el Sr. Obispo instituye dos nuevos lectores Carlos Arce Castro y José María Romero Rodríguez y un nuevo acólito Hildebrando Gaviria Rincón en la celebración que tiene lugar en la iglesia del Seminario Mayor.
- Día 11: Los alumnos de 1º y 2º de ESO peregrinan al Santuario de los Milagros.
- Día 13: Ntra. Sra. de Fátima. Procesión de Antorchas desde el santuario de la Virgen de Fátima en O Couto hasta la Catedral, con la Celebración Eucarística presidida por el Sr. Obispo.
- Día 15: Confirmaciones en San Cibrao de O Carballiño.
- Del 15 al 24: Los salesianos celebran la Novena en honor a María Auxiliadora, en este año del bicentenario del nacimiento de Don Bosco.
- Día 16: Confirmaciones en Santo Domingo y Sagrado Corazón.
 Los arciprestazgos de Ribadavia y Baixa Limia peregrinan al Santuario de los Milagros.
- Día 17: Visita Pastoral a la parroquia de la Purísima Concepción de Vilar de Astrés.
 Homenaje a la Virgen del Cristal y a D. Adolfo en Vilanova.
 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.
- Día 21: Oración diocesana por las vocaciones a las 20:00 horas en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento.

- Día 22: Confirmaciones en la parroquia de Santiago de As Caldas.
- Día 23: V Vigilia de Pentecostés a las 20:00 horas en la Catedral.
Peregrinación del arciprestazgo de Verín y de los profesores cristianos al Santuario de los Milagros en el marco del Año Mariano.
Confirmaciones en el santuario de Santuario de los Milagros.
- Día 24: Visita Pastoral a San Xiao de Celaguantes, San Xés de A Peroxa, Santiago de A Peroxa y San Martín de Villarubin.
Peregrina al Santuario de los Milagros el movimiento de Cursillos de Cristiandad. Confirmaciones en la parroquia de la Santísima Trinidad.
- Día 27: Reunión de arciprestes y delegados en el Seminario Mayor.
- Día 28: Encuentros de Padres en la sede del Instituto de la Familia a las 19:30 h.
Pincho solidario de Manos Unidas a las 20:00 h. en los Salesianos.
Cáritas diocesana de Ourense presenta su memoria anual.
- Día 29: Encuentro del Sr. Obispo con los sacerdotes jóvenes de la Diócesis en la Casa de Ejercicios.
Confirmaciones en San Rosendo de Celanova.
- Día 30: Encuentro de grupos bíblicos en el Santuario de los Milagros.
Peregrina al Santuario de los Milagros el arciprestazgo de O Carballiño.
Confirmaciones en las parroquias de San Pío X, la Asunción de Nuestra Señora y en el Santuario de los Remedios en Verín.
- Día 31: Visita Pastoral a San Cristovo de Souto, San Salvador de Armental y Santa María de Mirallos.

JUNIO

- Día 3: Conferencia del Secretario General de Cáritas Española, Sebastián Mora, en el Foro la Región a las 20:30 en el Centro

- Cultural de la Diputación.
- Día 4: Oración joven en la capilla de la Delegación de Juventud a las 20:30 h.
- Comienza la Novena al Sagrado Corazón de Jesús en la parroquia de Santa Eufemia del Centro.
- Día 5: Confirmaciones en el Seminario Menor y en la parroquia de Santa Teresita del Veintiuno.
- Concierto de la ONG Taller de Solidaridad de las Siervas de San José en el Auditorio en beneficio de África.
- Día 6: Los arciprestazgos de Ourense Sur y Oeste peregrinan al Santuario de los Milagros.
- Confirmaciones en Santo Domingo de Ribadavia y en el santuario de O Viso.
- Día 7: Corpus Christi. Celebración Eucarística presidida por el Sr. Obispo en la Catedral a las 10:00 y procesión por las calles de la ciudad a las 11:00 horas. Por la tarde, Monseñor Lemos preside la Celebración de Corpus en el Santuario de los Milagros. Día de la Caridad.
- Día 9: Un grupo de sacerdotes de Lugo peregrina al Santuario de los Milagros.
- Día 12: Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.
- Día 13: La Asociación de la Medalla Milagrosa de Galicia peregrina al Santuario de los Milagros.
- Confirmaciones en María Auxiliadora y en Santa Mariña de Xinzo de Limia.
- Día 14: Confirmaciones en Santa Eufemia.
- Día 17: V Aniversario del Programa de Mayores de Cáritas en Randín.
- Reunión de balance de los Centros Prematrimoniales de la Diócesis en el Instituto de la Familia.
- Día 18: Oración diocesana por las vocaciones a las 20:00 horas en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento (plaza de las Mercedes), presidida por el Sr. Obispo; al ser la última de

este curso.

La curia diocesana peregrina al Santuario de los Milagros en el marco del Año Mariano.

Día 19: La Escola Profesional “Santo Cristo” y la Asociación de Jubilados peregrinan al Santuario de los Milagros.

Monseñor Lemos imparte una conferencia a sacerdotes y agentes de pastoral de Lugo en O Cebreiro.

Día 20: El arciprestazgo de A Limia peregrina al Santuario de los Milagros.

Confirmaciones en la parroquia de Santiago de Allariz.

Día 21: Visita Pastoral del Sr. Obispo a San Miguel de Canedo y Santa Ana de O Pino.

Día 22: Monseñor Lemos Montanet hace pública su carta pastoral Ourense en Misión.

Del 22 al 27: Peregrinación a Lourdes de la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes en Ourense, presidida por el Sr. Obispo.

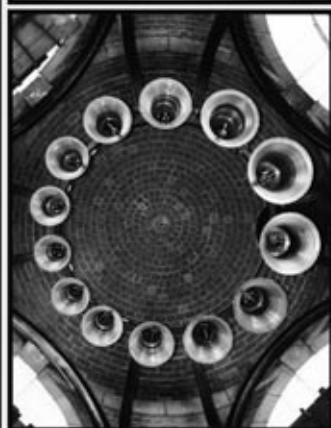
Día 25: Clausura de los Encuentros de Padres en el Instituto de la Familia.

Días 26 y 27: Encuentro de Jóvenes Católicos de Galicia en el Monte Faro.

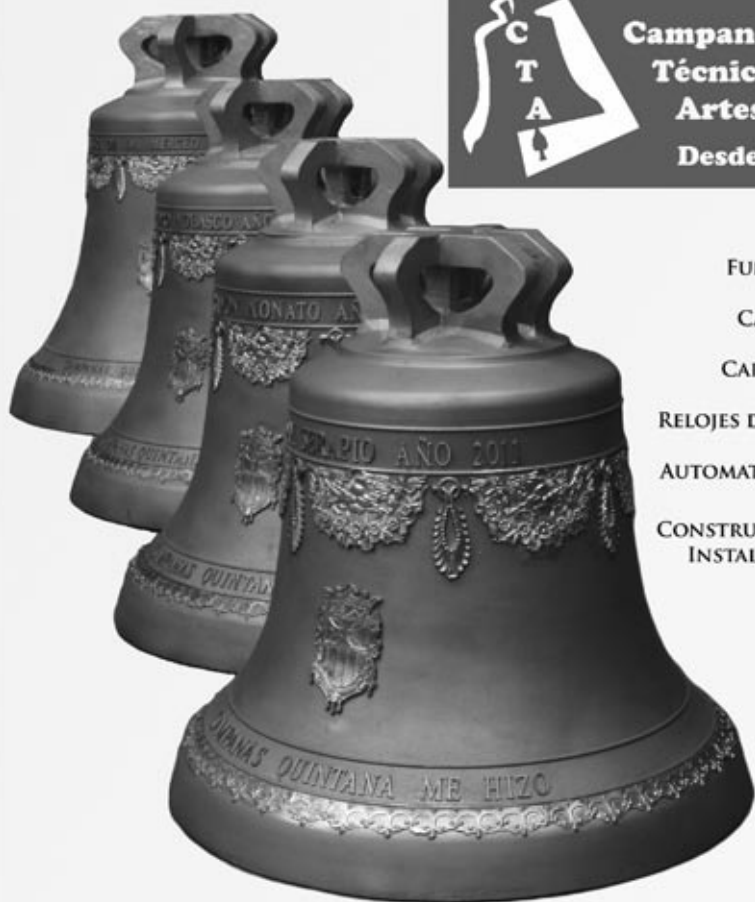
Día 27: Visita Pastoral a las parroquias de Santiago de Partovia y San Roque de Señorín.

Día 28: Visita Pastoral a las parroquias de San Estevo de Untes, San Pedro de Trasalva y Santa Cruz de Arrabaldo.

Días 29 y 30: Programación diocesana de Pastoral en Santuario de los Milagros.



**Campaneros
Técnicos
Artesanos**
Desde 1637



FUNDICIÓN
CAMPANAS
CARILLONES
RELOJES DE TORRE
AUTOMATIZACIÓN
CONSTRUCCIONES
INSTALACIONES

1637

QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es
Correo-e: quintana@campanasquintana.es

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L. DIÓCESIS DE OURENSE

- Conservación y restauración del patrimonio mueble e inmueble, asegurando la rigurosa ejecución y calidad de las intervenciones.
- Elaboración de proyectos de intervención y presupuesto.

Algunas intervenciones realizadas:

- Pórtico del Paraíso. Catedral de Ourense.
- Retablo de la Virgen de Belén. Catedral de Ourense.
- Tabernáculo del Altar Mayor. Catedral de Lugo.
- Retablo Mayor de San Eusebio (Coles).
- Santiago Ecuestre de la Catedral de Ourense.
- Retablo Mayor de Santa Baia de Longos.
- Diversas esculturas (limpieza, eliminación de repintes...).
- ...



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L.
Carretera del Seminario 18 - 32002 - OURENSE
Tfn. 988 234 118 - www.centrosanmartin.es



ELEMAR NOR, S.L.
COMUNICACIONES

 **BOUYER**


ude

Al servicio de la Iglesia desde 1989

PROYECTOS, INSTALACIONES Y MANTENIMIENTO

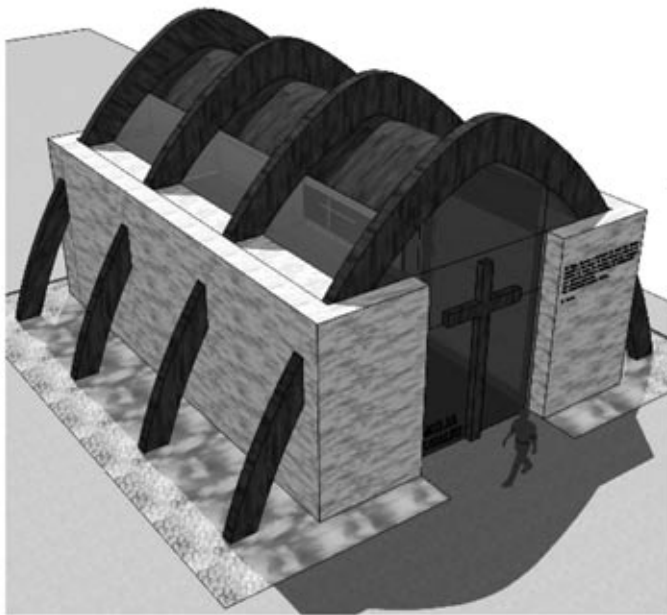
- **Megafonía**
- **Calefacción**
- **Campanas nuevas y refundición**
- **Electrificación de campanas**
- **Campanarios electrónicos**
- **Yugos**
- **Iluminación artística LED**
Menor consumo
Mayor duración y luminosidad
- **Instalaciones eléctricas**



Le ofrecemos montaje provisional y presupuesto sin compromiso

ELEMAR NOR, S.L.
Polígono Icaria. C/ Ícaro, 32
15172 A Coruña
981 63 56 59
elemarnor@elemarnor.com
www.elemarnor.com

Empresa inscrita en el Registro de Instaladores de Telecomunicación.
Nº Reg. 3019



_Modelización de Capilla funeraria 3D.

único

_arquitectura

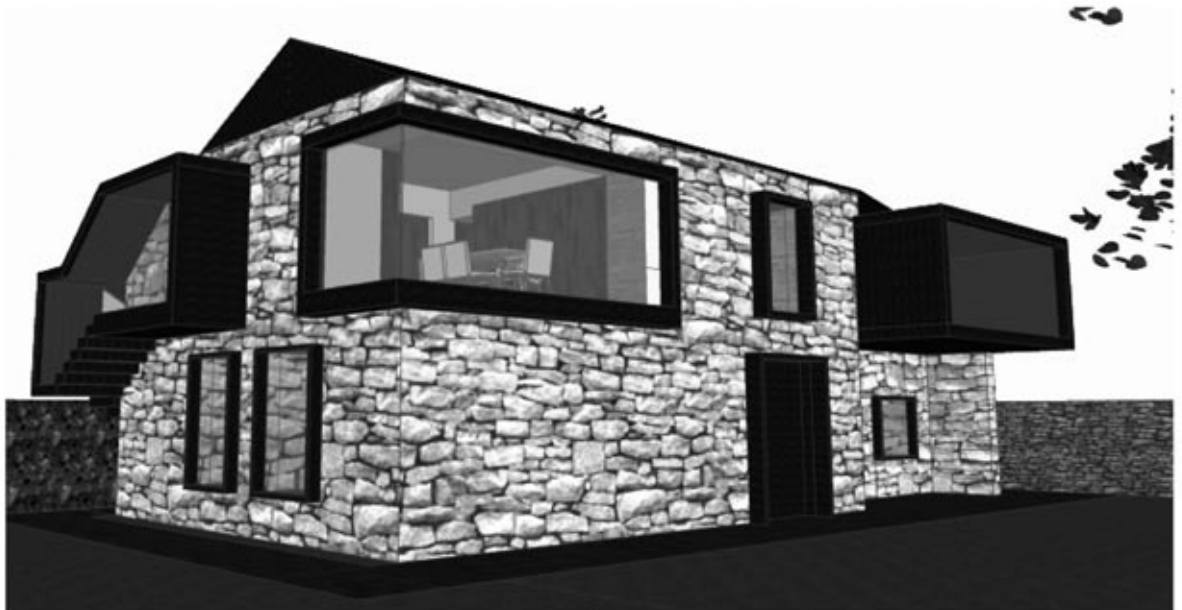
estudio de arquitectura
c/ Alcalde Lens 35 | entreplanta | local 5 | 15010 A Coruña
unicoarquitectura@unicoarquitectura.es
unicoarquitectura.es
móvil 638 142 298

REALIZAMOS...

- _levantamiento de planos
- _estudios de viabilidad
- _informes de estado actual
- _informes patológicos
- _valoraciones y tasaciones
- _inspección técnica de edificios (ITE)
- _certificados de eficiencia energética
- _planes de mantenimiento
- _libros del edificio
- _proyectos de segregación
- _proyectos de demolición
- _proyectos básicos y de ejecución
- _proyectos de rehabilitación
- _proyectos de interiorismo
- _proyectos de reforma

OFRECEMOS...

- _calidad
- _flexibilidad
- _integridad
- _independencia
- _respeto medioambiental
- _confidencialidad
- _precio
- _plazo



_Rehabilitación de Casa Rectoral. [Modelo 3D]



- Autorizaciones, subvenciones, tramites, legalizaciones,...
- Gestiones urbanísticas, solicitudes, calificaciones,...
- Estudios de mercado, viabilidad, implantaciones,...
- Compra de terrenos, consultas catastrales, datos registrales,...
- Conservación y mantenimiento de construcciones,...
- Construcción de complejos parroquiales,...
- Rehabilitación de casas rectorales,...
- Construcción de cementerios nuevos o ampliaciones,...
- Restauración de fachadas, cubiertas u otras construcciones,...
- Restauración de bienes muebles,...



Iglesia de San Francisco Javier.



Iglesia de O Bo Pastor de Monteporreiro.



Rehabilitación Iglesia Santa Eulalia de Lians.



Iglesia de San Antonio.



Urbanización Nuestra Señora de los Rosales.



Cementerio de Santa Baia de Moar.



Cementerio de Santa María de Roo.



Reforma interior del Iglesario de A Grela.



Rehabilitación Iglesia Sta. María de Guisamo.



Cementerio de San Isidoro de Postmarcos.



Rehabilitación Iglesia Santa María de Alón.



Casa Rectoral Santa María de Betanzos.



Casa Rectoral Santaia de Liáns.



Rehabilitación edificio viviendas.

Librería

BETEL



Libros y artículos religiosos

Betel Librería Religiosa
Diócesis de Ourense
Calle Lamas Carvajal nº 9
32005 - Ourense
Teléfono y Fax : 988 22 62 41

Z.L. Martín

VIDRIERAS ARTÍSTICAS DE GALICIA

Desde 1.963 trabajando para toda España.



Diseño, Fabricación, Restauración e Instalación de Vidrieras.

Blindaje de protección para vidrieras antiguas.

Grabados al ácido, en oro y plata.

Vidrio industrial y espejos.

Cerramientos con vidrio de seguridad y templado para pórticos, claustros y cubiertas.

Carpinterías de acero, aluminio y PVC.

Calle Palomar 28. 15004 A Coruña

Tlf. 981.90 88 80

www.vidrierasartisticasdeg Galicia.com

info@vidrierasartisticasdeg Galicia.com

Imprenta

ARiGRAF

Artes Gráficas

 Noroeste Gráfico Impresor, S.L.

- Diseño y maquetación
- Preimpresión
- Impresión offset y digital
- Edición de libros y revistas
- Impresión publicitaria
- Encuadernación y acabados
- Manipulación de envíos

Tfno.: 981 54 96 00

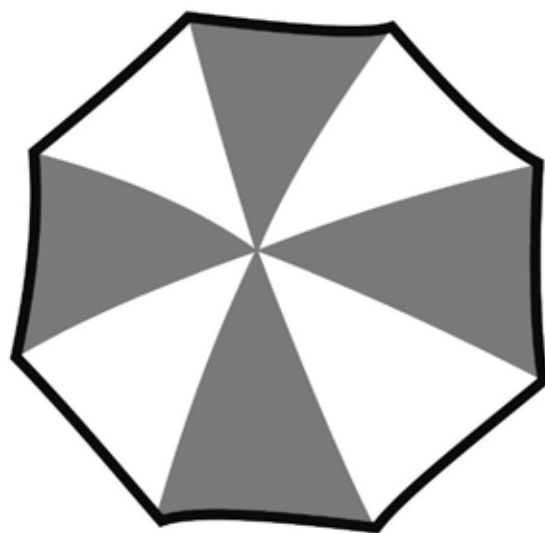
Fax: 981 54 96 02

e-mail: arigraf@infor-data.com

Avda. Santa Lucía, 64 - bajo
15893 Santiago de Compostela

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ

CORREDOR DE SEGUROS



Rúa do Paseo 36, 2º Of. C
32003 OURENSE

Tfno y Fax: 988255645

Móvil: 619987841

E-Mail: corredor@segurosjpg.es

COLABORA:
Fundación Santa María Nai



FUNDACIÓN
SANTAMARÍANAI



DIÓCESIS
DE OURENSE
